GLORIAS MILITARES

Carabineros y Guardia Civil

J.

GLORIAS MILITARES

Carabineros y Guardia civil

POR

Joaquín Viciana Hernández

Sargento de Carabineros.

ALMERÍA

Tip. católica La Independencia, Beloy 2 y 4.

1914

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL AUTOR, QUIEN PERSEGUIRÁ ANTE LA LEY AL QUE LA REIMPRIMA.

GUERRA CIVIL CARLISTA

Provincia de Barcelona

CAPÍTULO I

Conspiradores carlistas en Perpignan.—Reconcentración de Carabineros y Guardias civiles. Ataque y derrota en Mura del Cabecilla Castells.—Acción de Vallsebre.

1872.—En Perpignan, centro de las conspiraciones carlistas, se encontraban los elementos que debían iniciar y tomar parte activa en la guerra civil, corriendo por consiguiente todos sus riesgos, personas de gran influencia por su posición social, que sin exponer nada, esperaban el triunfo de sus ideales para entrar en España.

Entre las medidas preventivas que se adoptaron para sofocar la rebelión en su origen, figuró la concentración de Carabineros y Guardias civiles.

Las partidas carlistas iban engrosándose paulatinamente recorriendo algunos pueblos de la margen del Llobregat, saliendo en persecución una columna de cuatro compañías de Cazadores de Cataluña que había de operar en combinación con otra formada de doscientos Carabineros y ciento cuarenta Guardias civiles.

Estas columnas combinaron sus movimientos de suerte que vinieron á converger en el pueblo de Mura, donde se hallaba el cabecilla carlista Don Francisco Castells con su partida. Después de nueve horas de marcha forzada por terrenos ásperos y escabrosos, las columnas dieron vista al citado pueblo de Mura, que está situado en el fondo de un barranco. La vanguardia desplegó en el acto una sección de Cazadores en guerrilla, y empezó á descender hacia el pueblo; pero descubierta esta fuerza por el enemigo, rompió éste el fuego desde las avenidas y montañas que rodean la población, sin conseguir que la vanguardia dejase de avanzar con la proverbial bizarría del soldado español. Interin se contenía el fuego, algunos grupos facciosos salían del pueblo para ganar un barranco á donde era poco facil descender; y entonces avanzaron los Carabineros y los Guardias civiles posesionándose de la población que atravesaron para continuar el fuego en el monte por espacio de dos horas hasta que lograron que los carlistas se batieran en completa retirada.

En la mañana del 12 de Septiembre la columna del coronel Don Odón Macías, emprendió la marcha desde la Pobla de Lillet para Vallsebre en donde según noticias le esperaban los carlistas situados en ventajosas posiciones.

Para evitar una emboscada y ocultar en lo posible su intento, dirigióse el coronel Don Odón Macías á Bagá, tratando de hacer creer que se detendría en este punto, y disponiendo que cuatro compañías de América, una de Cantábria y dos secciones de Carabineros al mando del teniente coronel Don Tomás Vert, flanquearan la marcha que seguiría la columna, dirigiéndose á las alturas que desde Bagá conduce al punto denominado Solana de Vila de San Lorenzo, para co-

locarse en la cumbre que domina el puente de Guardiola que debía defender. Se ejecutó con decisión este movimiento y contribuyó mucho al resultado que se obtuvo.

El resto de la fuerza siguió la márgen del río llevando á vanguardia dos compañías del batallón de Cantábria al mando del comandante de este cuerpo Don Esteban Pérez.

Al llegar dichas compañías á las inmediaciones del citado puente, parte de la facción, situadas en las alturas de la derecha y del frente, rompió un nutrido fuego y empeñóse la acción, sin que cesara el movimiento de avance de la columna. Al propio tiempo el teniente coronel Vert rompía también el fuego.

A pesar de hallarse los carlistas entre dos fuegos, se defendieron seriamente y aún intentaron conquistar la posición ocupada por Vert, pero fueron rechazados y se retiraron precipitadamente, hostilizados por la artillería dejando libre el paso del puente y dirigiéndose á las alturas de su frente sobre Vallsebre, donde se hallaba el resto de sus fuerzas.

La columna siguió avanzando hacia San Julián, punto el más accesible para la conquista de la posición de Vallsebre ocupada por el enemigo. Formaba esta posición un ángulo saliente, terminado por un corte vertical de piedra de unos quince á veinte metros de altura, teniendo solo dos puntos de acceso, y á retaguardia unas defensas constituídas, por parapetos naturales y artificiales. Uno de dichos puntos de accesos llamado el Gran de Soldevilla, es un vertedero de agua, y por él intentó la subida el teniente coronel Don Pedro Catalá; el segundo es el camino de San Julián, y aunque dificil; es mucho más despejado y de menos

pendiente que el primero, y es la parte en que por la derecha termina la posición.

Al llegar la columna frente al Gran de Soldevilla, el coronel Macías, dispuso que se detuviera, para tomar las disposiciones que creyó conveniente al caso. Situó la artillería frente al Gran, y rompiendo esta el fuego, simuló la infantería un ataque á aquél punto, llamando sobre él la atención del enemigo, que deseaba atraerlo á esta parte y entretanto llegaron las compañías de América, la de Cataluña y los carabineros, vadeando el río sin ser vistos por los carlistas. Avanzó inmediatamente hasta el Coll de Paradel, y organizó en este punto dos columnas de ataque; se componía la que debía obrar por la derecha al mando del teniente coronel Don Pedro Catalá, jefe del batallón de Cataluña, de cuatro compañías de este cuerpo y una de la Guardia civil, y la de la izquierda, á las órdenes del teniente coronel Don Tomás Vert, constaba de dos secciones de Carabineros y cuatro compañías de América, llevando á su derecha otra de este cuerpo para contestar el fuego que desde el frente hacía el enemigo. Se situó en el centro la artillería, apoyada por tres compañías de Tarifa, y rompió de nuevo el fuego para proteger el avance de la columna de la derecha, hasta que la cabeza de esta llegase á la posición.

Dada la señal de ataque, las columnas empezaron el movimiento de avance paralelamente llevando á vanguardia una compañía en guerrilla, y sin vacilar, á pesar del muy nutrido fuego del enemigo, conquistaron prontamente las posiciones enemigas. Muerto en el avance el teniente coronel Vert, le sucedió en el mando el capitán Don José Caminero. El sargento 1.º de Cataluña, Quintín Monje, el 2.º Manuel Alonso y el soldado Francisco Fabre, de la columna de la dere-

cha, y el teniente Loricens, el sargento 2.º José Mota y los soldados Domingo Lema, Juan Moreno, Jaime Pino y José Puga fueron los primeros que coronaron la altura. Desde este momento, los carlistas se retiraron en todas direcciones y el cabecilla Castells debió su salvación á que un grupo de los suyos sostuvo su huída por un barranco á Bagá, donde entró solo.

Las bajas de la columna fueron; el teniente coronel de América Don Tomás Vert y el comandante de Cataluña Don Esteban Pérez, muertos, al intentar la subida á la posición; un oficial y diez individuos de la clase de tropa heridos y un oficial y 21 soldados contusos. Las de los carlistas fueron de consideración. El cabecilla Torres fué herido y cayó prisionero.

En esta acción se distinguieron el teniente coronel Don Pedro Catalá, el alférez graduado sargento 1.º de la Guardia civil Don Isidro Pellicer y muy especialmente el cabo 2.º de este cuerpo Pablo Ferrer.

CAPÍTULO II

Bizarra defensa de Igualada por las tropas liberales.

1873.—El 16 de Julio por la tarde, se tuvo aviso de que 3500 carlistas, 200 caballos y dos piezas de artillería mandados por el cabecilla Don Francisco Saballs, se aprestaban para atacar á Igualada. El comandante militar y el alcalde de esta villa tomaron desde aquella noche cuantas disposiciones creyeron convenientes para evitar toda sorpresa. Se pasó la noche sin novedad y al día siguiente 17, no se notó en su mañana nada que confirmara la noticia recibida; sin embargo, las fuerzas nombradas de servicio continuaron en sus puestos; pero á las ocho de la mañana del 19 y cuando tan tranquilos se encontraban todos, por el portal de Manresa y Soledad se dejaron oir tiros, aumentando el número de estos por momentos y á la media hora ya lo hacía la artillería. La fuerza del regimiento de Navarra con su primer jefe á la cabeza se hallaba dispuesta para la defensa en unión de sesenta y cinco Carabineros y cuarenta y ocho Guardias civiles que se encontraban en Igualada, y cuantos vecinos de liberales se preciaban, acudiendo presurosos y con el mayor entusiasmo á ocupar en el recinto el puesto á cada uno destinado.

Los carlistas, no sólo sostenían el fuego en los sitios antedichos, sino que generalizaban el combate. La

artillería funcionó regularmente, causando con sus disparos daños en la población.

A las diez, habían incendiado el portal de Llauma, y el retén que lo defendía, se vió precisado á abandonar el puesto, bajándose por el balcón del segundo piso, los seis soldados y el cabo que lo custodiaban.

Inmediatamente marchó un sargento con doce soldados para cerciorarse de la verdad del hecho, y sin embargo de estar ocupado el edificio por dos compañías de Zuavos, atacaron á éstos con tal arrojo, que sin darles lugar á la defensa, no haciendo uso los soldados mas que de la bayoneta, les obligaron á abandonar el edificio, causándoles diez muertos y cuatro prisioneros. Este descalabro que sufrió la fuerza más lucida del enemigo, fué causa de que se exaltara más el ánimo de él, y entonces empezaron á disparar bastantes granadas, llegando á contarse á las doce del día, treinta y ocho, caidas dentro de la población. A la una concentraron el ataque en la puerta de Manresa y Soledad y en la parte de la muralla frente al hospital. Como en los demás puntos, se encontraron con el mortífero fuego de los valientes y sufridos defensores y de los entusiastas voluntarios. Así continuó todo el día, y á las dos de la tarde se generalizó con más insistencia en toda la línea, cesando cosa de un cuarto de hora, á eso de las nueve de la noche en que el enemigo prendió fuego á la puerta de Monserrat y á una fábrica de vapor á la derecha de la puerta de la Soledad, donde un corto número de Carabineros y Guardias civiles que la defendían tuvieron que abandonarla por no poder dominar el incendio.

A las diez, el capitán Don Valeriano Vilacañas y el alférez Don Manuel Monforte, que con la tercera parte de la 5.ª compañía defendían la puerta de la Soledad,

pidieron refuerzos, que se les mandaron, y á las once repitieron la petición, manifestando que no bastaban el número de hombres que tenían á sus órdenes, pues si bien habían conseguido apagar por tres veces el fuego de la puerta, necesitaban cubrir su derecha, en donde el enemigo estaba perforando tabiques. A esta segunda petición no pudo el jefe complacerlo por no haber soldado alguno en el cuartel, y al poco rato recibió nuevo aviso de que no podían sostenerse los defensores de la puerta, y su capitán pedía permiso para abandonarla y pasar á la barricada que tenía detrás, pues el enemigo se encontraba á ocho casas á su espalda, facultándole el jefe para que se retirara. Entretanto, sucedió otra cosa igual en la puerta de Manresa, tan pronto como la consumió el fuego. El teniente D. Julián Fernández, con la 4.ª y 2.ª compañía y parte de la 5.ª con el sargento José Llaseras Fumeda, que se encontraban en las tapias frente al hospital, se vieron en la necesidad de abandonar las primeras posiciones y de situarse en las barricadas formadas en las calles de Odena y Clós y junto á la fábrica de Galcerán, para impedir la entrada del enemigo. Allí se hicieron grandes esfuerzos por los sitiados, pues las carlistas llevaron la audacia hasta intentar apoderarse de la primera barricada de la calle de Odena.

Cerca de las doce de la noche cesó el fuego y sólo algunos disparos se oían ya; entonces los valientes y sufridos defensores pudieron reponer sus fuerzas, pues diez y seis horas de combate sin tomar alimento alguno y sin ninguna noticia de auxilio les tenía sino abatidos, cansados.

Esta tregua duró hasta las tres y cuarto de la madrugada del 20, en que á la señal de dos disparos de artillería, tocando las cornetas y músicas del enemigo

diana y después ataque, acometieron toda la línea. No es posible describir los hechos de valor llevados á cabo por los oficiales, clases, tropa, voluntarios y paisanos; todos se batieron con el valor que da la desesperación; casos hubo que recordaban á Sagunto y á Numancia. El enemigo avanzaba; sus fuerzas eran triples á las de la guarnición, y á pesar de la tenaz resistencia se tuvo necesidad de abandonar las posiciones, concentrándose en la segunda línea de barricadas, en el centro de la población.

El edificio de Escolapios y la calle de San Agustín que defendía la primera compañía al mando del alférez Don Victoriano Camacho, hubieron de ser abandonadas, como antes la de Odena, retirándose á las primeras barricadas por aquél sitio y á la última al lado del casino, que cerraba la entrada á la rambla y la plaza del Ayuntamiento. Esta barricada tan importante fué sostenida por dicho oficial y tropa que le acompañaba. Murió al pie de ella el primer jefe de los zuavos y allí cayó prisionero el alférez Camacho.

Sólo quedaba en el recinto un punto avanzado; la gran fábrica algodonera llamada la Igualadina. Defendía ésta la 6.ª compañía al mando del alférez Don Dionisio García y comprendiendo el enemigo la importancia de aquella posición, dirigió sobre ella fuerzas considerables, viéndose precisados sus defensores á abandonarla y á retirarse al centro, después de una heróica defensa.

A las siete, reconcentradas las fuerzas hacia el centro, dirigió el enemigo parte de las suyas sobre el cuartel donde se encontraba establecido el hospital de sangre con 29 heridos custodiados por 10 soldados.

Tomadas las casas vecinas por los carlistas, el fuego fué horroroso; entonces el comandante Don Agus-

tín Serra, el médico y el capitán Don Francisco Moya, convinieron en salvar los heridos, sacándolos y llevándolos á la iglesia parroquial; los unos fueron llevados en camillas, los menos graves andando y otros á espaldas. En esta operación, y al salir con el último, una descarga mató á uno de los conductores é hirió á otro.

Sostenido el cuartel hasta última hora é incendiado uno de sus ángulos por los carlistas, fué abandonado por su jefe, el ayudante y diez soldados, salvando las municiones que había dentro del edificio, pasando á la iglesia donde estaba el jefe principal.

Dueño el enemigo del cuartel, dirigió sus fuerzas contra la iglesia y la casa del ayuntamiento, incendiando á poco rato las puertas de ambos edificios; la defensa fué desesperada y agotadas las municiones y las fuerzas de los sitiados y sin ninguna esperanza de auxilio, se rindió á las ocho el ayuntamiento; á las ocho y media los encerrados en la iglesia cayeron prisioneros entre ellos el teniente coronel Don Francisco García Muñoz, el camandante Don Agustín Serra, el capitán Don Valeriano Vilacaña y el alférez Don Manuel Monforte, siendo exceptuado el facultativo, sus ayudantes y heridos; fueron despojados los primeros de todas las prendas de vestuario dejándolos solo con la ropa interior.

Sin ninguna resistencia ya por parte de la poblacion se entregaron los carlistas á un completo saqueo; pocas fueron las casas que no tuvieron que lamentar esto, y muchas familias quedaron solo con lo puesto.

El incendio destruyó varios edificios, entre ellos la gran fábrica de Galcerán, y en la rambla las puertas de tres cafés, teatros y varias casas.

Las pérdidas de los liberales fueron grandes y las de los carlistas inmensas, pues sin embargo de quemar

ellos tres depósitos de cadáveres que tenían, quedaron en el cementerio insepultos 250 y algunos que recogieron en las afueras de la población.

CAPÍTULO III

Defensa heróica de Caldas de Montbuy

1873.—Al anochecer del 29 de Julio se tuvo noticias en Caldas de Montbuy, que los carlistas se proponían apoderarse de esta villa y rendir su guarnición compuesta de unos seiscientos ochenta hombres, entre los que se contaban, cuarenta y dos Carabineros y cincuenta Guardias civiles. Colocose retenes en los puntos que se creyeron convenientes, determinando apostar en todas las avenidas que á Caldas conducían, indivíduos que pudieran dar noticia cierta de la situación del enemigo.

Las nueve y cuarto serían cuando dos de los mencionados, dieron noticia de que las facciones en numero de tres mil seiscientos infantes, doscientos cincuenta caballos y tres piezas de artillería, entraban en San Féliu de Codinas.

Inmediatamente se publicó un pregón por el cual se disponía que acto contínuo se reunieran en la plaza todos los hombres útiles que tuvieran armas, ordenándose al propio tiempo que los que no las tuvieran se proveyeran de las herramientas necesarias para proceder á la construcción de barricadas en los puntos más próximos á ser atacados. Serían las diez y media de la noche cuando las avanzadas del paseo llamado el Remedio rompieron el fuego contra la de los carlistas y

acto continuo se reforzaron los retenes con algunos individuos.

A los primeros disparos un grito unánime de «Mueran los carlistas» resonó por todas partes. El Comandante Puig, arengando á la fuerza y animándola para la lucha, juraron todos que morirían antes de consentir que los carlistas pusieran su infamante planta sobre las calles de tan liberal población. Sobre las doce y media un cañonazo disparado por los carlistas anunció el ataque general. Todos los retenes se vieron á un mismo tiempo hostilizados, y las barricadas del paseo del Remedio defendidas por un puñado de valientes al mando del capitán Paretas, amenazadas de asalto. Detallar uno por uno los actos de heroismo que se llavaron á cabo por la tropa y vecinos que secundaron la defensa, sería dificil si no imposible; hasta las mujeres al ver el arrojo y la decisión de los defensores de Caldas, alentábanse mutuamente, diciendo «no entrarán, no entrarán por más que sean tantos».

Los carlistas, viendo que no podían tomar ninguno de los puntos que formaban la primera línea de defensa, recrudecieron el fuego; y con la piqueta de la destrucción en sus manos, taladraban casas, desde las cuales, una vez posesionados de ellas, dirigían repetidas descargas á los defensores de las barricadas del paseo del Remedio y la puerta de Vich, al propio tiempo que desde la ermita de San Salvador hostilizaban los retenes de la parte del arrabal.

Varios fueron los ataques parciales que intentaron por distintos puntos hasta que al amanecer, viendo que habían sido rechazados en todos ellos, dieron otro general, reforzando el número de los que lo emprendieron. Entonces se creyó que por los nuestros no podía rechazarse tan rudo golpe; por este motivo, y á la voz

de «todo el mundo á las barricadas» los defensores de Caldas se precipitaron á reforzar los puntos de más peligro. En este ataque fueron muchas las bajas del enemigo, y bastante y muy sensibles las que por nuestra parte tuvimos.

Rechazados los carlistas por el heroismo de los defensores de Caldas, se replegaron y al toque de retirada de sus cornetas, se pusierón á salvo de los disparos de nuestra gente.

Sucedió á esto un estupor general; por todas las barricadas se pedían municiones y no se podía atender las justas exigencias de los defensores. Multiplicábanse las necesidades; todos los jefes y oficiales estaban en los puntos de defensa y cuando ya el jefe de la fuerza no sabía como acudir á las reclamaciones que de municiones se le hacía, dos chiquillos, al grito de «Mueran los carlistas», se presentaron en la plaza diciendo «si os falta gente para llevar municiones á las barricadas iremos nosotros». Se utilizaron sus servicios y puede decirse que aquellos héroes de corta edad formaron durante más de una hora la ronda de auxilio. Después de un rato de descanso formalizaron los carlistas un nuevo ataque tan rudo y tenaz como el anterior, en virtud de lo cual y convencidos ya de la imposibilidad de rechazarlos formó una tercera línea de defensa, levantando nuevas barricadas ya que no obstante el valor de los sitiados se veian en la precisión de abandonar la primera. No fué necesario; los retenes, que se veian gravemente comprometidos, en vez de emprender la retirada hacia la segunda línea, saltaron las barricadas y emprendieron la lucha cuerpo á cuerpo contra las huestes carlistas. En ente instante, el vigía del campanario señaló fuerzas amigas; la población que se creia ya pasto de los saqueadores

carlistas, recobró su perdida esperanza; los sitiados lucharon con más valor si cabe, y mientras unos pocos acudían hacia el camino de Sentmanat para recibir en brazos á sus auxiliadores, los restantes á brazo partido luchaban contra los defensores de Carlos VII. En este hecho hubo actos de indescriptible valor; ni uno solo dejó de cooperar á tan tenaz lucha. Al fin llegaron las fuerzas amigas á las seis en punto de la mañana; eran 60 voluntarios de Sentmanat, que al oir el toque de somaten, y sin medir el peligro que corrian, acudieron presurosos á ayudar á sus hermanos. A su llegada á la población, pidieron con insistencia que se les designara un punto donde acudir para la defensa; así se hizo, y sin descansar ni un instante, rompieron el fuego contra los enemigos de la libertad y del progreso. Desde esta hora hasta las nueve, varios fueron los ataques parciales que emprendieron los carlistas, y rechazados también en todos ellos; proponíanse otro general, cuando por la misma parte que habían acudido en auxilio los de Sentmanat, aparecieron los valientes voluntarios de Sabadell, que con un arrojo indescriptible emprendieron el ataque contra los carlistas que cercaban la parte Oeste, mientras que la columna del Coronel D. Miguel Vega, compuesta de doscientos diez Carabineros, ciento setenta y cinco Guardias civiles, el batallón de guias, el 2.° Batallón de milicias, caballería y artillería de montaña, emprendieron el ataque por la parte del Este.

La campana que hasta entonces había tocado á rebato, anunció la aparición de aquellas fuerzas de las que dos compañías del 2.° batallón de guias que acompañaba á la columna Vega, una compañía de Carabineros y otra de la Guardia civil que formaban la vanguardia de la misma, arremetieron con denuedo con-

tra los carlistas, cargándolos de tal suerte, que á los pocos minutos los sitiadores de Caldas tuvieron que replegarse sobre las alturas del Norte de dicha población, de donde los desalojaron algunos certeros disparos de la artillería y parte de la columna citada que también entró en fuego. La vanguardia de la referida columna, embistió á los carlistas hasta la mitad del camino de San Féliu, mientras los de Sabadell les obligaban á replegarse, rechazándolos hacia la parte donde estaba el grueso de la fuerza. Este ataque hubiera sido de grandes resultados si se hubiese continuado hasta San Féliu y por distintos puntos ya que los carlistas en su retirada iban en completa dispersión y rendidos de cansancio.

Esta lucha costó ál enemigo unos sesenta muertos y más de ciento cincuenta heridos y las del ejército ocho muertos y treinta heridos.

CAPITULO IV

Acción del Grao de Llusanés

1874.—Al verificar el relevo de la guarnición de Berga el 5 de Mayo, acordaron los brigadieres D. Pedro Esteban y D. Juan Cirlot, en vista de que las facciones se hallaban hacia Santa Coloma de Queralt é Igualada, dirigirse respectivamente á Manresa y Suriá y seguir después á su encuentro; pero como en la madrugada del 6, el brigadier Esteban tuvo noticia de que el enemigo se hallaba en Prats de Llusanés previno á Cirlot que con su columna se encontraba en Caserras y Oviá, que saliera en dirección á Prats; él se dirigiría á este punto desde Gironella y Olvan. Durante la marcha supo por confidencia segura que el titulado general D. Rafael Tristany con los cabecillas Auguet y Galcerán con unos siete mil hombres, formando diez batallanes, esperaban la llegada de las tropas, convenientemente posesionados de la Sierra del Grao de Llusanés. Desde Olvan se adoptaron las precavciones consiguientes, y al breve rato de marcha empezaron á divisarse en las alturas del Grao, algunos grupos carlistas; y al aproximarse la columna al Carré de Bonaire, se veían claramente, escalonados en grandes masas en los estribos de la Sierra. Continuó el movimiento de avance, y sin dificultad pasaron las tropas la sierra de Marlés por la palanca de Viralta, ya al alcance del enemigo, y sin que se rompie-

se el fuego por una ni otra parte. D. Pedro Esteban formó su brigada en columna, y esperó la llegada de la de D. Juan Cirlot, que también concentrada en el mismo orden quedó á su derecha.

El teatro de la acción que nos ocupa está limitado al frente por la sierra del Grao, posición dominante sobre la cual se halla Prats de Llusanés; á derecha é izquierda, por estribos muy marcados normales á dicha sierra, y á retaguardia por la riera de Marlés, de poca importancia por su escaso caudal de agua, pero de dificil paso por su mucha pendiente y lo accidentado del terreno. Todas las subidas de la sierra son de dificil acceso y estaban dominadas por el enemigo, situado en posiciones formidables y formado en masa con querrillas desplegadas, esperando el ataque.

Conferenciaron ambos brigadieres, y fué aceptado el plan del brigadier D. Pedro Esteban. Este, como más antiguo, tomó el mando La brigada de D Juan Cirlot atacaría la izquierda y el centro del enemigo; los batallones de Cataluña, Manila y dos compañías de la Guardia civil, debían subir al Grao por la Roca Mentidera y Cal Andred, y correrse una vez eu él, por la ermita de San Sebastián, hasta Prats de Llusanés; el centro que lo constituiría Extremadura, caballería y la artillería á pie y de montaña y como reserva el batallón de Toledo, seguiría el camino principal marchando directamente á Prats, por la casa Borrelleras; la brigada Esteban atacaría la derecha enemiga por Roca Dreta, el Clot del Infierno y el bosque grande.

Iniciose el movimiento al medio día, yendo en vanguardia el batallón de Béjar que se dirigió al bosque; por la derecha avanzó el de cazadores de Tarifa, y para apoyar al de Béjar uno de América, colocándose á

la vez cuatro piezas de montaña en batería para batir dicho bosque. En este momento rompía el fuego las fuerzas de Cirlot.

En vista de la marcha de las tropas, el enemigo concentró considerables fuerzas sobre su derecha, con ánimo marcado de envolver la izquierda de aquellas, y apoderarse de las piezas. El batallón de Cuba fué el encargado de resistir el ataque, y se lanzó sobre las fuerzas contrarias, y les hizo retroceder, sosteniendo, apoyado por los otros batallones y una Compañía de Carabineros, una lucha encarnizada en que hubo de una y otra parte varios heridos de bayoneta. El enemigo cedía terreno paulatinamente, pero habiendo tratado atacar de nuevo á la izquierda liberal le hicieron frente tres compañías de Extremadura y los Cazadores de Cuba.

Comprendiendo el brigadier D. Pedro Esteban la necesidad de un último y rudo esfuerzo, y viendo que las tropas de Cirlot coronaban el Grao, dispuso que el batallón de Toledo, la artillería y la caballería avanzaran por su izquierda, y así lo efectuaron resueltamente. Quebrantado el enemigo por sus muchas bajas y temiendo ser envuelta su izquierda por los batallones de Manila y Cataluña y la Guardia civil que entraba ya en Prats y conquistada por las tropas la ermita de San Sebastian, se retiró; defendiendo con alguna fuerza el Plá del General, y dirigiéndose el resto precipitadamente hacia el Coll de Planes. Las tropas tomaron esta segunda posición, después de haberla batido la artillería.

Para dar cumplimiento al plan acordado, el brigadier D. Juan Cirlot empezó el ataque á las doce y media. El batallón de Cataluña con la Guardia civil avanzaron formando la extrema derecha por el camino de

la Roca Mentidera y á su izquierda el de Manila se dirigió á Cal Andred. El citado brígadier con el resto de la fuerza marchó hacia el centro carlista.

Después de dos horas de lucha el batallón de Extremadura y los Carabineros coronaron las alturas de Prats. Entretanto y con objeto de que los fuertes grupos carlistas situados en la falda del monte no descendieran y cortaran la línea liberal, colocó en batería sus piezas de montaña escoltadas por cuatro compañías de artillería á pie. La fuerza del regimiento de Toledo y la de caballería de Tetuán quedaron guardando la impedimenta y el hospital de sangre que se estableció en la casa Vallsorpera, cubriendo además la retaguardia general y la Palanca de Viralta. En esta disposición al ver que caia herido el teniente coronel de Extremadura D. Antonio Figueroa, avanzó el brigadier D. Juan Cirlot con la artillería á pie y de montaña y la caballería, por el camino de Prats hasta coronar la sierra del Grao, mientras que el batallón de Cataluña posesionado de la altura de San Sebastián conquistaba la ermita que le da nombre y el de Manila y la Guardia civil corriéndose por todo el Pla del General dispersaban á los últimos grupos, después de una encarnizada lucha persiguéndolos hasta el Coll de Planes.

A las tres y media de la tarde, el brigadier Cirlot había concluido su misión, y viendo que D. Pedro Esteban sostenía todavía un vivísimo fuego hacia el bosque grande y el Clot del Infierno, raunió los batallones de Cataluña, Manila y la Guardia civil y se dirigió á aquella parte con objeto de envolver la izquierda de las últimas posiciones del enemigo. Este se retiró desordenadamente con dirección á Santa Eulalia y Alpens. Terminó la acción á las cuatro de la tarde, y á

las cinco y media, escalonados los batallones, se dirigieron á Prats, donde se condujeron los muertos y heridos recogidos en el campo.

El brigadier D. Pedro Esteban encomió el valor heroico de las tropas y la brillante conducta de los jefes y oficiales de todos los cuerpos é institutos que llevaba á sus órdenes.

CAPÍTULO V

Acción del puente de Guardiola.—Choque de Carabineros y Guardias civiles con los carlitas en un desfiladero.

1874.—Para socorrer á los defesores de Puigcerdá que se resistían valientemente, el Excmo. Sor. General en Jefe Don José López Dominguez, ordenó al General Don José Merelo, saliese inmediamente de Barcelona con cuatro compañías de Carabineros y una sección de caballería á reunirse en Sabadell con la 1.ª brigada mandada por Don Martin López (que desde Tarrasa donde se hallaba pasaría á aquel punto) compuesta de cuatro batallones, 70 caballos y cuatro piezas de artillería y siguiendo á Caldas de Montbuy, pernoctase en este punto, para que agregandosele la brigada de Don Odón Macías que saldría de Granollers con cuatro batallones, ochenta caballos y cuatro piezas de artillería, continuase con toda esta división á Vich, como en dirección al socorro de Puigcerdá.

Desde Caldas de Montbuy, donde pernoctó el 22 de Agosto, la división Merelo se dirigió al siguiente día á Vich, y no tuvo otra novedad que un ligero tiroteo, sostenido con la ronda carlista de Castelltersol en las cercanías de Moyá.

Una vez en Vich, se encontró que el enemigo, abandonó la población habiendo sacado de esta cuantos bagajes y medios de transporte podía utilizar el ejército,

haciendo lo mismo en los demás pueblos próximos.

Entre tanto las fuerzas enemigas aumentaban sobre Puigcerdá, y roto el fuego de cañón contra la plaza era ventajosamente contestado, así como rechazados con entusiasmo los ataques bruscos que por los calistas se intentaban; pero no por que la defensa fuera como otras veces heróica, desaparecian los peligros por una villa fronteriza que carecía de condiciones de plaza fuerte, con murallas improvisadas, poca artillería y no muy numerosa guarnición. Era, pues, urgente acudir á su socorro.

Por la parte de Aragón para reforzar la brigada de Don José Arrando que por este lado operaba, se envió un batallón de tropas veteranas y dos compañías de reserva, que tenían demostrado su arrojo y bravura en muchos combates.

Según confidencias y noticias recibidas, el enemigo escalonaba las fuerzas en el camino de Vich á Ripoll, y aún se fortificaba en los desfiladeros de San Quirico de Besora, ocupando los puntos de más fácil defensa; y concentrando la mayor parte de la facciones en Cataluña en dirección á Puigcerdá y los caminos que conducen á esta plaza.

Comprendiendo el General en Jefe, que el enemigo se opondría al paso de Don José Merelo, con fuerzas muy superiores, en terreno ventajosísimo para impedirselo, y que podía verse comprometida aquella división, le ordenó que esperase en Vich la llegada de más fuerzas, y como el sitio de Puigcerdá se formalizaba hasta el punto de hacerse apurada la defensa de la plaza, decidió reunir otra brigada á dicha división y tomar personalmente el mando de todas las fuerzas para operar en socorro de Puigcerdá, ordenando, al brigadier Don Pedro Esteban que operaba en la pro-

vincia de Gerona, marchase en dos jornadas á Vich; y en la madrugada del 28 salió de Barcelona el General en Jefe con dos compañías de la Guardia civil y los batallones de Soria y Africa.

Al llegar á Berga, adquirió noticias de que el enemigo reconcentraba todas las fuerzas del Principado en la alta montaña y que se disponía á impedir el paso á Puigcerdá, cuyo sitio continuaba con tenacidad, aunque siempre rechazado victoriosamente por los valientes defensores de la villa que sin embargo necesitaban pronto auxilio por empezar á carecer de municiones.

En los alrededores de Berga se encontraban el batallón calista de Ramonet y tres compañías de Tristany que había aparecido el día antes de la llegada de las tropas.

Dejando en Berga los enfermos y racionando las fuerzas con tres días de pan, al romper el 2 de Septiembre, la brigada Esteban sin su caballería marchó directamente á Vallsebre flanqueando las altas posiciones que por aquella parte dominaba la izquierda del camino y con el resto de las fuerzas emprendió el General en Jefe la marcha hacia Pont de Reventi, una hora después.

La división llegó sin novedad á Pont de Reventi donde supo que una facción como de 300 hombres había cruzado por el pueblo; á poco de emprender de nuevo la marcha, se oyó fuego de cañón por la parte de Vallsebre que dió á entender el encuentro de la brigada Esteban con el enemigo. En efecto, el batallón carlista titulado 1.º de Barcelona, mandado por Ramonet y las tres compañías de Tristany, disputaron el paso á las fuerzas de la brigada Esteban en el Coll de Orelle y los altos de Cervera y más tarde en los de Pagnera; pero en todos fué atacado resueltamente por

los batallones de Tarifa y América protegidos por el fuego de la artillería, siendo dispersados bien pronto, tomándoles cuatro cajas de municiones y un botiquin y causándoles varios muertos vistos en el campo.

Aunque el fuego de cañón duró poco tiempo, apresuró la marcha cuanto fué posible, y subiendo la empinada y escabrosísima cuesta de Capdevila, reconcentró la división en los altos de Visa, no sin que la retaguardia mandada por el brigador Don Martín López sostuviese un vivo fuego con algunas fuerzas carlistas que le molestaron antes de empezar la subida á Capdevila.

Reunida esta en el puente de Guardiola, comenzó el ataque con gran denuedo por parte de los liberales, cuando el enemigo había roto un vivo fuego de fusilería de todas las posiciones. Un batallón de Cádiz con su coronel, se dirigió por la derecha, llevando en apoyo el de reserva de Albacete, y sin detenerse, empezó su ascenso por un terreno pedragoso, cerrado de bosque y en extremo empinado con objeto de envolver la segunda enemiga por las alturas. El de Cazadores de Cataluña efectuaba igual operación por la izquierda con la misma decisión y bravura, apoyado por seis campañías del de Madrid. La batería de artillería de montaña situada del otro lado del puente, protegía los movimientos de los flancos con sus certeros disparos, é igualmente la sección que el brigadier Don Pedro Esteban había situado en el punto indicado.

Observando el General en Jefe que el enemigo tenía algunas fuerzas por frente en la salida del desfiladero, previno al brigadier Macías, que al avanzar fuese acompañado de su caballería con objeto de utilizarla donde fuera posible al otro lado del paso que debía forzar.

El fuego se sostuvo muy nutrido en toda la línea; pero disminuyendo más tarde el del enemigo por la izquierda y aproximándose la noche envió la brigada Araoz en refuerzo de la de Macías, ordenando un ataque vigoroso. Con este objeto dispuso el brigadier Macías que dos compañías de Cazadores de Madrid y el batallón de Barcelona y una compañía de la Guardia civil de la brigada Araoz atacasen las alturas más próximas á la que tenazmente defendía el enemigo en la Sierra de Serdanyola. Verificado este movimiento denodadamente por las fuerzas expresadas, no se detuvieron hasta dominar la altura, y al anochecer, el enemigo se retiraba de todas las posiciones, que fueron ocupadas por los valientes soldados y guardias civiles, avanzando el General en Jefe por el centro con el cuartel general y el batallón de Manila que ocupó la ermita de San Lorenzo, en cuyas inmediaciones pernoctó con una bateria y sus escoltas de Carabineros y Guardias civiles.

Acamparon las tropas en las posiciones conquistadas.

Las fuerzas carlistas que disputaron el paso del puente de Guardiola, estaban mandadas por el titulado brigadier Don Francisco Auguet y se componía de dos mil quinientos hombres.

En marcha las tropas al amanecer del día siguiente, se efectuaba muy lentamente á causa de lo escabroso y estrecho del camino no siendo posible otro orden que el de desfilada de á uno, con lo cual la columna cogía dos leguas en su desarrollo. A la hora de emprendido el movimiento, la descubierta compuesta de Carabineros y Guardias civiles, al desembocar en el desfiladero frente á la altura llamada Puig de Castellar, fué recibida con un nutrido fuego del enemigo que

ocupaba dicha posición; fué esta inmediatamente atacada por la izquierda, por los intrépidos Carabineros y Guardia civiles, que siguieron flanqueando por ella, la marcha de la columna, y el brigadier Araoz hizo adelantar al regimiento de Extremadura, que situado á media ladera de la Sierra por donde se abre el camino que seguían, protegiese la marcha avisándole lo que ocurría. El General en Jefe ordenó que no cesase el movimiento de todas las tropas en el orden establecido por aquel brigadier, pues presentía que el enemigo debía esperarlos con el grueso de las fuerzas en las inmediaciones de Castellar de Nuch, que se prestaba grandemente á la defensa. En efecto, al dar vuelta á la Sierra por la izquierda, sigue el camino faldeando la altura de Puig-Nes, hasta salir en descenso al gran barranco que separa aquellas alturas, en el cual se encuentra el pequeño pueblo de Castellar de Nuch, con su arrabal y algunos caserios en forma de anfiteatro al frente de aquella desembocadura.

Antes de dar vuelta á la falda de la Sierra con el cuartel general, las balas enemigas le indicaron que se había roto el fuego contra la vanguardia de la brigada Araoz. El regimiento de Extremadura, que quedó á la cabeza, recibió al presentarse por la entrada del barranco, las primeras descargas de las fuerzas carlistas que ocupaban el pueblo de Castellar de Nuch.

CAPITULO VI

Reñido y glorioso combate en Castellar Nuch y sus inmediaciones

El brigadier don Agustín Araoz, hizo ocupar la altura de Puig-Nes con el regimiento de Extremadura desplegado en guerrilla con su correspondiente reserva, y previno á los Carabineros y Guardias civiles que flanqueaban por la izquierda, que se situaran en el punto más culminante de aquel flanco, contestando al nutrido fuego del enemigo, mientras hacía avanzar su artillería, que también emplazó en la altura de Puig Nes, rompiendo el fuego sobre la extensa línea enemiga, concentrando seguidamente el resto de su brigada. En este momento llegó el General en Jefe con su cuartel general, á la altura de Puig-Nes y haciéndose cargo de la fuerte y ventajosa posición del enemigo, así como de las numerosas fuerzas que presentaba.

En esta situación hizo avanzar todas las fuerzas y dispuso que el brigadiez Don Pedro Esteban, enviase un batallón de Cazadores para coronar la altura de Puig-Nes y la sierra inmediata por la izquierda, y que otro batallón ocupara en la dirección que traía, unas alturas de rocas puntiagudas que cerraban por aquélla parte la desembocadura de la posición ocupada al barranco y que toda la columna continuara la marcha para reconcentrarse y formarse en la extensión de te-

rreno que se limitaba por las alturas ocupadas, que venían á formar uua fuerte posición.

Mientras tomaba estas disposiciones y se ejecutaba sus órdenes, el fuego continuaba muy nutrido por ambas partes. La brigada Macías que cerraba la retaguardia era atacada por su flanco derecho al llegar á la altura del Coll de Cabra por una facción de unos 800 á 1000 hombres, avanzando á la bayoneta á la posición enemiga el batallón de Cádiz, apoyado por la izquierda un con amago de carga de la caballería, al mismo tiempo que la artillería protegía con certeros disparos la operación. A la hora y media de fuego, el enemigo fué dispersado y la brigada pudo continuar su marcha. Este combate de retaguardia y lo extenso de la columna en su desfilada hicieron que las tropas del brigadier Macías llegasen al punto de concentración de todo el ejército cerca ya de anochecer, y cuando una espesísima niebla cubrió todo el campo de operaciones, en términos de ser imposible continuar el ataque, habiendo disminuido el fuego de ambas partes por ocultarse el terreno completamente con la niebla. Ante esta contrariedad, dispuso el General en Jefe que el brigadier Macías cubriese con sus batallones las alturas de la retaguardia, y que todas las tropas ocupasen en las posiciones que ocupaban, quedando en el Centro el convoy de heridos y la impedimenta, con la caballería y la fuerza de su custodia aumentada con un batallón más de reserva.

La posición que ocupaban las tropas, era por demás fuerte y segura, aunque preocupaba grandemente al General en Jefe, la noche que esperaba á unos soldados faltos de raciones, pues en la Pobla apenas se encontró pan para quinientos de aquéllos; presentándose el tiempo muy frío con niebla y lluvia menuda, sin

mantas, pues la tropa marchaba en traje de verano; y y sobre todo los heridos que en número de 41 estaban en camillas faltos de suficiente abrigo y sin el debido alimento. A pesar, que aquélla dificil situación, no afectaba en lo más mínimo á los valientes soldados, que casi todo el día habían combatido haciendo una marcha dificil, por la calidad del terreno llenando de satisfacción su levantada moral y la alegría proverbial de los soldados españoles para dominar las más comprometidas y dificiles situaciones.

La casualidad de estar el terreno del campamento sembrado en gran parte de patatas, proporcionó algún alimento á las tropas en aquélla noche de prueba.

Durante toda ella, se cambiaron disparos de fusilería entre los dos campos liberal y carlista, no cesando en este último la gritería frecuente en él desafiando é insultando á los soldados, que silenciosos y decididos, se disponían confiados á dar pronto una severísima lección al enemigo.

En aquélla noche, se dió órdenes, para que al amanecer del día siguiente las brigadas Esteban y Macías concentrase sus batallones en la altura de Puig-Nes; que la artillería emplazase 10 piezas de montaña en la misma altura, y que dos más se prolongasen por la izquierda en igual dirección, para que batiesen mejor el pueblo de Castellar de Nuch en que enemigo apoyaba su derecha, que el batallón de Navarra se prolongase por la izquierda para que cuando recibiese orden al efecto, amagase un ataque hacia el pueblo por un bosque próximo; que la brigada Araoz se mantuviera como reserva en la posición que ocupaba, y que el batallón reserva de Albacete, los Carabineros, la Guardia civil y la fuerza que custodiaba el convoy, mantuviesen las alturas de la retaguardia, siendo una segun-

da reserva hasta que recibieran órdenes de avanzar. El enemigo que había reunido casi todas las fuerzas de Cataluña, excepto la de Tristany que ocupaba la Seo de Urgel y sus inmediaciones y alguna pequeña facción, contaba un total de 6500 á 7000 hombres, tres piezas y 140 caballos, con estas fuerzas se extendía desde el pueblo de Castaller de Nuch situado á su derecha, apoyando el extremo de la primera línea defensiva en el Coll del Molino y siguiéndola por las alturas de la sierra de Caramps, Pustell, Padró de las Ratas, la Creu Prat-sarull y toda la sierra de Furrol, formando dos líneas de defensa, y teniendo por último la caballería y las acemilas en los altos de los pirineos, llamados Plá de Estany, y la artilería en la parte de San Juan de Cornudell. Fuerte por si misma era, y bien elegida y guarnecida estaba la extensa línea enemiga que las tropas liberales se proponían at acar al amanecer del día 5 con fuerzas casi iguales en número é inferiores en infantería, teniendo que descender para el ataque por terreno descubierto el fuego contrario, y ascender desde el fondo del barranco á la serie de crestas y alturas que el enemigo ocupaba; pero el honor del ejército estaba empeñado en salvar á sus compañeros, los valientes defensores de Puigcerdá, y para una voluntad decidida con tropas disciplinadas, no hay imposibles. Así fué en efecto, el ejército de Cataluña se ciño laurel inmarcesible, el 5 de Septiembre. Estudiada la línea enemiga, á haberse dispuesto de más fuerzas para el ataque, hubiérase combinado movimientos envolventes por derecha e izquierda, que probablemente habría dado por resultado una derrota completa de todas las facciones que había al frente, pero debiendo ceñirse á ocho batallones para el primer empuje, que debía ser decisivo, resolvió iniciar

un ataque por la extrema izquierda, sobre el pueblo de Castellar de Nuch, y bajo el fuego de toda la artillería, lanzar de frente los ocho batallones disponibles y sucesivamente, por no permitir otra cosa el terreno, apoderarse de todas las alturas, continuando la marcha de frente hasta llegar á las mesetas despejadas del pirineo, que una vez coronadas, permitían el paso á Puigcerdá. El enemigo había abandonado el sitio de esta plaza, para acudir á la batalla que se debía librar en Castellar de Nuch.

Decidido el ataque, y dada las oportunas órdenes al amanecer del 5 empezó el movimiento de concentración de las brigadas, que fué por demás dificil, por lo reducido y escabroso del terreno enque necesariamente habian de reunirse para lanzarse al ataque.

A las siete y media de la mañana, las fuerzas estaban dispuestas, y aunque la niebla se despejaba sólo por intervalos, se ordenó que el batallón de Navarra amagase el ataque por la izquierda y que toda la artillería rompiese un vivo cañoneo sobre la línea enemiga, que al momento fué contestado por el muy nutrido de fusilería. Un cuarto hora después, dada la orden, se lanzaron los batallones uno después de otro, descendiendo al barranco como una avalancha que nada podía detener. Una brigada se dirigió al frente enemigo por la derecha y otra por la izquierda y á la media hora de un fuego vivísimo de artillería y fusilería, los bravos soldados, Carabineros y Guardias civiles iban ocupando los caserios esparcidos por las alturas atacadas, y sin detenerse, continuaban el ataque entre aquélla línea de fuego que bien pronto empezó á disminuir ante el asombro que causó al enemigo el arrojo de aquéllos valerosos soldados de la libertad, que era imposible detener. El fuego de algunas granadas

debió incendiar casas en el pueblo, si el enemigo no lo hizo al abandonarlas; lo mismo sucedió en otros caserios del arrabal, y por entre el humo del incendio y el fuego enemigo, los batallones iban tomando unas tras otras, cuantas alturas iban defendiendo aquél en su ya pronunciada retirada. El enemigo se retiró en dispersión en las direcciones de Combreny y Rivas, dejando el campo cubierto de cadáveres, continuando las fuerzas la marcha á Puigcerdá á donde llegaron después de anochecido. La jornada fué larga y fatigosa para tropas que apenas habían comido desde la víspera y conducían un gran número de heridos. Las pérdidas en esta gloriosa gornada fueron sensibles y bastantes numerosas; un jefe tres oficiales y ocho soldados muertos y 179 heridos. El enemigo enterró en Castellar de Nuch 111 muertos.

Provincia de Castellón.

CAPITULO VII

Persecución y rendición de la partida del cabecilla Cucala.—Brillante defensa de Alcalá de Chisbert.—Nueva derrota de Cucala.—Persecución de las partidas reunidas de Cucala y Polo.

1872.—El 22 de Septiembre apareció el cabecilla Pascual Cucala con unos sesenta hombres causando destrozos en las líneas férreas y telegráficas, siendo perseguido por la columna, mandada por el capitán de la Guardia civil Don Juan García Moreno, con treinta individuos del mismo Instituto, pertenecientes á las líneas de Cuevas de Vinromá y San Mateo, que salió en su busca, avistándolo el 24 en Benlloch, donde los carlistas estaban parapetados, dirigiéndoles un nutrido fuego que fué contestado con decisión y á cuerpo descubierto por los intrépidos Guardias civiles, durando el combate dos horas y terminó cuando el denodado capitán Don Juan García ordenó que su fuerza atacara á la bayoneta, la que con arrojo, cargó contra el enemigo desalojándolo del pueblo, obligando á las distintas fracciones á refugiarse en la inmediata sierra de Engarcerá. Hasta el 29 anduvo Cucala esquivando á las columnas que lo perseguían, y en dicho día intentó penetrar en Alcalá de Chisvert, pero no lo consiguió por que en las inmediaciones del pueblo, fué bati-

do por el teniente Don Antonio López, con cuarenta Carabineros en el momento que iba á abandonarlo. Los carlistas posesionados de las casas se defendieron con gran valor hasta las ocho de la noche que intentaron una salida, siendo rechazados por los Carabineros que los recibieron con una descarga, los atacaron á la bayoneta y les obligaron de nuevo á encerrarse en ellas, á excepción de doce que pudieron escapar con el cabecilla. Los restantes temiendo las resultas de un inmediato ataque, se rindieron á discreción en número de cincuenta y uno entre ellos cuatro heridos.

Cucala andaba fugitivo y errante, para eludir la acción de tantas columnas combinadas como cayeron sobre él. Con objeto sin duda de mejorar su dificil situación, esquivando la persecución, se internó con los que se le reunieron en las agrestes montañas del Maestrazgo, tanto por prestarse á ello la configuración del terreno donde era más facil tener alguna tranquilidad, cuanto por estar menos guarnecido de tropas.

Cuando Cucala se creía libre de la persecución de las columnas, tuvo la osadía de intentar apoderarse de Cervera del Maestre. Para realizarlo, á las dos de la madrugada del 30 de Noviembre, con el mayor silencio se posesionó del Castillo, de algunas casas y de las principales salidas del pueblo. En los primeros momentos quiso aprovechar el descuido de los vecinos para desarmar individualmente á los voluntarios por medio de amaños, y aunque llegó á sorprender á varios, no pudo evitar que á las seis se rompiera el fuego y que en una hora fueran rechazados los suyos de todas las posiciones que ocupaban y precisados á emprender la retirada. Tan pronto como se supo el ataque marcharon en socorro de Cervera desde Alcalá de Chisvert, las columnas mandadas por el teniente coro-

nel Pacheco y capitán Don Anselmo Padín, las cuales una vez llegado á dicho pueblo retornaron al punto de partida en vista de la retirada del enemigo, y de la necesidad de no dejar desguarnecido, al que se consideraba como foco principal de la insurrección.

Al siguiente día 1.° de Diciembre, Pacheco salió para Torreblanca y el capitán Padín que no contaba más que con 74 Carabineros, quedó en el pueblo esperando instrucciones, é interin llegaban, conociendo el espíritu que reinaba en la localidad, creyó necesario, como medida de seguridad, ocupar la torre de la iglesia con diez Carabineros y establecerse con los demás en la casa ayuntamiento. No había transcurrido una hora desde la marcha del teniente coronel Pacheco, cuando la facción Cucala, se posesionó de varias calles y reforzada con los vecinos del pueblo que levantó en armas el llamado Coqueta, rompió el fuego contra los Carabineros al que contestaron estos desde los puntos que ocupaban. Viendo los carlistas que no se rendían sus contrarios, trataron de incendiar la casa ayuntamiento y la torre; pero lo impidió una sección de Carabineros que salió de la primera y los arrojó de sus posiciones y avanzadas. A la media hora volvieron aquellos á reanudar el ataque con mayor brío y de nuevo fueron rechazados por la misma sección y cinco compañías de Cazadores de las Navas que, inesperadamente llegaron al lugar del combate, viéndose los carlistas precisados á ponerse en fuga favorecidos por la obscuridad de la noche y la copiosa lluvia que caía en aquellos momentos.

No desistía Cucala de su propósito de entrar nuevamente en Alcalá de Chisvert, y el 2 de Diciembre se hallaba cerca de aquella estación amenazando á los empleados. Para reforzar á Padín, que estaba solo en

el pueblo con sus carabineros, por haber seguido las compañías de las Navas á Valencia, llegó por ferrocarril la columna Pacheco compuesta de dos compañías de Mérida y cuarenta Guardias civiles. En el pueblo quedó las dos compañías de Mérida con treinta Carabineros y Padín con la fuerza restante emprendió activamente las operaciones contra Cucala, con orden de seguirlo sin descanso en cualquier dirección que tomara.

Con objeto de no ser visto encaminó la columnapor veredas y sitios ocultos, burlando así la vigilancia del enemigo. Dividió su fuerza en varias fracciones, las colocó convenientemente para que cayeran á la vez sobre la partida. y se dirigió con ellas al camino de la sierra Engarcerá. Al presentarse en un olivar, situado á unos cien metros del pueblo y paso obligado de retirada para el enemigo, encontró á los carlistas, los cuales hicieron fuego contra las tropas, contestándoles éstas por espacio de media hora, hasta que disperso el contrario abandonó el campo, dejando en poder de la columna tres muertos y 24 prisioneros.

Diseminada la facción Cucala, consiguió aumentarla llegando su fuerza á quinientos hombres, á la que se unió otra mandada por el cabecilla Polo, que las perseguía de cerca una compañía de la Guardia civil, al mando del bizarro comandante capitán del mismo Instituto Don Nicomedes Llorach, y en combinación con ésta, la del teniente coronel Don Eduardo Maturana, con tres compañías.

A conocimiento de ambos jefes llegó el 19 de Diciembre, que en Benasal se encontraba Cucala y Polo, y en consecuencia proyectaron una acción combinada contra las mismas, para ejecutar la cual, Llorach marcharía á dicho pueblo pasando por Culla, y Maturana

iría por las Segarras. Al llegar á este punto emprendida la operación, la vanguardia del último divisó, á las once de la mañana á los carlistas que en dirección contraria, bajaban por el camino de Albocácer. La facción, tan luego como avistó á la columna, varió de rumbo tomando el de Villar de Canes, y entonces Maturana mandó dos secciones por distintos caminos para cortarle el paso, mientras que su vanguardia, aceleraba la marcha, daba alcance y rompía el fuego, cerca ya del último pueblo mencionado en el cual se había hecho fuerte un centenar del enemigo, bajo la protección de los restantes, establecidos en sierra Mardina y posiciones intermedias. Así éstas como el pueblo cayeron en poder de las tropas en el espacio de cuatro horas que duró el combate; pero las de la sierra de situación muy ventajosa, las defendieron con tal tenacidad que su posesión hubiera costado grandes pérdidas, á no ser por la oportuna llegada del comandante capitán de la Guardia civil Don Nicomedes Llorach con su fuerza.

Este jefe, según había convenido con Maturana, tomó la dirección de Culla, y á las once, hora en que el segundo empeñó la acción, se hallaba en la Masia de Clot, término de aquel pueblo. Comprendió al oir el fuego la urgencia de su auxilio á la otra columna, que sólo llevaba ciento cuarenta hombres; y como para ir á prestárselo siguiendo el camino ordinario necesitaba cuatro horas, marchó á campo travieso al lugar del combate, sin más guía que las contínuas descargas que percibían. Al llegar, avanzó resueltamente á pesar del mortífero fuego que recibía de los carlistas, siendo contestado con denuedo por los Guardias civiles, pero observando el citado jefe, que la lucha era bastante porfiada, y que sinó hacía un supremo esfuerzo para ven-

cer al contrario, se prolongaría la pelea por oponer una tenaz resistencia, arengó á su tropa, ordenándole atacara á la bayoneta. No necesitaban tanto estímulo aquellos decididos Guardias civiles, que sólo esperaban este mandato para acometer con valor temerario contra los facciosos, los que ante el terror que les causó tan brusca acometida, abandonaron las escabrosas y fuertes posiciones que ocupaban, retirándose en vergonzosa y precipitada fuga hacia Benasal y Villafranca.

El comandante Llorach y su fuerza alcanzaron una completa victoria y con su oportunidad libraron á la columna Maturana, de ser derrotada.

Provincias de Castellón y Teruel

CAPITULO VIII

Acción de Peñarroya

1873. El 3 de Enero entró Cucala en Ca ig con unos doscientos cincuenta hombres, permaneció una hora en el pueblo y luego se fué á Vinaróz y Benicarló puntos en que destrozó la vía férrea y sus estaciones. Al siguiente día en que este cabecilla estaba por Alcanar y San Carlos de la Rápita se vió á Ferrer en Santa Bárbara y el 5 se encontraba reunidas en Roquetas las facciones de Cucala, Ferrer y Panera que sumaban un total de 650 hombres.

Pudieron las calumnas más próximas ponerse en su seguimiento; la del capitán Don Anselmo Padin de ciento treinta y tres carabineros, 52 cazadores de Mérida y 13 caballos de Sagunto, salió de Chisvert para San Mateo, en donde se hallaban la del comandante capitán de la Guardia civil don Don Nicomedes Llorach, de ciento cuarenta y siete Guardias civiles de infantería y trece de caballería y la del teniente coronel Don Eduardo Maturana, de tres compañías de Barcelona. Puestos de acuerdo sus jefes convinieron en buscar á Cucala y al efecto Padin, iría por Chert á Rosell; Maturana, por Canet; á La Cenia; y Llorach á Ulldecona. Con estos movimientos coincidieron los de las columnas de Carabineros Arjona y Castro, por los cua-

les pasó ésta de Herbes á Horta y aquélla, de Castellfort á Herbeset.

Las facciones desde Roquetas fueron por Cherta Prat de Compte y Pinell á Gandesa. En este pueblo entraron el 7, soltaron 33 presos que había en la cárcel, sacaron contribuciones, quemaron el registro civil y después por los puertos de Beceite, se encaminaron á Peñarroya á donde llegaron el 9, á las seis de la mañana. Las columnas Llorach, Maturana y Padin, iban siguiendo las huellas de los carlistas; y Arjona y Castro, tan luego como averiguaron que aquellos trataban de ir á Gandesa, marcharon á cerrarles el paso, más no tuvieron tiempo, pues aunque el 8 salieron precipitadamente de Horta, reforzados con 186 voluntarios de Vallderrobres, Beceite y Cretas, y fueron á Prat de Compte y Bot, donde según se decía, estaban las facciones, al llegar al último pueblo se encontraron con que el enemigo, noticioso de estos movimientos había retrocedido, tomando la dirección de los puertos. Al día siguiente mandandas por el comandante Don Juan Arjona las dos columnas y desembarazadas de los voluntarios que como gente poco acostumbrada á las fatigas, no podían seguir á los carabineros, llegaron á Beceite momentos antes de abandonarlo los carlistas; en vista de lo cual forzaron la marcha cuanto le fué dable, destacando antes al capitán Don Juan Vizcaino con alguna fuerza para cubrir á Valderrobres y evitar que las facciones penetraran en este pueblo. A las nueve de la noche avistó la tropa á Peñarroya en donde desde las seis de la tarde se hallaban tranquilos y descuidados los cabecillas Cucala, Ferrer y Panera con unos setecientos hombres porque no podian suponer que se les siguiera durante catorce horas. Los trescientos carabineros que llevaba los distribuyó

Arjona en la siguiente forma; sesenta atacarían al mando de Castro la parte S. del pueblo; igual númemero, al de capitán Don Joaquín Alegre, la del N., el alferez Don Santiago Ara, con otros tantos, cubriría la salida á los puertos; y él se quedaría con el resto para acometer de frente á los carlistas.

Al ocupar sus puestos de ataque las distintas facciones de la columna, el disparo de arma de un centinela enemigo sembró la alarma entre las facciones, que en los primeros momentos, para salir de la crítica situación en que se veían, intentaron escapar por la parte baja del pueblo: mas, repelidas por las columnas de ataque, no les quedaba otra esperanza de salvación que la huída hacia los puertos, cayendo todos sobre el Alferez Ara que le cerraba el paso, y así lo efectuaron. Este oficial sostuvo un sin igual y sangriento combate y, arrollado por el enemigo, hubo de replegarse, dejando en su poder tres prisioneros y cuatro muertos de arma blanca. Dueños los carlistas de un punto con cuya posesión aseguraba su línea de retirada, se volvieron contra la columna, sosteniéndose entonces, y durante dos horas, por ambas partes, un vivo fuego casi á quema ropa, que terminó al apoderarse los Carabineros de la posisión que ocupaban aquéllos. El enemigo se retiró hacia Corachar y Arjona pernoctó en Peñarroya; el primero perdió en el combate treinta prisioneros, bastantes efectos de guerra, gran número de heridos y diez y seis muertos y al segundo le costó seis muertos tres, heridos, tres prisioneros y algunos contusos.

CAPITULO IX

Desmanes de los carlistas.—Son atacados y desalojados de Benicarló.—Derrota de Cucala, Merino y otros cabecillas.—Otra derrota de Cucala en unos olivares.

1873.—Las confidencias recibidas en la capital del Maestrazgo, daban á conocer que había entrado Cucala con unos setenta hombres en Carachar y al obscurecer en Vallibona. De los otros cabecillas nada mas podia precisarse que la entrada en Rosell y La Ceni?, de una partida de cuarenta hombres. Las columnas, por su parte se encontraban; la del teniente coronel Don Eduardo Maturana, hacia Fredes, buscando á Cucala, otras tres de Cazadores de Barbastro en Bojar, cortando la retirada á los derrotados de Peñarroya.

A pesar de sus continuos movimientos, no pudieron las columnas en algunos días dar alcance á las facciones por la incertidumbre en que estaban acerca del paradero de éstas, y no hubo combate hasta el 20 de Febrero, en que sostuvieron una hora de fuego la parpartida de Cucala y los voluntarios de la Jana, á los cuales no consiguió rendir el cabecilla. Al día siguiente estuvo dicha facción en Benicarló, donde quemó la estación del ferrocarril y destruyó la línea telegráfica. El capitán de Carabineros Don Anselmo Padin que salió aquella mañana de Ulldecona con su compañía, no-

ticioso en Vinaroz de los desmanes que estaban cometiendo los carlistas en el espresado pueblo, aceleró la marcha y llegó á él á las once, cuando ya aquéllos, advertidos de su aproximación, lo abandonaron tomando el camino de Alcalá de Chisvert, no sin presentar una ruda resistencia en las últimas casas y en el ermitorio de San Gregorio; mas desalojados de todas las posiciones en que se defendían, tuvieron que retirarse á la Sierra de las Atalayas perseguidos por los Carabineros hasta que por haber perdido las huellas del enemigo, y teniendo en cuenta lo penoso de la jornada, consideró Padin necesario regresar á Benicarló para dar descanso á los suyos.

Persiguiendo á Cucala, despues de una marcha muy penosa de once horas llegó á Culla el comandante capitán de la Guardia civil Don Nicomedes Llorach con ciento cuarentisiete individuos del mismo instituto, encontrando posesionadas del pueblo y sus inmediaciones á las partidas de Cucula, Martínez, Merino y otros cabecillas en número de doscientos cuarenta hombres. Los Guardias civiles no obstante su cansancio é inferioridad numérica avanzaron resueltamente contra el enemigo, que le dirigió un nutrido fuego desde las excelentes posiciones que ocupaba. El combate duró una hora, y dió término á la porfiada resistencia presentada por aquél, cuando el comandante Llorach á la cabeza de sus decididos Guardias, tomó á la bayoneta el punto culminante de los que defendían los carlistas, introduciendo entre éstos tal confusión y espanto, que se vieron precisados á huir despavoridos en varias direcciones, favorecidos por una densa niebla, y por la obscuridad de la noche, dejando en el campo algunos muertos y heridos.

Al día siguiente, después de nueve horas de mar-

cha, el comandante Don Juan Arjona con ochenta Carabineros, alcanzó á la partida Cucala en unos olivares. Al avistarla, á pesar de estar fatigada su tropa de las penosas y largas jornadas que hicieron por ásperos terrenos, dispuso que se adelantara una sección, la cual inició el combate, cargando al enemigo con gran denuedo, no obstante dificultar el avance la espesura del arbolado. Roto el fuego por una y otra parte, y parapetados los carlistas en los vallados, fué preciso desalojarlo de sus posiciones con un ataque á la bayoneta, que bastó para diseminar la partida, la cual encontró su salvación en las escarpadas montañas. Coincidió con esta carga la aparición por la izquierda del capitán de la Guardia civil Don Sebastián Recarte, con una compañía del mismo instituto, que atacó valerosamente á los carlistas, con lo que acabaron de desmoralizarse, viéndose precisados á arrojarse por barrancos y precipicios para librarse de una muerte inevitable.

Provincia de Cuenca

CAPITULO X

Los carlistas sitian á Cuenca.—Descripción bajo el punto de vista militar de la Ciudad. Su escasa guarnición.

1874.—En los primeros días del mes de Julio quedaron interrumpidas las comunicaciones de Cuenca con el límite de Valencia y se recibieron avisos de que numerosas fuerzas enemigas habían atravesado el confin y estaban en Cañete.

Eran las capitaneadas por el titulado infante don Alfonso, á quien acompañaba su esposa Doña María de las Nieves, conocida por Doña Blanca en el ejército liberal, el cual llevaba como jefe de Estado Mayor al titulado general D. Joaquín Freixas y contaba con una división llamada de Valencia á las órdenes de Monet, constituida por dos brigadas, la de Játiva y la de Chelva, y con la brigada independiente de Castilla mandada por Villalain, formando un total de siete batallones, una batería de montaña y tres escuadrones de caballería ó sea cinco mil infantes, cuatro piezas y trescientos caballos. Después fué para cooperar á las operaciones una fuerza de seis mil hombres capitaneada por Cucula y compuesta de seis batallones de la división de Maestrazgo. Don Alfonso caminó desde Cañete por Pajaroncillo, Cañada del Hoyo y La Cierva y

se presentó en la noche del 12 en las puertas de Cuenca, ocupando en seguida las avenidas de la población, coronando las alturas que la dominan y enviando destacamentos qu inutilizaran el telégrafo para interumpir las comunicaciones con Madrid.

Cuenca está situada en la confluencia de los ríos Júcar y Huécar y se halla dividida por éste en dos partes, una, en la orilla derecha, la más antigua llamada la Ciudad vieja que se asienta en una eminencia, y otra, en la orilla izquierda de construcciones modernas donde reside el comercio y está la principal riqueza de la población, denominada la Carretería, llana y más baja que la anterior. Varios puentes sirven para la comunicación de ambas. La colina ó cerro titulado de San Cristobal, donde está la primitiva Ciudad, es de roca, escarpado, y las calles que lo surcan son estrechas y tortuosas, lo que hace penoso el tránsito; su aspecto, desde el exterior, es el de una piña de casas, por las desigualdades del terreno, que presentan los edificios del interior mucho más elevados que los del primer término. Se puede considerar dividida esta zona de la población en tres distritos; el de arriba donde se comprende la plaza Mayor, las plazuelas de San Martín, Santa María y del Carmen, la bajada al río hasta el matadero y San Gil, con todas las calles y cacallejuelas que relacionan estos centros principales; el segundo ó del centro, en el que están la plazuela de Santo Domingo, el Cerrillo de Santiago, el Peso, el juego de pelota, las calles de Cordonero y de Palafox; y el tercero ó de abajo donde se hallan las plazuelas del Salvador y de las Escuelas, el Pósito, el Rastro, la Misericordia y la Ventanilla, los cerrillos de San Agustín y de San Roque, calles de la Moneda, del Agua, de Madereros y otros de menos importancia

Esta parte de la Ciudad estuvo antiguamente cercada de murallas que se extendían por ambos lados, alzándose sobre peñascos hasta finalizar en lo alto, donde existía un Castillo casi inexpugnable en aquellos tiempos; completando entonces sus defensas la facilidad de inundar el llano con agua del Huécar detenidas por presas, medio con el que se hacía imposible la entrada por el punto, al parecer más vulnerable. En la época de que nos ocupamos, las murallas habían desaparecido, pero en su lugar se veian algunos muros aspillerados, que por ser inaccesibles desde el extremo en muchos puntos, resultaban de gran poder defensivo; restando tan solo al extremo E., el más elevado de la Ciudad, el Castillo ó Ruinas de la Inquisición, como también se llama, en mal estado de conservación, aunque en él se habían hecho varias reparaciones el año anterior.

La Carretería estaba abierta y no tenía más obras de defensa que aspilleras en las casas; era el punto débil de la población. Seis puertas principales y tres llamados postigos dan entrada á la Ciudad; la del Castillo al E., adonde llegan los caminos de Palomera y de Mariana, llamada así por estar en la inmediación de aquel edificio; la de San Pablo, al S E., que comunica con el elevado puente del mismo nombre sobre el Huécar; la de Valencia, al S., en donde desemboca la carretera de Minglanilla; la del Postigo, al O., que conduce á Nohales; la de Madrid, en que termina la carretera de Tarancón, con puente sobre el Júcar; y, finalmente, la de San Juan, al N., en el camino de Embid. Los postigos de menos importancia, por ser secundarias las vías á que dan acceso, estaban cerrados por tapias aspilleradas.

Los alrededores de la población sin alturas al S y

S O., son montañosos y quebrados en las demás direcciones, dominándola por el N. el muy elevado cerro del Rey de la Magestad, á corta distancia del caserío, y por el S., el más alejado del Socorro, con otro que es estribación suya, llamado de Molina; separados los tres del de San Cristobal que está al E, y en cuya falda es, según hemos dicho donde se asienta la ciudad vieja, por las angosturas tituladas Hoces, que recorren á bastante profundidad entre tajadas rocas, los dos mencionados ríos. El terreno es despejado, con poca arboleda y no muchas casas; donde más abundan una y otras, es en las orillas del Huécar.

Cuenca no estaba desprovista de guarnición pero la que existía era éscasa para el recinto que tenía que defender. Componíanla cuatro compañías del batallón reserva de Toledo, unos cuatrocientos cincuenta hombres en conjunto; setenta caballos del primer escuadrón del Regimiento provisional de Carabineros, sesenta lanceros del regimiento de caballería de España; treinta guardias civiles montados y diez á pie y cuatro piezas rayadas servidas por once artilleros, lo que daba un total poco mayor de seiscientos combatientes, de los cuales estaban montados ciento sesenta.

En la noche del 12, los carlistas cercaron por completo la ciudad extendiéndose en una zona de medio kilometro colocando fuertes guerrillas en zanjas que abrieron durante la noche para ponerse á cubierto de los fuegos de la plaza y ocupando casas de campo con análogo fin.

CAPITULO XI

Los carlistas empiezan el ataque de Cuenca.—Su guarnición se defiende heroicamente.

Tomadas por el Gobernador Militar, brigadier don José de la Iglesia, las primeras disposiciones, se situó en la plaza con una reserva de sesenta hombres de la de Toledo y al amanecer del 13, mandó tocar diana.

Sin duda el enemigo tendria la orden de comenzar el ataque á este toque, y creyéndolo de sus cornetas, rompió el fuego simultáneamente desde todas las alturas que rodean la ciudad; fuego á que la guarnición contestó con energía. A las siete de la mañana apareció por la parte de Palomera una gruesa columna de infantería y caballería, observando en seguida que por el lado opuesto de la ciudad, esto es, hacia la Carretería se hacía cada vez más nutrido el fuego.

El brigadier bajó á aquel barrio, saliendo por la parte del Postigo y se avistó con el teniente coronel primer jefe de la reserva de Toledo que estaba encargado allí de la defensa, y que se sostenía valientemente, habiendo ya escarmentado al enemigo en un avance que éste había intentado; ordenando se evacuase la Carretería, porque era peligroso sostenerse en este barrio con 150 hombres que dicho jeíe tenía á sus órdenes. Con esta fuerza reforzó la línea que se extiende desde la puerta de Madrid á la de Valencia ó sea á la margen del Huécar. Uno de los comandantes

de la reserva de Toledo quedó encargado de la defensa de la primera puerta mencionada y del edificio del Instituto; el de igual clase de la Guardia civil D. Juan Ballesteros, de la del Postigo y la de San Minglanilla; y el de Carabineros D. Ismael González, de la de Valencia y calle de la Moneda. Otro comandante de la reserva de Toledo D. Segundo Alonso, estaba encargado desde la noche anterior, de la defensa de las Ruinas de la Inquisición. El Teniente Coronel jefe del mismo batallón D. Francisco de la Peña Arévalo,quedó á las inmediatas órdenes del Gobernador Militar.

En cuanto los carlistas notaron el movimiento de concentración en la ciudad vieja y que estaba sin defensa por falta de fuerza, la carretería, avanzaron á ésta, apoderándose de las casas de la orilla izquierda del Huécar, donde se parapetaron para hostilizar á cubierto á los defensores de la orilla derecha, siendo seguidos de los titulados infantes Doña María de las Nieves y D. Alfonso, que se alojaron en aquella parte de la población con gran algazara de los suyos.

El fuego continuó sin ninguna interrupción hasta las siete de la tarde que cesando de hacerlo el enemigo, cesó también el de la guarnición. A los pocos momentos se rompió otra vez por ambas partes y continuó toda la noche con intervalos tan cortos, que ninguno llegó á un cuarto de hora, de modo que el soldado no pudo descansar un solo instante.

Al amanecer del 14 dieron los carlistas un ataque general, arrojando al mismo tiempo, granadas sobre la ciudad, el cual fué valerosamente rechazado por la guarnición, hiriendo ó matando á los primeros que se lanzaron á atravesar el Huécar y á los que por la parte opuesta trataron de tomar las Ruinas de la Inquisición. En vano sus cornetas tocaban ataque; pues

frustrado su primer intento, no avanzaron un paso más, si bien siguieron sosteniendo todo el día un nutrido fuego que no permitió tampoco que ningún indivíduo de la guarnición se entregase al descanso, á pesar de llevar cuarenta y ocho horas en la aspillera sin haber tomado más alimento que pan y vino. Por la noche una fuerza ne zuavos atravesó sigilosamente el Huécar, cerca de su desembocadura en el Júcar, con objeto de apoderarse de las últimas casas que dan sobre este río. A conseguir su intento, los defensores de la puerta de Madrid y del Instituto, hubieran sido atacados por la espalda, pero comprendida por el gobernador militar la posibilidad de este ataque, había hecho que doce lanceros y un sargento, armados con fusiles, pues ya carecía de otras fuerzas, ocupasen aquellas casas al anochecer. Esto unido á la vigilancia del comandante Carrero frustró el ataque de los zuavos, que fueron descubiertos y rechazados. Diversas tentativas que el enemigo hizo por la calle del Agua y Ruinas de la Inquisición tuvieron el mismo resultado. Amaneció el 15, y los facciosos sólo habían conseguido establecerse bien en las casas de la margen izquierda del Huécar y como desde ellas á las de la orilla derecha hay corta distancia, procuraba desalojar á los defensores, sosteniendo un nutrido fuego y aún haciendo algunos disparos con perdigones á las aspilleras.

Al llegar á este momento del combate, los carlistas estaban desesperanzados de apoderarse de la Ciudad y temiendo que no tardarían en arribar fuerzas en auxilio de la guarnición de Cuenca, hablaban de retirarse y renunciar al asalto, cuando D. Alfonso reanimó con palabras llenas de fuego á los que vacilaban. Este y la llegada de los seis batallones carlistas de Cu-

cala de que anteriormente se ha hecho mérito, determinaron la continuación del ataque.

No se temía un nuevo asalto; las tentativas anteriores habían sido duramente castigadas, de modo que se confiaba pasar el día sin que progresase el enemigo, pero sobre las diez y media de la mañana recibió aviso el brigadier de que los carlistas estaban dentro de la plaza, que habían entrado por la puerta falsa de una casa; adoptó las medidas urgentes que el caso requería para contrarrestar este incidente, ordenando al Comandante Carrero de la reserva de Toledo que se retiraba, se colocara con su gente frente á la Administración de correos diciéndole que por su izquierda estaban tomadas las bocacalles, y que, por consiguiente, se mantuviera firme sin temor de ser cortado. Las fuerzas situadas en las calles de derecha á izquierda de la iglesia de San Felipe, podían sostenerse también, pero los valientes primer jefe de la reserva de Toledo D. Francisco de la Peña, y Capitán de Carabineros Comandante de ejército D. Ismael González, que se sostenían tenazmente en la puerta de Valencia y sus inmediaciones, estaban expuestos á ser cortados.

El brigadier tomó algunos hombres y con ellos y el alferez de Carabineros D. Manuel Carmona Muñoz bajó por frente al Cuartel de la Guardia civil, en tanto que su ayudante, el teniente coronel graduado D. Manuel de la Iglesia con el ayudante de carabineros don Ramón Rabadán y algunos soldados bajaban hacia la puerta de Valencia para ponerse en comunicación con el comandante González. Pronto fué detenido en su marcha, pues el enemigo estaba posesionado ya de la mayor parte de las casas y comprendió que era imposible recobrar el terreno perdido. Ordenó al teniente Carmona qne se defendiese todo lo posible en aquel

punto para que pudiera retirarse el bizarro comandante D. Ismael González y previno á éste que se replegase con su fuerza hacia San Felipe. Esta retirada se hizo lentamente y disputado el terreno á palmos, pero no sin tener que lamentar algunas pérdidas, entre otras la del bravo teniente coronel de Toledo ya citado D. Francísco de la Peña. Las fuerzas contrarias aumentaban á cada momento y previendo que pronto sería imposible sostener la línea establecida, trató de ocupar otra á retaguardia. En consecuencia dispuso la construcción de una barricada en la calle Mayor al pie de la subida á la Diputación provincial y que el comandante de la caja de quintos D. José Maldonado diera orden al de su clase Carrero para que verificase su retirada por la puerta trasera de la Diputación y se sostuviera en aquel edificio, é hizo ocupar algunas casas de la calle Mayor. De este modo quedaba establecida una nueva línea, que contaba poder defender algún tiempo porque no abandonaba la esperanza del socorro y una hora que se alargase la resistencia, pudiera ser la salvación de la ciudad y su guarnición.

CAPITULO XII

Continúa la heróica defensa de Cuenca.—Su capitulación.—Desmanes y atrocidades cometidas por los facciosos en la ciudad.—Cínica y cruel contestación de Doña Blanca.—Los carlistas abandonan la ciudad con los prisioneros.

Cuando tomaba estas disposiciones, las voces de «que nos cortan», dadas á su retaguardia, le anunciaron un nuevo peligro. Subió como pudo hacia donde partieron los gritos, —pues ya le era imposible correr por hallarse sus fuerzas materialmente agotadas—y se encontró una veintena de hombres con el teniente graduado, sargento primero de Carabineros Don Juan Segura, que estaba en la calle Mayor en la desembocadura de un callejón por donde habían aparecido los carlistas. Animó á aquél puñado de valientes, se puso á su cabeza y consiguió rechazar á una compañía facciosa, que á no haber sido descubierta hubiera podido tomar algunas casas de la calle y comprometido más aún su harto ya grave situación. Alejado el peligro y dejado convenientemente guardado aquel punto, volvió hacia la barricada que había mandado construir en la cual había una pieza cargada con metralla para recibir á los primeros que se atreviesen á desembocar en la calle. Mandó replegar á la fuerza que estaba en las inmediaciones de San Gil, donde quedó como siempre el

último sufriendo el fuego del enemigo el comandante de Carabineros Don Ismael González.

Contaba con defenderse en aquella línea algunas horas; pero el enemigo consiguió apoderarse de la Diputación provincial,punto que le sirvió de apoyo.siendo forzoso retroceder.

Ordenó, pues, la retirada comprendiendo que era imposible exigir más de una tropa que llevaba sesenta y tantas horas sin un momento de descanso, sin haber tomado más alimento que pan y vino, sin ese ánimo que infunde en el soldado el buen espíritu de la población, que hace que hasta las mujeres vayan á apagar la sed del que combate en una aspillera; que veía por el contrario, las puertas de las casas cerradas, y que en aquella hora se encontraba sin un voluntario á su lado.

Se emprendió lentamente el movimiento, no dejando ni un cajón de municiones,ni un cañón,ni un caballo,pues todo se llevó á las ruinas de la Inquisición, edificio mal llamado Castillo. En la plaza, á la entrada de la calle de San Pedro, mandó se quedasen con él media docena de hombres para hacer algunos disparos cuando desembocase el adversario, y dar tiempo á que se reunieran las fuerzas; pero las reflexiones del comandante Don Ismael González y de su ayudante Don Manuel de la Iglesia, que se ofrecieron á quedarse en aquel punto, le hicieron desistir de su propósito y subió detrás de la guarnición.

Estos dos valientes jefes todavía detuvieron algunos minutos al enemigo y por último se incorporaron en el Castillo.

Allí era inútil toda resistencia; al elevar las ligeras fortificaciones que rodeaban la ciudad, no se había tenido en cuenta que aquel debía ser el reducto de segu-

ridad, y sólo se fortificó la parte que daba al campo; de modo que no tenía defensa hacia el interior que era precisamente, por donde les atacaban. Reunió á los jefes y les preguntó si creían que restaban elementos para resistir ó encontraban algún medio de salvación; todos convinieron en la imposibilidad de continuar la resistencia; pero el comandante Don Ismael González, en cuyo valiente ánimo no cabía el desaliento, dijo; «póngase usted á la cabeza, mi brigadier, yo sostendré la retirada y salvémonos por el campo». Entonces le señaló la puerta; un exceso de precaución había hecho al comandante encargado de la defensa de aquel punto aglomerar tantos materiales sobre ella, que se necesitaba mucho más tiempo del que podían disponer para desembarazarla.

Agotados todos los elementos para continuar resistiendo y sin esperanza de socorro, fué preciso capitular el 15, después de tres días de contínuo combate, convencidos que toda resistencia hubiera sido totalmente imposible al ver que el puñado de hombres que defendían á Cuenca sólo habían cedido el campo á la respetable fuerza de 16 batallones, 500 caballos y cuatro piezas de artillería formando un conjunto de más de doce mil combatientes á las órdenes de Don Alfonso en persona; quedando prisioneros de guerra la guarnición.

El escuadrón de Carabineros puso el nombre del cuerpo á una altura colosal con su bravo capitán Don Ismael González, siempre en el puesto de más peligro, é inútil sería poder señalar los rasgos de valor desplegados por los individuos del mismo. En este rudo combate sostenido de un modo tenaz por una y otra parte, durando el fuego sesenta y ocho horas, sin comer ni dormir, ni un instante de reposo, resultaron heridos el citado capitán, los tenientes Don José Sala y Don Ra-

món Rabadán y de gravedad el sargento 2.° Francisco González; con un balazo en la quijada derecha el carabinero Clemente Oliva y extraviado, ignorando su suerte, el carabinero Antonio Toro, distinguiéndose notablemente el cabo 2.° Leonardo Labordeta Obejas, y carabinero Don Miguel Castrillo Fernández.

La Guardia civil con su comandante Don Juan Ballesteros se batieron con el arrojo y valentía proverbial en tan bizarros veteranos; haciéndose superiores á la fatiga; el resto de la fuerza dió muestras de ese valor que siempre ha caracterizado al soldado español, pero tantas horas de fatiga y de pelear, habían aniquilado por completo las fuerzas de los reclutas de la reserva de Toledo y nada era ya posible exigir de aquellos hombres extenuados de cansancio.

Dueños los carlistas de la capital, se vengaron de tan porfiada resistencia cometiendo los más inícuos desmanes; incendios, atropellos, robos, asesinatos y violaciones.

Cuando todavía no se habían apoderado por completo de la población, entraron algunos en la casa del capitán de la reserva Don Enrique Escobar, que indefenso y enfermo, se hallaba en ella y después de darle infinidad de estocadas y bayonetazos, vivo aún le arrojaron por un balcón á la calle, donde le pisotearon y escupieron, siendo ludibrio de aquellas hordas salvajes. La madre de este desgraciado quiso interponerse entre él y sus verdugos, pero la hirieron cobardemente; y no satisfechos todavía con tanta atrocidad, maltrataron á la criada y destruyeron cuantos objetos pertenecían á esta desventurada familia.

Iban por las calles divididos en grupos registrando las casas so pretexto de buscar armas y en presencia de sus moradores robaban lo que tenía algún valor y

destruían lo que no les acomodaba, llenando de groseros insultos á mujeres y niños; mas cuando por desgracia encontraban algún hombre donde había armas, aunque no fueran de guerra, le sacaban á la calle bastando que cualquier infame delator le calificara de «cipayo» como titulaban á los liberales para que sin más preparación ni indagaciones le fusilaran ó mataran á estocadas.

En la mañana del 16, aterrada la población por los horrores que había presenciado en la tarde y noche anteriores y viendo que seguían los fusilamientos de hombres indefensos é inocentes, se presentó una comisión de señoras á los titulados Infantes suplicándoles dieran orden para que no se derramara más sangre. La primera respuesta que dió la Infanta Doña María de las Nieves, fué que no podía acceder al ruego por que necesitaban sus soldados un rato de espansión y que pasado éste concedería lo que se le solicitaba, pero á pesar de la palabra empeñada siguieron los asesinatos, robos y desmanes en la misma forma que el día anterior. Entraron en una casa donde se hallaba un joven de 18 años, postrado en cama con viruelas, y por que no se levantaba tan pronto como se lo ordenaron, fué muerto á cuchilladas en los brazos de su angustiada madre.

Los carlistas continuaron los desmanes hasta el mismo instante, que evacuaron la plaza con los prisioneros, que fué el 18 por la mañana.

Provincia de Ciudad Real.

CAPITULO XIII

Copo en la Quintería de Padillo de la plana mayor del titulado brigadier carlista,cura de Alcabón,por una compañía de Carabineros.

1875.—El capitán de Carabineros Don Manuel Ollo Lambea, acantonado en Almagro con una compañía del mismo instituto supo entre una y dos de la madrugada del día 1 º de Enero, que la partida del cura de Alcabón iba hacia Siles, Borondo ó Ureña,caseríos de dicho pueblo, emprendiendo en el acto la marcha con dos oficiales y sesenta hombres de su compañía; sin embargo del hielo que había por todas partes, que les impedía andar, la apresuró, fatigando la tropa para llegar antes que se hiciese de día, teniendo presente que la fuerza enemiga era montada y la suya toda de infantería y que estaban en terreno llano comprendiendo la dificultad de darle alcance no siendo por sorpresa; pero en lugar de marchar sobre las casas de Ureña se dirigió á la Quintería de Padillo por ser un local que se halla situado al pie de una sierra y donde podía albergarse hasta 300 caballos.

Un cuarto de hora antes de llegar á este edificio obligó á los oficiales y tropa á quitarse el calzado con objeto de que no los sintiera el adversario, en el caso

de que allí se hallase; y al estar próximo á dicha propiedad la cercaron los alféreces Don Francisco Quirós y Don Vicente Ferrer, con veinte hombres cada uno, y el capitán con la fuerza restante se dirigió á la puerta, viendo por un agujero de ella, que los carlistas en tropel se preparaban á la defensa; mas á su voz de ¡pegarle fuego! acudió un gañán y la abrió. Hizo calar la bayoneta y penetró en el edificio con la firme intención de no disparar un tiro, encontrándose cerradas todas las puertas interiores y las ventanas de los graneros. Entonces ordenó que el alférez Ferrer, que ya se le había incorporado, quedase con diez hombres dentro del patio, y el resto de su tropa, lo distribuyó delante de las nueve puertas que conducían á las cuadras y habitaciones bajas, y cuando ya iba la fuerza á entrar dentro de una se rindió el carlista que la defendía entregando su espada. En el mismo instante se le abrazó pidiendo cuartel el titulado teniente coronel Don Félix Alonso Quirós. Creyó que debía concederselo, y al manifestarlo así en alta voz, se presentaron once facciosos, lo cual era debido también á que los Carabineros con gran arrojo habían entrado por todas partes cogiendo en uno de los cuartos, á medio vestir, al brigadier carlista cura de Alcabón. En el acto procedió á encerrar á todos y reconoció escrupulosamente el resto del edificio, encontrando entre los montones de paja que hubo necesidad de reconocer con las bayonetas, á tres enemigos medio asfixiado, y á otro escondido en un montón de leña. Reunidos los prisioneros resultaron 16; y habiendo preguntado al cura de Alcabón si aquella era toda la fuerza de su partida, dijo que faltaba un capitán á quien había dado licencia para ir á su casa, pues su gente era solo la plana mayor de la brigada que iba á formar en La Mancha y que la compo-

nía un brigadier, dos tenientes coroneles, un ayudante, dos capitanes, un oficial de administración militar, un teniente y cinco alféreces, un cabo, un trompeta y dos asistentes.

Ahogada en su nacimiento esta intentona continuó la persecución de otras partidas.

Provincia de Gerona.

CAPITULO XIV

Heróica defensa de Ripoll.—Su rendición. - Fusilamiento de un cabo y ocho carabineros.

1873.—El general Don Arsenio Martínez de Campos, pernoctó el 22 de Marzo en Ridaura cuando supo á las cinco y media de la mañana del 23, que los carlistas atacaban á Ripoll é inmediatamente se dirigió á este punto, con objeto de auxiliar á su destacamento.

Las fuerzas enemigas que llevaron á cabo esta operación se componía de los batallones 1.°, 3.° y 4.° de Gerona, el llamado de Zuavos, organizado recientemente con algunos extranjeros y desertores del ejército y un escuadrón de caballería y contaba con una pieza de artillería fabricada en Gerona. Don Alfonso y D. Francisco Savalls estaban al frente de ellas.

El cabecilla Barrancot había entrado en el pueblo de Ripoll y empezó el fuego contra lós Carabineros, empleando el cañón.

A la entrada del general Martínez Campos en el pueblo, le salieron á recibir multitud de personas, diciéndole que los carlistas acababan de salir con los carabineros y soldados que habían sido hecho prisioneros; sin pérdida de momento avanzó á la carrera con la vanguardia y siguió al mismo paso toda la fuerza que por la estrechez del camino iba un poco esparci-

da. Envió delante la caballería á galope por si podia alcanzar al enemigo antes de llegar á Campdevanol; aquella llegó á la entrada del pueblo, y fué recibida por una descarga general, y en su vista como le había prevenido retrocedió hasta encontrarse. A los cinco minutos se rompió el fuego y viendo que la posición en anfiteatro de este pueblo, con muchas casas esparcidas por las lomas de derecha é izquierda, hacía muy difícil el acceso á él, rompió el fuego con la artillería y envió flanqueos por las pocas accesibles alturas de ambos costados. No pudo la fuerza de la izquierda pasar el río Fréser, que venía muy crecido y arrebató los soldados que quisieron cruzarlo, viéndose éstos muy expuestos á ser arrastrados por la corriente. El enemigo, posesionado de aquel lado del pueblo, en número de más de mil, mandados por Savalls y Barrancont, con el hermano del Pretendiente, hizo bastante resistencia, parapetado en las casas y en las cercas.

El batallón de Cuba que no pudo cruzar el Fréser y al cual envió á las lomas de la derecha, adelantando una compañía apoyada por unos cuantos soldados de Cuba, entró en el pueblo y tomó varias casas; este movimiento que una hora antes le hubiera permitido envolver la posición aunque convenientemente, fué tardio. Su objeto principal, que era el de rescatar los carabineros, no podía tener ya efecto; estaba á tres jornadas largas de Gerona; tenía gastadas las nueve décimas partes de las granadas de artillería, las dos terceras partes de lás municiones del batallón de Cuba, y una cuarta parte de las del de Cataluña; por todo lo cual, aunque con pesar, y no haciéndoles fuego más que de la ermita, en aquel momento emprendió el movimiento de retroceso hacia Ripoll, siendo seguidos por unos

veinte ó treinta hombres que desde las cumbres les hacían algunos disparos.

Al regresar á Ripoll, se enteró de que á las nueve de la mañana del día 22, la guardia de San Eudaldo hizo la señal de que se acercaba el enemigo; el comandante militar del puesto dispuso que se cubriesen las entradas de la población á fin de impedir la de los carlistas; estos se apoderaron de una casa cerca de la villa, donde sostuvieron el fuego por espacio de tres horas, y al cabo, desplegadas en guerrilla, lograron entrar en la parte baja del pueblo. Entonces, se retiró la guarnición á los puntos previamente designados, y fueron reforzadas las guardias de San Pedro y San Eudaldo, con cuatro hombres más, hasta el total de doce individuos y una clase.

Como esta última fuerza causaba bastantes bajas al enemigo, para evitarlas avanzó este resueltamente, incendió la puerta principal de dicha iglesia é hizo un gran agujero por detrás del altar mayor, á fin de apoderarse de la guardia. No pudiendo conseguirlo, tocó el enemigo «alto el fuego», para intimar la rendición de aquella; pero desechada la intimación, continuó sus hostilidades con más intensidad, hasta que consiguió que se rindiera y se apoderó de la susodicha guardia.

Al anochecer recibió el jefe militar una comunicación del cabecilla Savalls, para que inmediatamente se entregase con toda su fuerza, y que de lo contrario saldría responsable de las consecuencias y que haría uso de la artillería.

El comandante militar Don Francisco Villanueva Segarra, despreció todas estas amenazas, y manifestó á la fuerza que él defendería su puesto hasta perder la vida y que confiaba que todos las clases é individuos harían lo mismo.

Sobre las ocho de la noche se presentó una comisión pidiendo la entrega de la guarnición, y que sinó, serían fusilados los individuos de la guardia de San Eudaldo; amenaza que también despreció.

Durante la noche siguió un nutrido fuego por todos los puestos; los carlistas también lo hacían, dedicándose otros á taladrar las casas fortificadas y á incendiar las puertas y ventanas con trapos empapados en petróleo.

Por la mañana, después de amanecido, siguió el fuego como toda la noche, y se apoderó el enemigo de las casas inmediatas, y desde ellas hicieron á las fortificadas un nutrido fuego, haciendo uso de la artillería, con la cual lograron abrir una brecha en uno de los tambores, habiéndose visto obligada la fuerza que lo defendía á desalojar esta posición y pasar á tomar otra del mencionado fuerte, hasta las nueve de la mañana del día siguiente, que el comandante militar mandó tocar parlamento accediendo á los deseos de Savalls, el que no respetando las leyes de la guerra ni el valor heróico de un corto destacamento de Carabineros de un cabo y ocho hombres, que cumpliendo con sus sagrados deberes militares defendieron con bravura el puente de San Eudaldo, habiendo la facción conseguido incendiar dicho puente y rendir aquella pequeña fuerza, después de morir dos axfisiados, pasó por las armas al poco rato de vencidos á este puñado de valientes.

CAPITULO XV

Los carlistas atacan furiosamente á Puigcerdá, siendo rechazados por su valiente guarnición.

1873.—A las seis de la mañana del día 9 de Abril, los carlistas en número de mil doscientos, mandados por el titulado general Don Francisco Savalls se presentaron en Puigcerdá, dividiéndose el enemigo en tres columnas; se dirigió la primera á ocupar la magnífica casa del señor Fabra, de sólida construcción levantada á doscientos metros al N. O. de la villa, la casa de labranza llamada Aldreu y los huertos intermedios; la segunda se posesionó de las casas de Puigcerdá de Cabanes y otras próximas á las puertas de España y empezó en seguida á hostilizar desde las aspilleras que en ellas abrieron; la tercera se apoderó de las casas de Gil de Escatllar contestando al fuego las tropas. Después de una hora de terrible fuego se pudo observar que otra columna enemiga dividida en pequeños grupos, escalaban intrépidamente á la vez todos los huertos situados desde más abajo del Matadero hasta las Fuentes de las Monjas, cuyas casas inmediatas ocupaba. La osadía de atacar á Puigcerdá por puntos naturalmente defendidos, es solo concebible en aquellos que no conocen su topografía. Debilmente dotada aquella línea de defensores, por que nunca podía imaginarse que sufriese un ataque, hubieran entrado muy pronto los enemigos en la villa, á no haber volado á refor-

zarla la reserva de treinta soldados. Principió entonces un combate encarnizado, formidable. Los colchones y los sacos de tierra, detrás de los cuales se guarecían los defensores, no bastaban á preservarlos de las balas de los enemigos, que disparaban solo á veinte metros de distancia. Aproximándose ellos muchas veces á cuerpo descubierto, caían por todas partes, derribados por nuestras armas pero eran reemplazados por mayor número, adelantando siempre con una audacia y una sangre fría, incomprensibles. Llegó un momento en que la lucha se hizo terrible, y fué preciso derribarlos á pedradas de la última tapia que les faltaba, asaltar, para encontrarse dentro de la villa; este último rasgo de la desesperada resolución de las tropas acabó por intimidarlos, y desde entonces sólo intentaron por aquel punto ataques parciales que fueron más facilmente rechazados. Era la una de la tarde; la espantosa lucha había durado seis horas; cayeron allí varios muertos y heridos. Al mismo tiempo y trepando cercas, habían llegado los carlistas de la primera columna hasta casi tocar la casa llamada de Paradera y los huertos contiguos; tal era su resolución de penetrar á toda costa. Pero convencidos de que pagarían muy caro un asalto recurrieron á la zapa para destruir el terraplén desde donde las tropas se defendían. Interrumpido á cada paso su trabajo por las descargas que con grande precisión les hacían, no hubieran podido tenerlo terminado hasta dos días después; afortunadamente abandonaron antes el sitio.

La gran fuerza concentrada en la casa Fabra, que hubiera podido hostilizar toda la cortina del N. O. cuya zona está cerrada por innumerables tapias de huertos, se veía privada de salir del edificio por los certeros disparos que desde lo alto de la torre parroquial les

hacían los hábiles tiradores allí colocados. Debieron sin duda causarles estos grandísimo daño, á juzgar por las espantosas manchas de sangre que en los suelos y las camas de aquella casa se encontraron; pero desde sus ventanas y de los agujeros que abrieron contestaban con igual acierto, haciendo penetrar no pocas balas por las aspilleras. La puerta de Francia y la cortina de N. E. fueron los únicos frentes que no sufrieron ataque; sólo pudieron sus defensores hacer algunos disparos cuando veían pasar á los carlistas que iban ó venían de las casas Clauselles, que saquearon. Fué hostilizado durante todo el día por los que ocupaban las casas llamadas de Gil de Escatllar; pero por la tarde numerosas fuerzas ocuparon las tapias que rodean el campo contiguo, las aspilleras para batir la muralla y aun algunos llegaron á saltar dentro del mismo, pero con una vigorosa salida se les rechazó inmediatamente, haciendo cesar aquel horrible fuego que había durado cinco horas. Durante la noche solo se hicieron allí algunos disparos.

El lienzo comprendido entre la escuela Pía y la puerta de España fué hostilizado frente al tinte de Don Isidro Vidal y el cuerpo de guardia que servía de defensa á la puerta de la villa: allí el fuego fué nutridísimo; escudados por las tapias de los huertos y por barricadas de balas de lana que sacaron de aquel establecimiento, arrojaron un verdadero diluvio de proyectiles, sin interrupción, durante veintiseis horas.

Guiados solo por el vandálico espíritu de destrucción que les animaba, á las tres de la tarde incendiaron con petróleo un taller de tintorería, y al principiar la noche, los porches y cobertizos de la casa de Puigbó. A las diez y sin que bastase el mortífero fuego para impedírselo, incendiaron los carlistas con petróleo la

puerta de España. El peligro era entonces inminente. Una vez reducida la puerta á cenizas, la gruesa pared que á toda prisa se había levantado detrás de ella por la mañana, debía derribarse por la rápida bajada que formaba la salida, y entonces era imposible detener el ímpetu devastador de aquel torrente de sitiadores, ávidos del rico botín que antes de entrar en combate les prometió Savalls. ¡El cuadro era sublime y terrible! Los defensores azotados por las llamas de la puerta contestaban con férvido entusiasmo á la infernal gritería y al espantoso fragor de las descargas de los enemigos, mientras que algunos otros valientes, despreciando la muerte, iban formando con sacos de tierra, con vigas con piedras y con toda clase de materiales, una colosal barricada que pudiese sustituir á la puerta carbonizada. Las mujeres tuvieron gran parte de mérito llevando hasta el pie de la obra los sacos de tierra que otras llenaban. El alcalde de la población, los jefes y oficiales, soldados, carabineros y Guardias civiles que componían la guarnición, todos rivalizaron en valor y abnegación en aquel trance supremo Al fin, gracias á los desesperados esfuerzos que se hicieron lograron extinguir las llamas de la puerta, que quedó convertida en carbón, llegando á desplomarse; la caballería carlista, que estaba ya apostada detrás de una casa inmediata para lanzarse dentro de la villa á la cabeza de las columnas de ataque tuvo que retirarse; y al estruendo horrible producido por la caida de la puerta sucedieron unos momentos de imponente silencio, expresión muy viva del desengaño que los enemigos acababan de sufrir. Despechados é impotentes para vengarse en quienes así les vencían, prendieron entonces fuego á cuatro casitas situadas frente á las Fuentes de las Monjas, pertenecientes todas á miserables

familias que quedaron reducidas á la suma indigencia.

Desde la media noche hasta el amanecer intentaron ataques por varios puntos y fueron en todos rechazados. A las cinco lo formalizaban hacia la casa de Parareda, y ya se disponían los liberales á resistirlo con vigor, cuando con sorpresa oyeron tocar retirada á los cornetas carlistas, viendo que fuertes masas empezaban á desfilar de su cuartel general, que tenían situado en la casa de campo llamada Malló á seiscientos metros de las murallas; y luego abandonar desbandadamente todos los puntos para emprender la retirada haciendo esto comprender que habian tenido aviso de la llegada de la columna del coronel Don José Cabrinety.

CAPITULO XVI

La columna Nouvilas en marcha para Olot.—Savalls sigue sus movimientos.—Empieza el combate. -Confusión y mezcla desordenada de las tropas de diferentes cuerpos.—El General Nouvilas cae prisionero con doscientos hombres

1874.—Con objeto de conducir un convoy á Figueras, el General Don Eduardo Nouvilas, se dirigió el 11 de Marzo á este punto. En Sarriá supo que los carlistas cañonearon á Olot y entraron en su recinto en la noche del 9, estrechando á los defesores y obligándoles á encerrarse en sus últimos fuertes. Resuelto á socorrerlos dispuso que el primer batallón de Navarra quedara en Sarriá para vigilar este punto, mantener las comunicaciones y adquirir noticias respecto á lo que ocurría en Olot y con el resto de su fuerza siguió á Orriols. Dispuso aquí que los Carabineros y los voluntarios escoltaran el convoy hasta más allá de Bascara y que pernoctasen en este pueblo y se le reunieran en Bañolas, hacia donde se dirigió él despues de dar un descanso á las tropas.

El General Nouvilas contaba en aquellos momentos solamente con dos batallones de escasa fuerza, 70 caballos y dos piezas de montaña, dando cuenta de lo que ocurría al General en Jefe para que esta autoridad adoptase por su parte las disposiciones que creyera del caso; y aunque pensaba esperar en dicho punto la

contestación, había sabido luego que por momentos iba siendo más obstinada la lucha é insostenible la situación de los defensores de Olot, se decidió el 13 á emprender la marcha para Besalú en cuanto se le incorporarse la fuerza que esperaba.

En Besalú supo por reiteradas confidencias que aumentaban los apuros de la guarnición de Olot, siendo ya tan graves, que apenas podía continuar su defensa y que el titulado general Don Francisco Savalls con fuerzas considerables esperaba disputarle el paso.

El General Nouvilas meditó detenidamente acerca del camino que debía emprender, partiendo de Besalú donde se hallaba. Desde luego abandonó la idea de seguir el directo por Castellfullit de la Roca, pues atravesando la carretera un desfiladero, se hallaba siempre dominada, y para mayor abundancia de dificultades, Savalls la había atrincherado en los zig-zag que forma, cortándola en varios puntos, haciendo esta posición poco menos que inespugnable, tratando de atacarle de frente.

Desistió tambien de marchar por la izquierda, es decir dejando la carretera á la derecha, por Ausiña, Coll de Solón, casa Jofre de Avió, Torm, Cellent y Santa Pau, por el Santuario de San Julián, porque el enemigo tenía entre San Julián y Montros unos mil hombres y le hubiera sido imposible franquear los pasos de Torm y Cellent, previamente atrincherados.

Para que su resolución tuviera las mayores garantias posibles de buen éxito, convocó con el fin de tratar de este asunto, en su casa alojamiento, al coronel de Cádiz Don Ignacio Bruno, al capitán de Carabineros Don José Soto y á los de voluntarios Don Narciso Domenech y Don José Tuser. Proponíase el General Nouvilas efectuar una rápida marcha de flanco por

Tortellá,la sierra de Palomeras, la de Oix, Torallas,el Plá de Viaña y San Juan de la Fonts á Olot. La compañía de voluntarios de Tortellá ocuparía durante la noche la casa de Palomeras, importante por su situación, y por la cual pasaría al día siguiente la columna. Siguiendo este plan, y en caso de ejecutarlo rápidamente, se colocarían las tropas á retaguardia de los carlistas antes de que estos, á causa de la extensión de su línea, pudiesen efectuar un cambio de frente.

Terminada la reunión, y oido el parecer de los concurrentes, ordenó el General Nouvilas que el coronel Bruno con los batallones de Cádiz y Arapiles, la repetida compañía de Tortellá, los carabineros y parte de la caballería, pasaran á este punto y pernoctasen en él, para observar de cerca al enemigo y dar aviso de las novedades que ocurriesen; y quedó el General con el resto de la fuerza en Besalú, sobre la carretera de Castellfullit dispuesto á reunirse al día siguiente con Bruno.

Para no perder tiempo dispuso inmediatamente el avance marchando á vanguardia á las órdenes de Bruno la compañía de voluntarios, el batallón de Cádiz, el de Arapiles y un escuadrón de Almansa. Seguían tres compañías de Carabineros y después el General Nouvilas con el batallón de Navarra, cuatro piezas de artillería, servidas por 75 individuos, cuatro compañías de Cazadores de Barcelona, la impedimenta y un escuadrón de Alcántara y á retaguardia las otras cuatro compañías de Barcelona.

A causa de las malas condiciones del terreno para una marcha de tropas, la de estas fué lenta, contribuyendo á ello que fueran á la desfilada de á dos casi siempre y que hubieran de hacer varios altos, para que se reunieran las diversas fracciones y tuviesen la cohe-

xión necesaria. Durante el primer alto, como á una legua de Tortellá, la tropa pudo notar que había alguna fuerza carlistas en un caserío situado un poco más abajo de la Virgen del Cos, al Sur de la sierra de Palomeras. Esta fuerza apenas la columna volvió á ponerse en marcha, bajó al camino, y la siguió á cierta distancia, parándose cuando la columna se detenía, y andando cuando ésta se ponía en marcha. Sin duda su objeto era vigilar á las tropas y desde el día anterior tendría á Savalls al corriente de los movimientos de estas; circunstancia digna de tenerse en cuenta para los movimientos ulteriores.

Al llegar la columna á la casa Palomeras de Santa Bárbara, situada en lo más alto de la sierra, se hizo obsevar al General Nouvilas que á la izquierda, en la sierra de Canadell se movía una fuerza enemiga, además de la que seguía á la columna, quizás con intención de cortarle el paso.

La vanguardia hizo un gran alto en Santa Bárbara, en tanto que el resto de las tropas descansaban en Planas-Llosas Al ponerse de nuevo aquella en marcha, se presentó á su derecha en dirección á Oix, el batallón carlista titulado de Savalls, mandado por Lluis, y sin que se supiera la causa, la vanguardia liberal dejó entonces la sierra de Oix, cerca de la casa de Rodoreda y marchando campo atraviesa se dirigió al cerro de Puig-Gabarrós: y después de descansar en este punto, avanzó á las alturas del Toix. de la cual desalojó á una partida carlista que tomó la dirección del Valle de Bach. El General Nouvilas avanzó con el resto de la columna á Puig-Gabarrós.

A la una de la tarde se encontraba á mitad de jornada de San Juan las Fonts (que dista media legua de Olot) habiendo cambiado poco antes unos tiros las gue-

rrillas de la vanguardia, cuyo resultado fué desalojar las del enemigo de las alturas que ocupaban para tomar otras lejanas, más no siendo esto obstáculo para que continuase la marcha con la misma regularidad y buena formación. Poco después, la artillería, la caballería y los bagajes pasaron un sendero que no permitía marchar más que de á uno.

Mientras que estas últimas fuerzas y la impedimenta se encaminaban al Toix, permaneció el General Nouvilas en Puig Gabarrós, y durante este acto apareció el enemigo por el frente y el flanco izquierdo, es decir, más cerca de la vanguardia que de las tropas á sus inmadiatas órdenes.

Veamos cuales fueron entretanto los movimientos de las fuerzas carlistas.

Al amanecer del 14, las que constituían su derecha y su centro vieron que avanzaban por la carretera las tropas que habían pernoctado en Besalú, pero al llegar estas á San Jaime, las perdieron de vista. Savalls dispuso entonces que dos compañías de infantería y una sección de caballería avanzaran hacia donde había desaparecido la columna, ignorando sin duda, que el coronel Bruno había pernoctado en Tortellá, pues de lo contrario debía suponer que el General Nouvilas trataba de unirse á su vanguardia. Sea como quiera, tan pronto como Savalls se enteró de la dirección que seguía la columna, envió á su encuentro el batallón de Lluis y este fué el que se presentó á la vista de aquella hacia el pueblo de Oix. A la una de la tarde comprendiendo ya bien Savalls el propósito del General Nouvilas, ordenó á las fuerzas de su derecha que á paso gimnástico acudiera á Castellfullit. Del batallón de Olot, que fué el primero que llegó, destacó una compañía y la caballería al Plá de Viaña, con orden de vi-

gilar el descenso por la parte de Capsech, y con los mozos de la escuadra marchó él hacia la sierra de Canadell, y se situó en un punto dominante cerca de un grupo de encinas. A la una y media de la tarde previno á Auguet, que acudiera con las fuerzas á sus órdenes hacia Castellfullit. Cuando el último, Miret y Vila llegaron á este punto, Savalls había ya salido de él, y su ordenanza comunicó al titulado brigadier Don Francisco Auguet la orden de que atacase á la columna liberal.

La vanguardia de esta se había situado en Toix; formó en masa y para no fatigar á la gente se previno á los soldados que podían sentarse y fumar. Al poco tiempo, una fuerza considerable enemiga avanzó desde Castellfullit hasta el Toix; era de la de Auguet, pero vista por las tropas cuando llegó aquella al sitio llamado Amprius de Castellfullit, la artillería situada en una meseta á la mitad de las faldas de Toix, le hizo algunos disparos, tan certeros que la obligó á desistir del avance de frente y torciendo á la derecha, y siguiendo una cañada, se situó detrás del Collet de la Oliva, fuera de la vista de las tropas, y á cubierto de sus tiros.

Practicado el movimiento de avance de la artillería y caballería, lo continuaron el batallón de Navarra y los Carabineros para formar en columna al lado de las ya situadas en el Toix, quedando todavía en Puig-Gabarrós el batallón de Barcelona. El General acompañado del Capitán de Estado Mayor Apellániz, su ayudante y el corneta de órdenes, bajó también á la regata que separa Puig-Gabarrós y el Toix denominada Torrent de la Font-freda. Poco después el batallón de Barcelona bajaba también en la misma dirección.

Impaciente Savalls ante la inacción de las fuerzas que se habían guarecido detrás del Collat de la Oliva, dispuso que su corneta de órdenes tocara «ataque» con la contraseña del batallón de Auguet, é inmediatamente subieron aquellas al cerro de referencia, y rompieron el fuego contra las tropas situadas en las faldas de Toix. Abandonado por el batallón Cazadores de Barcelona la altura de Puig-Gabarrós, la ocupó, el de Savalls, que se había presentado hacia Oix y rompió también el fuego sobre aquel.

En vista de todo continuó el General Nouvilas su movimiento hacia la posición que ocupaba la vanguardia.

Cuando llegó al terreno de la lucha, se encontró fatalmente sorprendido con la confusión de las fuerzas de la vanguardia que se batían, hallándose mezclados los oficiales y la tropa de Cádiz, Navarra y los Carabineros. Este era un hecho que estaba consumado ya, y que no podía prever teniendo bien ordenada su columna, si alguien no abandonaba su puesto. Y era muy dificil remediarlo de pronto, pues no se vuelve repentinamente la serenidad á los que la han perdido, y menos cuando el enemigo se halla envalentonado y avanza bruscamente, haciendo un nutrido y mortífero fuego sobre aquellas fuerzas sin consistencia. Al frente de aquella vanguardia desordenada estuvo el General Nouvilas siendo blanco de los tiros del enemigo, reprendiendo, arengando y procurando rehacer la formación á la vista de todos sin escasear ningún riesgo. En este momento y montando en su caballo fué éste muerto de dos balazos y herido al poco rato su hijo ayudante de campo. En caso tan crítico cuanto inesperado no era posible retroceder, y había de vencerse grandes dificultades para avanzar, presentándose las

facciones en varias direcciones, cubiertos por árboles y matorrales y permaneciendo la tropa en terreno quebrado y al descubierto; lo cual daba á los contrarios la ventaja de hacer más seguros y certeros sus fuegos.

En tal estado de cosas las cuatro compañías del batallón de Olot se corrieron hacia la Badosa, y el de Xich de Sallent, situado en orden abierto en la parte inferior de la vertiente Norte de la Sierra de Canadell, rompió el fuego contra la retaguardia y el flanco derecho de la columna; de este modo se vió esta envuelta y encerrada en un círculo de fuego.

Observando los movimientos del enemigo que dificultaban la marcha que se iba haciendo cada vez más embarazosa por el considerable número de bajas que tenía y lo avanzado de la tarde, manifestó el General Nouvilas, al coronel de Cádiz su pensamiento de acampar en último extremo para lo cual iba prevenido, pues había ordenado el día anterior que se dieran dos raciones de pan á la tropa y se las proveyera de víveres; mandando al efecto reforzar en el acto la posición que ya ocupaban desde el principio y haciéndose fuerte en ella, defenderla y proteger la artillería, la caballería, los heridos y los bagajes.

La situación era en extremo críticas para las tropas. Ya de noche, cesado el fuego y fraccionada la fuerza en grupos más ó menos numerosos, puesto el General al frente del que marchaba más á vanguardia, con la idea de tomar posición y romper la línea enemiga, y en último recurso eludir la persecución de los contrarios, cayó prisionero entre nueve y diez de la noche, juntamente con los que le siguieron en número de unos doscientos hombres.

En tal situación y después de hacerles andar mucho por malos caminos, fué conducido á presencia del titulado General Don Francisco Savalls, que se encontraba en Castellfullit.

CAPITULO XVII

Continuan los carlistas haciendo prisioneros.—Pillaje y crueldades de los facciosos durante la noche en el campo de batalla.—Fusilamiento de soldados y voluniarios por Savalls.—Falsas promesas y sarcásticas seguridades que dió éste á Nouvilas respecto a los prisioneros.—Fusilamiento de Carabineros en Llayers.—Los soldados son quintados y fusilados también.—Cange de prisioneros.

Al terminar la acción, las fuerzas carlistas se hallaban dispersas en las inmediaciones del campo de batalla, y ocupando algunos pases de la sierra quedaron partidas que durante la noche iban cogiendo prisioneros, pero que no pudieron ó no supieron impedir excesos de pillaje y crueldad que no por ser bastante comunes en casos semejantes, son menos condenables. Merodeadores cobardes iban registrando los bolsillos de los muertos rematando á los heridos y matando á los pobres soldados que encontraban ocultos entre los matorrales. Esta triste tarea duró hasta el amanecer y recrudeció cuando la luz del alba alumbró los pasos de aquellos asesinos. En aquella hora salieron á reconocer el campo algunas fuerzas mandadas por jefes que pusieron término á la matanza. Y no fueron sólo los carlistas merodeadores los que recorrieron durante la noche el teatro de la acción, sino que también paisanos y ¡hasta mujeres! de pueblos y caserios inme-

diatos, se entregaron al saqueo, haciendo gran provisión de pan, mantas y otras prendas de vestuario, dejando poco menos que desnudos á los muertos y algunos heridos, quienes tuvieron que resistir sin abrigo de ninguna clase los rigores de una noche fría.

A los prisioneros se les invitó como de costumbre á ingresar en los batallones carlistas. Muchos lo hicieron, pero indudablemente para tener ocasión de escaparse Algunos se arriesgaron desde luego y los más lo verificaron al poco tiempo de proclamarse la monarquía, hallando entonces protección en el paisanaje. Los que desertaban no podían ignorar la suerte que les esperaba caso de ser cogidos, habiendo cuidado Savalls de enseñarselo prácticamente. En efecto, el 18 de Marzo, cuatro días despues de la acción del Toix llegó Savalls á Besalú, llevando 42 prisioneros separados de los demás el 17, que fueron llevados á Ridaura. Aquellos habian pertenecido á la ronda de Tortellá y los restantes al batallón de Navarra, á los cuales prisioneros, ya otra vez, y habiendo servido en las filas carlistas, se les consideró como desertores. Entre los voluntarios había también algunos que habían servido en las filas carlistas.

Dícese que fueron juzgados en consejo de guerra verbal y se les condenó á ser pasados por las armas. Moviéronse influencias y se logró el perdón de siete. En aquella misma noche fueron puestos en capilla los condenados y á las tres de la mañana del día siguiente, festividad de San José, fueron llevados al lugar del suplicio, donde se indultó á otros dos.

Saliendo de Besalú hacia Gerona, pasado el puente á la derecha del camino, hay un sitio conocido con el nombre de «Camp gran del Candell». En la parte alta de este campo fueron fusilados 26 voluntarios y seis

soldados de Navarra. Tres descargas se hicieron para acabar con la vida de aquellos infelices, pues como sucede siempre en ejecuciones tan numerosas hay que rematar á los que resultan sólo heridos. Causando horror aquella matanza tal vez al mismo Savalls, se adelantó un jefe carlista, mandó cesar el fuego y dijo en alta voz que quedaban perdonados los que aún no habían muerto. Al llegar la órden, resultaron cinco con vida, uno de los cuales murió en el hospital de resultas de las heridas. Entre los pasados por las armas había un niño de 13 á 14 años. Las fuerzas carlistas mandadas por Savalls, que durante la ejecución se hallaban formadas en masa en la parte baja del «Camp gran de Caudell» junto á la carretera. desfilaron luego en dirección á Bañolas y se les ordenó hacer «vista á la derecha» es decir, hacia donde se hallaban tendidos los cadáveres de los que acababan de ser arcabuceados. Sin duda que esta órden tuvo por objeto enseñar á los que habían ingresado recientemente de los prisioneros en las filas carlistas lo que le esperaba si desertaban de ellas. Aunque inhumana es ley de guerra que se castigue con pena de muerte al que se pase al enemigo, y en este caso se hallaban los voluntarios y soldados que habían servido en las filas carlistas; pero á los que no habían servido en ellas, ¿por que se les fusiló? por que fueron voluntarios sin duda, olvidándose que si ser voluntarios era un delito, todos los carlistas debían ser pasados por las armas al caer prisioneros. Y aquí la injusticia y la crueldad se agravan por el hecho de que aquellos infelices se rindieron á las voces repetidas de ¡hay cuartel!

Savalls se entrevistó con el General Nouvilas, manifestándole que tenía en su poder muchos prisioneros y bastantes heridos de ambas partes y que no se impa-

cientase y estuviese tranquilo por la suerte que á los primeros podía caberles, pues respondía de sus vidas, que serían respetadas. Estas seguridades que envolvían una promesa consoladora, no fueron sino un horrible sarcasmo, como ya sabe todo el mundo; y sobre la conciencia del que la hizo debe pesar el perpétuo remordimiento de haber faltado á su palabra cometiendo más tarde el espantoso crimen de sacrificar inhumanamente á 184 víctimas entre aquellos mismos que entre miserias y angustiosos padecimientos pasaron bajo su yugo un martirio prolongado, para ser por fin asesinados villana y cobardemente por orden de aquel monstruo que con tanta falsedad garantizaba su existencia. Esto sin contar con los soldados y voluntarios, que fusiló á su presencia en Besalú, acusándole de ser desertores de sus hordas, pues aún siendo así debió haber tenido presente su ofrecimiento de salvar las vidas de todos los prisioneros, sin distinción de procedencia y no ensañarse como lo hizo, en presencia de aquella villa, de un modo tan cruel y repugnante.

Para finalizar la relación de los hechos, falta la fúnebre historia de los prisioneros. Conducidos estos por una fuerte escolta como criminales, á distintos puntos en los primeros días, y separado el General Nouvilas de los demás prisioneros por espacio de tres meses, igualmente custodiado en el caserío llamado de Xicog y reunidos todos después de esta fecha, recorrieron Olot, Vallfogona, el Castillo de Montesquin, Vidrá y últimamente la fortaleza de la Seo de Urgel, siendo constantemente encerrados y muy vigilados sin ninguna consideración,y privados de muchos artículos indispensables para la salud, con especialidad las clases de tropa, pues los recursos eran escasos y malos, y hasta carecian de ropas para el más preciso abrigo.

Así continuaban y transcurría el tiempo pensando incesantemente que llegase el anhelado día de ser cangeados, cuando el 17 de Julio, permaneciendo en el depósito de Vallfogona, ignorantes de lo que por sus guardadores contra ellos se tramaba, fueron sacados á la una de la madrugada todos los Carabineros, atándolos fuertemente con cuerdas de dos en dos. Al amanecer se presentó un titulado oficial con la lista de los demás prisioneros en la que estaban contenidos todos, desde el último soldado hasta el General que figuraba en cabeza, y contando de cinco en cinco, fué llamando á los que ocupaban los quintos lugares en la propia lista, y haciéndoles al margen una cruz, separándolos aparte, sin que nadie en la inexperada sorpresa de esta operación acertase el motivo de ella, ni aún á prejuzgar la buena ó mala suerte de los elegidos. Algunas palabras proferidas, acaso con estudio por algún carlista, hicieron creer á varios de ellos que aquello se hacía para verificar un canje de prisioneros; en tanto que otros, habiéndose traslucido que los Carabineros sacados anteriormente de dicho depósito fueron maníatados, tenían un mal destino para los designados, que ya habian salido del local. En esa diferencia de juicios, veíase entre los que quedaban hacer encargos para sus familias á los que marchaban y aún entregarles algún objeto de recuerdo para sus padres, esposas, hijos ó parientes ¡cuán inocentemente pensaban los que hacían semejantes encargos y que engañados estaban muchos de los que los admitían! Solo el titulado coronel Narciso Bosch de Llers jefe del depósito, no menos cruel que Savalls y los que se llevaban aquellos desventurados defensores de la libertad, sabian el trágico fin que dentro de breves horas le essperaba. Atados fueron después de salir del pueblo los llamados por

la lista, de cuatro en cuatro, en vez de á dos como lo habían sido los Carabineros, con cuerdas traidas al efecto de Ripoll. Ingresó con los quintados un jóven soldado procedente del regimiento caballería de Alcántara que servía de ordenanza al General, llamado Antonio Saez Marin, que fueron á buscarlo á su prisión sin decir para qué, y el cual presintiendo desde luego el fin de su vida, se abrazó al General y se despidió para no volverse á ver jamás. ¡Fue una conmovedora escena! Sabido es en España y en el extranjero que tanto los Carabineros como aquellos á quienes le tocó la mahaldada suerte al ser quintados, á las pocas horas fueron asesinados ferozmente, los primeros en las tapias del cementerio de Llayers y los últimos en un terreno labrado junto á la casa de Campo de Carmellar, á cinco cuartos de hora de Vallfogona en el camino que desde este pueblo conduce á San Juan de las Abadesas.

Los fusilados en uno y otro punto fueron llevados á sus respectivos lugares sin la menor detención, y muertos en el acto,prévia una ligera exhortación pronunciada por dos curas,en medio de las más dolorosas exclamaciones. Los cadáveres mutilados de aquellos militares desgraciados que fallecíeron con tanta gloria, quedaron á cargo de los expresados curas para darles sepultura.

Los ejecutores de tan sangriento drama lo fueron, para con los ciento nueve indivíduos procedentes del Ejército, el titulado capitán de la septima compañía del batallón del Xich de Sallent 4.° de Gerona Jaime Berga (a) Canoba, natural de un caserío próximo á San Roque de Olot y los setenta y cinco carabineros, contando uno muerto en el camino por no poder andar, lo fueron igualmente por el titulado capitán de la

3.ª Compañía del batallón de Vila de Prat, correspondiente á la provincia de Barcelona, Salvador de Ordal, natural del pueblo de Santa Eulalia de Riuprimer inmediato al llamado de la Guixa, cerca de Vich.

Todo lo anteriormente narrado se hizo misteriosamente y con una precipitación salvaje omitiendo dar más detalles por que la pluma se resiste á consignarlo, convencido del profundo y doloroso efecto que ha de causar á los lectores de estas páginas. Así cumplió su empeñada palabra de caballero el tigre á quien el Pretendiente concedió un título sin duda para honrar la aristocracia y la sangre vertida por él en otras hazañas semejantes.

Por fin, andando el tiempo y multiplicándose los padecimientos, llegó el tan deseado canje, para los que quedaban, efectuandose en San Pedro el 17 de Marzo de 1875; esto es después de un año y tres días de prisión.

CAPITULO XVIII

El brigadier Moya, en Castelló de Ampurias, tiene un encuentro con dos batallones carlistas, presentándose el cabecilla Savalls con refuerzos.—Los carlistas se posesionan del pueblo.—El brigadier Moya se decide á atacarlos.—Proezas y actos de valor realizados por Carabineros y soldados.-Caen varios prisioneros, siendo fusilados por los carlistas.

1874.—En Castelló de Ampurias, el 4 de Octubre la columna del brigadier Don Antón Moya tuvo un encuentro con una partida carlista compuesta de dos batallones que marchaban al Ampurdán á los que acorraló y puso en situación tan comprometida que ya iba á capitular.cuando se presentó el sanguinario cabecilla Savalls que venía de Bañolas,con dos mil carlistas. E brigadier Moya, apenas contaba con ochocientos hombres que se componían de dos compañías de Carabineros; ciento cincuenta quintos de cazadores de Tarifa y otros ciento cincuenta del de Toledo, doscientos voluntarios, ochenta y cinco caballos y dos piezas Krupp.

Los carlistas se habían posesionado del pueblo, de la torre de la iglesia y del puente sobre el Menga, que da paso á aquél; á pesar de las desventajosas condiciones en que el brigadier Moya se encontraba, tanto por la inferioridad del número cuanto por la en que le colocaba la de sus posiciones, se decidió á atacar el pueblo.

No podemos detallar las proezas, actos de valor verdaderamente heróicos y empresas arriesgadísimas que aquel puñado de valientes, quintos en su mayoría realizó en las treinta y ocho horas que duró el combate; diremos sí, por lo que á los Carabineros se refiere que ellos fueron los encargados de atacar el puente. Para ello, se lanzaron sobre él á la carrera y lo tomaron á la bayoneta con tal brío y decisión, que enardecidos y frenéticos no solo lograron apoderarse del puente, sino que arrojaron al enemigo del arrabal y calles del pueblo y materialmente lo acorralaron en la iglesia, donde tuvo que refugiarse y donde todavía un puñado de aquellos valientes entró persiguiéndolos y sostuvo reñido combate al arma blanca con ellos. El puente, las calles que conducen á la iglesia y los alrededores de esta quedaron materialmente cubiertos de muertos y heridos. Mas el enemigo era muy superior en número. Savalls hizo con parte de sus fuerzas un movimiento envolvente y todo el arrojo, todo el brío, toda la bravura de aquellos Carabineros, quintos y soldados se estrelló ante la aplastante superioridad del número.

Aquel puñado de héroes acorralados á su vez, siguieron defendiéndose y haciendo fuego toda la noche de aquel día y el siguiente; pero las municiones se acababan, llegó el momento de quemar el último cartucho, y los que tan heróica y valientemente se habían defendido no podían pensar en rendirse. Después de agotadas las municiones y de rechazar diferentes veces las intimaciones de rendición hechas por Savalls, tuvieron que acudir al supremo recurso de abrirse paso á la bayoneta por entre aquella muralla de carne humana y sufriendo un gran número de bajas.

La de los carlistas fueron en número muy considerable; la de las tropas se calculan en más de doscientos entre muertos, heridos y prisioneros, en estos últimos

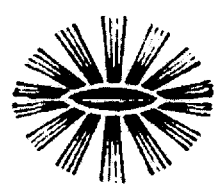
se contaba el brigadier Moya que fué además herido.

El número de prisioneros hechos por los carlistas fué, además de algunos jefes y oficiales heridos, de veinticinco Carabineros, doce voluntarios y ochenta soldados en su mayor parte de infantería, aunque había varios de caballería y artillería.

Apenas salidos de Castelló, los carlistas fusilaron á todos los Carabineros y voluntarios citados. A los jefes y oficiales heridos, así como á los soldados, los condujeron á Olot, encerrándolos con los prisioneros herhos á la columna del general Nouvilas.

¡¡Siempre el sanguinario Savalls, fusilando á los valientes Carabineros!! Mucha sombra debían hacerle y mucho debían estorbar sus planes, cuando con tal saña los perseguía y de manera tan cruel los exterminaba.

En aquella acción tomaron parte ciento cincuenta y dos hombres pertenecientes al Instituto, de los que murieron los alféreces Don Antonio Fernández y Don Joaquín Terradas, un cabo y seis carabineros á parte de los fusilados, teniendo además heridos el teniente Don Francisco Salafranca y veintidós individuos de tropa.



Provincia de Guipúzcoa.

CAPITULO XIX

Lucha desesperada contra los carlistas de un oficial y 40 carabineros en Endarlaza.—Caen prisioneros.—Bárbaro y cobarde fusilamiento de los héroes.

1873.—El 4 de Junio á las tres y media de la madrugada, el cabecilla carlista cura Santa Cruz con ochocientos hombres rodearon las alturas que dominan el fuerte de Endarlaza. Este mal llamado fuerte, cuya defensa se encomendó al teniente Don Valentín García Rodríguez y cuarenta Carabineros, no tenía de tal otra cosa que el nombre, puesto que era una casa de piedra situada en la falda de una pequeña colina inmediata al puente y á la que, aspillerada y rodeada de un pequeño foso, se le dió el pomposo nombre de fuerte.

Las malísimas condiciones de defensa, unidas á su situación que tampoco era buena, pues estaba completamente dominado por las alturas próximas, hacía muy dificil que en él pudiera sostenerse una guarnición medianamente pertrechada, si era atacada por fuerzas algo superiores; mucho menos podía hacerlo una escasa de cuarenta hombres, sin más armas que fusiles y atacadas por una columna tan numerosa y con artillería como fué la que mandaba el tristemente célebre Santa Cruz.

Viéndose los carabineros acometidos por los carlistas con un fuego nutrido, se decidieron á una defensa heróica por más que tuvieron algún muerto en los primeros disparos por bala de fusil, entrada por la aspillera.

Observando el enemigo su impotencia, bajaron y colocaron cerca un cañón y con este rompieron el fuego contra la casa-fuerte hasta dejarla al raso del primer piso, en el cual, sin embargo, y entre los escombros y varios cadáveres se defendían como leones. El enemigo entonces, viendo que aún no se rendían, mudó la colocación del cañón á las diez del día y desde esta hora, hasta las doce disparó con fuego certero y próximo hasta arrasarlos, aprovechando además su mucha fusilería para asesinar á los valientes carabineros, por la techumbre que ya no existía.

En la imposibilidad de defenderse dentro del fuerte, derruido ya, por los cañonazos de aquel miserable que había sido cura, el denodado oficial concibió la idea suprema de abrirse campo por la carretera, ordenando á los valerosos restos de su fuerza la salida.

Al ver los carlistas que los heróicos defensores de Endarlaza salían del fuerte, les mandaron una lluvia de plomo, lanzándose como furias sobre ellos, tratando de apoderarse de aquellos bravos, pero el teniente García Rodríguez al frente de sus valientes carabineros, se lanzó contra uno de los numerosos grupos que le cercaban y rompiendo el cerco abrióse paso seguido de los suyos en dirección al vado de Charodi, mas el vado estaba cogido y aquel puñado de héroes se arrojaron al Bidasoa como única salvación. Algunos se rindieron allí mismo y otros, entre ellos el teniente, se lanzaron al agua donde se les continuó haciendo fuego; mientras un grupo numeroso de enemigos pa-

saban el puente á la carrera, tomaban posiciones sobre la otra orilla del río sin cesar de achicharrarlos traidoramente desde ella, sin tener en cuenta que aquella orilla pertenecía á Francia. Así cogidos entre dos fuegos y prometiendoles respetar sus vidas si salían del agua se entregaron la mayor parte á sus sanguinarios enemigos.

Los prisioneros fueron reunidos algo más allá del puente y mandados caminar hacia Vera por la carretera; mas sintiéndose arcabucear, por un momento de compañerismo instintivo, se abrazaron todos diciendo «compañeros, abracémonos como hermanos para morir» y allí quedaron juntos en montón el oficial, dos sargentos y veinticinco carabineros, fusilados por la espalda de manera cobarde y cruel por aquel feroz cabecilla que coronó sus actos de barbarie con esta sangrienta hecatombe y que no debía esperarse de quien tiempo atrás había vestido hábitos sacerdotales. Los demás individuos, seis murieron en la defensa del fuerte, tres se ahogaron en el Bidasoa y tres entraron en Francia, librándose de la muerte, que también les hubiera dado aquel monstruo, si caen en su poder.

No fueron solo aquellos infelices quienes pagaron con su sangre vilmente hecha derramar, la heróica defensa que acababan de hacer; también una débil mujer, la del sargento del destacamento Ignacio García Rodríguez llamada Francisca Zubrigaray, fué herida por un bayonetazo que la dió uno de aquellos villanos, con pretexto de que había querido hacer uso de un cuchillo al ver que su marido había sido asesinado cobardemente.

Vamos á terminar este triste y glorioso hecho de armas, dando el nombre de todos aquellos héroes.

Muertos en la defensa del fuerte.

Cabo 1.º Miguel Méndez Rodríguez, cabo 2.º Francisco Alvarez Alvarez, carabinero Juan Jareño Navarro, carabinero Antonio de la Iglesia Incógnito.

Ahogados al pasar el río.

Carabineros Pablo Alonso Sáez, Francisco Pérez Martínez y Joaquín Castellanos Bañoras.

Fusilados por los carlistas.

Teniente Don Valentín García Rodríguez, sargento 2.º Ignacio García Rodríguez, carabinero Pedro Cervino Garrido, sargento 2.º José Martín Yusne, corneta Antonio Alonso Moreno, carabineros Juan Pazos Tablas, Perfecto Fernández Incógnito, Leoncio Calvo Vicente, Mariano del Barrio Torno, Pedro Muñoz Armedo, Aniceto Alonso Gutiérrez, Antonio Pérez Villa, Manuel Antuña Riera, Benigno Pegnante Expósito, Antonio Valencia Suico, Vicente Suárez González, Gabino Fernández Aristizábal, Doroteo Gutiérrez Barragán, José Lara Ullaña, Francisco Cristobal Martín, Gabriel Romeo Rubio, Joaquín Bergna Moret, Antonio Romero Angulo, José Olaizola Atauri, José Santaluz Fernández, Ciriaco López Llanos, Ruperto Sáez Martínez y Manuel Suárez Fernández.

Carabineros salvados.

Carabineros Santiago Benavides y Anastasio Venavides. Se salvaron batiéndose con arrojo por la carretera.

Carabineros Jerónimo Ciriano, Pedro Hernández y Joaquín Marilla. Se salvaron á nado penetrando en Francia.

Carabinero Ventura Alvarez. Se ocultó entre la maleza, habiendo sido herido al pasar el rio á nado.

Tal fué la suerte que el destino reservó á los valientes defensores del fuerte de Endarlaza, que ni se rindieron mientras pudieron defenderse ni pensaron en rendirse.

Este hecho gloriosísimo produjo en el cuerpo á que aquéllos héroes pertenecían una indignación tan grande que no encontramos palabras bastantes para espresarla ante el acto inhumano y de barbarie cometido por el cobarde asesino cura de Santa Cruz.

CAPÍTULO XX

Bloqueo de Tolosa por los carlistas.—Gallarda salida de la guarnición para batir á los facciosos que levantan el sitio derrotados.

1873.—En las inmediaciones de Tolosa hicieron los carlistas parapetos y zanjas y obstruyeron por medios de talas de árboles las carreteras y otros caminos, con objeto de que en el caso de aproximarse alguna columna de auxilio, bastasen cuatro batallones para la continuación del sitio, y pudiera salir el grueso de las fuerzas al encuentro de los liberales.

Durante los días 19 y 20 de Septiembre no cesaron los carlistas de hostilizar á Tolosa, y el 21 empezaron á construir las baterías.

En la noche del 21, Lizárraga ordenó á los batallones de su mando, que al amanecer del 22 estuviesen en los sitios que respectivamente les había señalado y que fuesen colocados en batería los seis cañones con que contaba. Al amanecer del 22 cada uno esperaba en su puesto el primer cañonazo, que había de ser la señal de ataque; pero recibió Lizárraga una orden del General jefe de E. M. G. carlista, disponiendo que se retirara todas las fuerzas, exceptuando las necesarias para el bloqueo. En carta particular manifestaba el titulado general Don Joaquín Elio á Lizárraga, que si bien las fuerzas carlistas tenían municiones para dar una acción, no contaban con las suficientes para sostenerse

si eran derrotados, y para no perderlo todo, valía más no exponerse, tomando él la responsabilidad de la retirada.

En la mañana del 22 observando el brigadier Don José Loma que al parecer se habían retirado los carlistas y creyendo que obedecía este movimiento á la aproximación de las fuerzas del General Don Domingo Moriones, salió de la plaza con objeto de molestar á la retaguardia enemiga.

En efecto, emprendió con su columna la marcha para Alegría, y viendo que algunas fuerzas carlistas ocupaban un cerro á la derecha de su marcha y teniendo en cuenta que quizá hubiese ocupado también el enemigo los bosques de la izquierda, dispuso que dos compañías de Carabineros y dos de Migueletes pasaran el Oria y se situaran en dichos bosques, como lo efecturon después de una porfiada resistencia de algunas compañías del 4.° batallón de Navarra. Ordenó también que el batallón de Barbastro pasara el túnel que existe en aquellas inmediaciones y subiendo él por su derecha, batió á las fuerzas carlistas de esta parte, que si bien se resistieron, atacados de frente por algunas compañías y de flanco por dos de Barbastro, se retiraron precipitadamente hácia Alegría. Las fuerzas liberales regresaron á Tolosa, siendo sus pérdidas un muerto y un herido y la de los carlistas algunos muertos y heridos y cinco prisioneros.

CAPÍTULO XXI

Acción de Monte Usterre.—Combate en las inmediaciones de Velabieta.

1873.—El 9 de Noviembre tuvo lugar un combate de importancia entre las fuerzas mandadas por el brigadier Don José Loma y las facciones Guipuzcoanas. Estas se oponían constantemente á la marcha de Loma sobre Tolosa; pero hasta esta fecha defendían solo la orilla izquierda del Oria, por lo cual el brigadier Loma dejando la carretera, había pasado á aquel pueblo, la última vez que lo hizo, por los altos de Velabieta, sitos en la orilla derecha, evitando así las bajas consiguientes á su paso por la carretera y el flanqueo necesario al efecto por la orilla izquierda; pero en una conferencia que los jefes guipuzcoanos tuvieron en Asteasu, manifestó el coronel Aizpurúa, que cuando el brigadier Loma tratara de dirigirse á Tolosa se opondría á su paso en los mencionados altos; y bien pronto se le presentó la ocasión. En esta época Don José Loma había organizado su columna en dos brigadas; componía la primera el regimiento de Ontoria el batallón Cazadores de Barbastro, dos compañías de Málaga, dos de la Guardia civil y una de Migueletes; y la segunda los regimientos de Luchana y León (á excepción de cuatro compañías de este cuerpo que guarnecía á Tolosa) y tres compañías de Carabineros.

El expresado día 9, pensó el brigadier Loma dirigir-

se á Tolosa conduciendo un gran convoy que abasteciese á dicha villa durante algún tiempo; era imprudente que tratara de conducirlo por la carretera, tanto por que se hallaba cortada esta por profundas zanjas, en diversos puntos, como también por que á derecha é izquierda de ella se habían fortificado los carlistas y no contaba con fuerzas suficientes para batir á la vez los dos flancos de la carretera y escoltar además el convoy. Según noticias adquiridas por el brigadier Loma en Andoain, el batallón Guipuzcoano número 1 al mando de Aizpúrua, ocupaba las alturas de Velabieta, de antemano fortificadas, y en ellas era esperado el sexto de Navarra; Lizárraga con unos dos mil hombres, se había posesionado de las estribaciones del Hernio, haciendo grandes obras de defensa, y el batallón de Elgoibar número 5, se había situado encima de Tolosa para evitar que la guarnición de este punto saliera y se comunicara con las fuerzas de Loma. En vista de todo juzgó este que convenía atacar las posiciones de Velabieta, pues además de las razones que hemos expuesto, existía la de que si se dirigía á las de la otra orilla, se situaría entre ambas fracciones carlistas, lo cual no era probable que sucediera en el primer caso. En su consecuencia, emprendió la marcha en dicha dirección, por camino de monte, llevando de vanguardia á la 2.ª brigada.

Al llegar á las primeras alturas encima de Amasa, observó el brigadier Loma que los carlistas se hallaban situados en posiciones muy difíciles de conquistar, apoyando su izquierda en el Monte Usterre y su derecha cerca del Arrollo Leizarán. Inmediatamente dispuso Loma que las compañías de la Guardia civil y la de Migueletes y el regimiento de León atacaran el centro carlista; que un batallón de Luchana y los carabi-

neros la contuvieran por la derecha y que el otro batallón de Luchana atacase la izquierda enemiga, permaneciendo el resto de las fuerzas en reserva pronto á acudir donde conviniera. En breve se generalizó el fuego y avanzando las fuerzas liberales que formaban el centro se situaron muy cerca del enemigo, estableciéndose en unas cercas que existe en una pequeña ondulación del terreno; y no bien la artillería con sus certeros disparos hubo debilitado á aquel, le atacaron á la bayoneta, obligándole á desalojar su posición. Avanzó entonces el resto de las fuerzas liberales y previno el brigadier Loma que León, Luchana y los Carabineros prosiguieran su marcha á Tolosa y se posesionaran del Monte Usterre,punto dominante de todo el campo de la acción, y así lo hicieron, conteniendo entretanto al enemigo el regimiento de Ontoria y el batallón de Barbastro, en sus últimas posiciones de los altos de Berástegui; pero fueron también desalojados de estas por la primera brigada, tan pronto como la segunda se apoderó del Usterre. Después, todas las tropas liberales, escalonadas convenientemente para su recíproca protección, se replegaron hácia Tolosa, llegando á este punto las últimas compañías á las siete de la noche.

El 10 permaneció el brigadier Don José Loma en Tolosa, con objeto de enterarse del estado en que se hallaba esta plaza, hacer alguna pequeña salida y recoger el ganado vacuno de las inmediaciones. El 11 dispuso que antes de amanecer, la Guardia civil, los Migueletes y cuatro compañías de Barbastro ocuparán el Monte Usterre. Los carlistas cometieron la torpeza de no ocuparlo oportunamente, y cuando trataron de hacerlo se encontraron con las referidas fuerzas, que se habían situado detrás de dos cercas de piedra que for-

maban ángulo,donde esperaban sorprender á aquellos; su proyecto hubiera tenido éxito completo, á no ser por que algunos individuos se apresuraron á romper el fuego, haciendo conocer al enemigo la presencia de las fuerzas liberales. A pesar de esto tuvo aquél algunas pérdidas y dejó en el campo armas y municiones.

Emprendieron también el movimiento hacia el monte Usterre, el regimiento de Ontoria, cuatro compañías de Barbastro y una sección de Artillería á las órdenes del coronel del expresado regimiento; y el brigadier Loma, con el resto de las fuerzas, se dirigió á los altos de Amasa por un camino más bajo. Reunidas en dicho monte las fuerzas que á él se habían dirigido últimamente y las que lo ocupaban,siguieron todas su marcha hacia Velabieta, á excepción de una compañía de Migueletes y otra de volantes, ambas de la guarnición de Tolosa; cerca ya de aquel punto, el enemigo que ocupaba las viñas y unos cercados de piedra, rompió el fuego contra los liberales; pero establecida la artillería convenientemente, hizo tan certeros disparos, que al poco tiempo los carlistas se pusieron en retirada. Inmediatamente,el batallón de Barbastro, la Guardia civil y tres compañías de Ontoria les atacaron á la bayoneta, al propio tiempo que avanzaba el regimiento de Luchana y una compañía de Carabineros, destacadas de las fuerzas de la otra brigada, poniéndose el brigadier Loma á la cabeza; perseguidos vivamente aquellos, huyeron en dispersión más allá de Berástegui. Las fuerzas liberales prosiguieron su marcha á Andoain; en este pueblo pernoctó la primera brigada y la segunda en Hernani.

CAPÍTULO XXII

Nuevo bloqueo de Tolosa por el titulado general carlista Lizárraga.—Salidas de la guarnición, escaramuzas y combates —Los facciosos disponen sus defensas para resistir á Moriones que acude en socorro de la ciudad.

1873.—El titulado General carlista Don Antonio Lizárraga, firme en su propósito de apoderarse de Tolosa la bloqueó rigurosamente el 18 de Noviembre, tratando de rendirla por hambre.

Escribió Lizárraga al Comandante Militar, lamentándose de que el pundonor militar le empeñara en prolongar una resistencia, que le aseguraba sería inútil é infructuosa, y aumentaría las víctimas y el estado de la población; que desistiera de la defensa y no se detuviera en dar este paso que la humanidad reclamaba por creer que se lo impedían sus deberes militares; que lo hecho estaba para dejar bien puesto su nombre y el honor de las armas, y que él cuidaría de que no apareciera ni como humillación ni como debilidad.

El Comandante Militar le contestó que cumpliría su deber hasta perder la vida, contando para ello con la guarnición y los voluntarios, y cuando quisiera podía emplear contra la plaza todos los horrores de la guerra de que hablaba en la suya.

La guarnición que conservaba muy buen espíritu, hacía frecuentes salidas; hizo una el 27 de Noviembre

apoderándose de los altos de Izascun, Berramo, Choritoquieta y Martinchiqui, sorprendiendo y haciendo prisioneros á dos centinelas carlistas en el primero de estos puntos.

Inmediatamente que se enteró de la salida el comandante del batallón carlista del Príncipe número 1, destacó una compañía á los Molinos de Belanuza y con el resto de su fuerza ocupó el Monte Usterre; una vez allí mandó dos secciones por derecha é izquierda para que hostilizaran á los liberales en sus flancos, siendo secundadas por la 8.ª compañía del batallón de Elgoibar número 5.

Al propio tiempo, dicho batallón cargó á la bayoneta á las fuerzas de Izascun, sosteniendo con tal motivo un encarnizado combate.

El batallón de Doña Blanca número 4 y una compañía del batallón del Corazón de Jesús número 7 que estaba en Alquiza, Hernialde y Urquizú, rompieron también un fuego muy nutrido contra los liberales que ocupaban Choritoquieta.

Por si al ruido del combate acudía el brigadier Don José Loma, se situaron algunas fuerzas carlistas en los altos de Velabieta. Los liberales se retiraron, siendo hostilizados hasta las puertas mismas de Tolosa, sin que consiguieran el objeto de su salida, que era recoger algún ganado.

En 1.º de Diciembre, á las diez de la noche, la artillería carlista situada cerca del alto de Choritoquieta, empezó sus fuegos contra Tolosa, al son de la marcha real, en tanto que un batallón cantaba el himno de San Ignacio; disparó unas ciento veinte granadas, pero suspendió su fuego por la rotura del eje de una cureña.

Los carlistas cortaron el puente de Soravilla, obstruyendo la carretera, haciendo zanjas, colocando gran-

des trozos de árboles en ella, haciendo un pequeño tambor, y en un punto en que era imposible desviarla, una enorme zanja á través, dominada por líneas de trincheras y un fuerte de resistencia, construido en el alto de Urcamendi.

El tránsito por la carretera estaba totalmente imposibilitado por dicha cortadura, y las líneas y el fuerte de referencia impedían la reparación del camino, que era cuestión de mucho tiempo y trabajo.

En la orilla derecha y en toda la línea del Monte Usterre y alturas de Velabieta, habían hecho también tres líneas de trincheras, y para llegar á ellas era preciso subir por pendientes muy rápidas. lo cual dificultaba mucho su conquista; sin embargo, su mayor alejamiento del camino, la circunstancia de no estar protegida por el río, la de haber hecho los carlistas grandes trabajos defensivos y el fuerte en la orilla izquierda, hicieron creer al comandante general, que aquellos no eligirían á Velabieta como punto principal de su defensa.

Sabiendo Lizárraga que se disponían á atacar sus líneas en la mañana del 9 de Diciembre, lo participo al comandante general carlista de Navarra Don Nicolás Ollo, que se hallaba en Berástegui, á fin de que con sus cuatro batallones Navarros, que el 7 habían llegado á dicho punto, se dispusiese á defender la línea de la orilla derecha y envió también á aquella parte cinco compañías del batallón del Príncipe y unos veinte hombres más.

Con sus fuerzas, se preparó á resistirse en la orilla izquierda, para lo cual dispuso que cuatro compañías del batallón del Cármen número 2, al mando del comandante Laborda, se situase en los parapetos que dominaban el puente de Villabona; que dos del de Loyola

número 6 subiesen á la altura de Urcamendi, mientras que otras dos del mismo, las cuatro restantes del del Cármen y las que había disponible del del Triunfo número 3 se extendían por las alturas de Aduna á Cizurquil y Zarate, y en los parapetos de este último punto situó como reserva las cuatro restantes del 6.° batallón y otras dos que había del 7.°; destacó al batallón de Doña Blanca número 4 á contener á la guarnición de Tolosa por la parte de Hernialde é Izascun.

CAPÍTULO XXIII

Plan de ataque de Moriones.—Empieza el combate.—Entra en acción todo el ejército liberal que alcanza una gran victoria sobre el carlista.

El plan de ataque del General Don Domingo Moriones que acudía en socorro de Tolosa, se resume en los términos siguientes.

La división Loma habilitaría en Andoain dos pasos sobre el Oria, pasaría el rio por brigadas á las nueve de la mañana; se apoderaría del fuerte y las líneas carlistas de la orilla izquierda entre Andoain y Villabona, dejaría dos batallones en Cizurquil y avanzaría y abriría la comunicación con Tolosa pernoctando en Irura. Otra brigada emprendería la marcha con una batería de montaña hacia las alturas de Velabieta y coronando esta posición, pernoctaría en Villabona y Amasa.

La brigada compuesta de los regimientos de León, Luchana, una compañía de Ingenieros y una sección de artillería, permanecieron en reserva dispuestos á acudir á donde conviniera.

No bien la brigada empezó su avance, el enemigo rompió el fuego desde sus trincheras y se generalizó por ambas partes; se situó convenientemente la batería de artillería y después de un cuarto hora de fuego de fusilería y de algunos disparos de cañón, D. José Loma atacó á la bayoneta al frente del batallón de Barbastro y se apoderó del reducto, obligando á la iz-

quierda enemiga á ponerse en retirada, cogiéndole á los carlistas la bandera del tercer batallón Guipuzcoano.

Dueños los liberales de los pueblos de Villabona y Amasa y ocupada una de las posiciones en que momentos antes se hallaba el enemigo en la orilla izquierda; los carlistas no hicieron ya más resistencia ni trataron de defenderse en las posiciones entre Villabona y Tolosa.

Victoriosas las tropas liberales en su derecha y centro, sólo faltaba batir á la derecha carlista, pero á este fin se oponían grandes dificultades.

A la una de la tarde el General Don Melitón Catalán había emprendido la marcha por la izquierda con la brigada de Don Luis Padial con orden de dirigirse á Velabieta y Usterre; llevaba á vanguardia el regimiento de la Constitución y dos compañías de Carabineros. A las dos llegó la vanguardia á una meseta situada á poco menos de un kilómetro de la primera altura ocupada y fortificada por el enemigo, y este rompió inmediatamente el fuego. Dispuso entonces el General Catalán que un batallón de Tetuán y una compañía de la Guardia civil ocupasen unas alturas á la izquierda, y que la artillería adelantase y se colocase convenientemente para cañonear la posición enemiga, con objeto de preparar su ataque; y hecho esto, ordenó que el regimiento de la Constitución y los Carabineros avanzasen á ella, y así lo hicieron. Coronada dicha posición, se estableció en ella la batería y subieron también un batallón de Tetuán, el de Africa y la Guardia civil; el otro batallón de aquel cuerpo destacado á la izquierda se unió á estas fuerzas.

A dicha altura, seguía otra menos fuerte y fué también conquistada desde luego por el regimiento de la

Constitución y los Carabineros: la artillería, situándose en esta segunda posición, rompió sus fuegos contra el enemigo que dirigía los suyos de cañón y de fusil contra las tropas de ataque desde otra tercera y más fuerte, llamada alto de Velabieta. Siguió avanzando el regimiento de la Constitución y los Carabineros, llevando á su izquierda seis compañías de Tetuán y la Guardia civil cubriendo su frente por extensas guerrillas, y aprovechando las ondulaciones del terreno para no sufrir bajas, interín la artillería preparaba el movimiento de ataque; llegado este caso, avanzaron resueltamente hacia el enemigo. Los carlistas cesan de hacer fuego, y ocultos detrás de sus parapetos, esperan á que las fuerzas lleguen á unos doscientos pasos; les atacan entonces á la bayoneta, obligándoles á retirarse, contribuyendo sin duda al fracaso la imposibilidad de que avanzase la arti lería, á causa del dificil acceso de la posición y el hallarse obstruida la subida con ramas de árboles; sin embargo las citadas fuerzas quedan en las mismas posiciones que antes del ataque. Refuérzalas el General Catalán con el batallón de Africa y vuelve á romperse el fuego de artillería y observando entonces que el enemigo se corría por su izquierda á lo largo de una estribación, para molestar con fuegos de flanco á las tropas que estaban á cubierto de los del parapeto, dispuso que dos compañías de Tetuán y una de la Guardia civil bajasen por la derecha á contener á los carlistas que se corrían por este lado. A la vez, observó también que se dirigían hacia él tropas de refuerzo. Vuelven de nuevo á atacar las repetidas fuerzas, pero cerca de las trincheras son también rechazadas conteniendo en tanto las dos compañías de Tetuán y la Guardia civil el movimiento del flanco enemigo. Con la oportuna llegada de las tropas

de auxilio se decidió dar un nuevo ataque á la posición, y á este fin tomó las disposiciones siguientes. El batallón de Gerona que iba á vanguardia de la brigada de Don Alfonso Cortijo, reemplazaría á las fuerzas de la Constitución, y los Carabineros que habían llevado todo el peso de la jornada y además tenía á algunos de sus soldados escasos de municiones; el batallón de San Qintín que seguía á aquel marcharía con su coronel por la derecha, en donde tan bizarramente se sostenían las dos compañías de Tetuán y la Guardia civil; estas avanzarían sobre el enemigo al mismo tiempo que se diese el ataque de frente. El otro batallón de San Quintín subiría con el brigadier Cortijo que tomaría el mando de todas las tropas de ataque. En esta forma se emprendió el movimiento de avance, y el otro batallón de Gerona, que llegó poco después, lo siguió también; quedaron á retaguardia de la artillería las compañías de la Constitución, y los Carabineros que habían estado en fuego desde el primer momento.

Algo después de las cuatro de la tarde se dió este tercer ataque, y tuvo completo éxito, pues los carlistas, abandonando sus posiciones se retiraron hacia Berástegui.

Tomadas todas las posiciones del enemigo y en retirada éste, fuera del alcance de los fuegos, ordenó el General en Jefe Don Domingo Moriones, que todas las fuerzas de la izquierda bajasen á la carretera distante de ella cerca de una legua; y así lo hicieron en escalones sin ser molestados por el enemigo llegando el último escalón á Villabona á las diez y media de la noche.

Las pérdidas sufridas por el Ejército del Norte en esta acción, fueron; un jefe, cuatro oficiales y 35 individuos de tropa muertos; un brigadier, tres jefes, vein-

te oficiales y 327 individuos de tropa heridos; dos jefes, quince oficiales y 52 individuos de tropa contusos; y un oficial y 25 individuos de tropa extraviados, total 499 bajas, siendo también de consideración las de los carlist as

CAPITULO XXIV

Los carlistas contra Irún.—Bombardean la plaza. D. Carlos se pone al frente del ejército sitiador.—Descripción del campo carlista y distribución de sus tropas.

1874.—La plaza de Irún estaba debilmente fortificada, componiéndose su guarnición de cinco compañías del regimiento de Africa, dos de Murcia, tres de Migueletes, una sección de Ingenieros, otra de Artillería, cuarenta y nueve carabineros y 100 voluntarios.

El puente de Behobia estaba fortificado en la parte española, y contaba con una pieza de artillería y una guarnicion de 41 Migueletes y ocho carabineros.

La cabeza de puente del internacional de Hendaya estaba también fortificado y defendida por algunos Migueletes y doce carabineros. Otros doce carabineros y doce voluntarios defendían el paso de Santiago, próximo del puente de Hendaya.

Los carlistas empezaron sus hostilidades contra la plaza sin la prévia intimación prevenida por el derecho de gentes.

A las siete de la mañana del 4 de Noviembre, día elegido tal vez en celebración de ser los de D. Carlos, dos baterías carlistas rompieron el fuego contra Irún.

Los disparos de los cañones carlistas fueron muy frecuentes y arrojaron durante este día sobre la plaza mil doscientas granadas, causando muy pocas bajas.

Hacia las cuatro y media de la tarde empezó el bombardeo y continuó durante toda la noche sin ninguna interrupción. Cayeron en la plaza 140 bombas. Todas ó muchas de ellas debían ser incendiarias, por que la bomba que caía sobre una casa, la incendiaba y muy pronto empezaron á arder dos de ellas. No se pudo cortar el fuego de estas, por escasear el agua desde que los carlistas cortaron las cañerías de las fuentes. A falta de agua se apeló á la tierra y arena, y con su auxilio se pudo apagar el incendio de algunas casas. Se alarmó mucho el vecindario con el siniestro aspecto que iba tomando la población y nadie se cría seguro en su casa; las mujeres, los niños, los enfermos, los ancianos y algunos extranjeros se acogieron á la casa Ayuntamiento, edificio fuerte y sólido que servía de castillo dentro de la población. Se temió que se extendiese el incendio á todo el pueblo, pero afortunadamente no se propagó, ni ocurrió en este concepto una sola desgracia personal durante dicha noche. Toda la guarnición estuvo sobre las armas, ocupando los puestos señalados para la defensa y reparando en los fuertes los muchos destrozos hechos por la artillería enemiga.

A las siete de la mañana del 5 volvió á empezar el fuego de la artillería carlista aunque no con la intensidad del día anterior. No ocurrió nada notable de día ni de noche y durante esta se reforzaron los fuertes y se repararon los destrozos hechos en ellos por el enemigo, para lo cual los vecinos de la plaza proporcionaron los sacos de que disponían.

Al amanecer del día 6 reanudaron el fuego las baterías carlistas, estableciendo en Aldabe, punto bastante próximo á la plaza, una nueva con dos piezas.

Abrieron los carlistas dos boquetes en los diques que cierran la ribera entre el Bidasoa y el pueblo, con

el fin de inundarla é interceptar las comunicaciones del pueblo con el paso de Santiago y el puente de Hendaya, pero los defensores repararon á tiempo la avería antes de subir la marea.

Los carlistas seguían firmes en su propósito de conquistar la plaza de Irún, cuya posesión les ofrecía no pocas ventajas; ejecutaron grandes trabajos de trincheras en la zona que vendría á ser el paso de los liberales para Irún, especialmente en el puerto de Gainchurizqueta, en los montes de San Marcos y Santiagomendi y en las inmediaciones de Astigarraga, poniendo en peligro la guarnición de este punto.

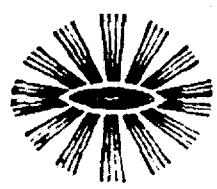
Formalizado el ataque de Irún, los carlistas recibieron grandes refuerzos.

Comprendiendo Don Carlos la importancia que entrañaba la conquista de dicha plaza, se puso al frente de las huestes sitiadoras, que, como era consiguiente, se animaron con su presencia. Veintidos batallones y el de Guías ó Régio ocupaban las formidables posiciones, que, siendo parte integrante de la divisoria entre el rio Oyárzun, que forma la ría de Pasages, y las vertientes de Bidasoa, se desprenden de las empinadas é inaccesibles peñas de Aya, en el límite de las provincias de Navarra y Guipúzcoa y se unen en la áspera cordillera de Jaizquibel, que corre paralelamente á la costa cantábrica formando el cabo de la Higuera al sumergirse en el mar.

Entre estas posiciones, ya por su naturaleza fuertes, defendidas por doble línea de trincheras, se distinguían la de Urcabe que domina á Oyárzun y la carretera de este punto á Irún y cruza la mencionada divisoria por el collado de Anderrégui; la de Gainchurizqueta, que dá paso á la carretera de San Sebastián á dicho punto por el collado de su nombre próximo á la

sierra de Jaizquibel y una extensa loma de dificil acceso desde Rentería, surcada en su pendiente por profundos barrancos, en la cual existía una torre telegráfica en un alto que bate y domina la carretera de Rentería cortada y obstruída en este trozo con talas de ásboles.

Las trincheras construídas por los carlistas se enlazaban desde Aspe hasta Jaizquíbel por la posición ya descripta y concluía en la falda de dicha sierra, pero no tenían ninguna de importancia en la cresta ó divisoria y se limitaron á ocuparla con dos batallones Alaveses.



CAPITULO XXV

El General Laserna acude en auxilio de Irún. Varios combates para levantar el sitio. Bajas sufridas.

En tanto se organizaba las fuerzas que habían de acudir en auxilio de Irún, el General en jefe Don Manuel de la Serna se dirigió á la citada plaza con objeto de animar con su presencia á la guarnición y reconocer la Sierra de Jaizquibel y el Cabo de la Higuera, acordando que por este lado se envolvería la línea enemiga.

Para desorientar á los carlistas había dispuesto el General Laserna que la brigada Bargés se acantonase el 8 en Hernani, iniciando alguna demostración sobre aquel flanco con el fin de hacer creer al enemigo que el ataque se dirigía á su izquierda.

A las seis de la mañana del 10, el General en jefe emprendió la marcha para Rentería y se concentraron en este punto sus tropas.

Siendo indispensable para la seguridad de los movimientos sucesivos de las fuerzas liberales, que se apoderaran de los montes y la ermita de San Marcos, sobre el flanco y la retaguardia de la línea que al día siguiente había de ser la de la batalla, se encargó de ejecutar esta operación el General Don José Loma con la brigada Bargés y una batería de montaña.

Liberales y carlistas iban á batirse ante ocho ó diez

mil expectadores de diversas nacionalidades situados en la orilla derecha del Bidasoa, atraídos unos por el expectáculo á pesar de sus horrores y deseosos otros de conocer el valor relativo de los combatientes.

Se inició el movimiento por las tropas del General Loma, emprendiendo la marcha por el camino del convento de San Agustín.

Tan pronto como estas fuerzas salieron del pueblo fueron hostilizadas, pero se posesionaron á la carrera de una trinchera y las casas próximas. Inmediatamente dos compañías de Alcolea y una de la Guardia civil siguieron la falda de San Marcos por su izquierda, tratando de desalojar al enemigo de los caserios de Gogorregui y las formidables trincheras que ocupaba. El resto del batallón de Alcolea marchó hacia la izquieda, protegiendo el ataque anterior, y dos compañías del batallón de la Habana y una de Carabineros avanzaron por el centro,y el resto de las tropas continuó su marcha hacia los caserios de Azañeta, donde los carlistas habian concentrado considerables fuerzas. Las citadas compañías se apoderaron á la bayoneta de los caserios de referencia.

En el momento en que se reunían las fuerzas en esta zona para continuar el movimiento de avance, se presentaron á Don José Loma el General Blanco y el brigadier Oviedo, manifestándole que deseaban tomar parte en el combate por pertenecer los batallones de la Habana y Alcolea á su división y brigada respectivamente.

Reunido el batallón de la Habana y reforzadas las tropas de ataque con el 2.° batallón de Murcia y una sección de Montaña, ordenó el General Loma á Blanco que se posesionara de la posición de Cutárro.

El regimiento de Asturias con su coronel Gregory

al frente, se posesionó de una de las derivaciones de la meseta de San Marcos, inmediata á Alza. Valencia con su jefe Lacalle tomó los caserios bajos y la falda de Choritoquieta, rebasando así las trincheras carlistas. El enemigo opuso en estos puntos una resistencia tenaz, y Asturias y Valencia, sobre todo el primero de estos regimientos esperimentaron numerosas bajas;pero el éxito fué favorable á los liberales, y dominadas las posiciones de Choritoquieta por este la do, y continuando el movimiento el batallón de la Habana y los Carabineros, unas y otras fuerzas coronaron la cumbre de San Marcos, viéndose el enemigo obligado á abandonarla precipitadamente, temiendo ser cortado en su retirada. La vanguardia del batallón de la Habana, resistió con gran serenidad el empuje de los carlistas que en un principio la atacaron contando con su superioridad numérica.

El batallón de Alcolea y la Guardia civil, se apoderaron á la carrera con gran valor del convento de San Agustin y se posesionaron de los caseríos inmediatos, y en vista de los accidentes del terreno y de la situación del enemigo, se situaron convenientemente, fraccionándose en tres partes; y después de rechazar varios ataques de fuerzas superiores,consiguieron su objeto, subiendo hasta la misma cima de San Marcos á reunirse con el batallón de la Habana y los Carabineros.

Tenía gran importancia la posesión de San Marcos, porque permitía el avance del ejército sin riesgo de ser amagado por su flanco y retaguardia. Podía ya la derecha liberal marchar sobre las posiciones de Oyárzun y la izquierda sobre Jaizquibel para envolver al enemigo, apoyada aquélla por una columna central pronto ademas á acudir donde fuera necesario su con-

curso, pero no siendo posible efectuar estos movimientos durante el día 10, el General en Jefe Don Manuel Laserna dispuso que dos batallones quedaran en posición sobre San Marcos y se difirió hasta el siguiente la operación de referencia.

A las cinco de la mañana del 11, se puso en marcha el batallón de Estella con encargo especial de que explorase la vanguardia, dos compañías de la reserva de Huesca, una batería del 3.° de Montaña, el resto del batallón de Huesca, el primer batallón de Castilla, el parque móvil y el otro batallón de Castilla á retaguardia.

En aquellos momentos ocultaba la niebla la cima de la Sierra de Jaizquibel y el fondo de los valles á que más tarde debían descender los liberales, y tal circunstancia favorecía el movimiento, encubriéndolo. Dos compañías de Estella constituídas en extrema vanguardia se aproximaron á las derivaciones del promontorio Olearzo, trasponiendo una extensa trinchera que la abandonó el enemigo después de algunos disparos. Inmediatamente avanzó el resto del batallón de Estella para apoyar á las dos compañías citadas. En breve se apoderó dicho batallón del mencionado promontorio, que viene á ser el centro y la altura culminante de la Sierra de referencia.

Había llegado la ocasión de descender sobre el flanco y la retaguardia de las formidables trincheras inteligentemente contruídas por los carlistas, que hacian peligrosas la marcha de los liberales á Irún, y era necesario envolverlas para evitar estériles sacrificios.

A las nueve y media de la mañana se inició el ataque y á pesar del nutrido fuego de las trincheras carlistas coronaron el batallón de la Habana y los Cara-

bineros la cima de Monte Munnaundi, y la Guardía civil, el batallón de Alcolea y los dos de Valencia cuyo coronel fué herido, dominaron los altos de Barrecoloya. A causa de estos movimientos, los carlistas emprendieron precipitadamente la retirada dejando abandonado sus muertos y gran cantidad de municiones que fueron repartidas entre las fuerzas vencedoras.

Era muy crítica la situación de los carlistas, y en caso de no retirarse en breve se exponían á perder gran parte de sus fuerzas, comprendiéndolo así sus jefes.

La campana de Oyárzun dió la señal de retirada y sin demora la emprendieron los carlistas por las veredas que conducen á Arichulegui.

El General en Jefe que con el batallón de Alcolea y uno de Asturias se habia adelantado hacia Irún, entró en la plaza.

Faltaban aún arrojar de San Marical á las huestes sitiadoras, ejecutando esta operación los batallones de Huesca y Estella con el mejor éxito, arrojando al enemigo de las trincheras después de un vivo fuego, abandonando los carlistas sus posiciones en vergonzosa retirada.

Las bajas sufridas por las tropas liberales en los combates para el levantamiento del sitio de Irún, ascendieron entre muertos y heridos á cuatro jefes, veinte oficiales y 290 individuos de tropa, siendo también de bastante consideración las del enemigo.

CAPITULO XXVI

El General Loma sale de San Sebastian para Hernaní con objeto de batir las fuerzas carlistas. —Situación de estas en las inmediaciones de la población.—Comienza el combate.—En plena batalla.—El General Loma herido.

1874.—A las ocho de la mañana del 8 de Diciembre salió el General don José Loma, de San Sebastián para Hernani, con nueve batallones y diez piezas de Plasencia, que á las ordenes del General don Ramón Blanco constituían una división de dos brigadas. La 1.ª mandada por don Agustin Oviedo y la 2.ª don Emilio Calleja.

A las once y media de la mañana llegaron las fuerzas á Hernani y después de un ligero descanso, ordenó el General don José Loma que se emprendiera el movimiento de avance, saliendo la brigada Oviedo por la parte próxima al cementerio, faldeando el monte de Santa Barbara y que avanzara hacia Urnieta y Andoain por las alturas que dominan la carretera por la derecha; el batallón Cazadores de Puerto Rico, debía franquear la izquierda de la marcha dirigiéndose á las alturas de Ygazagaña y Argan y avanzando hasta los caseríos de Guerola y Ezábal. Los cuatro batallones restantes de la 2ª. brigada, á las ordenes del brigadier don Emilio Calleja, seguirían por la carretera, formando el centro de la línea.

La derecha carlista se apoyaba en los altos de Goiburu y Fago llaga, defendidos por los batallones 2.° y 3°. de Guipúzcoa, al abrigo de dos líneas de fuertes trincheras que se enlazaban por un bosque y una alameda de manzanos á un grupo de casas situado en el recodo dominante que forma la carretera á unos 500 metros de Urnieta, en las cuales se apoyaba su centro, donde por de pronto no se hallaba más que cuatro compañías del 4.° batallón guipuzcoano. La izquierda carlista se apoyaba en la cuesta y falda de la formidable posición de Peña Espino y la ermita de Arcote, enlazada con el centro por la cañada que descendiendo de aquel monte atraviesa todo lo que fué campo de acción.

La disposición del terreno fué hábilmente explotada por los carlistas; situaronse sus tiradores en dos y tres líneas sobre las alturas, y en el fondo del barranco considerables fuerzas ocultas á los fuegos de los liberales, con objeto de cargar bajo la debida protección en momento oportuno.

Adoptadas las disposiciones por ambas partes, inicióse el avance de las fuerzas liberales. El batallón de Puerto Rico fué el primero que encontró resistencia; al aproximarse al caserío de Guerola, fué recibido por un nutrido fuego desde él y desde las trincheras de Goiburu. Dos compañías mandadas por el comandante García Capellán se apoderaron del caserío de Ezábal, situado frente á Urnieta, ocupado por el enemigo, á pesar de la obstinada resistencia de éste. Al mismo tiempo avanzaba por la carretera el centro liberal dirigido personalmente por el General Loma, yendo en vanguardia dos compañías de Luchana que tomaron posición en el Collado que domina la carretera por la izquierda á mitad de distancia entre Hernani

y Urnieta, con objeto de dejar aseguradas sus comunicaciones. Desde este momento se generalizó el fuego en toda la línea.

En vista del giro de los sucesos, el cabecilla Egaña había prevenido que el 7.º de Guipuzcoa y las compañías de guías de Guipúzcoa avanzaran para tomar parte en la lucha, situándose en los puntos más amenazados; que seis compañías del 1.º de Guipúzcoa apoyaran á las del cuarto situadas en la ermita de Santa Cruz de Arcote y la posición de Peña Espino, y que cuatro compañías del batallón de Guias del Rey reforzaron esta ala (izquierda carlista). Las otras compañías de este batallón se situaron en el centro de la línea.

Después de haber situado el General Loma la 3.ª batería en posición conveniente sobre la derecha de la carretera, para batir las trincheras enemigas, previno que avanzara el resto del batallón de Luchana,con objeto de ocupar el pueblo de Urnieta. Ejecutó este movimiento dicha fuerza bajo el fuego enemigo y en el mejor órden conducida por su coronel Valcarce, el cual situó tres compañías en la iglesia y la casa Ayuntamiento, distribuyó parte de sus fuerzas en algunas casas y colocó dos compañías en un caserío situado hacia la salida del pueblo, á corta distancia, sobre el flanco derecho y en dirección de la falda de la montaña ocupada por el enemigo. Tratando este de dificultar la marcha de los liberales, redoblaba el fuego en toda su línea, y especialmente desde el grupo de casas donde apoyaba su centro y desde las trincheras de la vertiente del monte Espino.

Para contrarrestar los esfuerzos de los carlístas y en vista de que la derecha liberal se hallaba retrasada dispuso el General Loma que el batallón de Huesca

se apoderara del expresado grupo de casas y que las dos compañías de Luchana,.establecidas en el caserío de la derecha, reforzadas con otra que se mandó adelantar desde el pueblo atacaran los atrincheramientos enemigos de la falda del Monte Espino. El batallón de Huesca avanzó con gran valor, y sus dos compañías de vanguardia al mando del comandante Cabezas se apoderaron de las referidas casas, batiendose para conseguirlo cuerpo a cuerpo, siendo apoyadas por el resto del batallón mandado por su jefe Tejero. Las dos compañías de Luchana avanzaron también á las trincheras,pero comprendiendo el enemigo la importancia de este ataque y temiendo que su centro fuera arrollado, se opuso tenazmente á tal propósito, avanzando al efecto un batallón por un bosque de manzanos con objeto de flanquear al de Huesca y separar al centro liberal de su izquierda. A la vez, las fuerzas carlistas situadas en el barranco iniciaron un ataque á la bayoneta sobre toda la línea liberal. Hostilizado de flanco el batallón de Huesca, y rudamente cargado por el frente hubo de ceder, no sin haber rechazado dos veces al enemigo; pero por fin después de un encarnizado combate se vió obligado á abandonar el grupo de casas, con pérdida de dos jefes, tres capitanes y cinco subalternos, además de un gran número de indivíduos de la clase de tropa. Las compañías de Luchana que habían atacado por la derecha, se replegaron tambien ante fuerzas superiores enemigas que avanzaron resueltamente sobre Urnieta por la carretera y ambos flancos. En tan críticos momentos, el General Loma se lanzó espada en mano á contener la retirada de sus fuerzas, animando á sus tropas con su voz y sobre todo con su ejemplo, eficazmente secundado por los oficiales generales, jefes y oficiales de E. M. y ayudante,

de campo que á su inmediación se encontraba, entre los cuales merecen mención el brigadier Calleja, el coronel Ibarreta y el intrépido comandante Muñoz Cobo, ayudante del General Blanco, que cayó muerto de un balazo en la cabeza. En estos momentos fué gravemente herido en el costado izquierdo el bravo General Loma y se vió obligado a retirarse del campo de batalla El General Blanco se encargó del mando.

Contenidas prontamente en su retirada las fuerzas de Luchana y Huesca, se rehicieron bajo la protección de las demás compañías de Luchana, el batallón de Murcia y la Guardia civil, situadas, en las últimas casas del pueblo, y situándose también en ellas y en las casas inmediatas las referidas fuerzas, fueron rechazados los batallones carlistas sufriendo estos grandes perdidas, especialmente el batallón de Guías.

CAPITULO XXVII

Disposiciones del General Blanco al suceder en el mando á Loma.—Prosigue la batalla.—Victoria definitiva de las tropas liberales.—Violentísimo temporal.—Regreso de BlancoHernaní para racionar las tropas.—Bajas.

Comprendiendo el General Blanco por lo que hasta entonces había observado respecto á la situación y las maniobras del enemigo, que la llave del campo de batalla estaba en los altos de su derecha á donde había dirigido el General Loma con mucho acierto, á la brigada Oviedo, y que mientras sus tropas no fueran dueños del Monte Espino, era muy difícil desalojar á los carlistas de su posición central, adoptó las siguientes disposiciones; ordenó al brigadier don Emilio Calleja que con los batallones de Luchana y Huesca se sostuviese en el pueblo sin tomar la ofensiva, hasta que llegado el momento oportuno recibiera la orden al efecto; previno que se situaran dos piezas Plasencia en una explanada dominante, próximo á la iglesia con objeto de proteger con sus fuegos su centro y su izquierda y encargó del mando inmediato de aquella parte de la línea al coronel del regimiento de Luchana; que se destacaran tres compañías del regimiento de Murcia á los caseríos situados en las primeras estribaciones del repetido Monte Espino, á retaguardia de Urnieta á fin de que sirviera de enlace con la brigada Oviedo y con

objeto tambien de evitar que aún en el caso de tener que replegar el centro de la línea pudiera el enemigo interponerse entre éste y la derecha liberal; que dos compañías del mismo cuerpo dirigidas por el comandante de Estado Mayor Don Rafael Mir, reforzaran la izquierda de su línea en la cual se sostenía con valor el batallón de Cazadores de Puerto Rico; situó convenientemente como reserva general la restante fuerza del regimiento de Múrcia á las órdenes de su coronel Don Julián García Rabaredo, y finalmente, previno al brigadier Oviedo, que á toda costa y apresurando cuanto le fuera posible el movimiento, se apoderase de las alturas de Peña Espino.

Cargado por fuerzas superiores el batallón de Puerto Rico, resistió tenazmente los esfuerzos del enemigo, y aunque cedió el terreno por algunos momentos, perdiendo el caserío de Ezábal, se rehizo, y á la voz de su bizarro teniente coronel don Francisco Gómez Solano, reconquistó todo el terreno perdido, avanzando y persiguiendo al enemigo hasta más allá del barranco y sosteniéndose con notable firmeza en aquellas posiciones hasta la terminación del combate.

La brigada Oviedo hizo una marcha sumamente penosa y difícil por terrenos casi inaccesibles y comprendiendo aquel brigadier la importancia de la posición de Peña Espino, disponía ya sus fuerzas para atacarla cuando recibió la orden de conquistarla, y contestó, que á la media hora daría parte de haberla cumplimentado como efectivamente lo hizo, pues en breve ocupó el batallón de Cazadores de las Navas mandado por su primer jefe Don Alvaro Serrano, el último pico de aquella abrupta peña, después de un reñido combate. A cada disparo de la única pieza que pudo ponerse en batería, fué necesario asegurar con topes

y piedras el mastil de la cureña y sujetarlo con cuerdas. El batallón del regimiento Inmemorial sostuvo al batallón de las Navas; los Carabineros y Guardias civiles afectos á esta brigada, lo secundaron eficazmente y contribuyeron á su buen éxito, así como los batallones, Estella y Reserva número 2, situados en segunda línea.

Tan pronto como vió el General Blanco á la brigada Oviedo en la altura de Peña Espino, juzgó conveniente que avanzara su centro y ordenó al efecto al brigadier Calleja que se apoderase del grupo de casas avanzado que ocupaba el enemigo. Este movimiento fué ejecutado por fuerzas de Luchana, Huesca y Murcia á las órdenes del coronel Don Gaspar Tenorio, ayudante del brigadier Calleja, no sin sostener una lucha sangrienta y porfiada. Los carlistas defendieron dichas casas con gran tenacidad y fueron tres veces perdidas y recuperadas, hasta que al fin ya cerca de la noche, quedaron en poder de los liberales, cabiendo la honra de haberse posesionado definitivamente de ellas á tres compañías del regimiento de Murcia. Ocupadas las alturas en que el enemigo apoyaba su ala izquierda y forzado su centro, no podía aquel continuar resistiéndose más tiempo sin exponerse á ser envuelto; y comprendiendo que no le era posible ya disputar la victoria, aprovechó la marcha para retirarse á Andoain y establecerse en posiciones atrincheradas en la otra orilla del Oria.

Siendo el propósito del General Blanco, continuar al dia siguiente las operaciones, dispuso que vivaquearan las tropas en las posiciones conquistadas; pero durante la noche, se presentó un fuerte temporal de agua y viento, que al amanecer fué violentísimo, haciendo casi imposible la marcha de las tropas por aquel terreno

difícil de cruzar aun en tiempo ordinario. No pudiendo proseguir las operaciones el 9, y no siendo conveniente mantener á las fuerzas en sus posiciones con tan mal tiempo, dispuso el general Blanco, que regresaran á Hernani, para racionarlas, darle descanso y esperar un cambio favorable.

A las once de la mañana del 9 estaban en Hernani todas las tropas.

Continuaba el 10 el temporal, y convencido el General Blanco de que no era pasajero, se dirigió á San Sebastian y distribuyó sus fuerzas en la línea que sostenían los liberales en esta provincia.

El temporal duró aún muchos días, algunos rayos y diversos hundimientos produjeron en las tropas liberales cuatro muertos y catorce heridos y contusos de más ó menos gravedad.

Las perdidas sufridas por las tropas liberales en el combate del 8 fueron un jefe, un oficial y 36 individuos de tropa muertos; un General, tres Jefes, 11 oficiales y 228 indivíduos de tropa heridos y un jefe, 9 oficiales y 94 indivíduos de tropa contusos.

CAPITULO XXVIII

Reñida acción para apoderarse de las posiciones de Montevideo, atrincheradas por los carlistas

1875.—El sostenimiento del fuerte y pueblo de Astigarraga, encomendado á fuerzas de la comandancia de Carabineros de Guipúzcoa, era una atención sumamente embarazosa, porque las del ejército se hallaban todas distribuídas en puntos importantes y más ó menos avanzados; pues como la posición especial y nada ventajosa que ocupa aquel punto dominado completamente, lo mismo que el camino que á él conduce por las posiciones que ocupaba el enemigo en San Marcos, Choritoquieta y Santiagomendi, la provisión y el relevo de estos destacamentos costaba siempre un combate más ó menos sagriento para el cual se empeñaba cuatro ó cinco batallones.

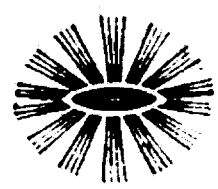
Para hacer cesar tan enojoso estado, había que apoderarse de las posiciones de Montevideo, que cubiertas de trincheras carlistas, eran su principal apoyo para hacer intransitable la carretera, cruzando en ella los fuegos de varias posiciones. A fin de terminar con estos inconvenientes, de las tropas que llegaron, se adelantaron por la izquierda, ocultas por el bosque, una compañía de las Navas y una sección de Montaña para dominar con sus fuegos la carretera de Astigarraga y Puente de Ergobia por donde el enemigo trataría de ganar la orilla derecha del Uruméa; otra

compañía de Puerto Rico oculta protegía este movimiento. La segunda columna se había apoderado de las trincheras más avanzadas, y después con brioso empuje y certero fuego, del camino cubierto atrincherado que tenían los carlistas para unirlas con las obras de tierra de la casa fortificada de Aramburo, y ya entonces, rebasadas las posiciones que habían tenido la primera columna, continuaron las dos su movimiento, á través de los espesos bosques y áspero terreno que forman aquella zona. Entretanto habían continuado la marcha por la carretera, sufriendo el fuego que desde la derecha hacian las posiciones fortificadas de Vidarte, Egurrazo y Oyamendi, al que contestaban protegiendo el paso, los destacamentos del Rey situados en los caserios de Casas Quemadas, Miramon, Munquiluz y los parapetos de la carretera. A las siete y media se hallaba al pie del fuerte de Oriamendi, á pesar del entorpecimiento causado por la herida de un mulo de la artillería. Desde allí se dirigió la tercera columna sobre la derecha del caserío de Aramburo después de haber hecho el fuerte de Oriamendi la señal, para que èmprendiese su ataque desde las posiciones en que á cubierto con su fuerza debía subir al asalto de Montevideo. Atacada de frente la citada casa de Aramburo por la tercera columna, amenazada su izquierda por la 1.ª y su derecha la 2.ª, resistió el enemigo cuanto le fué posible, haciendo un nutrido fuego hasta el último momento, á pesar del muy certero que la artillería de Oriamendi efectuó contra ella; pero viéndose comprometido por el rápido movimiento por dos compañías de Migueletes y una de la Guardia civil, se declaró en precipitada fuga por la comunicación en Zig-Zag, que tenía con el alto Santurdio, al cual llegó casi al mismo tiempo que los bravos migue-

letes y la Guardia civil, dos compañías de Barbastro, arrojando al enemigo, dejando en poder de los liberales algunos prisioneros y en el campo varios muertos. En este alto quedó colocada la sección de campaña, prosiguiendo el resto de las fuerzas hacia Montevideo. Esta sección que barría toda la vertiente de Uruméa, los fuegos de las compañías de las Navas y la artillería situadas al detenerse en el caserio de Aguirre, causaron al enemigo numerosas bajas tanto en su precipitado descenso hacia el rio, que muchos cruzaron á nado, como al pasar el puente y marchar por la carretetera viéndosele retirar muchos heridos de Astigarraga tanto á brazo como en carros y caballerías. Durante este tiempo las tropas habían emprendido el ataque directo de Montevideo, marchando á vanguardia, cuatro compañías del provincial de Córdoba, una sección de ingenieros y otra de artillería de montaña. Despreciando el fuego enemigo durante su penosa subida, llegaron a coronar la posición, salvando numerosas trincheras, sin disparar un tiro, en tanto que el comandante de Carabineros Alvarez, con una compañía de este cuerpo y otra del provincial de Córdoba, marchaba formando la extrema derecha de la línea, dando vuelta al cerro y amagando un ataque al puente de Ergobia, línea retirada del enemigo. La sección de montaña, convenientemente situada, batía las trincheras de la falda de Santiagomendi, que con su rápido fuego molestaban la marcha de las tropas por su flanco derecho y de frente la del comandante Alvarez (había tenido que arrostrar además estas fuerzas el fuego de una batería de tres piezas que desde la cumbre de dicho monte protegía á los defensores de Montevideo) sin que ninguno de éstos obstáculos logrará detener su marcha coronaron la posición, cediendo el enemigo el

campo precipitadamente después de haber hecho una tenaz resistencia con pérdidas de consideración, pues además de los muertos que dejaron en el campo, tuvieron muchos más en la orilla derecha del Uruméa y gran número de ahogados en su desordenada retirada al arrojarse al agua temiendo verse cortados.

El comportamiento de las tropas liberales fué como siempre, el más bizarro, rivalizando todos los cuerpos en valor y entusiasmo. Los jefes de columna dirigieron las suyas respectivas con notable pericia y maniobraron con tal acierto, que á pesar de los grandes obstáculos que tuvieron que vencer y de la tenaz resistencia del enemigo, todos concurrieron casi simultaneamente al punto de ataque ,obligando á los carlistas á retirarse en desorden ante el temor de ser cortados y envueltos.



Provincia de Huesca

CAPITULO XXIX

Los carlistas proyectan atacar á Huesca.—Escasa guarnición de la plaza.—Actividad de su gobernador militar, General Delatre.—Salida de este con una pequeña escolta á explorar el campo.—Llegada de un corto refuerzo.—Sale el general con estas tropas en busca del enemigo.---Lo ataca con bizarría, lo dispersa, hace prisiones y rescata rehenes.

1874.—En Huesca se encontraba el brigadier Don Juan Delatre con escasa fuerza de Carabineros, Guardia civil y Caballería para las multiples atenciones á que había que acudir en la provincia; en la Canal de Berdú tenía situados 108 carabineros con el comandante don Juan Arjona y en cinco villas dos compañías del segundo batallón de Córdoba que estaban encargadas de protejer las obras de defensa emprendidas en Sos.

El 20 de Enero avisaron al brigadier Delatre que una numerosa facción mandada por el titulado brigadier carlista don Manuel López Caracuel, compuesta de mil doscientos infantes y setenta caballos, había entrado en la villa de Ayerbe y proyectaba atacar a Huesca, noticia que produjo en esta plaza la mayor alarma, por no disponer de fuerzas para oponer resis-

tencia, pues apenas contaba con cincuenta hombres de Carabineros y Guardias civiles, y esta circunstancia conocida de la población, aumentó su temor hasta el punto de que gran parte del vecindario no trataba ya más que de salvar sus personas é intereses. Para calmar la ansiedad de los ánimos, después de ordenar el brigadier Don Juan Delatre, que el de su empleo Don Manuel Montero, que accidentalmente se encontraba en la plaza, ocupase con la corta fuerza disponible el Instituto y Seminario, salió acompañado de su ayudante del comandante de caballería Don José Calleja, teniente de la propia arma Don Ernesto Gómez y teniente de la Guardia civil Don Manuel Escudero y 12 caballos á fin de hacer un reconocimiento sobre el punto ocupado por los carlistas. A su llegada á las inmediaciones de Plasencia adquirió la certeza de que estaban en Ayerbe y mandó al expresado teniente Gómez, que con los caballos se adelantara hasta el primer punto, previniéndole que enviase aviso al alcalde de la villa invadida por la partida, para que por todos los medios de que dispusiera inutilizase en lo posible los vados del rio Gállego y el puente de Murillo, añadiendo que al poco tiempo llegaría una fuerte columna. Advirtió á dicho oficial que este encargo lo hiciera sin reserva á fin de que lo supiera el enemigo, y le previno que una vez, cumplimentado siguiera hasta media legua de Ayerbe, en donde los carlistas tenían una avanzada de ocho caballos á la cual procuraría sorprender y acuchillar. El teniente Gómez ejecutó perfectamente sus instrucciones; pero no pudo realizar la indicada sorpresa, por que la facción había recibido el parte, y marchado precipitadamente hacia Murillo Regresó el brigadier Don Juan Delatre á Huesca, á las nueve de la noche y procuró calmar la pública excitación, que

contribuyó á disipar, la llegada á las once de un refuerzo de 280 hombres y 64 caballos. A las siete de la mañana del siguiente día salió con la citada fuerza en persecución de los facciosos entrando en Ayerbe á las doce y media del 21, y después de un corto descanso, continuó hacia los montes de Carbonera á donde presumía que se había dirigido el enemigo. A fin de abreviar la marcha dispuso vadear el rio Gállego por un punto conveniente, aunque con agua á la cintura, y al anochecer logró hallarse muy cerca de los carlistas; pero no creyó oportuno atacarles, ni aún dar lugar á que sospechasen su presencia en aquellas inmediaciones seguro de batirlos al amanecer con mejor éxito. Vivaqueo en aquél sitio, mas sólo hasta las once de la noche; pues habiendo oído los escuchas liberales las conversaciones de los carlistas en que manifestaban que se dirigía á Valpalmas, partió sigilosamente hasta este pueblo adonde sin omitir precaución alguna llegó al ser de día; y enterado de que habían seguido hasta la villa de Luna, prosiguió al momento en su busca y á las ocho y media de la mañana del 22 los sorprendió en ella en el instante de hallarse formados para emprender la marcha. Acto contínuo ordenó al bizarro comandante graduado, teniente del regimiento de Castillejos Don Victor Sánchez Mesas, que con treinta caballos, apoyados por una sección de Carabineros al mando del Capitán de Ejército, teniente del mismo Instituto Don José Sánchez González, fuese á la carrera á posesionarse de las alturas que dominan al pueblo; y al notar el contrario que se le cortaba la retirada hácia las Sierras de San Jorge, se situó en la iglesia, torre y demás edificios que podían proporcionarle una ventajosa defensa desde los cuales rompió un nutrido fuego. Cuando se incorporó el resto de la caballería,

previno á su jefe el comandante graduado capitán don Francisco Marchesi, que ocupase una segunda posición á la derecha y que encadenando los caballos la defendiese á toda costa y al propio tiempo dlspuso el ataque de frente á la bayoneta. El enemigo, viendo esto, abandonó, la poblacion y trató de forzar y envolver á la caballería que le hacía un vivo fuego pie á tierra, pero reforzada esta convenientemente por los Guardias civiles al mando del teniente don Manuel Escudero, le obligaron á dejar aquellas sierras que defendió con tenacidad, y al retirarse á otras, no menos fuertes en dirección á Val de Cabañas, de las que sucesivamente fué desalojado hasta los montes de Miana, distantes dos leguas de la citada villa de Luna. Agobiados ya los carlistas por las repetidas cargas y certero fuego de la pequeña fuerza liberal, á las dos de la tarde huyeron en diferentes grupos hacia los montes de Luesia, con gran número de bajas; pues según las últimas noticias, tuvieron sobre cuarenta muertos y más de cien heridos. Además se le cogieron doce prisioneros, tres caballos, cuatro mulos cargados de equipajes, incluso el del jefe López Caracuel en el que había papeles de importancia, muchas armas y efectos de guerra, rescatándose los rehenes que se llevaban de Luna entre los cuales se hallaba una señora.

Por el relato que antecede se ve el brillante comportamiento de todos los que componían la columna, quienes después de una marcha de más de veinte horas sin haber apenas comido, sostuvieron tan gloriosa jornada en la proporción de uno á cuatro. Este importante y transcendental resultado se obtuvo sin sensibles pérdidas por parte de la columna puesto que sólo hubo tres indivíduos contusos. Aun cuando todos lle-

naron cumplidamente sus deberes y rivalizaron en su bravo comportamiento, se distinguieron de una manera admirable, el comandante graduado, teniente de Castillejos don Victor Sánchez Mesas, el capitán de ejército, teniente de Carabineros don José Sánchez, el teniente de la Guardia civil don Manuel Escudero y el ayudante del brigadier, capitán don Manuel Sanz, los tres primeros en la toma de diferentes posiciones y el último con su arrojo al comunicar las órdenes, bajo el fuego enemigo.

CAPITULO XXX

El general Delatre persigue á los facciosos.—Alcanza al enemigo, lo combate y dispersa.—Se rehacen los carlistas y en un nuevo combate son otra vez dispersados.—Más encuentros y combates.

1875.—Enterado el brigadier Don Juan Delatre, el 6 de Julio, de que los carlistas avanzaban de Berbegal á Barbastro emprendió la marcha en seguimiento de ellos y destacó guerrillas de caballería, que hostilizándolos por su flanco derecho, les hicieron un muerto, tres heridos y un prisionero. Para no verse envuelto al llegar á Castejón del Puente, se detuvo breves instantes hasta cerciorarse que había dejado en Berbegal la retaguardia enemiga, compuesta de dos batallones y un escuadrón, á la cual causó algunas bajas antes de entrar en Barbastro. Con prevención del Capitán General de perseguir sin descanso á las facciones, prosiguió el 7 hácia Adahuesa; cruzó por Abiego donde le avisaron que en aquel momento se unían en Angües, las fuerzas del cabecilla Alvarez con las de D. Antonio Dorregaray; en su vista vivaqueó sobre las alturas de Lascellas, cañoneando antes al adversario que se había presentado á su frente, ocupando un arco de círculo de más de dos leguas Al día siguiente, conocedor de que el grueso de los carlistas se había encaminado á Rodellar, cubriendo su retaguardia con 700 hombres y 200 caballos, fué á Angües después de practicar un re-

conocimiento hasta el Pueyo por habérsele dicho que masas contrarias se adelantaban desde Berbegal con intención de cercarle. No resultó esto cierto, por lo cual continuó tras dicha retaguardia á la que encontró en la madrugada del 9 en Ibieca.

Una sección de España por la derecha, y otra de Granada por la izquierda, envuelven el pueblo y cargan á la caballería enemiga que precipitadamente sale huyendo de él, dejando muerto un comandante y dos individuos; las secciones continúan la persecución seguidas de la columna y de este modo cruzan los pueblos de Aguas, Panzano y Santa Cicilia hasta el caserío de Box, y primeras estribaciones de la sierra de Guara, donde el adversario se había aprestado para la resistencia. Dos compañías de la reserva número 19 se colocan en unas alturas que dominan el barranco, en cuya parte opuesta se levanta la erizada sierra de Guara; desde ella protegen el paso de la caballería que desciende al barranco y sube intrépidamente al caserío de Box despreciando el fuego de los contrarios guarecidos éstos en las quebraduras y asperezas de la sierra; detrás de aquella avanzan dos compañías de carabineros y la artillería de montaña, mientras las fuerzas del provincial de León y la Guardia civil contribuye al movimiento tratando de envolver al adversario por la derecha.

A pesar de lo fuerte de la posición que ocupaba el enemigo y de ser reforzado con 600 hombres que había dejado Alvarez á retaguardia, huyó por el monte en dispersión, abandonando armas, bagajes y caballos, perseguido por la columna que volvió á encontrarlo al terminar el día en el pueblo de Used, el cual desalojó también retirándose primero á Espes y luego á la sierra al verse acosado por las tropas. Estas aquella no-

che, pernoctaron en Used y Espes, de donde salieron al día siguiente en busca del enemigo y avanzando por Pueyo llegaron á las nueve de la noche á una elevada sierra que dominaba los pueblos ocupados por las partidas, sin poder racionarse la tropa, pues los lugares que fueron ocupando eran los mismos por donde habían pasado aquellas y estaban completamente exhaustos de recursos. Desde la referida posición, que distaba solo dos kilómetros de los carlistas podían avanzar sobre los flancos de éstos y tratar de romper su centro por medio de un ataque brusco é inexperado.

Con las precauciones convenientes avanzaron dos compañías de carabineros á las órdenes del capitán D. Miguel Sánchez Mora, para que explorase sigilosamente el terreno del frente y la derecha, y con igual comisión por la izquierda iba el bizarro capitán de la Guardia civil D. Vicente Lafuente, con una compañía de este instituto. El toque de retreta repetido de pueblo en pueblo avisó bien pronto la proximidad del enemigo, pero como el brigadier D. Juan Delatre no tenía conocimiento exacto de sus posiciones, determinó esperar hasta la madrugada.

Situó á las dos compañías de Carabineros mencionadas con la Guardia civil á un kilómetro de Torrelisa, cubriendo el frente; en el flanco derecho, á una compañía de León y en el izquierdo á otra de la reserva número 19; colocó la artillería con el resto de la infantería en una altura y puso la caballería á cubierto, en sitio á propósito para acudir donde fuera necesario. En esta disposición pasó la noche decidido á cortar por la línea carlista empezando el ataque por Torrelisa. Este pueblo situado sobre una pequeña eminencia, á dos kilómetros de la orilla derecha del Cinca, está en el vértice de un ángulo en cuyos lados próximamente

se hallan los lugares ocupados por el enemigo; los de la derecha por las fuerzas de Dorregaray y los de la izquierda por la de Alvarez, con la circunstancia de que los de éste costado se hallaban dominados por una cordillera de ásperas montañas, siendo la más elevada de ellas la en que el brigadier Delatre tenía establecido el campamento, lo cual constituía no despreciable ventaja para batir al adversario.

Al amanecer los centinelas carlistas de Torrelisa divisaron á algunos exploradores de las guerrillas y rompieron el fuego; é inmediatamente emprendió el ataque con tal energía y ardimiento el capitán Lafuente y sus guardias, auxiliado por los Carabineros, que cinco minutos después Torrelisa, donde había un batallón carlista, estaba en poder de tan beneméritos como intrépidos individuos y huían á la desbandada sus defensores protegido por otro batallón situado en Guaso que hacía un nutrido fuego sobre la vanguardia. Reforzado ésta con una compañía del provincial de León, al mando del teniente D Ramiro Zancada, el cual atacando con decisión por la derecha y secundando el intrépido arrojo de los Carabineros y Guardias civiles obligó á desalojar el pueblo de Guaso á las facciones que llevaron el pánico á Boltaña donde se hallaba Alvarez con seis batallones. La sección de artillería de montaña también contribuyó á la dispersión del enemigo con sus certeros disparos sobre Torrelisa, Guaso y Boltaña.

Dueños los liberales de los primeros puntos y sin desamparar el vértice del ángulo que aseguraba una posición formidable, siguió el avance sobre el lado izquierdo reforzado con dos compañías del provincial de León al mando de su activo y esperimentado primer jefe teniente coronel D. Mateo Iturriaga las cuales ven-

cieron con energía la fuerte resistencia que hicieron los contrarios y se apoderaron de la ermita de la Magdalena, consiguiendo con esto asegurar las importantes y estratégicas posiciones que dominan la derecha del Ara, frente á Boltaña. Enseguida lanzó sobre esta villa en línea recta al capitán D. Antonio Zancada Conchillos con una compañía de Carabineros y cuarenta Guardias civiles, fuerza que despreciando el nutrido fuego que se le hacía desde las posiciones de la orilla izquierda del río, penetraba á los pocos momentos en Boltaña.

Al abandonar precipitadamente el pueblo, el enemigo reconcentró su resistencia en el Castillo, pero como nada podía oponerse á la decisión entusiasta de tan valerosos veteranos, fué tomado por los Carabineros y Guardias civiles, secundados por una compañía del provincial de León, en el momento que aparecían por las erizadas crestas de la izquierda de Boltaña las avanzadas de la brigada de Gandesa, situada en Jánovas, que acudía á la acción y que retrocedió desordenadamente á los primeros disparos que se le hicieron desde el Castillo, dirigiéndose al valle de Fiscal y quedando incomunicada con el grueso de las fuerzas carlistas.

Como no era posible seguir persiguiendo á la facción Alvarez que huía por Ainsa, por no contar con fuerzas bastantes para oponer resistencia al propio tiempo á la brigada de Gandesa, si volvía, y al núcleo principal de la partida, si tomando posiciones en su retirada, presentaba nuevo combate, decidió el brigadier Don Juan Delatre á ocupar á Boltaña y las alturas de sus inmediaciones con toda la columna, pernoctando en este punto para satisfacer la imperiosa necesidad de dar á la tropa raciones y descanso, cuyos soldados

hacía cuarenta y ocho horas que no dormían ni se racionaban.

Descansada la tropa y sabedor el brigadier Delatre de que fuerzas del cura Flix habían pasado el 12 de Julio por el valle de Fiscal y se hallaban en Faulo y sus inmediaciones cobrando la contribución, encaminóse hácia dicho pueblo donde se encontraba la ronda de Fabara y el 8.° batallón del Maestrazgo, en total 700 hombres y 100 caballos los cuales huyeron precipitadamente al tener aviso de que se acercaba la columna.

Dos compañías del provincial de León, al mando del comandante D. José Caldera se dirigieron al paso ligero á tomar el barranco de donde arranca las primeras estribaciones del Monte Perdido, mientras el teniente coronel primer jefe protegía el movimiento con igual fuerza. El comandante de la reserva número 19 con dos compañías fué también con toda premura á cerrar el paso al valle de Fiscal. Al propio tiempo avanzó el brigadier con dos compañías de carabineros frente de las cuales marchaba el comandante D. Juan Iglesias y obligó al enemigo á lanzarse en desesperada huída por los escabrosos y ásperos desfiladeros del Monte Perdido desde donde hizo una resistencia que aumentaba conforme iba ganando alturas y peñascos inaccesibles en los que podía hostilizar sin ser apenas ofendido.

El escuadrón de Granada con su teniente coronel á la cabeza; fué entre las quebraduras de la sierra tras la caballería enemiga, en tanto que secundaba el movimiento por la izquierda el capitán D. José Vazquez Gómez conduciendo cincuenta ginetes de España que se portaron valerosamente.

El fuego siempre avanzando, duró en toda la línea hasta muy entrada la noche que llegaron las tropas á

la meseta donde se levantan las nevadas crestas conocidas con el nombre de las Tres Sorores, en las cuales se halla el portillo de Rollán Gabarnié, que da paso á Francia y entonces dispuso acampar en dicho punto con objeto de que el adversario no retrocediera y burlase la persecución de la fuerza. Convencidos de que casi todos los enemigos que perseguía se habían interuado en Francia volvió á Fablo, enalteciendo las cualidades de valor y resistencia de las fuerzas de la columna.

CAPITULO XXXI

Persecución de la facción Dorregaray por la columna del general Delatre.—Los Carabineros toman á la bayoneta una posición carlista.—Delatre continúa persiguiendo á Dorregaray.—Los facciosos huyendo pasan la frontera internándose en Francia.—Disposiciones de Delatre para perseguir otras partidas de facciosos.—Estos cruzan la frontera y entran también en Francia perseguidos por Carabineros y Guardias civiles.

1875.—La columna mandada por el brigadier Don Juan Delatre perseguía á la facción Dorregaray, la que sólo le llevaba una hora de delantera, dirigiéndose hacia ella el 2 de Septiembre por Sopeira llegando á Bonansa á las seis de la tarde, al mismo tiempo que el general carlista cruzaba por las inmediaciones del cercano lugar de Castanesa. Siguió sin tardanza en aquella dirección, pero la obscuridad de la noche y la circunstancia de estar cubierto de agua por algunas partes el estrecho camino que conducía á este pueblo, retrasó bastante la llegada. Al amanecer, cuando todavía estaba entrando en él la retaguardia de la columna reanudó la marcha encaminándose al puerto de Sahún por donde precisamente había de pasar el adversario; mas en el valle de Benasque supo que éste, precipitando su fuga de una manera extraordinaria, estaba ya pasando el referido puerto para ir á Plán.

La columna se apresuró, á cruzarlo con la mayor celeridad posible y la vanguardia avistó dicho punto á las cinco de la tarde, llegando á tiempo de ver desfilar las últimas fuerzas enemigas en Saravillo, á las que hizo algunos heridos y un prisionero.

Dorregaray se dirigió al puerto de Bielsa y muy entrada la noche la atravesó también la columna que lo perseguía. Se hallaba esta á una hora del enemigo; pero una contrariedad inexperada le salvó de su alcance en esta misma noche. Un pontón bastante endeble y resentido por el paso reciente de los facciosos, se hundió al concluir de atravesarlo la artillería, y las tropas tuvieron que vadear el Cinca con el agua á la cintura, resultando algunos heridos y contusos leves en este contratiempo. Necesitó detenerse, y cuando se persuadió de que no había ocurrido ninguna grave desgracia, después de reunir la columna volvió á emprender la marcha.

Al amanecer del 4, las guerrillas se tiroteaban en Badain con la facción, y la retaguardia de esta al desfilar por la sierra de Puyarruego, trató de sostener combate para facilitar la huída de su jefe con una parte de sus fuerzas.

La vanguardia de la columna liberal, compuesta de carabineros al mando del comandante D. Juan Iglesias y un escuadrón de España se lanzó con intrepidez por la áspera pendiente de la sierra, á pesar del nutrido fuego con que el enemigo trataba de cerrar el paso, mientras que la Guardia civil y tres compañías de la reserva número 19, á las órdenes del comandante Don Juan Castell, tomando una de las vertientes casi inaccesibles del monte, avanzaron por la línea más recta con intención de cortar á los carlistas lo que no pudo verificar por la escabrosidad del terreno, que retrasó

la marcha de aquella decidida tropa; mas este amago envolvente bastó para que el adversario abandonase sus posiciones, que fueron tomadas á la bayoneta por los carabineros, los cuales le causaron cinco muertos vistos y treinta heridos. La retaguardia enemiga que era el batallón de guías de Valencia, huyó en completa dispersión por las veredas del monte, dirigiéndose unos hacia el valle de Fiscal, al paso que otros ganaban los puertos de la frontera, quedando muchos ocultos entre los pliegues y barrancos de la sierra.

Los cortos momentos que hizo perder este incidente bastaron para que Dorregaray con el grueso de sus fuerzas se pusiera en salvo, no pudiendo ya tenerlas otra vez a tiro de fusil, por que el cansancio indecible de la tropa producido por cuarenta horas de marcha no interrumpida, dificultaba su avance y era una rémora invencible de su ardimiento, pues á pesar de su voluntad caían los menos fuertes rendidos de fatiga en el camino.

Decidido el brigadier D. Juan Delatre á no perder la pista del contrario animó á la fuerza, desfallecida también por la falta de raciones; aunque con trabajo, logró llegar á Faulo á las ocho de la noche, donde se vió precisado á hacer un alto de dos horas á fin de sacar bagajes para cargar todo el material de artillería y parte de las monturas de la caballería, cuyo ganado iba rendido.

Era admirable la celeridad con que los facciosos redoblaron la marcha y se corrieron por la falda de Mont Perdu hasta Linas de Broto, lugar en el que pernoctaron.

Forzándole del mismo modo, pero luchando con la contrariedad de que Dorregaray recogía todo el pan de los pueblos del tránsito, por necesidad y por cálculo

á la vez, los soldados cruzaron de noche el profundísimo barranco del valle de Broto, atravesando el importante puerto de Colinfant, llegando hasta Biescas, por donde el jefe carlista acababa de pasar sin detenerse un instante, seguido de las guerrillas que picaban su retaguardia por la sierra de Acumuer.

El Gobernador militar de Jaca á quien le había avisado oportunamente para que cortase á la facción, destacó según le había ordenado dos compañías del provincial de León y 60 carabineros hacia Castiello, los cuales al mando del coronel de ejército comandante de este instituto D. César Cavanna debían operar en combinación con la vanguardia de la columna.

Entre tanto el brigadier D. Juan Delatre se dirigió por el flanco izquierdo del camino de la sierra que seguía Dorregaray para ponerse en condiciones de proteger á ambas fuerzas, en la previsión de que el enemigo empeñase acción con la vanguardia ó con las cortas fuerzas que habían salido de Jaca. En esta situación el contrario no tenía otro recurso que aceptar un encuentro decisivo confiando su salvación á un verdadero azar, ó encajonarse en el estrecho y escabroso desfiladero de Canfranc que corre á lo largo de dos escarpadas é inaccesibles montañas y debía conducirlo irremisiblemente á Francia. En efecto, á las pocas horas la facción pasaba la frontera.

Después sabe el brigadier Delatre que 600 carlistas se han unido á la anterior facción, Roca y Escolá, en el valle de Bohi, y temiendo que corran peligro sus fuerzas avanzadas, marcha el 8 á socorrerlas. Ordena á las compañías de León que se le incorporen; aumenta el destacamento de Ainsa para que cubran los pasos del Cinca en previsión de que pudiera adelantarse el enemigo y telegrafió á Huesca y Jaca que sus guarni-

ciones cubran los del Gállego y las sendas del Pirineo. La misma noche, tras larga y penosa jornada, llega el brigadier á Santorens donde se entera de que las facciones reunidas se encaminan al valle de Arán, y supone que es con la mira de caer sobre los voluntarios, por lo que continúa á Pont de Suert, luego á Vilaller. Aquí le manifiestan que el titulado coronel D Vicente Vizcarro y Cucala (hijo) con unos 500 hombres habían pasado por Senet al valle de Benasque para seguir á Navarra, segregándose de él cerca de 300 que por el puerto de Caldas iban al valle de Arán en busca de los voluntarios, y para auxiliar á estos y á los habitantes de aquel valle, destacó las compañías del provincial de León y una de carabineros emprendiendo con la demás fuerza la persecución de Vizcarro y su gente que se dirigía á Castanera.

Un fuerte temporal de agua y el estado intransitable de los caminos detuvieron á los carlistas en las inmediaciones de aquel pueblo la noche del 8. La columna, forzando la marcha llegó al día siguiente á Laspáules, desde donde se adelantó la contraguerrilla hacia Sahún para cerrar el paso de su puerto; pero retrasada esta fuerza á causa del temporal, cuando entró en dicho pueblo ya el enemigo había salvado el puerto. El brigadier Delatre no pudo continuar persiguiéndole hasta la mañana próxima por dificultarlo el transporte de la artillería é impedimenta;mas envió en pos de él 100 carabineros 80 guardias civiles y 40 caballos, lo cual bastó para que la facción,viéndose acosada tan de cerca é imposibilitada de continuar á Navarra, puesto que se hallaban cerrado los pasos del Cinca y los desfiladeros de Tella y Las Devotas, emprendió á las once de la noche la marcha para Francia, donde penetraron Vizcarro, Cucala (hijo) más de 100 jefes y oficiales y unos 500 hombres.

CAPITULO XXXII

Continua el general Delatre persiguiendo facciosos.—Caen prisioneros la mayoría y los demás son dispersados

1875.—El brigadier don Juan Delatre que fué ascendido á Mariscal del Campo como premio á sus servicios, recibió noticia al amanecer del 17 de Octubre, por conducto del Alcalde de Camporrells, de que 400 caballos mandados por el titulado coronel don Manuel de Francisco, habían vadeado la noche anterior el río Noguera por Tragó llegando á aquella villa y dirigiéndose seguidamente hacia Alcampel. Sin perder momento dispuso que su caballería, compuesta de los escuadrones de España y Granada, al mando del capitán don José Arenas, fuera por Olvena y Estada al encuentro del enemigo y con el resto de la columna descendió rápidamente por la derecha del Cinca, para impedir, si aún era tiempo, que los carlistas salvasen este río. A las once de la mañana llegó con la infantería á la altura de Enate, donde supo que dos horas antes la facción seguida muy de cerca por los disciplinados y valientes escuadrones referidos, había cruzado el vado de Fonz encaminandose á Costean, ruta que siguió el General cortando por una senda que dá acceso á dicho pueblo. Con la mayor celeridad subieron los soldados por las quebraduras de la sierra situada al norte de Costean y al dominar la altura ya

divisó una nube de polvo que envolvía su vanguardia y al adversario, el cual se situó en los montes de Salas Bajas, después de pasar un profundo desfiladero con intento de detener en él á los escuadrones de la colúmna. Roto el fuego por ambas partes, estos forzaron bravamente el desfiladero, hallándose al rebasarlo con un espeso olivar que dificultaba los movimientos en línea, y en el que reconcentró su defensa la caballería contraria apoyada por 100 infantes que la acompañaba. Extendida la del ejército en el orden abierto, los actos de valor y decisión se multiplicaron, sembrando el espanto entre los carlistas; al verse envueltos y perdidos, huyeron á la carrera por el camino de Salas Altas hacia Adahuesca y Alquézar, dejando sobre el campo, once muertos y bastante heridos y prisioneros, contándose entre estos al cabecilla Paraiso. Los Carabineros y la Guardia civil, precipitando la marcha llegaron á tiempo de contribuir á la completa dispersión del enemigo. La vanguardia continuó la persecución y tres compañías de la reserva número 19 se dirigieron á envolver el flanco derecho de la partida cerrando el camino de Alquézar, y cos tal celeridad se verificó el movimiento de avance que cuando la cabalería carlista rendida de cansancio se detenía en Adahuesca para dar pienso, se vió sorprendida por las tropas que cercaban el pueblo y se lanzaban por las calles con la mayor intrepidez. Los que lograron salvarse de ardimiento de los soldados huyeron precipitadamente, dejando un comandante muerto y prisioneros al coronel jefe de la caballería y á gran número de jefes y oficiales.

La obscuridad salvó al resto de las fuerzas contrarias que divididas en grupos, se guarecieron en la sierra, uno de los cuales fué sorprendido á media no-

che en la ermita de la virgen de la Viña por el capitán Arenas, quien echando pie á tierra con los demás ginetes que le seguían penetró á viva fuerza en el edificio donde cogió 16 prisioneros, entre ellos á un comandante, dos capitanes y 7 oficiales.

La persecución continuó incesantemente tras el enemigo, y avisó á Huesca y Jaca para que sus guarniciones, apoyadas por los paisanos de los pueblos, á los que excitó para que se levantaran en armas, salieran á detener á los dispersos en los pasos del Gállego.

Tres compañías del batallón provincial de la Coruña, se extendieron por la orilla de este río, vigilando los movimientos del enemigo, lo que dió por resultado que sucesivamente fueron capturados todos los fugitivos siendo los últimos 40 carlistas con armas y caballos cogidos prisioneros en el pueblo de Acin, por las fuerzas que salieron de Jaca al mando del teniente de Carabineros Don Antonio Llinás.

La facción del coronel de Francisco que se componía de los titulados escuadrones del Pilar, del Maestrazgo y de Castilla, en número de 400 caballos y de 100 infantes al mando de Paraiso, quedó completamente destruida, haciéndosele durante la persecución 16 muertos, bastantes heridos, 217 prisioneros entre estos, un coronel, un teniente coronel, tres comandantes, cinco capitanes doce tenientes, 18 alfereces y cogiendoles ciento veinte caballos y muchas armas y efectos de guerra.

CAPITULO XXXIII

Reñido combate en Laspáules.—La facción huye perseguida por el comandante de Carabineros Don Lúcas Fernández.—Los carlistas entran de noche en Arguis al mismo tiempo que las tropas liberales, creyéndose mutuamente fuerzas amigas: esta rara coincidencia pone en peligro la vida del general Delatre. —Desvanecido el error se rompe el fuego, huyendo los carlistas. Estos son perseguidos y desalojados del pueblo de Fáblo causándoles algunos muertos, heridos y prisioneros.—Continua activamente la persecución hasta ser arrojados á territorio extranjero los restos del titulado ejército carlista del centro

1875.—Los últimos combates que se libraron en esta campaña al pretender trasladarse á Navarra el titulado brigadier Don Carlos Gómez Boet y las exiguas fuerzas del Ejército carlista del centro que queban en armas tuvieron lugar en los días 24, 27 y 28 de Octubre.

En previsión de que el enemigo tuviese por objeto distraer al General Delatre, para facilitar el paso de las facciones Gamúndi y Boet por el alto Noguera, dejó entre Bonansa y Pont de Suert una fuerza de 700 hombres á las órdenes del comandante de Carabineros Don Lucas Fernández, compuesta de cuatro compañías del provincial de Leon,una de carabineros otra de la Guardia civil y 29 caballos.

Al propio tiempo dispuso que otra columna de 500 hombres compuesta de carabineros, tres compañías de la reserva número 19, y sesenta guardias civiles al mando del teniente coronel don Juan Iglesias, siguiera la ribera del Gállego y pasara á situarse en Sabiñañigo para adquirir noticias del enemigo y caer sobre él donde quiera que se presentase, quedando el General Delatre en Huesca con 400 infantes del batallón reserva número 68, sesenta caballos y la sección de artillería, á fin de acudir al punto que conviniera según las nuevas que fuese recibiendo.

La fuerza situada hacia Bonansa, al tener conocimiento del paso de Boet, inspirándose en la decisión de que dieron tan repetidas pruebas de valor, marchó rápidamente á su encuentro. La contra guerrilla á las órdenes del teniente Novella llegó á Laspáules el 24, cuando el enemigo se hallaba reunido en la plaza de dicho pueblo, trabándose un reñido combate en que los liberales lucharon cuerpo á cuerpo con los carlistas causándoles doce muertos y veinte heridos. Intimidados los facciosos con tan vigoroso y decidido ataque, huyeron en dirección del puerto de La Múrria; y al dominar una de las más inaccesibles alturas, trataron de detener á la contraguerrilla y fuerza que mandaba el comandante don Lucas Fernandez, pero retrocedieron nuevamente ante la resolución con que aquellas tropas atacaron sus posiciones.

El adversario marchó precipitadamente hácia Campo, y atravesando la sierra de Troncedo fué á cruzar el Cinca por el puente de Mediano, el cual no pudo ser oportunamente cubierto por el destacamento de Ainsa por que la celeridad de los movimientos del contrario no dió tiempo para tomar tal precaución.

La facción pasó aceleradamente la sierra de Arbós

y por detrás de Guara se dirigió á ganar los puentes de Anzániego ó Caudarenas sobre el Gállego, seguida muy de cerca por las fuerzas de Fernández; y á las tres de la tarde del día 26 el General Delatre, salió de Huesca con intención de llegar á los citados puentes antes que la vanguardia del enemigo, para lo cual se dirigió por la cuerda del Arco que forma la carretera de Jáca por Nueno, el Pántano y Arguis, entrando en el último punto á las nueve de la noche en momentos tales que pudo ocurrir una inevitable desgracia. Reinaba un temporal cerrado y la obscuridad no permitía distinguir las personas á pocos pasos. Su vanguardia penetró en el pueblo y después de reconocerlo y tomar posiciones, salió el jefe de ella con el alcalde á darle cuenta de que no había novedad; pero hubo la coincidencia de que mientras las tropas entraban por una parte, los carlistas llegaban por otra, y creyéndose mutuamente fuerzas amigas, ocuparon diferentes puestos sin molestarse El General Delatre avanzaba con su escolta á tiempo que desvanecido el error, rompian el fuego los soldados sobre un grupo enemigo que iba á la plaza por una calle contigua y paralela á la que llevaba. A causa de la confusión consiguiente á este suceso, estuvo un momento expuesto á ser víctima de las descargas de los soldados de la columna.

Los carlistas huyeron hácia Meson Nuevo, donde se hallaba Boet con el grueso de las fuerzas La vanguardia los persiguió hasta llegar á un kilómetro de dicho punto, replegándose en seguida á Arguis, pues, con la obscuridad de la noche, hubiera sido una imprudente temeridad continuar adelante.

Antes de amanecer el día siguiente se puso en marcha para Monrepos por donde tenía noticias que había pasado el enemigo, al dirigirse á través del monte por

las vertientes septentrionales de la sierra de Guara, á buscar la ribera del Guarga por Gésera, Solanilla y Aineto.

Siguiéndole siempre la pista y habiéndose incorporado durante la marcha, las fuerzas del comandante don Lucas Fernández, que iban persiguiendo á Boet, continuó la ruta, atravesando la cordillera que separa la ribera de Guarga, del Valle de Serrablo, llegando á Fáblo á las cinco de la tarde, pueblo que estaba ocupado por el contrario, el cual lo desalojó al ser atacado con irresistible empuje por los liberales, que le causaron varios muertos y heridos, le hicieron algunos prisioneros entre los que se hallaba el famoso cabecilla Mosén Pachó y le hicieron huir en completa dispersión por el puerto y Sierra de Jenés, en cuyos erizados desfiladeros y barrancos pasaron los carlistas la noche sufriendo las consecuencias de un temporal que no cesó hasta el día siguiente.

Se detuvo en Fáblo y á la madrugada, cuando la facción pasaba por Bergua, al descender penosamente del puerto de Jenes, siguió sus huellas atravesando precipitadamente este paso y marchando por la derecha del Ara á Bróto y Tórla, en donde Boet quería ganar la ribera del Otál para cruzar a Navarra.

La facción que llevaba poco más de una hora de ventaja se detuvo, no creyendo tan próximas las fuerzas y cuando se disponía á tomar la ribera del Otál, la caballería de la colúmna, esforzando su carrera, rebasó el ala izquierda del contrario, el cual arrojado sobre el camino de Francia, se dispuso á un último y desesperado esfuerzo al dominar los cerros casi inaccesibles del puerto. Los valientes tiradores de España y Granada y la vanguardia de infantería compuesta de la contraguerrilla y la Guardia

civil, secundados por los soldados del provincial de León y los Carabineros al mando del comandante de este Instituto don Lucas Fernández, vencen con bravura la resistencia que se les opone y despreciando el nutrido fuego que se les hace desde las alturas,se apoderan á los pocos momentos de aquellas imponentes posiciones. Los facciosos en número de 700 huyen ante el arrojo de tan valerosos soldados que los persiguen hasta la misma divisoria de la frontera,en la que dejan dos muertos; llegando Boet á Gabarnié (Francia) con los últimos restos del titulado ejército carlista del centro al caer la tarde del 28 de Octubre.

Las fuerzas treparon con la mayor decisión por las escabrosas sendas del puerto de Bujaruelo, siguiendo con entusiasmo y perseverancia hasta tener la seguridad de haber arrojado á territorio extranjero á los enemigos de la patria.

Provincia de Lérida.

CAPITULO XXXIV

Concentración por compañías de Carabineros y Guardias civiles.—Partidas carlistas.—Sale en su persecución con fuerza de la Guardia civil y 12 caballos el coronel Arrándo.—Se concentran varias partidas.—Las alcanza el coronel Arrándo y las dispersa.—Los cabecillas Camps, Camats y Grats, son perseguidos por una columna de Carabineros al mando del capitán D. Luis Calero.—Encuentro de la columna del capitán de la Guardia civil Don Nicolás Esterás con fuerzas carlistas.—El brigadier Corbalán ataca en Sanahujá á los carlistas, desalojándolos del pueblo á la bayoneta una compañía de la Guardia civil.

1872.—Al estallar la insurrección carlista en la provincia de Lérida, se había dispuesto la concentración por compañías de los Carabineros y la Guardia civil. En Pons, se situó una compañía de la Guardia civil al mando del comandante capitán D. Nicolás Esterás, en expectación de lo que pudiera suceder en la comarca, de la que es dicha población centro importantísimo y con objeto también de vigilar la comunicación por el desfiladero llamado de Los Tresponts con el alto Segre, cuya región estaba á cargo de la fuerza que guarnecía la plaza de la Seo de Urgel. La primera compa-

ñía de la Comandancia de Carabineros de esta provincia, al mando de D. Luis Calero, se reconcentró en Tremp, para vigilar la Conca de Tremp y los valles de Pallaresa y Ribagorzana, y en Solsona se situaron tres compañías del batallon cazadores de Cataluña. Balaguer era el único punto importante de la provincia que carecía de guarnición fija.

No ocurrió novedad alguna hasta el 16 de Junio, día en que apareció en Agramunt, una partida de ochenta hombres mandada por el cabecilla D. Pedro Sorribes, conocido por el Tuerto de la Ratera, la cual se dirigió el mismo día á Artesa de Segre, después de haberse separado de ella trece individuos que regresaron á Balaguer, punto de donde habían salido. En Corbíns se incorporó á Sorribes el sochantre de la Catedral de Lérida con veinte individuos reclutados en esta ciudad.

La existencia de estas partidas, la aparición de otra al mando del Barbero de Anglesola y la de Camats en la Conca de Trempt, obligaron á que saliera de Lérida una columna compuesta de dos compañías de la Guardia civil y doce caballos, al mando del coronel del regimiento infantería de Burgos D. José Arrándo, que fué nombrado comandante general de operaciones de la provincia y que se pusiera á sus órdenes la columna del comandante del mismo regimiento, Zubieta, formada por dos compañías de este cuerpo y la del comandante capitán de la Guardia civil D. Nicolás Esterás.

La partida de Sorribes marchó á la Segarra, donde se le agregaron algunas otras pequeñas, y reunidas todas, formaron una de trescientos hombres con las que se dirigió aquél al confin de la provincia de Tarragona. El coronel D. José Arrándo que le perseguía, pernoctó en Agramunt, alcanzándola en el pueblo de Se-

nant,situado en la Sierra de la Llena y la atacó logrando dispersarla; las pérdidas de los carlistas fueron el jefe Sorribes y tres individuos más muertos, siete heridos y dos prisioneros

El coronel Arrándo se dirigió el 19 á las Garrigas en persecución de las facciones de Tarragona y regresó el 24 al centro de sus operaciones y de aquí á la Conca del Tremp, por tener noticias de que habían aparecido en esta zona los cabecillas Camps, Camats y Grats,con sesenta hombres cada uno, los cuales eran perseguidos sin resultado por la columna de Carabineros que mandaba el capitán D. Luis Calero,encargado de dicha zona. La columna de D. Nicolás Esterás quedó en Pons por disposición del coronel Arrándo.

El cabecilla Camats, que en los últimos días de Junio había recorrido la Conca de Tremp, perseguido por la columna Calero que se componía de setenta y cinco Carabineros, abandonó aquella comarca y se dirigió á Balaguer. Para ésta salió de Lérida el 5 de Julio la columna Ballesteros que obligó el 6 á dicha partida á dividirse; marchó Camats con el grupo principal á Os de Balaguer. Aquel jefe en combinación con Calero, tomó esta dirección. Después pasó dicho cabecilla á la Conca de Tremp, por Ager, salvando el Montsech por el Coll, temeroso sin duda que Calero, que se había dirigido á Abellá de la Conca, pudiera encontrarle á la salida del desfiladero de los Terradets. Desde el 9, estas dos columnas operaron bajo la dirección de Ballesteros, quien dividió las fuerzas en tres fracciones, dejando en Tremp un destacamento de 46 hombres. A consecuencia de la activa persecución que hicieron aquellas á Camats, vióse éste obligado á internarse con una parte de su gente en el valle de Arán, y el resto pasó á Aragón.

El titulado general carlista D. Rafael Tristany, se encontraba el 24 de Julio en Matamargó,con unos doscientos hombres contando con setenta mandados por Camats que se le había incorporado huyendo de la persecución de la columna del Tremp mandada por el comandante capitán de la Guardia civil D. Nicolás Esterás. Dirigióse éste desde Sanahujá á Pons, con objeto de proporcionar haberes á su fuerza. Al llegar á media legua de la llamada Masía de las Garrigas, dispuso que avanzara una corta fuerza de caballería, y del reconocimiento practicado por ésta, dedujo que se hallaba ocupada dicha casa.

Trató de cercarla, pero observando que el enemigo intentaba retirarse, ordenó que dos secciones de Guardias civiles entraran á la bayoneta y se apoderaran de la referida casa. La facción los recibió con un nutrido fuego que fué contestado por los decididos Guardias con gran serenidad, sufriendo el enemigo en este encuentro las pérdidas de tres muertos y cinco heridos. Otras dos secciones atacaron á la vez á las fuerzas carlistas situadas en favorables posiciones, avanzando Esterás con el resto de su tropa, empeñando un rudo combate que duró dos horas hasta que por falta de municiones, hubo de disponer la retirada á la Masía, donde se preparó á la defensa, con todas sus fuerzas reunidas; le atacaron en efecto los carlistas, pero los rechazó con bravura al arma blanca obligándoles á retirarse. Las bajas del contrario en este hecho de armas fueron de consideración, contándose entre los heridos el cabecilla Camats, cogiéndole algunos prisioneros. Las pérdidas de la Guardia civil fueron, un muerto, seis heridos y tres contusos y un oficial que cayó prisionero después de ser herído. La columna pernoctó en Sanahujá, regresando después á la capital.

El 16 de Agosto salió de Lérida el brigadier Corbalán, con el batallón cazadores de la Habana, y con él dos compañías de la Guardia civil, al mando de D. Nicolás Esterás y la de Carabineros de D. Luis Calero, en persecución del cabecilla Torres,que con cien hombres se hallaba en la alta Segarra.

El citado brigadier se encontraba el 18 en Cervera y salió para Sanahujá. Al llegar á las inmediaciones de este pueblo, supo que la facción Torres acababa de entrar en él, y dispuso que la sección de vanguardia compuesta de carabineros fuese reforzada con otra de la Guardia civil, una compañía de cazadores de la Habana y doce caballos á las órdenes del comandante Don José Morales, á quien previno que apresurara la marcha y se apoderase de las alturas que á derecha é izquierda dominan el pueblo. Los carlistas tenían una avanzada en el campanario de la iglesia derruida, situada en la altura que domina la población por su espalda, por donde subía en estos momentos el resto de la partida. Efectuose con la mayor rapidez el movimiento que hemos indicado, y á la vez, una pequeña fuerza se posesionó de la casa que domina el puente existente á la entrada del pueblo, y el brigadier Corbalán, con una compañía de la Guardia civil avanzó á la bayoneta hacia el pueblo y desalojó de él al enemigo, perseguido despues éste hasta los bosques de la subida del Bancal; en este punto se dispersó y perdió de vista. La columna pernoctó en Sanahujá retornando á Lérida después de tener varios encuentros con diferentes partidas que fueron disueltas.

Para continuar la persecución del cabecilla Torres y otras de alguna importancia que vagaban por la provincia, el capitán General de Barcelona, ordenó al brigadier Corbalán, que con el batallón cazadores de la

Habana y una compañía de la Guardia civil formara una columna que al mando del coronel primer jefe de la Comandancia de Lérida D. José Prior se ocupara en perseguirlas y preferentemente á la facción Castells y las que con este se reunieran, combinando al efecto sus operaciones con la columna del coronel D. Odón Macías, moviéndose con entera libertad, sin sujeción á no salir de la provincia, sí bien procurando conservar la limpia de facciosos y que con las fuerzas restantes de los institutos de Carabineros y Guardia civil organizara otra columna de menos personal que operara en las Garrigas en combinación con las de la provincia de Tarragona. Dichas columnas tuvieron varios encuentros con diversas partidas,dando por resultado la diseminación de algunas de estas, después de sufrir muchas pérdidas.

CAPITULO XXXV

El teniente coronel Moreno Navarro, con fuerzas de cazadores, Guardia civil y Carabineros, derrota en San Llorens al cabecilla Castells.

1872.—El 16 de Septiembre se hallaba el cabecilla Castels en San Lloréns de Pitens con unos doscientos hombres. A la una de la tarde del mismo día llegó á Solsona el teniente coronel del batallón cazadores de la Habana D. Antonio Moreno Navarro, con seis compañías de este cuerpo, una de Carabineros y otra de la Guardia civil y sabiendo que Castells había entrado á las diez de la mañana en el referido pueblo de San Lloréns, distante siete leguas del de Solsona y que probablemente pernoctaría allí, se propuso sorprenderle en la misma noche á pesar de no haber descansado apenas la fuerza de su mando en la anterior, por haber pernoctado en tres reducidas casas de campo de Santa Madrona. Desde luego hizo ver que pernoctaría en Solsona para evitar que Castells se enterara de su intento, y á las diez y media de la noche emprendió el movimiento, y después de una penosa marcha se hallaba al amanecer en una ermita situada á la vista de San Llorens, á unos dos kilómetros de este pueblo, sin que notara su presencia el enemigo.

Cerciorado Moreno Navarro de que los carlistas se hallaban en el pueblo, dispuso que la compañía de la Guardia civil marchase por la izquierda, cubierta por

un bosque para cortar el paso al enemigo, si trataba de efectuarlo por esta parte; que la compañía de Carabineros efectuase un movimiento análogo por la derecha; que una de las seis compañías del batallón de la Habana se situase en la ya referida ermita, para servir de punto de apoyo y de custodia de los bagajes;que otras dos marchasen al paso ligero directamente al pueblo, á las órdenes del comandante segundo jefe don Patricio Morales, con objeto de rebasarlo y cortar la retirada de los carlistas y con las tres restantes avanzó también hácia el pueblo. Cumplimentadas estas disposiciones y ya cerca del pueblo las fuerzas de la columna, trató de defenderse el enemigo, pero en breve se declaró éste en completa dispersión.

En vista de todo, dispuso Moreno Navarro, que Morales con cinco compañías, persiguiese á los fugitivos y así lo hizo el último hasta tres leguas más allá del lugar de la acción. Se practicó un reconocimiento con el resto de la fuerza, pero no produjo el resultado que era de esperar, por que no contribuyeron al efecto las autoridades locales.

Las bajas de los carlistas fueron según el parte del jefe de la columna, cuatro muertos, entre ellos el titulado brigadier D. Luis María Ferrer, barón de San Clemente de Fisamberg, presidente de la junta carlista de Vich, un capitán de la facción y diez y nueve heridos entre ellos el cabecilla Beguice y ocho prisioneros;uno de estos fué el cronista italiano, oficial de E. M. de Castells, D. Carlos Piers.

Provincias de Murcia y Alicante

CAPITULO XXXVI

Movimiento carlista y escasés de tropa para combatirlo. - Se forman y salen en su persecución algunas pequeñas columnas de Carabineros y Guardias civiles.—Primer encuentro en la sierra de Corche.—Por falta de fuerzas para perseguirlos, los carlistas cometen muchas exacciones en los pueblos.—Choque entre la colnmna del comandante de la Guardia civil don Juan Ganga y el cabecilla Aznar siendo este derrotado.

1873.—Los sucesos cantonales detuvieron las operaciones en la parte occidental del distrito hasta mediados de Agosto. Entonces los cabecillas Rico y Huesca vagaban por el término de Jumilla con unos doscientos hombres armados; en la sierra de Corche existía un grupo de sesenta hombres que esperaban la venida de Roche con los aliados de Novelda y otros puntos; algunos recorrían impunemente las zonas que eligieron para campo de sus correrías. Aunque las autoridades militares se encontraban sin las fuerzas del ejército indispensables para combatirlos por hallarse casi todas empleadas en el cerco de Cartagena y otras cuidados de mayor importancia, necesitaron formar algunas columnas que sirvieran, por lo menos para contener el notable crecimiento de las partidas. El Gobernador militar de Alicante no tenía más que tres compañías de Carabineros para todas las atenciones

de su provincia, la principal de las cuales era asegurar la capital, que estaba amenazada contínuamente por la escuadra cantonal. A pesar de esto, aprovechó la desinteresada cooperación de los voluntarios y se desprendió de una de aquellas para que situándose en Sax, se encargara de vigilar la vía férrea y oponerse en combinación con los voluntarios movilizados que capitaneaba el alcalde de dicho pueblo. Esta columna fué reforzada á los pocos días con treinta indivíduos de la Guardía civil que llevó el nuevo jefe de aquella don Juan Ganga, comandante de dicho cuerpo. A su vez el General en Jefe destacó del cerco de Cartagena á doscientos Guardias civiles del 9.° tercio con su coronel don Pedro Anca, paro perseguir á las facciones que recorrían los términos de Jumilla y Yecla. Y por último para destruir á la partida Móran llegaron á Alicante cincuenta Guardias del mencionado tercio que con su capitán don Manuel Martinez, salieron á recorrer los pueblos de la Marina, en los cuales hacía exacciones aquél Cabecilla.

Aconteció el primer hecho de armas de estas columnas con motivo de haber pretendido los carlistas apoderarse de Yecla. El 20 de Septiembre se vió la población seriamente amenazada por ellos, mas le impidió, entrar la resistencia de los voluntarios y la llegada en su auxilio del coronel de la Guardia civil don Pedro Anca. Este jefe supo que la facción Roche se hallaba en la casa de campo denominada Hoya del Pozo, é inmediatamente destacó en su seguimiento al teniente coronel comandante don José Pérez de Rivera con cien Guardias civiles y él permaneció en Yecla, para mantener la tranquilidad, muy expuesta á ser turbada por estar los ánimos de sus vecinos sumamente exacervados. Perez de Rivera reconoció el cortijo

de donde Koche había salido una hora antes con doscientos hombres en dirección á la montaña, ruta que siguió aquel con su columna, hasta que logró dar alcance al cabecilla en las faldas de la Sierra de Corche. Una vez roto el fuego los carlistas presentaron una resistencia tenaz protegidos por las ventajosas posiciones que ocupaban, de las cuales fueron desalojados después de porfiada lucha cuando los intrépidos y valerosos Guardias civiles en medio de una lluvia de proyectiles atacaron á la bayoneta y ante este arrojo los carlistas huyeron en precipitada fuga;cuando estaban ya diseminados en la fragosidad de la sierra, dispuso el jefe que cesara la persecución, por haberse echado la noche encima y por que su tropa estaba muy fatigada á causa tambien de las molestias de una marcha de siete leguas.

No disminuían las facciones ni dejaban estas de sacar grandes cantidades á los pueblos en particular á Yecla que, al marchar el coronel don Pedro Anca con su fuerza en busca de los carlistas fué de nuevo amenazada por los cabecillas Huesca y Rico y se libró de un ataque mediante ocho mil duros que aportaron los vecinos.

La falta de fuerzas para el cúmulo de atenciones perentorias que pesaban sobre las autoridades militares el estado de perturbación en que se encontraba los pueblos y los grandes aprestos del partido carlista para reanudar la campaña, fueron las principales causas de que no se diera á las operaciones toda la actividad y constancia que exigía el comienzo de la insurrección. Bien supieron aprovechar estas circunstancias los cabecillas ejecutando cuantiosas exacciones en los pueblos y nutriendo las filas de sus partidas con los prosélitos que diariamente se les incorporaban. Semejan-

te conducta obligaba á las columnas á un continuo movimiento que no dió resultado por la incertidumbre en que estaban respecto al paradero del enemigo, hasta el 26 de Septiembre que hubo un choque entre la facción Aznar y la columna mandada por el comandante de la Guardia civil don Juan Ganga. Este jefe se encontraba en Monóvar el 25 cuando llegó á su poder un aviso del Alcalde de Aspe, previniéndole que aquél cabecilla con trescientos cincuenta hombres se hallaba en Hondón de los Frailes, donde era de suponer pernoctase. A las diez de la noche emprendió la marcha el comandante Ganga con su columna, reforzada esta, con setenta carabineros que se incorporaron, en busca del enemigo á Hondón de los Frailes. Alli adquirió nuevas noticias acerca del paradero de los carlistas, de las que resultaron que estos se habían corrido á las sierras próximas, y que era seguro encontrarlos en el monte denominado Agudo, sitio ventajoso para presentar una buena resistencia.

La columna tomó esta dirección y á las doce del día siguiente llegó á las inmediaciones de dicho punto, y avistó al enemigo que coronaha las alturas, de las cuales tenía que ser dificil desalojarlo, tanto por inferioridad numérica de la tropa, cuanto por lo fuerte de la posición. Sin embargo, los Carabineros y la Guardia civil, sufriendo no solamente el nutridísimo fuego del enemigo por espacio de dos horas que duró el combate, sino también el choque de las enormes piedras que este arrojaba, con un valor heróico treparon por aquellas ásperas montañas, desalojando de sus fuertes posiciones á los carlistas que se declararon en precipitada fuga sin darles tiempo á que recogieran cuatro muertos y seis heridos que dejaron sobre el campo de batalla.

CAPÍTULO XXXVII

La facción del titulado general Alcober, destroza el material del ferrocarril, líneas férreas y telegárficas.—Tropas del Ejército, Guardia civil y Carabineros salen para combatirla.—Estas fuerzas alcanzan á los carlistas y empeñan una encarnizada lucha.—Derrota de la facción, cogiendo prisioneros entre estos al cabecilla Alcober.

1873.—La facción compuesta de mil doscientos hombres bajo el mando del titulado general Alcober, el 28 de Septiembre quemó la Estación de Venta la Encina, destrozó el material del ferrocarril, cortó las líneas férreas y telegráficas y trasladó despues su gente á Caudete, aprovechando el camino de hierro. Este suceso causó gran sensación, y al pronto se temió que ejecutaría la facción iguales tropelias en la estación de Almansa, en auxilio de la cual acudió de Albacete, una compañía del Regimiento de Galicia y otra de la Guardia civil, únicas fuerzas con que contaba la capital para su seguridad y defensa. De Alicante salió una compañía también de la Guardia civil y otra de Carabineros y tanto estas como las anteriores recibieron instrucciones para obrar en combinación con la del teniente coronel don Gaspar Montero, y caer inmediatamente sobre la partida.

El día del incendio se encontraba en Yecla el jefe últimamente citado cubriendo á la población de las

asechanzas de los carlistas, que según noticias, pensaban entrar en el pueblo tan luego como saliera la columna; pero desvanecidos aquellos temores, y con nuevas de que la facción estaba en Caudete, marchó hacia este punto. A la hora de camino ordenó al capitán don Cesáreo Portillo que se separase con ochenta y un soldados de Galicia, cuarenta y cinco carabineros y cincuenta Guardias civiles para que volviera á Yecla y operase donde juzgará más conveniente, mientras que él seguía á Caudete. Aquel capitán, en vista de los informes que le facilitó el segundo alcalde de Yecla, decidió dirigirse al lugar llamado Casas del Portal, acompañado de la referida autoridad y algunos guías.

Siguiendo Portillo la pista de los carlistas, los cuales se habían encaminado á la Sierra de Salinas, les dió alcance con su vanguardia después de ocho horas de marcha, en el sitio llamado La Bioda, pequeña altura que se encuentra próxima á dicha sierra y separada esta por un gran barranco. Los carlistas rompen el fuego al que contestó nuestros valientes soldados, empeñándose una encarnizada lucha, abandonando los facciosos las ventajosas posiciones que ocupaban cuando vieron que se aproximaba el resto de la columna. A los pocos momentos de coronar la altura, divisó Portillo un número considerable de enemigos que se corrían por su retaguardia y se posesionaban de la sierra denominada El Serratejo. Inmediatamente ordenó que una sección de Galicia se dirigiera á la parte de la sierra que está hacia Salinas y que otra de la Guardia civil lo hiciera al lado opuesto; pero al observar que á estas fuerzas iban á cortarlas otras superiores del contrario, que salían del barranco, se replegó todas á La Poyada. La situación de la columna llegó á ser bastante difícil, pues sin embargo de las

buenas condiciones defensivas de la posición que ocupaba, los facciosos llegaron á envolverla por todos lados, y aunque el circulo era grande, no podía salir de él sin sufrir por mucho tiempo un nutrido fuego del cual hasta entonces estaba resguardada casi toda.

Por el pronto dispuso el capitán don Cesareo Portillo que su tropa cesara de disparar; y al ver que los carlistas empezaban á subir á la altura, esperó á que llegaran á poca distancia y entonces ordenó que dos secciones de Galicia y los Carabineros cargaran por la izquierda á la bayoneta mientras él lo ejecutaba por la derecha con la Guardia civil y demás soldados, operación que obtuvo un éxito completo, pues como nada podía oponerse á tan valientes y denonados indivíduos, con su arrójo sembraron el espanto entre el enemigo que se declaró en vergonzosa retirada después de dejar en el campo varios muertos y heridos, completando la derrota de los carlistas la toma nuevamente al arma blanca de una sierra en que aquellos se habían hecho fuertes, dando los soldados, Carabineros y Guardias civiles pruebas de su valor temerario, al atacar á la facción carlista en número superior al de los liberales, cogiéndoles algunos prisioneros entre ellos al titulado general Alcober, confesando éste que la fuerza que combatió bajo su mando se componía de dos batallones de más de seiscientos hombres cada uno.

Provincia de Navarra

CAPITULO XXXVIII

La columna del coronel Castañón ataca á los carlistas cuya superioridad numérica mantiene indecisa la victoria

1873.—En previsión de que el titulado General don Antonio Dorregaray se dirigiera al Baztán, el Coronel Castañón con su columna emprendió el 26 de Junio la marcha hácia aquel valle, con el fin de ocuparlo antes que el enemigo; pero, cambiando de parecer, al llegar á Múzquiz, retrocedió hácia Lecumbérri al saber que los facciosos se encontraban en este pueblo; pasó por los de Oscoz y Echalár, y al rebasar el de Beramendi, dejándolo á su izquierda, divisó su vanguardia dos batallones carlistas, formados en batalla cerca de la cumbre de una loma situada en dirección perpendicular á su marcha, los cuales al observar la presencia de los liberales desplegaron sus guerrillas con la aparente intención de defender la altura que ocupaban, pero la abandonaron tan pronto como avanzaron aquéllos, que sin resistencia se hicieron dueños de ella. Entonces vió el coronel Castañón sobre su derecha, en la parte más alta, frente á un bosque, á tiro largo de fusil, otros tres batallones carlistas en líneas de colnmnas, y comprendió desde luego que el objeto del enemigo había sido atraer la columna al punto que

ocupaban los dos batallones, primeramente vistos, que al retirarse se habían situado á la derecha de los otros tres.

El coronel Castañón, contaba con un batallón de Tetuán, otro de Cantábria, el batallón de Cazadores de Puerto Rico, dos compañías de Carabineros, una de la Guardia civil, una sección de caballería y dos piezas de artillería. En vista de todo, formó en dos líneas dando frente á la derecha, colocando en batería las dos piezas de que disponía, y con objeto de apoderarse de la posición ocupada por los tres batallones contrarios, dispuso que el batallón de Puerto Rico y una compañía de Carabineros se dirigieran hacia ella, protegidos por los fuegos de una pieza; cuatro compañías de Cantábria y la otra pieza debían oponerse á la derecha carlista y quedaron en reserva un batallón de Tetuan dos compañías de Cantábria, una de Carabineros y la de Guardia civil.

Roto el fuego por ambas partes, ceden algo los carlistas en su izquierda, pero los batallones de su derecha acometen rúdamente á las compañías de Cantábria, y retroceden éstas, obligando al coronel Castañón á disponer que el batallón de Tetuan, la compañía de Carabineros y la de la Guardia civil que formaban la reserva, las auxilie; observado este movimiento por la izquierda enemiga, y comprendiendo que las tropas, por su inferioridad numérica, no podían atender á los flancos, avanza uno de sus batallones contra Puerto Rico, pero este batallón y la Compañía de Carabineros, lo reciben á la bayoneta, y lo hace retroceder; avanza otro batallón, pero es también rechazado contribuyendo á este éxito, el batallón de Tetuán, dos compañías de Cantábria, la otra de Carabineros y la de Guardia civil, sufriendo en ambas los carlistas gran

número de bajas, aunque ocupando siempre sus primeras posiciones. En esta parte de la lucha, quedó en poder del enemigo la cureña de una de las piezas, por haber sido muerto el mulo que la arrastraba, pero la pieza fué heróicamente defendida por los artilleros y el capitan de Puerto Ríco don Pedro Marin con 16 hombres.

Evidentemente era desigual el combate, pues además de ocupar la facción excelentes posiciones, tenía la ventaja de la superioridad numérica ascendiendo sus fuerzas á unos cuatro mil hombres, mientras que la columna sólo contaba con unos mil doscientos.

En tan críticos momentos, observa el coronel Castañón que uno de los batallones enemigos avanza hácia Udabe con objeto de envolverle; y en vista de lo insostenible de su situación, dispone que se retiren sus tropas, y que dos compañías se posesionen del pueblo, como lo efectúan, rechazando al mencionado batallón.

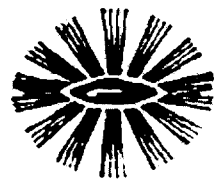
Recibe Cantábria y la compañía de Carabineros á pie firme una carga á la bayoneta y se sostienen, hasta que acudiendo Tetuán y la Guardia civil en su auxilio, consiguen rechazar al enemigo; la izquierda carlista ataca de nuevo á Puerto Rico y la otra compañía de Carabineros, que los esperan y reciben con serenidad.

A pesar de las bajas que un disparo de metralla ocasiona entre los carlistas, siguen estos avanzando, y se apoderan de la segunda pieza y su cureña cuyos mulos caen muertos. Desde este momento, ceden las tropas liberales, y precipitan su retirada, dirigiéndose la mayor parte á Udabe, y el resto con el coronel Castañón á la venta de Latasa.

La artillería carlista lanzó algunas granadas al citado pueblo de Udabe, y aún lo atacó el batallón de

Rada, pero fué rechazado con grandes bajas, siendo herido el jefe y muerto el cabecilla

Las bajas de los liberales fueron, un oficial y 25 individuos de tropa muertos, un jefe, ocho oficiales y 85 indivíduos de tropa heridos, y un jefe, cinco oficiales y 29 indivíduos de tropa extraviados, quedando reducida la fuerza de la columna que se componía de 1.200 hombres á 1 045 contando los jefes y oficiales.



CAPITULO XXXIX

Los carlistas atacan el fuerte de Ibero defendido por 140 carabineros.—Estos en cumplimiento á las órdenes superiores hace una retirada admirable, perseguidos por la caballería de Pérula.

1873.—La facción carlista que escoltaba á don Carlos, pasando por Irurzun, se dirigió el 23 de Julio á Asiain. En este punto don Carlos que llevaba consigo una preciosa bandera con la imagen de Nuestra Señora de los Angeles de Pourvorville, la entregó por mediación de Lizárraga, al segundo batallón Guipuzcoano, diciendo á sus soldados que se la daba para que la plantasen en Ibero. Lizárraga dirigió una plegaria á la Virgen, doblaron todos la rodilla ante la imagen, y la saludaron con tres avemarias, y en seguida emprendieron la marcha para Ibero con muchos vivas á la Virgen, á la religión y á don Carlos.

Hacia las tres y media de la tarde llegaron los carlistas á Ibero, y emprendieron inmediatamente el ataque del fuerte, contribuyendo al efecto dos piezas de artilleria; pero se defendieron con indomable valor los ciento cuarenta carabineros que constituían aquél destacamento y rechazaron al enemigo, causándoles grandes pérdidas contándose entre ellas el capitan Nieves, que al apuntar un cañón recibió un balazo en la frente; á las ocho de la noche se suspendió el combate y don Carlos marchó á Echauri.

Enterado el titulado general don Nicolás Ollo de lo ocurrido en Ibero se comprometió á tomarlo el día siguiente. El teniente de carabineros don Juan Orcál en vista de que no contaba ya sino con unos 1.600 cartuchos consultó con sus subordinados cual debía ser su conducta eu tan apurado caso y teniendo en cuenta las malas condiciones de defensa del fuerte, pues las casas cuarteles habían quedado completamente arruinadas por el fuego de la artillería, consideraron una temeridad sin resultado alguno práctico, el esperar un nuevo ataque del enemigo, que amenazaba incendiar y destruirlo todo y más al que no se le podrían hacer muchas bajas dada la escasez de municiones. Estas consideraciones; unidas á las no menos importantes de que hacía tiempo el teniente estaba constantemente pidiendo auxilios, que indudablemente por falta de medios no se le prestaban, decidieron á Orcal á abandonar el fuerte y marchar á Pamplona, como lo verificó después de haber quemado y destruido el utensilio y enseres que en el fuerte había y no podía llevarse.

Salieron del fuerte y apenas habían andado,un corto trechr,la división de caballería de Pérula cayó sobre ellos viéndose obligados á formar el cuadro y defenderse así por espacio de algún tiempo; pues el enemigo cargaba con tal impetu que más de una vez llegaron hasta ver clavados en los pechos de sus caballos las bayonetas de los heróicos carabineros; diezmada aquella caballería y aprovechando nuestras fuerzas el momento en que se rehacía se retiró en escalones ordenadamente consiguiendo tener á raya el enemigo con su certero y nutrido fuego, logrando entrar en Pamplona con los heridos sin perder un sólo hombre. Esta fué la defensa y heróica retirada de Ibero.

CAPITULO XL

El grueso de la facción con D. Carlos á la cabeza ataca á Estella.—Se posesionan de parte de la ciudad.- Cañonean el fuerte.—Brava defensa de su guarnición.—Incendios y minas enemigas para rendir el fuerte.—Preliminares para la capitulación. La guarnición se rinde al fin, con todos los honores de la guerra.

1873.—El comandante militar de Estella trataba de completar sus obras de defensa y aún no las había terminado el 17 de Agosto, cuando al amanecer de este día emprendieron los carlistas el ataque del fuerte, iniciando las hostilidades desde el barrio de San Pedro contra la partida de un oficial y veinte individuos que salieron de él á hacer la descubierta. Se componía su guarnición de un jefe, ocho capitanes, siete oficiales y 475 soldados entre ellos 67 carabineros y 54 guardias civiles y algunos voluntarios.

Durante dicho día 17, se aproximaron á Estella más fuerzas carlistas, y continuó el fuego por ambas partes, dedicándose la facción á impedir el trabajo de las obras de defensa, y especialmente la del fortín de la puerta de entrada, por ser este punto el que más había sufrido en el primer ataque; á pesar de lo cual quedaron terminadas estas obras.

Al anochecer del 17 entró en la ciudad con música y toque de cornetas, parte del grueso de la facción,

que hasta entonces estuvo situada en Abarzuza; durante la noche, continuó el fuego de fusilería, muy nutrido.

Al amanecer del 18, se hallaba en Estella D. Carlos, su escolta, los titulados generales D. Joaquín Elío, D. Nicolás Ollo y D. Antonio Dorregaray y los batallones 1.°, 2.°, 3.° y 4.° de Navarra, ocupando estos el punto denominado Cruz de los Castillos, el Convento de Santa Clara, el palacio del Duque de Granada, la calle Mayor y el barrio de San Pedro, teniendo establecidos sus cañones en la Cruz de los Castillos y en el Convento de Santa Clara. Convencido el comandante militar de que el enemigo trataba de atacarle seriamente, redobló las guardias y dispuso que los fortines fueran mandados por oficiales. Se continuaron los trabajos de albañilería, especialmente, en el almacén de pólvora con objeto de evitar una explosión y se situaron en punto conveniente la bomba y una sección de albañiles para el caso necesario. A las cuatro de la tarde, un corneta carlista tocó «alto el fuego», y fué contestado por la banda de cornetas de los defensores con el de «ataque» y con himnos patrióticos.

El fuerte enarboló inmediatamente bandera negra. A los pocos momentos rompieron el fuego los cañones carlistas, consiguiendo introducir algunos proyectiles en el fuerte, y á pesar de las bajas que les causaron los tiradores designados al efecto, no cesaron de hostilizar hasta las nueve de la noche. Durante esta hicieron los carlistas algunos trabajos en la manzana de casas situada frente al fuerte, siendo molestados por los defensores. Al amanecer del 19, uno de los cañones, el de la Cruz de los Castillos, que había sido trasladado á una casa del barrio de San Pedro, empezó desde ésta sus hostilidades, consiguiendo introducir en el dormitorio algunas granadas, que reventaron y no cesó su

fuego hasta las cuatro de la tarde. Una granada hizo pequeña brecha en uno de los fortines, pero se cubrió enseguida; otra que reventó en el desván, incendió el esparto que en él había, y aunque se trató de remediar este mal, haciendo uso de la bomba, resultó inútil ésta por que la manga estaba atravesada de muchas balas.

Al obscurecer cesó el fuego de cañón y durante la noche continuó sólo el de fusilería. La guarnición reparó los destrozos disponiendo á la vez sacos y cajones llenos de tierra para cubrir las brechas en caso necesario y habilitó un hospital de sangre.

A las seis de la mañana del 20, rompió de nuevo el enemigo el fuego de cañón; los defensores se dedicaron á disparar tan solo contra los artilleros, economizando de este modo las municiones, que empezaban á escasear, y con tal sistema obligaron á los carlistas á variar con frecuencia la posición de sus piezas.

A las dos, casi cesó el fuego, pero á las tres se reanudó con más vigor, llegando á situarse una pieza á 50 metros de un fortín; pero no pudo hacer más que un disparo por impedírselo el certero fuego de los tiradores, que en media hora escasa derribaron á balazos la verja de hierro, las ventanas y los tabiques de la casa en que se colocó el cañón.

Otra pieza colocada en una casa del barrio de San Pedro, tuvo que suspender sus fuegos, porque la enfilaban los de un fortín. A las nueve de la noche se amortiguó algo el fuego volviendo á aumentars á las once, jugando las tres piezas situadas en el hospital de Santa Clara, que lanzaban al mismo tiempo que granadas y balas rasas, algunas botellas de sustancias inflamables.

Los cañones carlistas hicieron durante este día unos doscientos disparos, consiguiendo penetrar en el fuer-

te muchos proyectiles, pero no decayó ni un momento el entusiasmo de los liberales á pesar de que apenas habían dormido desde las primeras horas del sitio, sosteniendo un fuego constante, siendo su descanso sentarse al pie de las aspilleras con fusil en mano. Impidiendo la obscuridad de la noche la puntería de las piezas, los carlistas prendieron fuego á todos los carrizales de las huertas, y á su resplandor empezó un fuego terrible.

En aquellos momentos sufrió la guarnición muchas bajas siendo admirable el arrojo de la tropa que á porfía, se colocaban en los sitios de más peligro, y donde causaba la artillería más destrozos, llegando su valor al extremo de arrojarse sobre las granadas y quitarles las espoletas. Durante esta noche, la mayor parte de los defensores sufrió alguna lesión.

A las tres de la madrugada del 21, cesó el fuego de cañón, y continuó el de fusilería hasta las diez, disminuyendo algo á esta hora; vieron los defensores en las alturas próximas, algunos grupos carlistas que indicaron un movimiento de retirada, pero á las dos horas la facción volvió por diversos puntos á la ciudad. A las dos de la tarde renovaron sus fuegos los cañones carlistas, causando grandes desperfectos en el fuerte, especialmente en el almacén de utensilio de la Administración Militar. Las campanas de la ciudad tocaron á agonía durante toda la tarde y las músicas carlistas una marcha fúnebre. A las once de la noche, cesó algo el fuego de cañón, continuando muy nutrido el de fusilería, hasta las doce; á esta hora, volvió á romperse el de cañón, arrojando principalmente bombas de iluminación y proyectiles incendiarios; se produjeron incendios en cuatro puntos distintos, y con muchísimo trabajo fueron apagados.

A las cuatro de la mañana del 22, cesó algo el fuego, pero se renovó con energía á las seis, al son de la diana por las músicas carlistas y echando á vuelo las campanas de la ciudad.

El fuego de cañón fué durante este día mucho más lento que en los anteriores, y cesó á las dos de la tarde; continuando el de fusilería durante la noche. A las doce, renovaron el de artillería, pero sólo hizo algunos disparos.

En la mañana del 23, empezó de nuevo el fuego de cañón, aunque muy lentamente. Hácia las ocho, la guarnición oyó ruido de trabajos subterráneos, lo cual le hizo creer que el enemigo trataba de hacer una mina. Así era en efecto, y por tal motivo, inmediatamente empezaron los trabajos de una contramina, empleando en ello casi todo el día; los tiradores contestaron á los pocos disparos del cañón del enemigo.

A las seis de la mañana del 24, y en los momentos que reinaba un profundo silencio, los carlistas dieron fuego á la mina, y se oyó una terrible detonación, temiéndose en un principio que se hundiera el fuerte; cayeron sobre los tejados y el patio del cuartel, gran número de piedras, algunas de ellas de más de seis arrobas de peso, y muchos troncos de árboles del paseo inmediato; sin embargo, esta explosión no causó más bajas que algunos contusos, si bien produjo grandes desperfectos en el cuartel.

Comprendiendo el comandante militar que el enemigo no cejaría en su propósito, dispuso que se continuase la contramina y se empezase otra nueva en el ángulo opuesto de la primera; á las cinco de la tarde le avisaron los trabajadores, que se oían ruidos de trabajos de mina y que ésta debía pasar por debajo de la contramina.

Desde este momento comprendió el comandante que era inutil la contramina y se convenció de que no había más remedio que rendirse ó perecer entre los escombros si no se presentaba oportunamente una columna de socorro. Empezó á decaer algo el espíritu de los defensores que hasta entonces había permanecido en su puesto con un valor heróico.

En atención á la gravedad de las circunstancias, el comandante militar reunió consejo de oficiales; atendiendo éste á que la guarnición llevaba ocho días batiéndose valerosamente de día y de noche sin haber recibido durante este tiempo noticia de que fuese á auxiliarla columna alguna, por más que siempre había creino que á todo trance se la auxiliaría; considerando que lo probable era que aún cuando llegara el socorro, sería ya completamente inutil por que en breve estallarían las nuevas minas enemigas; teniendo en cuenta que la artillería enemiga había hecho grandísimos destrozos en el fuerte durante los ocho días de cañoneo y que había decaido algo el espíritu de la tropa, con motivo de las minas; acordó que se tocara alto el fuego y parlamento con objeto de tratar con el enemigo de las bases de la capitulación.

Cesó el fuego, y en breve se presentaron al frente del fuerte varios jefes carlistas, preguntando por el comandante militar; acudió éste y les manifestó que participasen á Dorregaray que deseaba hablar con él para tratar de la capitulación. A los pocos momentos recibió aviso de que bajo palabra de honor podía salir del fuerte á conferenciar con Dorregaray y salió en efecto acompañado de sus oficiales.

Propuso el comandante la salida de la guarnición con armamento, equipo y vestuario, concediéndole todos los honores de la guerra y la garantía más com-

pleta de que ninguno sufriría la más pequeña molestia. Dorregaray le contestó que accedía á estas condiciones á excepción de la referente al armamento, que debería quedar en poder de los carlistas, atendiendo que conocía la brillante y heróica defensa hecha por la guarnición. No se estipuló nada por escrito, y todo se hizo bajo palabra de honor. Los jefes y oficiales conservarían sus espadas, revolvers, caballos, equipajes y cuanto les perteneciese. Eran las nueve de la noche.

En vista de lo estipulado, formaron los defesonres y se pusieron á su disposición dos compañías carlistas con objeto de escoltarles hasta el punto que deseara. Dorregaray dirigió la palabra á aquéllos, manifestándoles que admiraba su valor y su gran bizarría, advirtiéndoles que el que desease pasar á las filas carlistas, diese un paso al frente, pero todos permanecieron en sus puestos. Después escoltados por D. Rafael Alvarez Rosa Samaniego y dichas compañías pasaron á Pamplona donde fueron recibidos con el entusiasmo que merecía su brillante comportamiento.

El número de proyectiles de cañón arrojados por los carlistas fué de 800 á 1000, entre ellos bastantes incendiarios.

Los defensores de Estella cumplieron bien con sus deberes haciéndose acreedores á la gratitud de la patria y dieron alto ejemplo de valor y abnegación.

CAPÍTULO XLI

Don Carlos distribuye militarmente sus fuerzas en Estella, por si el General en Jefe Moriones, trata de atacarle.—Descripción topográfica de la ciudad.—Moriones marcha sobre Estella.

1873.—Comprendiendo los carlistas que era inminente un choque y suponiendo al general en jefe Excelentísimo Sr. D. Domingo Moriones, que intentaría tal vez avanzar hacia Estella, trataron de cerrarle el paso, estableciéndose, á este fin en una extensa línea que comprendía desde el Monjardin, que era su derecha hasta los altos de encima de Arróniz, extrema izquierda, siendo su centro los pueblos de Villamayor, Urbióla, Luquin y Barbarin, que los ocuparon,así como también las alturas que los dominan. Se hallaba D. Carlos al frente de las fuerzas carlistas; estas se componían de cinco batallones Navarros, tres Alaveses, tres Vizcainos, uno Guipuzcoano y uno Riojano, reuniendo un total de nueve á diez mil hombres, cuatro piezas y 200 caballos. Se habían situado estas fuerzas en la forma siguiente; cuatro batallones Navarros 1.°, 2.°, 3.° y 4.°, se establecieron en el punto denominado Lortiga, á la izquierda de Arróniz, en la ermita que existe encima de este pueblo; tres batallones Alaveses, tres Vizcainos, uno Guipuzcoano y otro Castellano ocuparon á Luquin y Urbióla y las excelentes posiciones que los defienden; uno Riojano defendía el Portillo de Olejua y

el 5.° Navarro, con la caballería se situó en Villamayor. Aun cuando el general Moriones no se proponía pasar á Estella, se lo creían los carlistas, y por esta razón juzgamos que ha llegado el caso de que digamos cuatro palabras acerca de esta ciudad.

Se halla situada en un estrecho y profundo desfiladero, á orillas del Ega, á unos 44 kilómetros de la capital, completamente dominada por los altos de Monte-Muru y Zubielqui al Norte, los de Villatuerta al Este y el Monte-Jurra al Sur y el Monjardin al Oeste: la ciudad por sí sola, militarmente considerada no es importante, ni es posible sostenerla, sin sostener á la vez toda esta serie de posiciones que la dominan, pues la posesión de una de estas da la de aquella. A pesar de esto, durante toda la guerra ha sido la ciudad Santa; por decirlo así, de los carlistas, que, comprendiendo lo que acabamos de indicar, fortificaron las alturas de referencia y las defendieron tenazmente en todas las ocasiones. Por lo demás, Estella tiene gran importancia como cabeza de un distrito rico en caldos y cereales, fánatico y exaltado por la idea carlista y por su proximidad á los valles de las Amescoas y á las sierras de Urbasa y Andia.

No trataremos de estudiar las diversas líneas que pueden seguirse para marchar sobre Estella; ahora como el ejército no intentaba sino medir sus armas con los carlistas, en la zona por éstos ocupada debemos hacer una ligera reseña de ésta. La carretera de Logroño á Estella atraviesa la zona de referencia, es decir la parte occidental del territorio llamado la Solana, que está comprendido entre las faldas orientales y meridionales del Monte-Jurra y Monjardin; entre Logroño y los Arcos recorre un terreno despejado á veces y otras ligeramente ondulado, que permite el empleo de

las tres armas; á unos cinco kilómetros de los Arcos cierra el paso á la carretera una cadena de alturas de alguna elevación y de pendiente agria y rápida, que se desprende de la sierra de San Gregorio, cadena que en la divisoria de aguas entra el Arroyo Cogullo y el Zamarca, afluentes respectivamente del Odrón y del Ega. Esta pequeña cadena ofrece tres pasos que son; el Portillo de Cogullo por el que la cruza la carretera de referencia en un desfiladero bastante profundo; el Portillo de los Lobos, por el que pasa el camino carretero de Sesma á Arróniz y el de San Julián, que lo atraviesa la carretera de Lodosa á Estella por Allo. Una vez en posesión de dicha cadena, puede avanzarse hasta Urbióla, Luquin y Barbarin, aunque con algunas dificultades. La carretera sigue después por el desfiladero de Villamayor, formado al Oeste por el Monjardin y la serie de montes que desde San Gregorio constituyen la divisoria de aguas entre el Ebro y el Ega, y al Este por las faldas occidentales del Monte-Jurra; entra en el valle de Santesteban, dificilísimo de atravesar y pasando por Azqueta y dominada á derecha é izquierda, dejando á aquel lado el convento y monte de Irache, sigue por Ayequi á la referida ciudad, recorriendo un trayecto muy dificil de forzar. Como se ve, para seguir este camino hasta Estella, hay que apoderarse de Monte-Jurra y el Monjardin. Situado aquél entre la carretera de Allo á Estella y la de que acabamos de hablar, corre en dirección Noroeste Sudoeste, y con los estribos que destaca hácia los dos referidos caminos, forma una inmensa fortaleza natural de mucha pendiente, con bosques y matorrales en varios sitios; entre dichos estribos, los que terminan en Luquin y Barbarin defienden el desfiladero de Villamayor, y son muy difíciles de franquear. El Monjar-

din tiene una pendiente regular, y se halla cultivada toda su falda con setos y vallados en gran número que separan las heredades, constituyendo otros tantos parapetos difíciles de abordar, haciendo casi infranqueable dicha peña. En realidad, para la conquista de Estella, sea siguiendo el camino de Robledo por el estribo de Santa Ana, que termina al Oeste de Dicastillo y conduce por Arellano á la cumbre; ya siguiendo el camino de Monverde que por la ermita de San Blas de Morentín se dirige, dominado este pueblo y el de Muniain á Monverde; ya que se emprenda la marcha por Arcos á Urbióla; es preciso ante todo apoderarse de Monte-Jurra, empresa siempre muy dificil; de no hacerlo así, sería imposible el avance ni á costa de grandes pérdidas, debiendo advertir, que aun en el caso de que las tropas liberales entrasen en Estella, se encontrarían con que el enemigo, corriéndose á lo largo del Monte-Jurra dominaba completamente la situación de aquéllas.

Conociendo el General Moriones las posiciones que los carlistas ocupaban, se propuso atacarlos y batirlos, haciéndoles ver su superioridad; y para ello no pensó en avanzar hasta Estella, pues aún sin la conquista de esta ciudad, era dificil y grave la de las posiciones enemigas con el corto número de fuerzas de que disponía.

A las siete de la mañana del 7 de Noviembre, el ejército liberal salió de los Arcos por la carretera de Estella en este orden. El coronel de caballería D. José Jaquetot con dos escuadrones de su regimiento de Villarrobledo, dos del de Pavía y otros dos de Lusitania, con guerrillas desplegadas al frente y á los flancos. El General Primo de Rivera con la brigada de vanguardia, la de D. Antolín Pieltain, el regimiento de Asturias, las dos compañías de tiradores del Norte, dos ba-

terías de Montaña, el regimiento de caballería de Sesma y dos escuadrones de Pavía á las órdenes del brigadier D. Joaquín Colomo; seguía el movimiento, flanqueando la izquierda, el batallón cazadores de Ciudad Rodrigo, marchando después el General Don Melitón Catalán con la brigada de Don Pedro Ruiz Dana, el 2.º batallón de Castrejana y una batería de montaña llevando en el centro las dos baterías de batalla con siete compañías de ingenieros; el regimiento infantería de Saboya y el de caballería de Arlabán cubrían la retaguardia y cuidaban de la impedimenta. Sin ser hostilizadas pasaron estas tropas el portillo de Cogullo pero entre nueve y media y diez de la mañana, al desplegar en la llanura el coronel Jaquetot, el enemigo rompió el fuego de fusilería y artillería contra las de caballería que mandaba aquél jefe, logrando que cayeran algunas granadas en los intervalos de los escuadrones, en los cuales, sin embargo, no causaron bajas ni alteraron en nada su orden. Inmediatamente dispuso el General Moriones; que el General Primo de Rivera con todas sus fuerzas formase á la izquierda de la carretera, que el General Catalán, hiciera lo propio á la derecha y que las baterías de batalla con las siete compañías de ingenieros tomasen posición delante de las fuerzas del General Primo de Rivera y rompieran el fuego contra Barbarin, desde donde había roto el suyo la artillería enemiga.

CAPÍTULO XLII

Plan de ataque sobre Estella de Moriones.—Comienza la acción.

El General Moriones, no se preocupó de su línea de retirada, pues dada la posición enemiga, la aseguraba por completo la gran superioridad de su caballería sobre la carlista, y en caso necesario bastaría protegerla con escasas fuerzas de infantería, destinando además á este fin una sección de Montaña.

Ejecutados con gran precisión por las tropas los movimientos prevenidos y reconocida por el General la posición del enemigo dispuso, que D. Melitón Catalán avanzase por la derecha hasta una altura próxima, separada por el arroyo Campanarea de las posiciones que ocupaban los carlistas encima de Arróniz, y que rompiese el fuego con una batería de montaña y las guerrillas, procurando que las fuerzas restantes estuviesen á cubierto; debía además esperar en dicha posición las órdenes del General, observar la izquierda enemiga y cubrir al ejército de un movimiento envolvente por este flanco. Al propio tiempo, previno el General Moriones al brigadier Ruiz Dana, que con el regimiento de Cantábria, los Carabineros, una sección de artillería de montaña y la caballería que mandaba el coronel Jaquetot, marchara por el flanco izquierdo, advirtiéndole que avanzase muy despacio y sujetando

sus movimientos á los que verificara las demás tropas. El General Primo de Rivera debía avanzar por el centro.

Quedaron establecidas las tropas liberales en el orden siguiente; en la derecha el General Catalán con los regimientos de Sevilla y de la Constitución, el batallón de Castrejana, el de Africa, la Guardia civil y una sección de montaña; en el centro, el General Primo de Rivera con la infantería de su división, la brigada Pieltain y la de vanguardia, y en una pequeña loma, sobre la izquierda de la carretera, los ocho cañones de las baterías montadas. El brigadier D. Pedro Ruiz Dana en el flanco izquierdo con las fuerzas indicadas.

Roto el fuego en toda la línea, las dos baterías de batalla y otras dos de montaña que había colocado el General Primo de Rivera dirigieron los suyos sobre Barbarin, consiguiendo con sus certeros disparos apagar el de las dos piezas enemigas situadas en aquel pueblo, desmontando una de ellas. El General Catalán marchó hácia las alturas que se le habían señalado, disponiendo que un batallón de la Constitución y la Guardia civil se situasen en su extrema derecha. Al llegar á la posición de referencia el enemigo empezó á hostilizarle vivamente.

En vista de las grandes bajas que iba á tener en esta meseta y comprendiendo la conveniencia de desplegar sus fuerzas, previno el General Catalán que el otro batallón de la Constitución desplegase al frente una compañía en guerrilla con otra de reserva y por la derecha y en la misma forma, igual fuerza, ocupando esta un viñedo con orden de cubrirse todo lo posible del fuego enemigo; dispuso también que el regimiento de Sevilla y los batallones de Castrejana y Africa se ocultasen en los pliegues del terreno y que la batería de

montaña tomase posición y rompiese el fuego. A la media hora de hallarse situadas las tropas en esta disposición, observó Catalán gran movimiento de fuerzas en el flanco izquierdo enemigo, y por si su objeto era atacar el derecho de los liberales, lo puso en conocimiento del General en Jefe. En su vista, ordenó este que reforzaran á las tropas del mando de Catalán, las compañías del tercer regimiento de ingenieros y un escuadrón de coraceros de Sesma, y que la brigada de caballería tomase posición en la llanura que se extendía desde la izquierda de Catalán hasta la carretera; pasó á las órdenes de éste el brigadier D. Luis Padial.

Grandes eran las bajas que sufrían estas fuerzas, tanto por que se hallaban á descubierto y en difíciles condiciones para desplegar, como por que el enemigo tiraba cubierto;por obras de tierra y con un armamento de más alcance por lo cual para remediar en parte este mal, que se agravaba con la aglomeración de fuerzas, dispuso Catalán que el regimiento de Sevilla subiera á las alturas donde se hallaba el primer batallón de la Constitución y previno de nuevo que los batallones de Africa y Castrejana y las fuerzas de ingenieros se cubriesen en las ondulaciones del terreno, ordenando á la vez que la caballería se retirase hasta ponerse fuera del alcalce de las balas. El batallón de la Constitución desplegado en guerrilla y la compañía de Montaña situada próxima á él agotaron sus municiones, y en su virtud, fué relevado el primero por el de Castrejana, dirigiéndose la compañía al parque de municiones; momentos antes había sido herido el capitán D. Fernando Castillejo.

El General en Jefe, después que la artillería logró el resultado de que se había propuesto, juzgó ya llegado el momento del ataque—eran las once de la maña-

na—y en su consecuencia ordenó al General Primo de Rivera, que se apoderase de Barbarin y de las posiciones que lo dominan.

Para cumplir esta orden, dispuso el General Primo de Rivera que la brigada de vanguardia marchase en cabeza, llevando en vanguardia una fuerte guerrilla, destacada del batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo; cubrían sus flancos, formando en columna y en escalones á retaguardia, Puerto-Rico á la derecha y Ramales á la izquierda y en su intervalo, las dos baterías mandadas por su coronel, y de sostén de éstas, el batallón cazadores de Alcolea. En segunda línea y apoyando los últimos escalones, marchaba el regimiento de Gerona por la derecha y el de Tetuán por la izquierda, quedando á retaguardia, de reserva general, el de Asturias y los tiradores del Norte. A la vez que avanzaban las tropas, fué el General Primo de Rivera colocando las baterías en tres posiciones diferentes sobre las colinas más dominantes, con objeto de que protegiesen la marcha de aquellas que avanzaron, conservando la referida formación hasta que avisó el brigadier Ruiz Dana que parte de las fuerzas enemigas se corría por su izquierda y necesitaba refuerzo, ordenando entonces aquél que San Quintín que había quedado á retaguardia pasase á las órdenes de este. El batallón de Ciudad-Rodrigo, sin detenerse en su marcha, entró con gran arrojo en Barbarin; el de Puerto-Rico, corriéndose por la derecha, tomó las alturas que dominan este pueblo, y Gerona dominó otras más á la derecha, con lo cual todas las posiciones de esta parte del campo de la accion quedaron en poder de las tropas liberales. Ramales, que por orden del General en Jefe había avanzado por la izquierda, entró en Barbarin, con objeto de defender y apoyar las fuerzas más

avanzadas, teniendo en cuenta que Puerto-Rico había continuado su movimiento de avance. En esta situación, el General Primo de Rivera, comprendiendo que no era de temer que atacase el enemigo su flanco derecho, por la situación de las tropas que formaban la derecha del ejército, se ocupó preferentemente de su flanco izquierdo y dispuso que el brigadier D. Juan Tello con el regimiento de Asturias, los tiradores del Norte y dos piezas de montaña, tomase el pueblo de Luquin, lo cual se consiguió en breve.

En tanto, el brigadier Ruiz Dana, que, según se ha dicho, emprendió su movimiento de avance por la izquierda, debía marchar por este lado de la carretera de Estella, faldeando las alturas que dominan el valle, apoderarse del pueblo de Urbióla y estar á la mira del de Villamayor; así lo hizo sin obstáculo serio y con sólo algún ligero tiroteo de guerrillas y el fuego de una pieza de artillería enemiga situada en la falda de Luquin á su derecha, que lo apagó la sección de montaña, tan pronto como le fué posible colocarse en batería.

Al avistar el pueblo de Urbióla que se hallaba ocupado por infantería y caballería del enemigo, observó Ruiz Dana que había fuerzas de alguna consideración hacia Villamayor y en la falda de Monjardin, y dió aviso de ello al General en Jefe; siendo reforzadas entonces sus tropas, como se ha dicho, con el regimiento de San Quintín de la división del General Primo de Riuera, y pasando también á esta, de orden del General, una batería montada y un batallón de ingenieros.

CAPITULO XLIII

Prosigue el ataque de Estella

Los carlistas habian perdido ya sus primeras posiciones. Como hemos dicho, abandonaron á Barbarín, y aunque se habían retirado sus defensores á las alturas próximas, situándose en ellas el 1.° y el 4.° de Navarra y la mitad del tercero hubieron también de retirarse al empuje de las fuerzas del General Primo de Rivera, si bien el último medio batallón no abandonó la altura de Santa Cruz, hasta después de haber visto que iba á ser rodeado por las fuerzas liberales que subían á los altos de Barbarin. En esta posición se hallaban los dos primeros jefes del 3.° Lerga y Montoya y en ella murió Lerga.

Cuando las tropas liberales penetraron en Barbarin, previno el General Moriones á Catalán que con el regimiento de Sevilla, el primer batallón de Africa, la Guardia civil y una sección de artillería de montaña marchara por la carretera hasta Luquin y al brigadier Ruiz Dana que se apoderase de Urbióla, encargando al del mismo empleo don Luis Padial el mando de la derecha, con el regimiento de la Constitución y el batallón de Castrejana con orden de conservar la posición que hasta entonces había sostenido el general Catalán en la extrema derecha de la línea. Sin embargo más tarde, al parecer por mala inteligencia de un comandante, se previno á Padial que avanzase á tomar las

posiciones que á su frente y sobre el pueblo de Arróniz ocupaba el enemigo, y en su virtud, dispuso aquel el movimiento de avance, marchando á vanguardia el batallón de Castrejana precedido de una guerrilla, y siguiéndola el regimiento de la Constitución, que en el momento oportuno formó en linea de columnas, menos dos de sus compañias destinadas á proteger la sección de artillería que debía seguir el movimiento de la infantería, según se lo permitiese la configuración del terreno que debía recorrer; el escuadron de carabineros permaneció á retaguardia dispuesto á obrar en caso necesario. Ante la decisión y bravura de los tres batallones, abandonaron los carlistas su posición, contribuyendo á ello el avance de las tropas del General Primo de Rivera. Como aquel movimiento de avance había sido, sin duda, una equivocación, pasó el coronel Terrero á esta parte del campo de la acción y ordenó á Padial que suspendiera el ataque, y que abandonando las posiciones ocupadas por él, en las cuales le reemplazarían fuerzas del Regimiento de Tetuán, enviadas oportunamente por el General Primo de Rivera, se trasladara por retaguardia de la línea á las posiciones de la izquierda, tomadas ya al enemigo por las tropas del brigadier Ruiz Dana; estas prosiguiendo su marcha á Urbióla, entraron en este pueblo sin seria resistencia, haciendo callar con los certeros disparos de la artillería montada que se había enviado á aquella parte y que se situó en Urbiola, los fuegos de una pieza de artillería que los carlistas habían establecido en la falda de Monjardín.

El General Catalán, que, como se ha dicho, había recibido órden de pasar á la izquierda de la línea, cuando iba á hacer este movimiento recibió otra en que se le prevenía que volviese á la carretera y avanzase has-

ta Urbióla; y en este punto, al cual había avanzado ya el General Moriones, le ordenó este, que pasase á Luquin con los batallones de Sevilla y Africa; así lo hizo, encontrándose allí con las fuerzas del brigadier don Juan Tello, destacadas á aquel punto por el General Primo de Rivera.

Con objeto de atraer al enemigo á un combate más abierto, ordenó el General Moriones al brigadier Ruiz Dana, que avanzase al frente de Urbiola, inclinándose sobre la derecha, y al coronel de Cantábria, que con su regimiento se situara en el llano, desplegando algunas guerrillas. El brigadier Ruiz Dana, con ocho compañías del regimiento de San Quintin, se dirigió á las posiciones de la derecha de Urbióla ocupadas por fuerzas enemigas, y como esta operación á causa de la configuración del terreno, se hizo al descubierto, sufrió dicho regimiento sensibles perdidas, quedando fuera de combate la mitad de los oficiales, sin que lograra tomar las posiciones enemigas. Mientras se efectuaba estos movimientos de Cantábria y San Quintin, se hallaban convenientemente situadas á la salida de Urbióla la artillería de batalla y la caballería que mandaba el coronel Jaquetot y formado en columna de escuadrones los regímientos de Villarrobledo y Pavía y el de Lusitania á retaguardia del regimiento de Cantábria.

En tal estado de cosas, siendo ya hora avanzada de la tarde, comprendiendo el General Moriones que el enemigo no quería presentarse al descubierto y no conviniendo tampoco intentar un nuevo avance, ordenó que todas las fuerzas se replegasen á los pueblos en cuyas inmediaciones se hallaban, disponiendo á la vez que una batería de batalla y las tres compañías del 4.º de ingenieros marchasen á Luquín, donde se

situaría aquella y harían éstas algunas trincheras marchando despues á Barbarín con el mismo objeto, pues era evidente que los carlistas tratarían de molestar á las tropas durante la noche.

Las fuerzas liberales quedaron establecidas en esta forma: El brigadier Ruiz Dana,en Urbióla con el regimiento infantería de Cantábria, el de San Quintín, seis compañías de ingenieros; una batería montada, cuatro escuadrones de los regimientos de Villarobledo y Pavía y dos de lanceros de Lusitania. El brigadier don Luis Padial, había dispuesto el avance de dos compañías de Castrejana sobre la carretera de Estella, á la derecha de Urbióla y situado otras dos en el cementerio, á la izquierda, á espalda de éste, mientras el regimiento de la Constitución, en columna cerrada,quedaba colocado detrás de Urbióla, á la derecha de dicha carretera; pero recibió la orden de replegarse á este pueblo, donde se alojó con dichas fuerzas; la sección de artillería que había tenido á sus órdenes se incorporó á su batería; y el escuadron de Sesma á su regimiento. El General Catalán había hecho avanzar más allá de Luquín el batallón de Africa, y desplegando este sus guerrillas, sostuvo un nutrido fuego, cubriendo de este modo el paso de la batería montada de que se ha hablado y de una parte de la brigada de caballería, que se alojó en Luquín, así como una compañía del 4.° regimiento de ingenieros y una batería de montaña. Al mismo tiempo que avanzaba el batallón de Africa, salieron dos compañías del de Sevilla, por la derecha, á fin de alejar más allá del alcance de sus fuegos á las fuerzas carlistas que se hallaban en las alturas cubiertas de bosques que dominan el referido pueblo; tuvo completo éxito esta operación. Se replegaron los dos batallones de Sevilla y el de Africa sobre Luquín don-

de se alojaron, así como tambien quedó en el mismo pueblo. el brigadier Tello, con el regimiento de Asturias, los tiradores del Norte y dos piezas de montaña. El General Primo de Rivera, después de coronar todas las alturas y batir al enemigo en sus posiciones del frente de Barbarín, apagando completamente sus fuegos, permaneció en aquellas posiciones hasta que recibió la orden de replegarse sobre este pueblo, en el cual se alojaron los batallones de Ciudad Rodrigo, Puerto Rico y Alcolea, uno del regimiento de Ramales, el regimiento de Gerona y el de Tetuán y una batería de montaña. Se estableció el cuartel general en Urbióla. Ejecutadas todas las órdenes de repliegue de las tropas á los referidos puntos, hubieron de luchar estas con el inconveniente de que los pueblos estaban completamente abandonados, hasta el punto de que en el de Urbiola no había más que una anciana.

Con objeto de que las tropas liberales no se aprovechasen del vino que había en estos pueblos, los carlistas soltaron las canillas de las cubas.

CAPITULO XLIV

Disposiciones dictadas por Moriones para la retirada de las tropas de Estella.

La situación de los carlistas en la noche del 7, eran; cuatro batallones de Navarra y el Riojano en las alturas de Villamayor, en las cuales se hallaba tambien Dorregaray, Valdespina, Larraméndi y Llorente; en las de Azqueta, Velasco con otros cuatro; cinco en las de Arellano. con Ollo, Mendiry y Argonz y las demás fuerzas y la caballería en Estella.

Durante la noche no ocurrió incidente alguno.

El 8, que amaneció lloviendo y con un fuerte temporal de aguas y viento del Norte, permanecieron las tropas liberales en los pueblos ya citados y en las posiciones conquistadas, siendo molestadas en las descubiertas, especialmente, las del General Catalán, que sobre Luquín ocupaban el puesto más avanzado hacia el Monte-Jurra, donde los regimientos de Asturias y Sevilla, sostuvieron bastante fuego hasta las diez de la mañana. Cesó á esta hora y el General Catalán dejó algunas avanzadas en los sitios dominantes, para observar á los carlistas y avisar si se aproximaban.

Algunos batallones carlistas y la caballería se corrieron á su flanco derecho sobre Villamayor y Monjardín, y adelantando sus guerrillas y ocultándolas entre los pliegues del terreno, empezaron á hostilizar á las tropas acantonadas en Urbióla. Observando el Ge-

neral en Jefe que aumentaba el número de fuerzas enemigas en el mencionado pueblo de Villamayor dispuso que una batería Krupp lanzase algunas granadas en aquella dirección, y lo hizo con tal acierto que todas cayeron en el pueblo, consiguiendo poner en fuga á las fuerzas enemigas.

Se ocuparon las tropas del General Prímo de Rivera en destruir durante este día las obras de defensa que en Barbarín y sus inmediaciones habían construido los carlistas. El General en Jefe dispuso que se municionara y racionara á las tropas en sus respectivos cantones.

Según se ha dicho, el General Moriones no se había propuesto otro objeto que el de batir á los carlistas en los pueblos y posiciones que estos ocupaban en las vertientes del Monte-Jurra, y no pensó llevar más allá sus operaciones. Tuvo también en cuenta que debía atender perfectamente á la conducción de heridos á Logroño. por que se hallaban estos instalados en malas condiciones, y escaseaban médicos para su curación, y que además estando abandonados los pueblos que ocupaban las fuerzas liberales, les era á estas dificil el procurarse recursos; tuvo también presente el General, qne habían gastado sus tropas 750.000 cartuchos de fusil y 700 granadas, y aunque le quedaban todavía 140 cartuchos por plaza, cantidad de municiones suficientes para dar una segunda acción, á nada conducía el luchar nuevamente, porque poco más ó menos todo quedaría reducido al mismo ser y estado que el día 8, aún dado caso que venciera, como era lo probable, pues los carlistas ofrecerían poca resistencia en atención á que no contaban con gran cantidad de municiones.

Decidido el General por estas consideraciones á re-

tirarse, debía pensar detenidamente en la manera de efectuar esta operación, siempre dificil, que exigía toda clase de precauciones y cuidados, no sólo por la necesidad de hacer frente á las fuerzas carlistas que hostilizarían seriamente á sus tropas, sino tambien por que era preciso proteger la impedimenta, aumentada por el importante convoy de los carros que conducían á los heridos.

Para su ejecución dió las siguientes instrucciones.

Previno á los Generales Primo de Rivera y Catalán, que enviasen á Urbióla todos sus heridos y la impedimenta; eligió este pueblo, por que hallándose sobre la carretera de Logroño, era el más conveniente para la concentración y salida del gran convoy que importaba poner ante todo el movimiento. Ordenó también que á las siete de la mañana del 9 se encontrasen en Luquín á las órdenes de Catalán, un regimiento de infantería de la división del General Primo de Rivera, media brigada de la vanguardia, una batería de montaña y el regimiento de caballería de Arlabán. El General Primo de Rivera, con el resto de sus fuerzas debía emprender la retirada á la vez que el General, y al mismo tiempo que la efectuaba desde Luquín el coronel Bargés, con el regimiento de Asturias; este coronel tendría también á sus órdenes el batallón de Africa y una sección de artillería. Previno el General Moriones que á causa de la escasez de las municiones de artillería, no dispararan las piezas sino en casos apurados ó contra masas compactas. El General Catalán con los cuatro batallones que le mandaría Primo de Rivera, el regimiento de Sevilla, tres compañías del 4.° de ingenieros, la batería Krupp situada en Luquín, una sección de montaña de las dos que allí se encontraban, los regimientos de Sesma, Arlabán y los dos es-

cuadrones de Pavía á las órdenes del brigadier don Joaquin Colomo, debía marchar delante del ejército á ocupar las posiciones de derecha, izquierda y frente de la posición en que estuvo situado el 7, al romperse el fuego de artillería contra Barbarín; recibiría también instrucciones verbales á su paso por Urbióla. Seguiría á las fuerzas del general Catalán, toda la ímpedimenta protegida por el regimiento de Saboya y los dos escuadrones del de Lusitania, y cuando estas fuerzas llegaran á la posición designada á Catalán,las restantes de Luquín emprendieran la retirada, quedando sin embargo, el General en Jefe en comunicar el momento en que lo habían de hacer. Las fuerzas de Barbarín debían observar con gran cuidado á las de Luquín.

El General Primo de Rivera seguiría después el movimiento, haciendo la retirada por escalones de batallón, teniendo presente que las baterías Krupp debían proteger la retirada de sus tropas,en cuanto fuera posible y el terreno lo permitiera.

El General Catalán, en el momento en que se le incorporasen las fuerzas que de Barbarín debian salir, después de haberlo hecho la impedimenta,el regimiento de Saboya y los dos escuadrones de Lusitania, proseguiría la marcha á Urbióla en el orden siguiente; la media brigada de vanguardia, uno de los regimientos de infantería, la bateria de montaña que recibiría de Barbarín, la sección de la misma arma que se llevaría de Luquín, despues el otro regimiento de infantería, la batería Krupp y las cuatro compañías del 4.° de ingenieros, formando el brigadier Colomo la retaguardia con las mencionadas fuerzas de caballería. El brigadier Ruiz Dana sostendría á la izquierda.

El coronel Bargés permanecería en Luquín con los

tres batallones puesto á su mando y la sección de artillería, hasta que recibiera la órden de retirada, que la haría en escalones, por el camino mas corto de Luquín á los Arcos.

Previno tambien el General Moriones, que la marcha fuese pausada en general, sin dejar á retaguardia á los heridos, y siempre que fuese posible, por escalones cubiertos con guerrillas. Las advertencias que los Generales Primo de Rivera ó Catalán tuvieran que hacer á estas instrucciones, las transmitirían precisamente los oficiales de E. M. para que estos llevasen tambien la contestación del General.

Estas instrucciones eran reservadas en absoluto para los que no mandaran alguna de las agrupaciones de referencia.

Sufrieron en la ejecución algunas variaciones de detalle como se verá en la narración.

Reunidos en Urbióla los heridos y la impedimenta ordenó el General que durante la madrugada del 9 se colocasen aquellos en los carros y camillas, con sumo cuidado y con las mayores precauciones y comodidad posibles, encargando este cometido al coronel Fajardo, que debía ser auxiliado por el comandante de E. M. Pacheco, el capitan Menoyo del mismo cuerpo, los médicos que allí se encontraban, los jefes y oficiales de administración militar y la Guardía civil. A la misma hora en que se preparaba este convoy, dispuso el General Moriones que el capitau de E. M. Suarez Inclan, con dos compañías del regimiento de la Constitución y una del 3.° de ingenieros, reconociera el desfiladero de Cogullo; y practicado el reconocimiento las compañías quedaron guardando el desfiladero, participando aquel oficial de E. M. al General, media hora antes de amanecer, que no había obstaculo alguno para el paso del ejército por la carretera.

CAPITULO XLV

Termina la retirada de Estella.

A las seis de la mañana del 9, dispuesta toda la impedimenta y escoltado el gran convoy por el regimiento de Saboya, dos escuadrones de Lusitania y la Guardia civil, se rompió desde luego el movimiento, marchando por la izquierda el brigadier Ruiz Dana con el regimiento de Cantábria y los Carabineros, á fin de sostener aquel flanco; por lo cual salió de Urbióla con antelación á las demás fuerzas; al mismo tiempo, cuatro compañías del segundo batallón del regimiento de Castrejana ocuparon las casas próximas á la carretera y avanzaron otras dos en dirección á Estella, á una posición donde podían cubrirse de los fuegos del enemigo y contenerle hasta el momento de la retirada. Quedaron en el pueblo tres compañías del tercer regimiento de ingenieros, y se situó sobre la derecha el de la Constitución. Dos escuadrones de Villarrobledo recibieron la órden de avanzar á la llanura y de desplegar y ponerse en comunicación con el brigadier Ruiz Dana. Bajo la protección de estas fuerzas y del regimiento de Asturias, el primer batallon del de Africa y una sección de artilleria de montaña, situada en Luquín, según se ha indicado, salieron de este punto con arreglo á lo mandado, el batallón de Puerto Rico y el segundo de Ramales, los regimientos de San Quintin y Sevilla, las tres compañías del 4.° de ingenieros,

una batería de montaña y los regimientos de caballería de Sesma y Arlabán y dos escuadrones del de Húsares de Pavía. El regimiento de San Quintin, el batallón de Ramales y una batería de montaña ocuparon las alturas de la derecha del desfiladero de Cogullo. El brigadier don Joaquin Colomo con dichos dos regimientos de caballeria y los dos escuadrones, desplegó en la llanura delante del desfiladero, los demás batallones ocuparon el centro y la izquierda. Al mismo tiempo que se hacían estos movimientos había emprendido ya la marcha la impedimenta.

En el acto de haber recibido el General el parte de que la caballería había desplegado en la llanura y que Catalán ocupaba las posiciones de referencia, ordenó que las baterías de batalla marchasen al trote á situarse en las posiciones que habían tenido el día 7 cuando rompieron el fuego contra Barbarín.

Tranquilo ya el General respecto á la impedimenta y seguro de la retaguardia, colocados los primeros escalones que protegían la retirada de los pueblos de Urbiola y Luquín, por el batallón cazadores de Puerto Rico á la izquierda de la carretera y sobre la derecha por las tres compañías del 4.° de ingenieros; dispuesto en la misma forma los dos batallones del regimiento de Sevilla, y en el centro de estos primeros y segundos escalones, dos escuadrones de Húsares de Pavía mandados por el comandante don Pedro Velarde, dió la señal de retirada para las fuerzas que ocupaban los pueblos de Urbiola, Barbarín, y Luquín mandadas respectivamente por él, Primo de Rivera y Tello. El General Primo de Rivera tenía ya su fuerza formada en el pueblo, á excepción de Ciudad Rodrigo, que ocupando los altos dominantes del pueblo de Barbarín, debía por su situación proteger la retirada. Llegado el

momento de emprenderla, situó en primer término al batallón de Alcolea en una altura desde la cual protegía la retirada de Ciudad-Rodrigo, é hizo á este batallón las prevenciones convenientes para evitar que por el pronto el enemigo se apoderase del pueblo; estableció en una pequeña colina, desde la cual podía batir los altos de Barbarín, la sección de artillería protegida por el regimiento de Tetuán, y en el intermedio de esta fuerza y la de Cazadores, colocó en escalones el regimiento de Gerona. El brigadier don Juan Tello, emprendió tambien el movimiento con sus tres batallones dispuestos en escalones, protegiendo la derecha é izquierda respectivamente de las fuerzas de Barbarín y Urbiola.

Tomadas ya estas disposiciones, y en marcha las tropas liberales, comprendieron los carlistas contra lo que esperaban, que aquellos emprendían el movimiento de retirada, y trataron de hostilizarlas, rompiendo el fuego el 3.° batallón de Navarra, desde una altura que dominaba á Barbarín y á Luquín; al ser abandonados estos pueblos, se generalizó el fuego, pero permaneciendo siempre los carlistas á respetable distancia, contenidos por los últimos escalones liberales.

Ocupadas las posiciones de la llanura por las dos baterías montadas y la de montaña, y las fuerzas antes citadas, ordenó el General que se replegasen las tropas que cubrían la retaguardia, y ejecutaron estas el movimiento con gran órden y precisión, sin ser apenas molestadas, protegidos por los certeros disparos de la artillería que impedía el avauce del enemigo. Los carlistas se corrieron entonces por las alturas de la izquíerda liberal y observándolo el General Moriones, dispuso que el brigadier Ruiz Dana, con el regimiento

de Cantábria tomase posición en las que forman por aquel flanco el paso de Cogullo.

El regimiento de la Constitución, que había iniciado el movimiento de retirada de las fuerzas que después de la salida del brigadier Ruiz Dana había quedado en Urbiola, emprendió la marcha por la carretera y despues que hubo rebasado los escalones del de Sevilla, se situó en posición con una sección de montaña y el regimiento de Arlabán, quedando encargado del mando de estas fuerzas el brigadier de ingenieros don Joaquin Montenegro.

Cuando las fuerzas que habían protegido á la retaguardia se replegaron por escalones á la llanura, y estaba la impedimenta al otro lado del desfiladero, sostenida siempre por su escolta, ordenó el General Moriones á Primo de Rivera, que hiciera su movimiento por la carretera que había quedado ya libre, rebasando los escalones que formaban en la izquierda el segundo batallóu de Castrejana y el regimiento de Sevilla, apoyados por los dos escuadrones de Pavía. Dispuso tambien, que el batallon de Africa, el regimiento de Asturias, las dos compañías de tiradores del Norte y una sección de montaña, que eran las fuerzas que estaban á las órdenes del brigadier don Juan Tello, se situaran en la posición en que se hallaba el regimiento de Cantábria.

Asegurado el desfiladero de Cogullo, se retiraron las fuerzas escalonadas en el llano, y por si los carlistas intentaban molestar en su movimiento á las situadas en las alturas, que protegían la retirada del ejército por aquel difícil paso, ordenó el General Moriones que el regimiento de la Constitución se colocara en los altos que por la derecha y en dirección á los Arcos dominan la carretera y que el brigadier Colomo, con

la brigada de caballería á sus órdenes, una batería montada y la media brigada de vanguardia formada por el batallón cazadores Ciudad-Rodrigo y las cuatro compañías de Alcolea, se situara tambien sobre el mismo flanco; dispuso tambien que se ocuparan sólo por precaución, las lomas de la izquierda hasta llegar á los Arcos.

Los carlistas no hostilizaron á las tropas después de haber cruzado estas, el citado desfiladero. Es cierto que si lo hicieron antes, fué sin decisión y desde muy lejos, detenidos sin duda por la actitud de los batallones liberales, cuyas pérdidas en la retirada fueron muy pocas, y debidas unicamente al gran alcance de las armas.

A las nueve de la mañana había cesado ya el fuego y á las diez entraron las tropas en los Arcos, donde se alojó el grueso del ejército, siguiendo á Viana, Ruiz Dana, con la brigada de su mando, el regimiento de caballería de Sesma y los dos escuadrones de Villarrobledo, conduciendo el convoy de heridos que desde allí pasó á Logroño.

Las bajas sufridas por el ejército liberal, durante los días 7, 8 y 9 fueron; cinco oficiales y 37 indivíduos de tropa muertos; cuatro jejes, 38 oficiales y 366 indivíduos de tropa heridos y un jefe 17 oficiales y 108 indivíduos de tropa contusos.

CAPITULO XLVI

El General Concha empieza el ataque de Estella. Rudos y sangrientos combates.

1874.—Dueños los carlistas en las posiciones que se extienden desde Villatuerta hasta Abarzuza en la extensión de unos diez kilómetros en cuyas faldas se asientan los pueblos de Arandigoyen, Grocin, Zurucuain, Murugarren y Zábal, habían construido con antelación reductos y fuertes líneas de trincheras con objeto de oponerse á la marcha del ejército liberal. Este según el plan del General en Jefe el Excmo.Señor Capitán General D. Manuel Gutiérrez de la Concha, debía hacer un movimiento envolvente sobre Estella.

En este sentido se comunicaron las órdenes para el día 26 de Junio en que las tropas deberían hallarse formadas á las seis de la mañana; en la inteligencia de que tres cañonazos disparados desde Murillo, sería la señal para empezar el ataque en toda la línea; y se circularon al efecto á los comandantes generales las prevenciones consiguientes.

Las tropas rompieron el fuego desde las primeras horas de la mañana estableciendo al pié del monte situado á espalda de Villatuerta dos baterías que debían cañonear las posiciones enemigas.

Entretanto el General en Jefe permanecía en Murillo, esperando la llegada del convoy que debía haber salido la noche anterior de Oteiza para aquel pueblo

según lo había ordenado. Tal retraso le impacientaba en extremo, comprendiendo cuanto contrariaba sus proyectos, y le mortificaba, calculando que daba tiempo á los carlistas para oponerse á su movimiento, pero de todos modos no creía conveniente que sus soldados se batieran sin racionarse. Así pasó toda la mañana y parte de la tarde, y por fin supo el Marqués del Duero, que mal dirigido el convoy por los guías, en vez de tomar el camino carretero de Oteiza á Lorca, emprendió la marcha por la carretera de Estella, siguiendo hasta las inmediaciones de Noveleta; y aunque en vista de tal error, retrocedió á Oteiza y tomó el camino de Lorca, esta equivocación y la circunstancia de hallarse en mal estado los caminos de resultas de la gran tormenta del día anterior, produjeron mucha dilación en la llegada de dicho convoy á su destino.

Este contratiempo retardó hasta las tres de la tarde el movimiento de principiar el ataque. A esta hora, juzgando el General en Jefe que de todos modos convenía avanzar, se dirigió á Montalbán, con su cuartel general, la brigada de vanguardia, la columna del General D. Rafael Echagüe y la artillería. Una vez en Montalbán,dispuso que cuatro batallones á las órdenes del General D. Arsenio Martínez Campos se apoderaran del pueblo de Zurucuain, cañoneando previamente la artillería á este pueblo y las posiciones inmediatas. Previno también que el General D. Rafael Echagüe con dos batallones de la brigada de vanguardia, la tercera división al mando del General D. José de los Reyes y el resto de sus fuerzas con cuatro baterías Krupp y dos de montaña emprendiera el ataque de Abarzuza quedando con el cuartel general, dos batallones de infantería,el regimiento lanceros de Numancia y el resto de la artillería.

Tan pronto como el General Martínez Campos juzgó preparado el ataque de Zurucuain por la artillería, dispuso que avanzaran sus tropas, y un regimiento de infantería entró á la bayoneta con gran arrojo en dicho pueblo á las siete y media de latarde, batiéndose después desde él contra el enemigo que le hostilizaba tenazmente desde las trincheras próximas; la artillería dirigió sus fuegos contra estas defensas, hasta que llegada la noche, se suspendieron casi por completo las hostilidades. Dos batallones de la brigada Infanzon ocuparon un pequeño bosque situado al pie de las alturas de Montalbán en frente de Zurucuain.

Las fuerzas carlistas que ocupaban á Murugarren, intentaron abandonar sus trincheras, pero la presencia de tres compañías Alavesas guiadas por un ayudante de D. Torcuato Mendiry las contuvo y mantuvieron en jaque á las tropas liberales.

Cañoneado el 26 de Junio, el pueblo de Abarzuza por la artillería que batía además las alturas que lo dominan, por la parte de Ibiricu, donde el enemigo tenía construidas numerosas trincheras, dispuso el General D. Rafael Echagüe el avance de sus fuerzas; estas á pesar de la gran molestia que les causaba la copiosa lluvia que les azotaba durante aquella tarde, atacaron con tal bravura y resolución, que á las siete y media se apoderaron del pueblo, haciéndolo desalojar al enemigo, que huyó á las trincheras de que antes hemos hablado.

El Marqués del Duero marchó en dirección de Abarzuza á donde llegó en el momento que lo conquistaban las tropas liberales, y fué saludado por éstas, que continuaban batiéndose, con calurosas aclamaciones.

Los carlistas se habían batido durante este día con mucha energía, pero al parecer estaban en la creencia

de que el ejército liberal forzaría sus posiciones para avanzar sobre las alturas de Estella. Había gran pánico en esta ciudad y muchos de sus habitantes la abandonaron, pero sea como quiera las fuerzas carlistas se preparaban á hacer sus últimos esfuerzos.

Desde la torre de Abarzuza se enteró el General en Jefe del terreno, de la situación del enemigo y de las defensas que éste había hecho en la vertiente y la cumbre de los montes de Estella. A las dos de la tarde dispuso que se emprendiera el ataque á las posiciones enemigas, y dió principio la acción con un fuerte cañoneo contra toda la línea enemiga sobre la cual dirigían sus fuegos 40 piezas de artillería.

Para llegar desde el punto en que emprendió el ataque á las posiciones enemigas, había que pasar el Arroyo Iranzo, cuyo único puente se halla sobre la carretera á unos 1500 metros de la salida de Abarzuza, y después era preciso subir los ásperos escarpes de Monte Muru.

Al empezar su descenso al arroyo las fuerzas liberales, el enemigo rompió el fuego desde todas sus trincheras; sin embargo, siguieron aquellos su marcha sin detenerse, venciendo las dificultades que ofrecía el paso á la desfilada. Emprendieron también la subida sin vacilación bajo un nutridísimo fuego de frente y de flanco que el enemigo les hacía á cubierto desde sus extensas líneas de trincheras. A la media hora de haber emprendido el ataque, coronaban la primera altura las guerrillas de Barbastro, Alcolea y la Guardia civil por la izquierda y las de Ciudad Rodrigo y los Carabineros por el centro, arrojando de sus posiciones al enemigo, con una carga á la bayoneta; pero lo largo y rápido de la pendiente, la configuración del terreno, cruzado de profundas zanjas y setos, y una serie de

bancales ó escalones construídos en la vertiente, no permitían la subida uniforme y obligaban, para rebasarlos, á descomponer la formación de los batallones y á desunir las compañías y hasta las hileras teniendo que dividirse para buscar un facil acceso, por derecha é izquierda, y á veces á larga distancia, así es que reducidos á grupos aislados al salvar los obstáculos de tan áspera subida, sin enlace y sin cohexión alguna, tenían que mostrarse sumamente débiles y mucho más contando las numerosas bajas que había de ocasionarles el incesante fuego del enemigo.

Aunque las tropas liberales seguían avanzando con admirable denuedo, como en cada uno de los escalones que debían ganar se aumentaba más y más su fraccionamiento, sucedió que hubo guerrilla que al coronar la altura llegó solo con 27 hombres; el enemigo comprendiendo el objeto real del movimiento así como las consecuencias que su éxito había de producir, había acumulado en aquella zona sus mejores fuerzas; los liberales, caladas sus ropas por la lluvia que caía, cubierto de lodo, rendidos de cansancio, mal alimentados, escaso en número y sin formación compacta y de consiguiente sin solidez, hubieron de sostener, cuando ya creían suya la victoria, un combate rudísimo cuerpo á cuerpo y en extremo desigual, con varios batallones carlistas, que, saliendo del revés de la montaña. donde se mantenían á cubierto del fuego, les acometieron á la bayoneta, obligándoles á retroceder. Las trincheras enemigas, quedaron regadas con la sangre de aquellos valientes de los que no pocos perdieron la vida en ellas, mudo pero elocuente testimonio de que las habían conquistado, manteniéndose dueños de ellas siquiera por corto espacio de tiempo.

A su vez dispuso el General D. José de los Reyes,

que la 2.ª brigada de su división, unida á dos secciones de Villarrobledo á las órdenes del brigadier D. Jorge de la Molina, atacase á la derecha de las posiciones del Monte Muru, en combinación con el movimiento de la brigada de vanguardia para apoderarse del pueblo de Murugarren. A las cuatro de la tarde de este día 27, empezaron estas tropas dícho movimiento con el brigadier Molina á la cabeza, y avauzaron, á pesar del nutrido fuego del enemigo, hasta las trincheras del pueblo; pero al llegar á ellas las fuerzas que iban en cabeza, encontraron obstáculos semejantes á los que encontró la brigada de vanguardia en su avance, y como esta, se vieron atacadas á la bayoneta por varios batallones carlistas, sosteniendo, sin embargo una lucha muy reñida hasta que herido gravemente su bizarro jefe, hubieron también de retroceder á Zábal.

A la vez desde los primeros momentos de iniciarse el ataque de frente, fuerzas carlistas considerables trataron de apoderarse de las alturas de Abarzuza y del pueblo mismo, atacando á los tres batallones de Soria y Luchana y la reserva de Guadalajara, que los ocupaban. Este ataque fué muy reñido y creyendo necesario el brigadier D. Pedro Beaumont, enviar refuerzos á los cuerpos destacados, destinó al efecto todas las fuerzas á sus órdenes, á excepción de medio batallón de Asturias y otro medio de Valencia que quedaron en Abarzuza—la derecha liberal se vería flanqueada sino envuelta y que el ejército podía ser cortado.—Obró sin duda así considerando de la mayor importancia la misión que se le había encomendado, y de necesidad sostener á toda costa sus posiciones aunque para ello hubo de tener el fuego sobre los montes más próximos cinco de los seis batallones que el General en Jefe, dejó á sus órdenes.

CAPITULO XLVII

Los preludios de un desastre.—El General Concha con su E. M. se pone al frente de sus tropas.—El Marqués del Duero, muere en las guerrillas.—Esta gran desgracia influye en el ánimo de las tropas. Se suspende el fuego por ambas partes.—Retirada del Ejército liberal.—Dorregaray ordena sean fusilados 154 prisioneros.

Observando el Marqués del Duero, el movimiento de retroceso que empezó por la izquierda de la línea de ataque, dispuso que pasaran á sostener aquel flanco la fuerza de Estella que quedaba todavía disponible y uno de los batallones que protegía la artillería; con lo cual se consiguió restablecer el combate y subir á la primera altura, que no volvió á perderse hasta el momento de la retirada.

Volvieron los liberales á ganar la áspera y penosa pendiente de Monte-Muru, azotado como antes por la lluvia y el viento; pero siendo grandísima su fatiga y aumentando las fuerzas enemigas más y más á cada momento, al llegar las guerrillas á la cumbre una nueva carga de los carlistas las hizo cejar otra vez, abrumadas por el número y los obstáculos, y á replegarse hasta la carretera que conduce á Estella, perseguidas de cerca por aquellos.

No pudiendo retirarse de las alturas de Abarzuza los dos batallones que según orden del Marqués del

Duero, debían estar á la disposición del coronel Castro que debía conducirlos á donde conviniese y había permanecido en los puntos avanzados hacia Eraul (que los carlistas atacaban por tener en jaque la derecha del ejército liberal) ya que no podía ponerse al frente de dichos batallones, se esforzó en contener á los que se retiraban de Monte Muru y reunió un gran número de ellos en la carretera. La reacción ofensiva de los carlistas cesó con el expectáculo de aquellas fuerzas, que inmediatamente fueron puestas en el mejor orden posible y rompieron de nuevo el fuego, obligando al enemigo á tirarse á sus trincheras.

El General en Jefe, que desde la gran batería en que se hallaba había observado las peripecias del combate, conoció la necesidad de hacer un grande esfuerzo para restablecerlo ó terminarlo en aquel día; y en su consecuencia ordenó al General Reyes, que no volviese á atacar á Murugarren y que dejando un batallón en Zábal, se dirigiese con el resto de las fuerzas á caer sobre Monte Muru por la izquierda, mientras la brigada de vanguardia y las fuerzas de Abarzuza lo hacían por la derecha; y se dirigió él en persona á las posiciones enemigas, con uno de los batallones que custodiaban la artillería. La caballería desplegó sus fuerzas, avanzando la mayor parte para detener al enemigo y proteger la artillería.

El Marqués del Duero, comprendía que en aquel momento debía influir sobre sus tropas con su autoridad y prestigio. Al observar el estado del combate, dijo al coronel Astorga, su ayudante de campo «está visto que hay que hacer, lo que en las Muñecas» y se encaminó con su cuartel general á la carretera de Estella entre Abarzuza y el puente sobre el Iranzo. El General Don Rafael Echagüe, aunque postrado por la fiebre, quiso

impedir la marcha del General en Jefe, ofreciéndose á ejecutar por sí la empresa que éste acometió, pero no lo consintió el Marqués del Duero.

Al llegar al puente el General en Jefe, se separó de la carretera hacia la derecha y comenzó á ganar la pendiente que conduce á Monte Muru, pero ya á la mitad de ella es imposible la subida á caballo y por esto el Marqués y su cuartel general echaron pie á tierra, dejando los caballos reunidos en una ligera inflexión del terreno, algo resguardados del fuego de flanco que los carlistas les hacían desde la parte de Murugarren. No iba escolta alguna para el cuartel general y los caballos quedaron sueltos bajo la vigilancia del asistente del Marqués del Duero.

Ya á pie el cuartel general, continuó subiendo el General, y poco antes de llegar á la meseta, coronada de las trincheras que para su defensa habían abierto los carlistas, mandó detenerse á los que le acompañaban, excepto tres de sus ayudantes y un capitán de artillería, no queriendo comprometer inutilmente á los que llevaba en su derredor.

El ataque fué enérgico y rápido, y ya en lo alto el General en Jefe, ya por lo que pudo ver personalmente, ya preguntando á sus ayudantes, inspeccionó la posición y las figuras de las trincheras, (hacían un fuego muy vivo). El de las guerrillas liberales que se extendía á derecha é izquierda era muy escaso é ineficaz completamente, así por el corto número de los soldados que lo componían como por el poco relieve y la dirección desde allí inflanqueable de los parapetos carlistas.

El Marqués del Duero y sus ayudantes no descubrían los refuerzos que esperaba del General Reyes, únicos con que hubiera podido intentarse un nuevo ata-

que con buen éxito; por que las compañías que conducía el coronel Castro no bastaba para ejecutarlo; eran además las siete y media, y en caso de aguardar á que por nuevas órdenes llegasen fuerzas suficientes, sobrevendría la noche, haciendo imposible toda operación en aquel terreno. No cabía, pues, otra resolución que la de diferir el ataque hasta el día siguiente, en que llegado el convoy y reforzada la derecha del ejército con alguna de las divisiones de la izquierda, se podrían conquistar las trincheras que el Marqués del Duero veía á poca distancia, y con cuya posición no sólo se situaba sobre Estella, sino que amenazaba muy de cerca la línea de retirada de los carlistas. Penetrado de esta idea, pero con el sentimiento, que en él debía ser profundísimo, de retroceder, comenzó á bajar hacia el grupo que formaba el cuartel general.

Entretanto el coronel Castro que dirigía la reserva, apoyaba la marcha del General por la izquierda de éste, y ganaba la altura por una inflexión de la montaña, donde no sufría los efectos de la fusilería enemiga, hasta ponerse ya muy cerca de las trincheras que iba á atacar; ya asomaba á la cumbre, y se disponían las parejas de guerrilla que iban á la cabeza á romper el fuego, cuando después de nutridas y mortíferas descargas de los que defendían las trincheras, salió de éstas una gruesa masa de infantería carlista y se lanzó sobre los liberales haciéndolos retroceder. En tan crítica situación, el capitán de Estado Mayor, Galbis tratando de contener el desorden, increpó duramente á los soldados, los detuvo, y dándoles ejemplo de valor avanzó á caballo al frente de unos cuantos hácia las posiciones enemigas; los carlistas le hicieron fuego á quemarropa, temiendo que por su gran serenidad y aplomo se renovara la lucha, y dispararon exclusiva-

mente contra él matándole el caballo. En este momento, una nuevacarga del enemigo puso en retirada á aquel puñado de valientes, que no fueron perseguidos sino en un corto trecho, pues satisfecho aquel del resultado, no quiso continuar su arranque ofensivo y volvió á sus parapetos y trincheras.

El General en Jefe, mandando á los de su cuartel general que montasen, mientras se separaban éstos para hacerlo en el pliegue del terreno en que permanecían los caballos algo resguardado del fuego enemigo, continuaba su descenso hácia la carretera. El coronel Astorga fué herido y á pesar de la resistencia que opuso, recibió la orden terminante de marchar á curarse. El corneta de órdenes Manuel Fernández del batallón cazadores de la Habana cayó también herido.

Por lo dicho y por haberse separado los que componían el cuartel general para recoger los caballos, quedó el General,acompañado tan solo de su asistente Ricardo Tordesilla quien dijo estas palabras, últimas pronunciadas por aquel insigne General «Ricardo el caballo».

Aproximando el asistente el caballo, situado de través con la pendiente para que lo pudiera montar mejor el General y al cruzar éste la pierna derecha para descansar en el estribo, una bala de fusil, procedente sin duda de las trincheras de Murugarren que se descubrían sobre el flanco izquierdo le atravesó el pecho, haciéndole caer sobre la espalda derecha del caballo y luego en tierra, sin que bastaran apenas para mortiguar el golpe las fuerzas de su asistente que quiso recogerle en los brazos. A las voces de socorro del asistente acudió el capitán Grau ayudante del General,que descendía con las guerrillas más avanzadas, y se resolvieron ambos muy pronto á llevar á éste dos ó tres

bancales más abajo; allí se le libraba de que nuevamente fuese herido. Con grandes esfuerzos lograron llevarle después á un pequeño rellano á donde llegó momentos más tarde el teniente de húsares, Montero, ayudante del brigadier Manrique.

No bastaban las fuerzas del ayudante y de Ricardo para levantar al General, hasta la silla donde le recibiría Montero y acudieron, primero el cornetín de órdenes que herido se arrastraba penosamente en pos de ellos, y después un sargento y otro soldado, con cuyo auxilio y la mayor solicitud se le elevó á los brazos del afortunado oficial de húsares que pudo envanecerse de haberlo conducido sujeto y abrazado á Abarzuza. Asi y cogido del brazo y pierna derecha por Ricardo y en el otro lado por el ayudante, descendió aquel triste cortejo al puente en que aún se mantenía los escuadrones de Talavera y Numancia que habían avanzado con el General, al emprender el ataque. Ya se encontraba allí un oficial de Sanidad Militar, á quien dió el ayudante noticia de la herida del General, que al desabotonarle la levita en lo alto del monte, había descubierto y observado, y aunque apareció inmediatamente una camilla de las que acudían á recoger heridos, el cortejo siguió á caballo con el deseo de que llegando así más pronto á Abarzuza, pudieran quizás llegar á tiempo los auxilios que hubiesen de prestarse al General. Cuando el cuerpo del Marqués del Duero fué reconocido en la estancia misma en donde había pasado la noche anterior, sólo se creyeron necesarios los últimos auxilios espirituales que inmediatamente le fueron prestados por dos sacerdotes allí presentes que acudieron al momento.

Aquella inexperada desgracia influyó mucho, como era natural en el ánimo del ejército, haciendo su situa-

ción altamente crítica. Por la circunstancia de que anochecía se suspendió el fuego por ambas partes. La artillería liberal se retiró á Abarzuza sin ser hostilizada, quedando en posición los batallones que defendían las alturas de las avenidas de Eraul é Ibiricu, donde continuaron también por la noche. A pesar del desastre sufrido por el ejército liberal, no fué este perseguido; la caballería y las bayonetas mantuvieron en respeto á los carlistas, que aunque se juzgaron seguros en sus posiciones, no se atrevieron á avanzar resueltamente.

Los soldados, Carabineros y Guardias civiles demostraron mucho arrojo y bravura no decayendo un solo instante su ánimo á pesar de las desventajosas condiciones en que se batieron.

Las bajas sufridas por el ejército liberal ascendieron á 1.542 entre muertos, heridos y extraviados.

Un acto cruel y sangriento llevaron á cabo los carlistas en Abarzuza, fusilando 154 soldados liberales que habían tenido la desgracia de caer prisioneros cometiendo tal ferocidad por orden del titulado general don Antonio Dorregaray y que en lo sucesivo sufrirían la misma suerte cuantos infelices cayeran en su poder.

A pesar de tan inhumano proceder el nuevo General en Jefe creyó conveniente no imitar á Dorregaray; que de haber seguido el mismo camino que este emprendió, la guerra hubiera tomado un caracter feroz con escándalo de todos los pueblos cultos.

CAPITULO XLVIII

Los carlistas atacan la villa de Lumbier.—Una sección de tiradores, carabineros y guardias civiles, rompen la línea enemiga para reforzar la guarnición de la ermita de la Trinidad.—Destruida la ermita á coñonazos, el destacamento abandona las ruinas abriéndose paso á la bayoneta por entre cnatro compañías enemigas. - Cesan las hostilidades por la llegada de la división del general Reina.—Reñidos combates de estas tropas para tomar la ermita de la Trinidad.

1875.—Hacía tiempo que los cariistas deseaban apoderarse de la ermita de la Trinidad de Lumbier, convertida en fuerte, pues dueños de ella, lo serían de toda la sierra de Leyre y dominarían el pueblo de Lumbier.

Tiene mucha importancia estratégica la villa de Lumbier; situada á la orilla izquierda del Iratí y á la derecha del Salazar, cerca de su confluencia con el Aragón, es centro de comunicación con los valles de aquellos rios, que abriéndose paso á través de los pirineos constituyen otros tantos pasos difíciles de que era dueño el enemigo, gracias á la impunidad que le proporcionaban la topogrrfía y la decidida protección del país.

Una de las agrupaciones de montes que se derivan de la cordillera, es la llamada Sierra de Leyre, que

termina aparentemente hacia el Norte en el valle de Romanzado y los pueblos de Iso, Bigüezal y Castillo Nuevo.

Está limitada dicha sierra al Sur por el curso del Aragón, en cuyas orillas se hallan los pueblos de Liédena, Yesa y Tiermas; al Este, por los límites de la provincia de Zaragoza y el curso del rio Esca, desde sn confluencia con el Aragón hasta Salvatierra, y al Oeste con la villa de Lumbier y la ermita de la Trinidad, establecida cerca de la cumbre del estribo donde la sierra cambiando bruscamente de dirección, se prolonga casi en ángulo recto sobre la orilla izquierda del Aragón.

Para conseguir sus propósitos Pérula marchó el 18 de Octubre desde Estella á Sorauren, por la carretera del Baztán con algunos batallones, siete piezas de artillería y un escuadrón. Hizo adelantar inmediatamente el 4.° batallón Navarro y tres cañones Plasencia á Aoiz, y ordenó que al amanecer del siguiente día atacasen al fuerte, los batallones 9.° y 10.° de Navarra, dos cañones de montaña y el segundo escuadrón de Navarra, fuerzas que ordinariamente cubrian las carreteras de Burguete y Navascués, con el batallón Navarro y los cañones Plasencia citados. Como reserva de dicha fuerza, se situó en Aoiz el primer batallón de Navarra con dos piezas de montaña y un escuadrón al mando del conde de Caserta, que llevaba á sus órdenes al Duque de Parma.

A las seis de la mañana del 19, rompieron los carlistas el fuego de fusilería, y poco después el de artillería. Empezó ésta á batir á la villa de Lumbier á la distancia de 1400 metros, y su fuego, así como el dirigido sobre la ermita, continuó sin interrupción hasta las doce del día. Las tropas situadas en Aoiz con el

conde de Caserta, avanzaron y empezaron también sus hostilidades sobre la plaza. A las tres de la tarde aproximaron los carlistas dos cañones á 750 metros de la ermita, y con ellos y los situados en el llano, prosiguieron las hostilidades hasta la noche, sin cesar tampoco durante ésta el fuego de fusilería. A las diez de la mañana de 20, comprendiendo el teniente coronel Matorell jefe del batallón de Jaén situado en Lumbier, que se hallaba comprometida la guarnición de la ermita, la reforzó con una sección de tiradores, una de carabineros y otra de la Guardia civil, las que lograron abrirse paso, rompiendo la línea enemiga aunque sin llevar las subsistencias que aquella necesitaba, pues llegaron más tarde á Lumbier. Aunque había á prevención en laermita tres carneros vivos, cuatro libras de sal y agua suficiente y además, relevándose su guarnición diariamente, la entrante llevaba nuevas subsistencias, el jefe juzgó fundadamente que con el nuevo refuerzo se consumirían en breve los comestibles, y por esto dispuso que pasaran á dicho punto un convoy de 500 raciones. escoltado por 30 hombres; esta fuerza no pudo romper la linea carlista y se retiró á la plaza, y lo mismo sucedió con otro convoy que intentó subir al amanecer del 20. Este día, el enemigo, aproximó más sus piezas á la ermita y la redujo casi á escombros, logrando, desplomar el techo y derribar un tambor. A la una de la tarde Matorell trató de favorecer á los sitiados y dispuso que pasaran al fuerte 40 hombres con olgunas raciones en los morrales; pero aquellos, que durante treinta y dos horas sostenian un desigual combate, siendo cañoneados á la dlstancia de 40 metros, con varios heridos y contusos graves, sin poderlos curar, y en un edificio casi destruido tuvieron que abandonarlo, emprendiendo la re

tirada á la plaza. Difícil parecía este movimiento, hallándose los carlistas, con fuerzas muy superiores, á doce pasos de la puerta; pero lanzándose los defensores á lo boyoneta contra cuatro compañías enemigas, consiguieron abrirse paso protegidos por los 40 soldados que iban en su socorro.

Las bajas sufridas en la defensa de la ermita fueron 16 muertos, 26 heridos y 28 contusos.

Dueño el enemigo de tan importante posición estableció sus piezas en ella y rompió las hostilidades contra Lumbier, secundado por la batería que tenía en el llano por le parte de Aoiz. Duró el fuego hasta las seis y media de la tarde, causando bastantes daños en la población y algunas bajas en la guarnición y al vecindario.

A las siete y media de la mañana del día 21 y sin haber cesado por la noche el fuego de fusilería, empezó de nuevo el de la artillería, dirigido alternativamente á la plaza y á la cabeza del puente. Se suspendio á las dos de la tarde en el momento, en que llegaban á la vista de la plaza las fuerzas del General Reina y se retiraban las de ataque á Tábar y Domeño, conduciendo á este punto las dos piezas que tenian en la carretera; las del fuerte continuaban sus fuegos. A las cuatro y media habiendo llegado á Lumbier las primeras guerrillas de las fuerzas del General D. José de Reina, cesaron las hostilidades.

Este General había tenido el 20, en las primeras horas de la mañana, noticias fidedignas de que fuerzas enemigas de consideración, al mando de Pérula y Calderón, se habían trasladado por medio de marchas rápidas á las inmediaciones de la villa de Lumbier, y que ésta, asediada por aquéllas, se hallaba comprometida, si no se le prestaba pronto y eficaz socorro y

ordenó en su vista, que salieran de Tafalla las tropas disponibles; previno á las que ocupaban el inmediato pueblo de Barasoain que pasaran directamente desde este cantón á unírsele en las inmediaciones de Lérga y al General Espina que con la 1.ª brigada de la 1.ª división se dirigiese desde sus cantones, de Puente de la Reina y pueblos adyacentes á Noain, donde pernoctarían, continuando al siguiente día su marcha por carretera, de Monreal á las ventas de Izco, en cuyas cercanías se verificaría la concentración de las citadas fuerzas.

Las tropas procedentes de Barasoin se reunieron con gran precisión en los alrededores de Lérga y pernoctaron todas el 20 en este punto y Eslába, situándose el cuartel general en este último pueblo, como más avanzado en dirección del enemigo.

En dicho pueblo supo el General D. José de Reina que la ermita había caido en poder de los carlistas.

El 21 concentradas las referidas fuerzas, continuaron la marcha descansando breve tiempo al llegar á Aibar. Después de facilitar los Ingenieros el paso de los afluentes del Aragón, por hallarse inutilizado el puente llamado del Bomego, se dirigieron aquellas á las ventas del Portillo, situadas en el empalme de las carreteras que se dirigen respectivamente desde Aibar á Lumbier y desde esta villa á Pamplona, pasando por Monreal. Desde dichas ventas, punto verdaderamente estratégico, por cerrar el paso á los dos desfiladeros que origina el trazado de aquellas importantes comunicaciones, pudieron observar á la citada villa y oir el estruendo de los cañones enemigos colocados en la ermita y en un cerro inmediato al de San Vicente, desde donde hacían fuego á Lumbier y á la carretera que da acceso á este pueblo.

Para anunciar el General Reina su llegada, dispuso que avanzara una batería de montaña y otra Krupp, que hicieron algunos dlsparos sobre el pueblo de Tábar, en dirección de San Vicente y el cerro del Santuario. Poco después incorporado el General de la 3.ª división D. Joaquín Rodríguez Espina, continuó la marcha á Lumbier y llegó á este punto á las cinco de la tarde con algunas bajas.

Por la noche se incorporó al General Reina la 2.ª brigada de la división de la Rivera procedente de Sangüesa y adoptó aquel las disposiciones convenientes para atacar al día siguiente la ermita y las posiciones adyacentes.

Las fuerzas carlistas estaban situadas al frente de Lumbier en difíciles posiciones,compuestas de 8 batallones y 2 escuadrones que quedaron bajo el inmediato mando de Parula; éste al saber que las tropas liberales habían salido de Lumbier, avanzó al camino que de Domeño conduce á Aborniés, cuando ya las guerrillas liberales se encontraban á 1500 metros de los carlistas.

El objeto del General era rescatar la ermita, verdadera ciudadela de Lumbier, para restablecer su posición é interceptar las líneas de retirada del enemigo sobre el valle de Salazar y la ciudad de Aoiz. Para conseguirlo tomaron posiciones las fuerzas liberales y el ataque sobre la ermita no debía empezar hasta que las columnas del centro y la izquierda, hubieran adelantado en sus movimientos respectivos lo suficiente para que el combate fuera simultáneo y decisivo.

A las once de la mañana del 22 se sostenía un vivo fuego de artilleria y fusilería en el centro y la izquierda de la línea liberal; las baterías que habían de hos-

tilizar de flanco el cerro de la ermita de la Trinidad rompieron el fuego sobre esta posición, para proteger el movimiento de avance de la infantería. Entonces dos compañías de Jaén cubiertas con un viñedo existente en la base de la montaña, iniciaron un nutrido fuego sobre los carlistas que ocultos tras las trincheras que coronaba la altura, contestaron vigorosamente á tan rudo ataque. Las tropas liberales avanzaron lentamente al abrigo de los fuegos de las baterías y los escarpes del cerro.

El fuego enemigo arreciaba á medida que las distancias se estrechaban, y al cabo de más de una hora de penosa ascensión, las compañías de Jaén se detuvieron, limitándose á contestar debilmente á la línea carlista. En momento tan crítico dos compañías de tiradores al mando de su comandante reforzaron la izquierda de la línea de ataque y el resto del batallón de Jaén avanzó por las sinuosidades del cerro á sostener á sus compañeros; los tiradores escalaron rápidamente la formidable posición y las primeras compañías de Jaén se rehicieron con este apoyo, aunque marchando de cortadura en cartadura y de peña en peña. Hubo un instante en que los comandantes Mendoza y San José, seguidos de los más valientes llegaron á confundirse con los defensores de la ermita; al fuego sucedió la bayoneta y empezó á notarse alguna confusión en las fuerzas enemigas; pero reforzadas éstas con tropas de refresco establecidas detrás de la altura, lograron arrojar de sus posiciones á los liberales que rendidos por la fatiga, y abrumados por el número, se replegaron con pérdidas considerables, si bien procurando rehacerse para continuar el combate.

Mientras ocurría este sangriento episodio en las cercanías de la ermita el brigadier D. Agustín Araoz

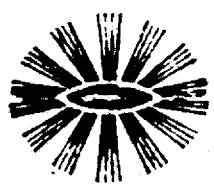
jefe de la 2.ª brigada que había sufrido durante algunas horas un contínuo fuego de flanco de la artillería enemiga establecida en la prolongación de la Sierra de Leyre, logró apoderarse de las primeras casas de Domeño y de este pueblo, á las cuatro y media de la tarde.

Lar fuerzas del Mariscal de Campo D. Fernando Cuadros que habían iniciado su movimiento por la carretera de Aoiz, empezaron á sentir poco después de la salida de Lumbier los efectos de la artillería; reconocieron á su paso varias trincheras abandonadas por los carlistas, y se situaron al propio tiempo en las posiciones dominantes del pueblo de Rípodas, avanzando con objeto de ocupar este punto la segunda brigada de la 2.ª division con la vanguardia, dos secciones de montaña y la impedimenta, convenientemente escoltada. Quedaba en libertad de acción la brigada González de la división del General Rodríguez Espina, que escalonada en las inmediaciones de San Vicente, observaba los movimientos de las fuerzas liberales y del enemigo.

El refuerzo de estas tropas cambió por de pronto la faz del combate, y se rehicieron todas las fuerzas empeñadas en él, reanimadas con el ejemplo del General Espina, que se dirigió también hacia el disputado cerro; volvieron a subir y coronaron la última, pero el enemigo se arrojó sobre ellas y fatigadas por tan penosa ascensión, retrocedieron otra vez aunque ordenadamente. En tan angustiosa situación, una copiosa lluvia dificultó aún más el acceso al cerro, y la llegada de la noche, obligó al comandante en jefe á suspender el movimiento y ordenar la retirada de sus fuerzas. Sostúvose ésta por las compañías de ingenieros, el 2.º batallón de Isabel 2.ª, las fuerzas de Zamora, que des-

de Lumbier hostilizaban al enemigo y las baterías Krupp, cuyos certeros disparos permitieron retirar los heridos á Lumbier. Replegadas todas las tropas liberales entraron en este punto.

Las pérdidas esperimentadas por los liberales en este combate, fueron 29 muertos 284 heridos, 78 contusos y seis extraviados,



CAPITULO XLIX

Prosigue la reñida acción para arrojar á los carlistas de la formidable ermita. Plan estraté.—gico para tomar el disputado santuario, coronado por el éxito,—Los carlistas huyen dejando en poder de los liberales muchas municiones de boca.

1875.—Colocado el enemigo en la formidable posición de la ermita y parapetado en aquella quebrada roca, se hallaba en posición sumamente ventajosa; era preciso, para establecer el equilibrio desorientarlo por un movimiento inexperado que lo sorprendiera sin darle tiempo para apercibirse á la defensa.

Al efecto, preparadas sigilosamente las fuerzas en la noche del 25, al rayar el día 26 de Octubre, se vió el enemigo acometido simultaneamente por Salvatierra, Yesa y Lumbier.

Trescientos hombres, saliendo por Berdún á las diez de la noche del 25, debian sorprender en Salvatierra al destacamento carlista que vigilaba la línea de Ezca, y amagando el ataque por aquel frente llamar hacia dicho punto la atención del enemigo. Entretanto, la mitad de las fuerzas restantes, vadeando de noche el río Aragón, por Sangüesa atacarían al amanecer el flanco de la sierra; esta operación era dificil y peligrosa, pues llevaba en sí el inconveniente de que las fuerzas de ataque, al escalar las inaccesibles alturas

dejaban á sus pies un río caudaloso, circunstancia que, si bien impulsaba al soldado á perseguir con más anhelo la victoria, constituía una terrible amenaza para el caso de ser arrollado.

La otra mitad de la columna á las órdenes del General D. Juan Delatre, atacaría el frente al rayar el dia, la peña de la Trinidad. Esta posición, último estribo de la sierra, inmenso contrafuerte de pelada roca, colocado por la naturaleza para sostener y equilibrar aquellas elevadas cimas, constituye por sí sola una fuerte ciudadela, sin más que dos accesos relativamente posibles.

Su forma general en la meseta es un rectángulo, del que uno de sus lados menores mira hacia Lumbier, sustituyendo á la línea recta un pronunciado entrante que modifica la configuración, aproximándola á un gigantesco bonete de largas alas, formado por altos é inaccesibles escarpados que presenta hacia Sangüesa su gola, cerrada por otro escarpado, al que se sube por una senda de cabras. Un saliente del bonete está ocupado por la ermita, á cuyas inmediaciones se extendían multiplicadas trincheras, elevando el poder defensivo de esta cara á una fuerza incalculable. La otra cara del entrante cruzaba sus fuegos sobre su subida y de ella se hizo depender el éxito del ataque, tratando de forzar á toda costa sus más accesibles posiciones para coger de flanco las formidables obras de defensa que el enemigo había preparado en los alrededores de la ermita.

Al llegar á las cinco de la mañana á la vista de Salvatierra, la columna que salió de Berdún destacó una sección de caballería, que á la carrera tomó un pequeño fuerte. El destacamento de 40 hombres que lo custodiaba, con la consigna de volarlo á la aproximación

de las tropas liberales, no tuvo tiempo de destruirlo y huyó al verse sorprendido, pasando el río por un vado y perdiendo dos hombres en la retirada. Después tomó posición en las trincheras que con antelación tenía preparadas al otro lado del puente, y á las que á los pocos momentos fueron llegando refuerzos de consideración

Las fuerzas que atacaban se desplegaron amagando subir á la sierra y haciendo un fuego nutrido para hacer creer al enemigo que una fuerte columna amenazaba su línea de retaguardia, pero sin pasar de Salvatierra, según las instrucciones que habían recibido.

El teniente coronel D. Claudio Sálto. jefe accidental de la 2 ª media brigada, emprendió su marcha desde Lumbier con dirección á Sangüesa y Yesa, á las diez de la mañana del 25, comprendiendo la columna mil hombres.

Al llegar á Sangüesa, el comandante militar de esta plaza, ofreció sus servicios para acompañarlo y guiarlo en su marcha por conocer perfectamente el terreno. Puesta en movimiento dicha media brigada, á las tres de la madrugada vadeaba el río Aragón por el punto denominado «Las Arenas». Al amanecer llegó al pie de las posiciones enemigas é inmediatamente su jefe adoptó las disposiciones convenientes al caso; cuatro compañías del batallón reserva número 31 debían marchar á vanguardia, encargadas de flanquear las posiciones por la izquierda, mientras, el resto del mismo batallón avanzase también por este lado; seguirían por el centro las demás fuerzas.

A las seis y media de la mañana la guerrilla de la izquierda rompió el fuego contra el enemigo. Advertido éste del movimiento, se había parapetado en el primer escalón de la sierra, decidido á sostener sus posi-

ciones; esto no obstante, siguiendo la guerrilla el camino más corto y escabroso, ocupó dicho escalón, con un impetuoso ataque á la bayoneta, causando á los carlistas un muerto y diez prisioneros; y perseguido después, fueron cediendo poco á poco el terreno, sin dejar de hacer un fuego nutrido y contínuo.

Entretanto la primera media brigada, compuesta de los Carabineros y Guardias civiles de la comandancia de Huesca, el batallón reserva número 28 y un escuadrón del regímiento de España, emprendió el ataque al amanecer del 26, dividida en tres pequeñas columnas protegidas por dos secciones de artillería de montaña y dos piezas Krupp. como reserva general, para acudir á donde fuera necesario; quedaron tres compañías del batallón provincial de Jaén, la compañía de iugenieros que guarnecía á Lumbier, la contraguerrilla del Roncal y el otro escuadrón de España, A vanguardia de las tres columnas mencionadas marchaban algunas guerrillas de Carabineros y Guardias civiles y dos companías del provincial de Jaén.

Dada la orden de avanzar, la columna de la izquierda encargada de iniciar el movimiento, se lanzó con el mayor arrojo á ganar á la carrera el puente del río Salazar, que enlaza el camino de Lumbier con el primer estribo de la sierra. Desconcertadas con tan brusca acometida las fuerzas enemigas que se hallaban apostadas á corta distancia de Lumbier, buscaron su salvación, dirigiéndose por la falda de la sierra hacia Domeño, quedando ya separadas de su núcleo principal de resistencia.

Iniciado el movimiento por la izquierda dos de las columnas atravesó con resolución el puente del río Salazar y despreciando el fuego enemigo, avanzó

por el centro, en tanto que la tercera, con igual infrepidez flanqueaba por su derecha la posición,

Las diferentes sendas seguidas por las tres columnas y que arrancando de la base del monte conducen á la cumbre de la peña de la Trinidad, vienen á confluir casi al segundo tercio de la altura, en un punto en que el escarpado de la roca dejaba un espacio muerto desenfilado de las trincheras, desde las que los carlistas seguían haciendó un vivo fuego; pero era ya ineficaz, porque habiendo ganado aquel punto la columna de ataque, se rehizo en él, á cubierto de las balas enemigas. Un último é irresistible empuge hizo vacilar y ceder á los defensores de la ermita, y trepando las tropas liberales por entre las quebraduras, tomaron á la bayoneta dicha posición y las trincheras próximas á ella. Sus defensores se dirigieron hacia Yesa, desde cuyas alturas, otras fuerzas enemigas oponían una seria resistencia á la segunda media brigada, que ganaba terreno dirigiéndose á la cumbre. Por fin empujados á un tiempo los carlistas por dichas tropas combinadas, huyeron precipitadamente hasta Bigüezal á buscar sus guaridas de la sierra de Navascués, y fueron arrojados de sus últimas posiciones y su campamento por fuerzas del provincial de Toledo, la Guardia civil, el batallón reserva número 19 y los Carabineros. Abandonaron en sus barracas 700 arrobas de vino, 100 de aguardiente, mucha carne, 200 raciones de pan, tres cajas de municiones, armas y otros efectos.

Conquistada la posición, los liberales permanecieron en ella para proteger los trabajos de fortificación, que se llevaron á cabo con la mayor actividad por si el enemigo intentaba recuperarla.

CAPITULO L

Acción de Peña Plata.—Los facciosos huyen á Francia.

1876.—La carretera de Elizóndo á Vera,es una cañada profunda, llena de tornos con el Bidasoa á la izquierda, (los puentes de este rio estaban cortados) en el que desagua multitud de arroyos que dificultaban muchísimo los flanqueos; esta consideración, unida á la mas importante de que,marchando por la carretera, aún tomando á Vera no había comunicación con Urdax, pues separan estos dos puntos la casi inexpugnables posiciones de las Palomeras y Peña Plata que obligarían á retroceder desde Vera á Urdax, decidió al General don Arsenio Martinez Campos á seguir el camino indicado por más que tuviese que marchar á la desfilada, con el gran inconveniente de llevar su flanco derecho apoyado en la frontera y aun marchar por esta todo el ejército durante media jornada,teniendo que tomar posiciones reputadas por inexpugnables, y expuesto en caso de un fuerte ataque por el flanco izquierdo, por la posible llegada de Pérula á que algún cuerpo se viese obligado á internarse en Francia.

El brigadier Villamil que iba en la vanguardia de Martinez Campos, formada por el regimiento del Principe encontró al enemigo posesionado de las alturas de Altsu y se dirigió por la izquierda á envolver su flanco derecho. Los Carabineros y el batallón cazado-

res de Llerena con el coronel Astorga á la cabeza y tres compañías del Príncipe atacaron de frente. Las posiciones eran fuertes y la resistencia tenáz; se prolongaba demasiado el combate y era necesario ayudar al General Blanco; por esta razón el batallón cazadores de Cataluña con el coronel Fuentes, embistió á los carlistas por una cañada céntral. Estos no pudieron resistir tan rudo golpe y se retiraron á otra posición, distante media legua, llamada Borda de Garcirinea. Despues de un breve descanso avanzaron los batallones de Cataluña, Llerena y los Carabineros, de frente y por el flanco izquierdo contra esta segunda posición que fue envuelta por la derecha por los Guardias civiles y el batallón cazadores de Tarifa, mandados por el coronel Ponzoa. Tarifa y los Guardias civiles subieron la pendiente sin vacilar despreciando los fuegos de la artillería enemiga.

La línea de verdadera resistencia del enemigo estaba á su retaguardia en el alto del Monte Centinela, inmenso y altísimo estribo perpendicular á la línea de marcha de las tropas, coronados por trincheras de piedras naturales. Esta posición situada á medio tiro de cañón del fuerte de Peña Plata tenía suma importancia para los carlistas.

El regimiento del Principe marchó á envolverlo por el flanco izquierdo, mientras Llerena y los Carabineros sostenían el fuego de frente y Cataluña lo envolvía por la derecha; detrás quedaron escalonados el regimiento de América y los batallones de Cuba y Manila, para proteger el flanco izquierdo y la retaguardia, por que la duración del combate hacía temer que pudieran llegar las fuerzas que había en Velati y las que mandaba Pérula, que según confidencia, eran esperadas. Las tropas liberales no podían seguir otro

camino que la profunda cañada que hay entre el Monte Centinela y Peña Plata. Eran notables sus esfuerzos pero el regimlento del Principe no podía continuar su movimiento envolvente, por que era cogido de revés y el batallón de Cataluña había sido rechazado tres veces. Subía por cuarta vez, cuando su teniente coronel Gascó recibió la orden de suspender el ataque, si las bajas que sufría el batallón eran de mucha consideración teniendo también en cuenta que no había almorzado ni comido y estaba fatigado. Precisamente en aquellos momentos,dicho jefe desplegando la bandera, iniciaba con el mayor entusiasmo un nuevo ataque, y continuando apesar de todo, su movimiento logró conquistar la posición enemiga, auxiliándole al efecto el batallón de Llerena los Carabineros y la artillería.

El General Blanco con la segunda división, la caballería,la Guardia civil é ingenieros afectos á la misma, emprendió la marcha á las cuatro de la mañana por el camino de las Palomeres de Echalar llevando en vanguardia la brigada Bargés. En la noche anterior había dado instrucciones al coronel Ponzoa que se hallaba en Zugarramurdi. El batallon cazadores de Tarifa, los Guardias civiles y dos compañías de forales, sorprendieron de madrugada las avanzadas carlistas, apoderándose del monte Mendivil, importante posición que había de proteger la marcha de las tropas. Esta operación fué ejecutada con gran acierto por dicho jefe, que al rayar el día era dueño de la posición. Seguidamente fueron llegando las fuerzas de la brigada de vanguardia y se reforzó con el batallón cazadores de Reus á las situadas en dicho monte. Ambas fuerzas sostuvieron un nutrido fuego contra el enemigo, que parapetado en los escarpados riscos de Peña Plata y del elevado cerro que se halla á su frente, hostilizaba

tenazmente á la división, tratando de impedir su marcha.

En esta situación llegó el General Blanco, al lugar del combate á la cabeza de la tercera brigada, y comprendiendo que desde la fortaleza de las posiciones enemigas; era sumamente largo y difícil hacerlas abandonar empleando sólo el fuego de la fusilería, mandó colocar en batería las piezas de montaña de la división Después de un vivo cañoneo, viendo que para la marcha era preciso asegurar el flanco derecho (el izquierdo se apoyaba en Mendívil) dió órden de atacar la posición enemiga. El coronel Aznar jefe de media brigada, subió con el batallón cazadores de Barcelona por la cañada de la derecha de las posiciones, dirigiendose á la izquierda para atacar de frente á los carlistas, que permanecian firmes en ellas protegidos por los fuegos de Peña Plata. Efectuado el ataque con gran rapidez y arrojo, el enemigo se retiró precipitadamente á las rocas de Peña Plata, no sin ser hostilizado en su huida desde los escarpados conquistados y desde otros situados más á la derecha, por una compañía de forales y la contraguerrilla de Barcelona que habían protegido el movimiento del batallón. Siguiendo á este, subieron tambien á la posición las demas fuerzas, siendo relevadas por Arapiles, las situadas en el monte Mendivil

Como el objeto del General Blanco era apoderarse de Peña Plata y el Collado de las Tres Mugas, punto de unión con el Monte Centinela, á fin de asegurar la marcha á las Palomeras de Echalar y Vera, dispuso que el coronel Ponzoa con el batallón cazadores de Tarifa y cuatro compañías de Reus descendieran al valle situado en la izquierda liberal, para envolver a posición que el enemigo ocupaba, indispensable pa-

ra atacar el referido monte y ponerse en comunicación con la primera división.

Enterados los carlistas del movimiento, reforzaron precipitadamente su posición, enlazándola con Peña Plata por medio de tiradores. Observado esto por el General Blanco ordenó que el segundo batallón de Bailén atacara de frente y que el brigadier don Enrique Bargés con las cuatro compañías restantes de Reus y una de la Guardia civil se apoderara de los descensos de Peña Plata que se enlazan con dicha posición, para obligar así á los carlistas á abandonarla, temiendo ser cortados. Como estas fuerzas eran insuficientes, dadas las enemigas que tenían que combatir, cuatro compañías del primer batallón de la Lealtad y una de carabineros al mando del teniente coronel don Pedro Alvarez,marcharon á reforzarlas y se consiguió con su auxilio la posesión de esta segunda línea.

Para ampliar el ataque y generalizarlo en todas las posiciones ocupadas por el enemigo, el brigadier Acellana con el primer batallón de Toledo se incorporó á las antedichas fuerzas. Este brigadier dispuso que el regimiento de Bailén y cuatro compañías de la Lealtad avanzaran sobre la tercera línea y que cuatro de Toledo se apoderaran de unas casas situadas sobre el camino de las Tres Mugas, debajo de Peña Plata, en donde el enemigo, con fuegos de fianco y casi de retaguardia se oponía al avance. Con el mismo fin y por la obstinación con que resistían los carlistas, favorecidos por las rocas y el arbolado, el coronel Ponzóa, que había avanzado por la izquierda con el batallón de Tarifa y cuatro compañías de Reus y la Guardia civil subió á una altura que batía de flanco la ocupada por aquellos. Con este eficaz apoyo, el ataque de Bailén y de la Lealtad dió por resultado el abandono de esta

fuerte é importante posición que protege la defensa del alto del Centinela las Mugas y Peña Plata.

Conseguido esto quedaba por conquistar la importante posición del Centinela, cuya posesión era necesaria para atacar la aún más importante de Peña Plata, era preciso arrojar antes al enemigo de las trincheras y los reductos que las enlazaban por el Collado de las Tres Mugas. Encargado el General Negrón de esta misión, la llevó cumplidamente secundado por el batallón cazadores de Barcelona y dos compañías de la Lealtad al mando del coronel Aznar. Las fuerzas de dicho General se corrieron seguidamente por la izquierda hacia el alto del Centinela en el momento que era coronado por el batallón de Cataluña de la primera división, después del brillante combate referido.

La noche cerraba y el enemigo permanecía dueños de las empinadas é inaccesibles rocas de Peña Plata, abordables sólo por la parte de Francia. Había que apelar á la escalada y apoderarse por sorpresa de unas posiciones, que de otro modo era inexpugnable. Asi se efectuó, subiendo por las Tres Mugas la contraguerrilla de Barcelona y el comandante Javat con tres compañías de Reus por el Sur; ambas fuerzas llegaron á la vez á la posición, que la abandonaron precipitadamente sus defensores, huyendo á Francia.

Las dos divisiones del primer cuerpo vivaquearon en las posiciones conquistadas, y como parecía que el enemigo quería ocupar varias alturas que dominaban el camino que había de seguirse al día siguiente,el General Blanco destacó algunas fuerzas que le hostilizaron y le hicieron desistir de su propósito. Como se habían gastado muchas municiones, previno aquel al General don Luis Prendergast que desde Urdáx se las enviasen y embarazando además bastante los heridos le

previno también que mandase una brigada con todas las camillas.

Al día siguiente 19, á las diez de la mañana continuó el movimiento la primera división, quedando la segunda y la impedimenta á retaguardia. El batallón de Cuba que iba á vanguardia, á la media hora rompió el fuego, tomando sucesivamente tres posiciones al enemigo, establecido en el alto de las Palomeras con ocho batallones y once cañones, apoyado su flanco izquierdo en Francia y extendido con algunas guerrillas hasta cerca de un barranco situado en la parte de Echalar. Aunque quebrantados del combate del día anterior los carlistas opusieron seria resistencia. No se les podía atacar más que de frente y por el flanco izquierdo y el acceso era muy difícil é imposible á media ladera; no era posible desplegar más de tres batallones contra los ocho enemigos, ni maniobrar ni aún hacer fuego sin entrar en territorio francés. En tal situación ordenó el General Martinez Campos que los dos batallones de Arapiles y Barcelona de la brigada Bargés marcharan por el flanco izquierdo á envolver la posición y previno á Bonansa que cuando oyera fuego por la izquierda hiciera avanzar rápidamente dos batallones. El Coronel Monleon y el teniente coronel Marcó á la cabeza del batallón de Cuba y seguido del de Manila, subieron rápidamente la pendiente; el enemigo se retiró perdiendo en el descenso multitud de hombres á causa del fuego de Cuba y Arapiles.

Muchos franceses presenciaron estos brillantes combates é hicieron grandes elogios de los dos ejércitos.

Las pérdidas sufridas por las tropas liberales, fueron cuatro oficiales y 59 indivíduos de tropa muertos y 5 jefes, 22 oficiales y 342 de tropa heridos, sin contar los leves y los contusos que pudieron continuar la marcha.

Provincia de Santander.

CAPITULO LI

Los carlistas atacan el pueblo de Ramales.—Encarnizada lucha cuerpo á cuerpo.—El enemigo es rechazado declarándose en vergonzosa fuga.

1875.—Los carlistas atacaron el 18 de Enero el pueblo de Ramales ocupado por tres compañías del batallón provincial de Valladolid y dos de Carabineros.

A la una de la mañana del citado día tuvo noticia confidencial el General D. Juan Villegas, de que fuerzas numerosas enemigas se dirigían á Ramales; acto seguido dispuso que personas de su confianza marchasen en dirección del valle de Carranza, con objeto de adquirir la certeza de la anterior noticia, poniendo desde luego las fuerzas en actitud de defensa. Confirmándose la noticia y con más detalles, supo que la división vizcaina al mando de su titulado General Bérriz y cuyo total de fuerza ascendían á cinco mil infantes, cuatro piezas de artillería y alguna caballería se dirigía á Ramales; inmediatamente, y á pesar de la escasa fuerza que tenía, ordenó que una compañía de Carabineros tomara posición en el alto de Guardamino, distante un kilómetro de la villa. Las demás fuerzas que le restaban cuyo total era de cuatrocientos hombres ó sean tres compañías del batallón provincial de Valladolid y otra de Carabineros, dispuso que se situaran conve-

nientemente en las casas del pueblo, con la orden terminante de resistir á todo trance en caso de ser atacadas.

Serían las nueve de la mañana cuando aparecieron las primeras guerrillas enemigas sobre las alturas de Velascón, extendiéndose visiblemente hasta la falda de Guadarmino, marchando á su retaguardia grandes masas, y estableciendo. por último, sus baterías en una de dichas alturas.

Dada la primera señal de combate por el enemigo, á las once de la mañana, con dos disparos de cañón, sus guerrillas avanzaron, haciendo un nutrido fuego y protegidas por aquel, sobre la posición de Guardamino, al que se contestó con otro no menos nutrido y certero; y observando su extensa línea de combate y que sus centuplicadas fuerzas efectuaban un movimiento envolvente sobre las que ocupaban, ordenó su retirada, reforzando con ellas las casas del pueblo. En el acto se vió coronada por los batallones carlistas la meseta de Guardamino, estableciendo en ella una pieza que dirigía sus fuegos al pequeño fuerte construido en esta villa, así como á las casas que defendían las tropas liberales; mas como quiera que el constarte fuego de éstas apagaran los suyos, puesto que en los tres primeros disparos de cañón murieron tres de sus sirvientes, retiraron dicha pieza hasta que el ataque se redujo al centro. En la imposibilidad de avanzar, extendieron su línea de acción por derecha é izquierda tomando posiciones y procurando siempre desenfilarse de nuestros fuegos y emplazaron en cada uno de los extremos de la línea una pieza, con la cual hostilizaban á las casas en que se hacía mayor resistencia. No consiguiendo con su fuego de fusilería y cañón debilitar el de las tropas, avanzaron sus batallones hasta los memorables

palacios, ya destruidos por ellos en la anterior guerra, de los señores Marqués de Albaida y Revillagigedo y al barrio de la Enciruela donde la lucha se empeñó cuerpo á cuerpo con los valientes soldados.

Así continuó la lucha hasta las seis de la tarde, hora en que, viendo la imposibilidad de su propósito y el gran número de bajas sufridas, se declararon en vergonzosa fuga picándole las tropas la retaguardia; con lo cual se consiguió aumentar el número de sus pérdidas.

En este combate fué recomendado el valor y el heroismo desplegados durante tan rudo ataque por el alférez de Carabineros D. José Fontecha Dominguez y el teniente del batallón provincial de Valladolid Don Juan Gómez Ester, que despreciando sus vidas, se lanzaron con un corto número de Carabineros y soldados sobre una de las casas de que se habían posesionado los carlistas, desalojándolos de ella y matando con sus revolvers al capitán y al alférez que mandaban una de las compañías. También fué recomendado el teniente coronel del batallón provincial de Valladolid D. Sebastián Roca, comandante del mismo D. Antonio Velasco, ayudante de este batallón D. Enrique Prieto y el oficial de Carabineros D. Ramón Soler, los que en los puntos de mayor peligro cumplían las órdenes del General Villegas, dando singular ejemplo á los soldados.

El resultado de la acción fué la victoria completa por parte de las tropas liberales, pues si bien tuvieron sensibles pérdidas que lamentar, las del enemigo fueron muy superiores.

Provincias de Teruel y Zaragoza.

CAPÍTULO LII

Alzamientos de partidas carlistas en estas provincias.—Columnas en su persecución.—Encuentros, tiroteos y retiradas de los facciosos.—La Guardia civil ataca y dispersa una partida.—Muertos y prisioneros carlistas.—Otro encuentro y dispersión de la facción Madrazo.

1872.—El 22 de Abril se alzaron en armas en Calamocha unos 150 hombres capitaneados por Higinio Rodrigo (a) Pinchas y el cura de Bañón D. Francisco Herrero, cortaron la línea telegráfica y después se encaminaron por Cutanda y Godos á Mezquita de Jarque, sin duda con ánimo de correrse al Maestrazgo. A las primeras noticias de la formación de esta partida salieron de Daroca para perseguirla tres compañías del regimiento infantería de Málaga á cuyo frente fué á ponerse el coronel D. Francisco Mendez Benegasi que partió de Zaragoza llevando de refuerzo á la columna una sección del regimiento de caballería de Castillejos; y para impedirla que pasase al Maestrazgo emprendió la marcha desde Teruel el comandante de la Guardia civil D. Máximo Fontana con cincuenta Guardias y una compañía del regimiento de Cádiz.

Con el movimiento de Calamocha coincidió la presencia de algunos grupos armados que se dirigieron al

Campo de Bello donde se afirmaba que iba á levantar se otras partidas lo que motivó marchara de Teruel hacia aquella zona una columna de treinta Guardias civiles de infantería y veinte de caballería, mandada por el capitán de dicho instituto D. José Gaya, la cual tuvo también que ser empleada en la persecución de Pinchas.

Este cabecilla inició su marcha al Maestrazgo el 23, sosteniendo un ligero tiroteo con la Guardia civil. Después contrariado por la situación de las columnas, trató de encaminarse hacia Aznára y Belchite, de donde tenía noticias las autoridades que trataban de levantarse otras facciones, y en donde fueron reducidos á prisión algunos de los indicados para componerlas;pero la presencia en Belchite del teniente coronel de la Guardia civil D. Miguel Guzmán con cuarenta infantes y cincuenta caballos del mismo instituto, obligó á Pinchas á retroceder á Fonbuena y Vistabella, acosado siempre por la columna Mendez Benegasi, que dividida en dos fracciones logró colocarse á ambos flancos de la partida; y ésta, ante el inminente peligro en que se hallaba, se desbandó el 27 presentándose á indulto la mayor parte de los que la componía.

Al levantamiento de las anteriores partidas, siguió la de D. Manuel Madrazo, viéndosele el 23 de Abril en Monterde con unos 160 partidarios recorriendo varios pueblos de la cuenca del rio Piedra para allegar gente, aprovechándose de la escasez de fuerzas que existía entonces en el distrito, y de la necesidad que había de atender á diferentes zonas que abarcaba la insurrección. Pero ya el 27 al saber el Capitán General, que Madrazo desde Munébrega se dirigía á Carenas y que trataba de pernoctar en Moros, previno al capitán de la Guardia civil D. Juan Perruca que con los 74 guar-

dias que tenía en Calatayud persiguiese á ésta facción hasta que quedara completamente disuelta. El capitán Perruca averiguó en la noche del día de referencia que la partida estaba á cinco leguas de Calatayud en el pueblo de Villalengua, y en vista de ello, emprendió la marcha hacia allí, con el propósito de sorprenderla al amanecer; mas el cabecilla debió tener aviso, puesto que huyó á Torrijo, donde desarmó á trece voluntarios y continuó á Deza (Soria) puesto en que fué alcanzado por la columna. En los primeros momentos trató Madrazo de contener el avance de esta, para lo cual se posesionó de un cerro inmediato al pueblo que hubo de abandonar ante el ataque dado por los intrépidos Guardias civiles. Puesta en retirada la facción pasó por Mojan, Fuente-Monja, Monteagudo y Torrehermosa, esquivando siempre el choque con la tropa que la perseguía, la que por espacio de veintidos horas no le dió tregua ni respiro. Al llegar la vanguardia de la columna á la granja de Lozano, situada en el término de Monreal de Ariza, se vió sorprendida por una descarga del enemigo, y á ella siguió una empeñada lucha que terminó con la huída de los rebeldes, los cuales fueron acometidos y dispersados por la Guardia civil, apostada convenientemente en todas las avenidas de la posición. Las consecuencias del combate fueron cinco muertos y 27 prisioneros carlistas y perder estos algunas armas y efectos de guerra. El resto de la partida se dividió en varios grupos, y su jefe, con una fuerza de 50 á 60 hombres, se internó en la sierra de Albarracín, desde donde para reponerse, se corrió á las provincias de Guadalajara y Cuenca, en las que se le unieron algunos residuos de las facciones de aquella parte y la de Pinchas.

Algo repuesta la de Madrazo de su anterior disper-

sión, aunque sin lograr reorganizarse á causa de estar siempre acosada por las columnas, volvió al distrito de Aragón, viéndosela el 7 de Mayo en los pueblos de Tramacastilla y Torres pertenecientes ambos á la jurisdicción de Albarracín. La columna del comandante de la Guardia civil D. Maximino Fontana situada en Alcalá de la Selva, recibió orden de pasar á Albarracín al saber el retorno del cabecilla, encargándose de su persecución, en combinación con la del capitán del mismo instituto D. Santos Eslayo que salió de Teruel al mando de 70 hombres del citado cuerpo, cuya vanguardia alcanzó y dispersó á la partida en Torralva de los Frailes, causándole dos muertos un herido y cuatro prisioneros. La situación por tanto, era poco favorable para prolongar la existencia de esta facción; por lo cual Madrazo veía diariamente disminuir el número de los que iban á sus órdenes, terminando por ignorarse el paradero de la partida y de su cabecilla.

Provincia de Teruel

CAPITULO LIII

Los carlistas atacan á Teruel.—La Guardia civil secunda con acierto y bizarría las órdenes del Gobernador Militar.— Los facciosos son rechazados.—Muertos heridos y prisioneros.

1874.—El 26 de Junio, el titulado infante don Alfonso, á la cabeza de numerosas fuerzas, intentó sorprender á la guarnición de Teruel, pero encontrándola apercibida, desistió de su propósito, despues de sostener un insignificante tiroteo.

Para evitar un descalabro caso de que nuevamente se presentara, previno el Ministro de la Guerra al Capitán General, que desde Cáspe donde estaba el 29, se aproximara á la capital, á la que llegó el General Palacios el 2 de Julio, señalando antes la distribución de las fuerzas en la siguiente forma; el brigadier don Victoriano López Pinto, teniendo por base á Alcañiz, operaría en el bajo Aragón con los batallones reserva de Avila y Astorga, el regimiento de Almansa, el 2.° batallón de Córdoba, tres compañías de movilizados, cuatro piezas de montaña y 200 caballos de castillejos; el brigadier don Juan Delatre con toda la fuerza disponible de guardia civil de infantería y caballería que había en Zaragoza, 100 caballos de Castillejos y el batallón reserva de Segorbe cubriría el alto Aragón y

principalmente la frontera catalana; para operar por la parte de Daróca y Teruel y atender á la ribera del Giloca, iría el brigadier Iriarte con el batallón cazadores de Segorbe, los de reserva de Murcia y Santander, el 1.º de Guadalajara dos piezas de montaña, ocho Krupp y 300 caballos de Almansa; de la defensa de Calatayud y vigilancia de la vía férrea se encargaría el batallón reserva de Requena y cincuenta Guardias civiles de caballería todo al mando del teniente coronel, capitán de este Instituto don Juan Perruca; el batallón reserva de Alcañiz guarnecería la ciudad de su nombre; el de reserva de Zaragoza daría los pequeños destacamentos del distrito y en Zaragoza quedaría el batallón de Teruel.

En la noche del 3 de Julio intentó sorprender á Teruel don Alfonso y el cabecilla Marco de Bello con seis mil carlistas, alguna caballería y una pieza de artillería, presentandose á las diez de la noche en sus inmediaciones simulando un ataque por tres puntos á la vez, sirviéndoles de base el arrabal que ocuparon desde los primeros momentos. Aprovechando la oscuridad de la noche y guiados por algunos de la población que militaban en sus filas, consiguieron perforar la muralla y casas contiguas por el sitio denominado corral de Roquillo, no sin dejar el campo sembrado de cadáveres á causa de los certeros disparos de los valientes voluntarios. Comprendiendo el Gobernador militar don Jacinto Santa Pau, que el ataque formal se localizaba en este punto, envió allí fuerza de la Guardia civil, distribuyéndola, en las casas inmediatas y bocacalles próximas de tal modo, que hostilizado el enemigo por frente y retaguardia, y ocupados sus flancos, le era imposible escaparse ni recibir socorro. Esta operación fué ejecutada con acierto por la

benemerita Guardia civil, al mando de sus dignos jefes y oficiales, que rivalizaron en arrojo y bizarría en tan arriesgada empresa, batiéndose toda la noche contra fuerzas muy superiores en los sitios de mayor peligro, poniendo el nombre del Instituto á brillante altura. Al amanecer ordenó el Gobernador Militar que la artillería disparase sobre las posiciones contrarias lo que verificó colocando una pieza á treinta pasos de distancia y al descubierto, siendo suficiente dos cañonazos para que los facciosos que allí había se rindiesen á discrección. Entretanto en el arrabal por la parte de Tozal sosteníase un fuego nutrido entre la gente de la muralla y los carlistas albergados en dicho barrio, los cuales intentaron un escalamiento siendo rechazados por los voluntarios que les hicieron algunas bajas. Al huir, batidos en toda la línea quemaron varias casas del arrabal, incendio que se trató de dominar. La batería de Bombardera disparó con bastante precisión algunos tiros sobre grupos de caballería que protegían la retirada de un cañón de montaña, cuyos tres disparos señalados en las murallas demostraron el poco conocimiento que tenían de esta arma. El resultado de esta jornada fué sufrir el enemigo las bajas de 44 muertos, gran número de heridos y 163 prisioneros, contándose entre los primeros un jeje, y entre los últimos dos capitanes 10 oficiales y 15 sargentos. Se supo que Marco de Bello hizo enterrar otros tres muertos en Corbalán y que conducía en carros 60 heridos, ignorándose los que llevaba la facción del titulado infante don Alfonso.

Por parte de los liberales hubo que lamentar la sensible pérdida del capitán don Agustin Gudel y Lacambra que murió como un valiente y la no menos sensible de cuatro muertos, dos heridos y tres contu

sos de la Guardia civil, entre estos últimos el comandante, capitán don José Gaya,y seis voluntarios muertos y cuatro heridos.

Es satisfactorio recordar el entusiasmo y denuedo con que un puñado de valientes rechazaron á seis mil carlistas cuya mayor parte estaba dentro de la población, siendo recomendados todos los jefes, oficiales, soldados y Guardias civiles y voluntarios que rivalizaron en valor y serenidad legando una página de gloria á Teruel, que á sus timbres le concedieron el título de heróica.

Provincia de Vizcaya

CAPITULO LIV

Bloqueo de Bilbao.—Tropas que componían la guarnición de la Ciudad.—Consejo de generales carlistas presidido por Don Carlos. — Acuerdos adoptados.—Alocución del general Castillo á los bilbainos.—Empieza el bombardeo de la Ciudad.—Contestan las baterías de la plaza.

1873.—En las primeras horas del dia 29 de Diciembre se supo en Bilbao que los carlistas habían interrumpido la navegación de la ria por medio de cables y cadenas tendidas de una á otra orilla en el punto denominado Zorroza.

Interrumpida la navegación de la ria y cerrada la comunicación de Bilbao (por estar interceptadas las demás) con el resto de España, desde este dia podía considerarse como efectivo el bloqueo de la invicta villa.

La guarnición de Bilbao contaba con 24 jefes, 191 oficiales y 3691 indivíduos de tropa, entre ellos, 1 jefe, 10 oficiales y 332 indivíduos de tropa pertenecientes al Instituto de Carabineros y 1 jefe, 4 oficiales y 100 guardias civiles.

En la noche del 29 al 30, cortaron los carlistas la única cañería de agua que desde hacía tiempo surtía

la población, pero en la noche del 30 se remedió este contratiempo.

En la mañana del 31 quedó terminada la reposición de la cañería y se continuó la operación de establecer una máquina de vapor destinada á la elevación de aguas de la ría.

Los carlistas hicieron un fuego violento á la fuerza de cazadores que con objeto de evitar una nueva destrucción de la cañería ocupaba la casa de Tablas; desde el dia anterior al anochecer, otra compañía del mismo Batallón y la artillería protegieron la retirada de dicha fuerza.

La plaza se aprestaba á la lucha haciendo obras de defensa, siendo excelente el espíritu de la guarnición y los voluntarios. El bloqueo era cada vez más riguroso.

Los carlistas esperaban conseguir su rendición; había, sin embargo, entre ellos diversos pareceres acerca del mejor medio para el logro de este fin y para adoptar el que más convenía al caso, reunió D. Carlos el 10 de Febrero de 1874 un Consejo de generales carlistas para tratar de los elementos con que se contaba para sitiar á Bilbao y rechazar al ejército que acudiera á su socorso, debiendo también examinarse si convenía atacar inmediatamente á la invicta villa ó esperar á D. Antonio Dorregaray, que se hallaba con seis batallones en las inmediaciones de Estella.

Opinaron unánimemente que la operación de referencia era muy importante y transcendental para la causa carlista y que debíase empezar el bombardeo tan pronto como se asegurase la defensa de las líneas de aproche de la plaza, poniéndolas á cubierto de cualquier ataque del ejército, debiendo contarse también para ello con que se hicieran los aprestos nece-

sarios de la artillería, pues se carecía de proyectiles y de pólvora; se acordó también que se previniese á Dorregaray, que acudiese sin pérdida de tiempo á las inmediaciones de Bilbao pensando bien cualquier movimiento del enemigo que pudiera inducirle á error y vigilándole para impedir que auxiliara á dicha plaza.

Las fuerzas carlistas á lo menos por su número, podían pensar seriamente en el ataque de Bilbao, pero desde los primeros momentos se observó que D. Carlos y los suyos querían conseguir la rendición de la plaza, limitándose á bombardearla.

Era sobremanera extraño que creyesen en la posibilidad de intimidar de este modo á sus valientes defensores; debía saber que la guarnición y los voluntarios de Bilbao no desmerecerían de los héroes que en la guerra de los siete años consiguieron tan alto renombre y que para el Gobierno y el Ejército su sostenimiento era cuestión de honra.

Es claro que si rechazaban al ejército de socorro y no entraban en Bilbao auxilios materiales de todo género, quizá sucumbiría por hambre; pero para esto se necesitaba mucho tiempo y era probable que durante él, el Gobierno haciendo un supremo esfuerzo, enviase al norte considerables refuerzos que hicieran imposible el sostenimiento de los carlistas en su línea.

Con fecha 14 de Febrero decía desde Deusto el Marqués de Valdespina á Dorregaray que tenían ya 500 bombas y desde aquella fecha harían las fábricas 80 al día; que las baterías estarían terminadas entre dicho día 14 ó el 15 y se podría empezar el bombardeo á principio ó mediados de la semana próxima; que una vez empezado deseaba no interrumpirlo y que habían pasado días angustiosos, temiendo verse obligado á levantar el bloqueo á pesar de su resolución.

Dorregaray comunicó al héroe de Bilbao general D. Ignacio María del Castillo, que había demorado el bombardeo de la invicta villa hasta ver si tropas del Ejército que acudiera en auxilio de la ciudad, les atacaba y que con arreglo á lo que el derecho de gentes exige, dejara salir á los ancianos, mujeres y niños que lo desearan, pero por la carretera de Zorroza. precisamente, ya que le era sensible apelar á destruir una villa como Bilbao.

Seguidamente se hizo fijar en varios puntos de la población un bando dando cuenta del bombardeo anunciado por el enemigo, para que pudieran salir de la población las clases expresadas; salieron en efecto en la dirección designada algunos indivíduos, haciendo retroceder las avanzadas carlistas á los que sin pertenecer á las referidas clases pretendieron salir de la plaza.

El comandante general dirigió el 21 de Febrero á los bilbainos la siguíente alocución.

«Bilbainos: Los constantes enemigos de la libertad van á proporcionar á esta villa otra ocasión de demostrar á España y á Europa entera, que sus hijos no han desmerecido de lo que fueron sus mayores. En los mismos momentos en que desde su recinto se oye cercano el estampido del cañón del Ejército que viene á su socorro, el Rey que quieren imponernos los carlistas, ordena el bombardeo de esta villa y como si temiera perder la ocasión que se le ofrece acorta los plazos que los usos de la guerra conceden al extranjero y las leyes de la humanidad al desvalido y anciano. No vienen como en 1835 y 1836 á atacar los muros y á sus defensores, sino que ocultándose con sus morteros detrás de los montes que nos rodean, procurarán hacer cuanto daño puedan á nuestros edificios,

sin atreverse á presentar sus tropas al frente de nuestras bayonetas. La guarnición que hoy tiene la honra de defenderla, corresponderá dignamente á ella y no olvidará los ejemplos que los batallones que componían la de 1835 á 1836 les enseñaron; y á vuestro lado compartiendo vuestras glorias, que estoy seguro no desdecirán de las que entonces adquirió su valiente milicia nacional, contribuirán todos á demostrar que Bilbao ahora como entonces, es el baluarte de la libertad y el sepulcro del carlismo.

A las doce y veintiun minutos lanzaron los carlistas la primera bomba sobre Bilbao, desde la batería construida junto á la casa de Pichón en la cresta del monte de Archanda y cayó sin reventar en el muelle de Ripa á corta distancia del puente del Arenal. Dicho disparo fué inmediatamente contestado por la batería del Diente. La carlista del alto de Artagan dirigió un proyectil sobre el fuerte de Begoña y al poco tiempo las baterías y fuertes de la plaza empezaron á hostilizar al enemigo.

La de Pichón continuó los suyos y arrojó sobre la plaza siete bombas durante la primera hora, dirigidas en su mayor parte al parque y almacén de pólvora de San Nicolás. Estos tiros fueron inciertos y pocas las bombas que reventaron. Otra batería carlista situada en el punto llamado Casamonte, rompió el fuego sobre la plaza á las doce y cincuenta y cinco minutos del día y en su primera hora de fuego lanzó con incierta puntería cuatro proyectiles. Otra situada en el punto conocido por Quintaría, empezó también á hostilizar á la plaza á la una y seis minutos de la tarde, dirigiendo sus disparos al parque de San Nicolás y arrojó en su primera hora de fuego siete bombas.

Dichas tres baterías enemigas, Pichón, Quintaria

y Casamonte, continuaron después sus disparos haciendo un fuego vivo y constante que hizo suponer, teniendo en cuenta los proyectiles arrojados que se pudieron examinar y los cascos de bombas hallados, la existencia de los morteros del calibre de 27 centímetros en cada una de las dos primeras y de otra igual en la última. Continuaron dichas baterías disparando con la misma intensidad durante toda la tarde, dirigiendo la mayor parte de sus bombas al casco de la población.

Las baterías de la plaza, después de haber contestado toda la tarde á las enemigas, cesaron de hacer fuego al oscurecer y permanecieron en silencio toda la noche. Un vigía colocado en la torre de Santiago anunciaba con una campanilla el disparo de cada bomba con objeto de que los transeuntes tomaran las precauciones posibles.

El bombardeo á la plaza continuó en los días sucesivos con algunos intérvalos.

CAPITULO LV

El Ejército liberal acude en socorro de Bilbao.—Avanzan las tropas sosteniendo combates con los carlistas.—Disposiciones del General en Jefe, Duque de la Torre.—Contínuos y sangrientos combates.—En plena batalla.

1874.—Comprendiendo los carlistas que era inminente una batalla, adoptaron las disposiciones convenientes para resistir el movimiento de avance de las tropas liberales. Estas al amanecer del 25 de Marzo, pasaron el rio por el puente de piedra de Somorrostro.

Las fuerzas del general Primo de Rivera, ejecutó con precisión el primer movimiento de avance ocupando el barrio de Memerea y una trinchera de piedra que el primer batallón de Guipúzcoa abandonó aterrado por el fuego que le dirigía la artillería; estableciendo en dicha trinchera una sección de Plasencia, continuó el avance sin grandes dificultades por el pronto.

El general D. Rafael Serrano Acebrón, con su división se corrió por la carretera de Valmaseda y por unas veredas muy pendientes, faldeando la sierra y siguiendo los desmontes del ferrocarril minero, se dirigió hacia el pueblo de las Córtes. Desde este punto debía proseguir su movimiento para envolver la izquierda enemiga, atacando al efecto las empinadas al-

turas de Galdames ó sino podía extenderse tanto, intentar la conquista de la de Triano, que sería la extrema derecha liberal. El brigadier D. José Loma ocupó á la carrera todas las casas del otro lado del puente y avanzó hacia las llamadas de las Carreras y el general D. Antonio López de Letona, tomó las de la izquierda de la carretera hasta la falda de Monte Montaño donde se atrincheró extendiendo algunas fuerzas por los caminos cubiertos que forman setos naturales en aquel terreno, poniéndose en contacto con las del brigadier Loma.

Los carlistas rompieron también el fuego en toda su línea pero al primer empuje de los liberales perdieron terreno y comprendiendo que la retirada del 1.° de Guipúzcoa dejaba un importante hueco que cubrir, el 6.° de Navarra, el 1.° de Aragón, el 1.° de Alava y el 4.° de Castilla, se dispusieron á sostener tenazmente sus posiciones á retaguardia de la perdida por el referido de Guipúzcoa, contribuyendo también eficazmente el 3.° de Navarra.

A las tres de la tarde el general Primo de Rivera se había posesionado de las primeras alturas que conducen á la cima del Triano. Serrano Acebrón ocupaba el pequeño pueblo de Cortes. El brigadier Loma, después de ocupar las casas de las Carreras se había atrincherado en ellas y el general Letona continuaba en San Martín y las casas próximas, atrincherándose en éstas. Durante la tarde continuó la lucha, siendo muy reñida en las últimas horas.

Los generales Loma y Letona coronaron sus posiciones; Primo de Rivera, coronó al anochecer una altura importante, apoderándose de un reducto carlista, pero se hallaba aún lejos de la cima de Triano. Como Serrano Acebrón no pudo avanzar, por las dificulta-

des del terreno, mas allá de las Cortes (desde las alturas de Galdámes y Triano el enemigo batía la subida) el general Primo de Rivera dispuso que se le incorporasen algunos batallones de aquella división, dejando ocupado el referido pueblo y se atrincheró en la altura en que se hallaba, preparándose para el ataque del dia siguiente.

Al anochecer cesó el fuego en ambas líneas. Se estableció el cuartel general en la orilla derecha del rio, ordenó el general en jefe Duque de la Torre, que se conservasen las posiciones conquistadas; que Primo de Rivera, estableciese la artillería de montaña en la altura que dominaba, más la segunda línea de trincheras del Triano, y que municionase á las tropas para continuar el movimiento de avance al día siguiente.

Las pérdidas sufridas por el Ejército liberal en este día fueron 33 muertos y 450 heridos.

Los carlistas se prepararon á luchar de nuevo situando cuatro piezas de montaña en el cerro de Buenavista con el fin de batir el pequeño pueblo de las Cortes sino lo abandonaban los liberales. En el citado cerro había establecido sus cuarteles generales Lizárraga, Velasco y Larramendi.

En el otro extremo de la línea que era sumamente fuerte por la naturaleza, aumentaron los carlistas sus defensas barrenando las rocas de la cumbre y haciendo fogatas para volar en momentos determinados grandes trozos de piedra que caerían sobre los que tratasen de subir.

Al amanecer del 26 rompióse el fuego por ambas partes en toda la línea.

Ordenó el general en jefe que el regimiento de Ramales que ocupaba el puente de Somorrostro, avanza-

se reemplazándole en aquel puesto dos batallones destacados de las fuerzas de Arenilla y Poreña.

En la derecha liberal el general Primo de Rivera, dispuso que se le incorporara la mayor parte de las fuerzas que tomaron el pueblo de las Córtes dejando en él solo dos batallones, pues no se creyó posible ni conveniente extender más el ala derecha, por haber fracasado este intento en la tarde anterior.

Con catorce batallones atacó resueltamente á las fuerzas carlistas que ocupaban la posición Triano; pero á pesar de sus esfuerzos y de la bravura de las tropas no pudieron dominar la cumbre del Triano, porque ya el enemigo había acumulado en ella tantas fuerzas que bajo su fuego era imposible adelantar al descubierto; por lo cual se redujo á conservar las alturas conquistadas, retirándose las tropas situadas en Córtes, pueblo que dominaba desde su posición. Consultó con el General en jefe si se pondría en contacto con Loma y habiendo recibido contestación afirmativa, dejó ocupada la altura por cuatro batallones, descendió hacia las Carreras y se apoderaron del pueblo de Pucheta,después de un sangriento combate que costó grandes bajas por estar dominado aquel pueblo por las trincheras enemigas á muy corta distancia y se dió la mano con las fuerzas de Loma. Este se apoderó de las casas más avanzadas de las Carreras y se atrincheró en ellas quedando como á unos 800 metros de San Pedro Abanto, uniéndose por su izquierda con las fuerzas del general Letona, por las cañadas que forma el terreno desde las casas más avanzadas á San Martín hasta las Carreras.

Durante estos movimientos el General en Jefe tuvo ocasión de observar que el enemigo había abierto nuevamente muchas trincheras bien enlazadas entre si.

Las bajas de las fuerzas liberales en el combate del 26 fueron 18 muertos y 240 heridos.

Los carlistas repusieron durante la noche los destrozos causados en sus parapetos. Estaban decididos á continuar la lucha siendo tan notables su buen espíritu y decisión, que el 4.° de Castilla que prestó el servicio en las trincheras durante los dos días y á pesar de estar muy mal alimentado, pidió que se le dejase en los puntos que ocupaba, indicando su deseo de conservarlo á toda costa. El 1.° de Alava, que había perdido 180 hombres, tampoco quiso que se le destinase á retaguardia y el 4.° de Alava aunque ocupaba á San Pedro Abanto, punto de mayor peligro, y constantemente hostilizado por las tropas liberales, contestó como el 4.° de Castilla.

Al amanecer del 27 las tropas liberales rompieron el fuego en toda la línea, no siendo muy nutrido el de los carlistas, y continuó así toda la mañana en tanto que se daban las órdenes para atacar el barrio de Murrieta y la posición de San Pedro Abanto. Bajo el fuego enemigo las tropas de Loma y Primo de Rivera tomaron el necesario alimento y municionadas se situaron en los puntos más conveniente para lanzarse al ataque en el momento preciso. No se hicieron los preparativos sin sufrir pérdidas sensibles, pues todo el espacio de terreno ocupado por las fuerzas liberales estaba dominado y recibía el fuego de las trincheras carlistas de frente y aun de los flancos, situadas á corta distancia.

A la una en punto, dos columnas de ataque cada una de dos batallones, partieron de las Carreras hacia San Pedro Abanto, quedando en reserva general otros cuatro batallones de la brigada de D. Alfonso Cortijo.

Los carlistas rompieron un fuego muy nutrido des-

de las casas de Murrieta y las trincheras del reducto de la falda de Montaño, de los de San Pedro y Santa Juliana y de la formidable trinchera del ferrocarril de Galdámes, causando en pocos momentos muchísimas bajas á las tropas asaltantes. Antes de dirigirse estas á San Pedro Abanto, debían apoderarse del pequeño pueblo de Murrieta, delante del cual habia un parapeto que á menos de un kilómetro de San Pedro Abanto forma la carretera de Somorrostro con el camino que de las Carreras se dirige á Montaño (La defensa de Murrieta estaba á cargo del 4.° de Alava que se portó bravamente).

Las columnas de ataque, á pesar de sus pérdidas, avanzaron á la bayoneta á las casas de Murrieta, empeñóse en estas un sangriento combate, durante el cual se batieron cuerpo á cuerpo liberales y carlistas, y por fin se retiraron estos á las trincheras situadas entre Murrieta y San Pedro Abanto; pero esta primera ventaja no era más que un buen comienzo para apoderarse de la cima, siendo preciso para esto que las tropas liberales avanzaran á descubierto bajo el fuego que por todas partes les hacían los carlistas; y solo el intentarlo, era temerario. Sin embargo, se emprendió de nuevo el movimiento de avance. La artillería liberal dirigió certeros disparos á las trincheras enemigas, pero sus defensores contestaron con vigor aun descubriéndose no pocas veces. La artillería de las Carreras, empleada muy cerca del enemigo, vomitó metralla y granadas; la infantería hizo esfuerzos supremos de valor, pero todo fué inútil. En su vista la brigada de reserva se lanzó al atque en apoyo de las columnas cuyas filas habían sido diezmadas.

Terrible era en estos momentos el cuadro que ofrecía el campo de batalla. Parecía que hervía la tierra

al chocar con los millares de proyectiles que se cruzaban entre los combatientes. El polvo que levantaban las granadas y el humo de la polvora ocultaban las posiciones, pero en breve aparecían estas iluminadas por el incesante fuego de fusilería. Enardecidos unos y otros combatientes, no se fijaban en el estruendo producido por tantas bocas de fuego, ni en los que á su lado habían exhalado ya el último aliento ni en los lamentosos ayes de los heridos. Despreciando su vida en esta lucha á sangre y fuego, solo pensaban en sostener su puesto, consintiendo en morir antes que ceder un palmo de terreno.

A pesar de los esfuerzos y buenos deseos de las tres brigadas,era imposible seguir adelante é iba á participárselo así Primo de Rivera al General en Jefe cuando ordenó este que empujase el ataque de la derecha, porque la izquierda iba adelantando.

En efecto, las tropas del General D. Manuel Andía habían ocupado las primeras trincheras del Montaño, debidamente defendidas por el enemigo, por haber comprendido este que lo importante era sostener á toda costa la cumbre; por esta razón,no era muy conveniente el avance de la izquierda liberal.

CAPITULO LVI

Prosigue la batalla.—Heroismo de ambos Ejércitos.—Suspensión de hostilidades. — Ni odio ni rencor.—Construcción de trincheras.

En virtud de lo ordenado, previno el General Primo de Rivera á los jefes de Alcolea y Cuenca, que reuniera á toda prisa sus batallones, encargó á varios oficiales que apresuraran la marcha de los rezagados y adoptó otras medidas que eran del caso. Transcurrieron algunos minutos y tratando el General Primo de Rivera de avivar personalmente la incorporación de algunos rezagados que se hallaban dentro de algunas casas, entró espada en mano en la más próxima. En estos momentos una bala le atravesó el pecho, por lo cual tuvo que dejar el mando y fué trasladado á uno de los hospitales de sangre.

Con este motivo, agravose el estado de las columnas de ataque y contribuyó también á ello el movimiento de avance del jefe carlista D. Eustaquio Diaz de Rada, que con cuatro compañías del 2.º de Navarra descendió del Pico de las Carreras y trató de entrar á la bayoneta en las casas ocupadas por los liberales, pero á pesar de su impetuoso ataque no consiguió su propósito y hubo de limitarse á encerrarse en las casas que no habían ocupado los últimos.

En estos momentos fué levemente herido el Gene-

ral Loma, recibiendo al poco tiempo otra herida más grave que le obligó á dejar el mando.

A las tres de la tarde, el General en Jefe se trasladó con su cuartel general á las Carreras, y se enteró en este punto de que habían sido heridos Primo de Rivera y Loma, produciendo estos sucesos alguna confusión en las columnas de ataque.

Reorganizados los batallones y llegado los refuerzos del General Letona, el General en Jefe, victoreado por los soldados, á quienes dirigió la palabra, dió nuevo impulso al ataque sobre San Pedro Abanto. Avanzaron las tropas liberales y fueron recibidas con un fuego nutridísimo, que al principio les hizo vacilar, pero reanimadas por sus jefes, y aunque sembrando el campo de cadáveres, prosiguieron su marcha contra el enemigo; el cual incendiando varias casas que abandonó, se retiró hacia San Pedro. Entonces, un batallón Navarro que ocupaba los parapetos de Sanfuentes, avanzó y se colocó encima del arroyo ó barranco que separa á San Pedro de las casas de Murrieta, que viene á constituir un foso (en esta ocasión era una formidable línea de defensa barrida por los fuegos de frente, de derecha é izquierda, en una palabra, por un fuego en redondo que hacía casi imposible atravesar el espacio comprendido entre Murrieta y San Pedro, siendo verdaderamente prodigioso que quien diera un paso en tal zona no se encontrara con una bala.) Nada de extraño tiene, por lo tanto, que las tropas liberales á pesar de su bravura y decisión, no pudieran avanzar más allá de Murrieta. En tal situación llegó la noche.

El General en Jefe dispuso que se defendieran á todo trance las casas de Murrieta y las posiciones conquistadas, proponiéndose durante la noche asegurar las casas tomadas, evacuar los heridos, refrescar las

tropas que le fuera posible sin desguarnecer la extensa línea que ocupaba el ejército, y ver si al día siguiente podía conquistar con un supremo esfuerzo la importante posición de San Pedro.

Al obscurecer había disminuido el fuego por ambas partes y ya de noche cesó del todo.

Durante la noche se procedió á asegurar y parapetar convenientemente todas las casas y el terreno de que se habían apoderado las tropas liberales.

Tampoco dejaron de aprovechar el tiempo los carlistas, ocupándose en atender á diversas necesidades de sus fuerzas, en fortificar los puntos que juzgaron débiles, preparándose para continuar la lucha.

Las pérdidas de las tropas liberales en el combate del 27, ascendieron á unos mil quinientos entre muertos y heridos. Grandes fueron los estragos que la artillería liberal causó en las filas carlistas; en el 4.° de Navarra situado en Mantrez, una compañía que ya había sufrido mucho, tuvo seis muertos y cinco heridos de una sola granada y aterrorizada trató de retirarse; pero advertida por sus jefes de que la división Navarra observaba su conducta, volvió á entrar en la trinchera rezando en alta voz el acto de contrición para dar á entender que estaban dispuestos al sacrificio.

Es admirable y digno del mayor encomio el incomparable valor de las tropas liberales en el combate del 27, y sinó conquistaron éstas la posición de San Pedro Abanto, fué porque era humanamente imposible dada la proporción numérica de los contendientes y la fortaleza de dicha posición. Permítasenos rendir un tributo de admiración á los héroes de tan sangrienta jornada.

No cabía duda que siguiendo el ejército liberal la conducta que había observado los días 25, 26 y 27, es

decir avanzando aunque lentamente, conseguiría su objeto siquiera fuese á costa de inmensas pérdidas.

El General en Jefe, se proponía continuar el combate el 28, pero no lo dispuso así por que aun quedaba por asegurar la línea que ocupaba, que casi tocaba con la enemiga; la tropa estaba en extremo fatigada y la noche no daba tiempo bastante para relevar todas las fuerzas ni recoger todos los heridos.

Al amanecer del 29, hubo algún fuego de fusilería en las avanzadas. La artillería hizo acertados disparos hiriendo una granada que reventó, al General carlista D. Nicolás Ollo y titulado brigadier D. Eustaquio Diaz de Rada, muriendo el primero y quedando de gravedad el segundo.

El 30, se suspendió las hostilidades por ambas partes con objeto de enterrar los cadáveres que después de los últimos combates quedaron insepultos.

Esta suspensión de hostilidades convenía igualmente á los contendientes y de este mútuo acuerdo no se seguía perjuicio á ninguno de ellos; pero fué tal el giro que tomaron las cosas, que la suspensión tomó el caracter de armisticio y mediaron conferencias más ó menos importantes con tendencia á terminar la guerra por medio de acuerdos y concesiones mútuas. Por supuesto que recogidos los muertos no había en ninguna de las partes contendientes derecho alguno para exigir que continuase la suspensión, y sí tomó esta, el caracter que hemos indicado, fué por que quisieron obrar así liberales y carlistas; pues en realidad para que hubiera armisticio, era preciso un acuerdo prévio de sus respectivos jefes carlistas, fijando perfectamente el tiempo que había de durar las posiciones y cantones que respectivamente ocuparían sin que unos ni otros pudieran llevar adelante operación ó trabajo que hu-

biesen emprendido, debiendo quedar todo en el estado en que se encontrase.

Lo ocurrido fué tan solo una espansión hasta cierto punto lógica, dado los primeros pasos, entre individuos, que si bien habían peleado, hasta con encarnizamiento, siendo al fin todos españoles, aprovechaban para hablarse los pocos momentos de tregua que las circunstancias le deparaban. Ya el 29 los liberales habían entregado al 4.° de Navarra, que ocupaba á Mantrez los heridos carlistas que tenían en su poder. En las minas, donde mandaba Bérriz, y en el centro de la línea, liberales y carlistas, separados por poca distancia, dejaron las armas y conversaron amigablemente. Se reunieron varias veces algunos jefes de ambas líneas recordando su antigua amistad y en muchas ocasiones trataron de convencerse reciprocamente de la bondad de la causa que defendían, teniendo por objeto cada cual que su contrario pasase á su çampo.

A consecuencia de tal estado de cosas no se hostilizaban las avanzadas y el ejército liberal avisaba diariamente á qué hora rompería el fuego de cañón.

Como era natural, esta suspensión de hostilidades llamó mucho la atención pública y los generales, liberales y carlistas,estaban sobre aviso por lo que pudiera perjudicar á sus respectivas causas.

A pesar de los tres días de combate tan encarnizado, no había al parecer odio entre los combatientes como lo probaba el caso de que una avanzada liberal que había traspasado la línea de los carlistas,fué conducida por estos á su destino. Se ponían también de acuerdo para bajar por agua á un arroyo y cambiarse algunos artículos. En una noche de gran tormenta, corrieron liberales y carlistas á guarecerse en unas casas de las Carreras,y habiéndose preguntado al encon-

trarse si había palabra y contestado afirmativamente por ambas partes,se reunieron y se repartieron los víveres que tenían.

Entretanto los carlistas construyeron trincheras que concentraban sus fuegos contra el frente y derecha liberal y enlazaron en una extensa línea las obras de San Pedro, Santa Juliana y los reductos de la falda del Montaño. Las tropas liberales hicieron espaldones con el fin de desenfilar del fuego enemigo las baterías nuevamente emplazadas en las Carreras; quedaron sólidamente defendidas tres baterías Krupp y una Plasencia; se enlazaron las casas aspilleradas de Murrieta y las de las Carreras, y todo el espacio comprendido por estas y sus inmediaciones quedó convertido en un gran campo atrincherado.

CAPÍTULO LVII

Concentración de Carabineros y Guardias civiles por batallones.—El General Concha nombrado para el mando del tercer cuerpo de Ejército sale de Madrid acompañado de su Jefe de E. M. ayudantes y del 5.º batallón de Carabineros:—El heróico Carabinero Juan Diaz Cordero, se ofrece voluntariamente á conducir un pliego á Bilbao.—El marqués del Duero reorganiza el tercer cuerpo de Ejército.

El General en Jefe, había reclamado el envío de fuerzas á fin de continuar avanzando para el levantamiento del sitio de Bílbao, manifestándole el Ministro de la Guerra, el 3 de Abril, que se hacía rápidamente la concentración de Carabineros y la Guardia civil, en Aranjuez, Palencia y Avila y muy en breve se dirigirían á Santander los batallones que se organizaran; que el número de estos batallones sería de doce á quince con 700 á 900 hombres cada uno (los de Carabineros se habían organizado por comandancias y la Guardia civil por tercios.)

En carta del 4, dirigida por el Duque de la Torre al Ministro de la Guerra, indicaba al Excmo. Sr. Capitan General D. Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, para el mando del cuerpo que debía envolver el ala izquierda carlista, y el 5 le participó el Ministro que el General Concha, había aceptado con

mucho gusto el puesto que se le había ofrecido y saldria el 6 para avistarse con el General en Jefe, y que se ocupaba en terminar rápidamente la organización del cuerpo de Ejército que aquel debía mandar.

En esta época fueron destinados al ejército de operaciones del Norte el Excmo. Sr. Teniente General don Rafael Echagüe, conde de Serrallo y el Mariscal de Campo D. José de los Reyes.

Enterado el de este empleo D. Arsenio Martínez Campos de los sangrientos combates del 25, 26 y 27 de Marzo, manifestó al Ministro de la Guerra, que si consideraba de utilidad sus servicios, podía disponer de él hasta para el mando de un batallón. Aceptando el Gobierno, este ofrecimiento destinó á Martínez Campos al ejército del Norte.

El 6 de Abril, á las veinticuatro horas de haber recibido su nombramiento, el Marqués del Duero, salió en tren especial de Madrid para Santander, acompañado del Mariscal de Campo D. Miguel de la Vega Inclán, destinado para el cargo de jefe de Estado Mayor del tercer cuerpo de ejército. de sus ayudantes de Campo y del 5.° batallón de Carabineros. En Palencia conferenció con el Teniente General D. José Turón, Director de la Guardia civil, que se encontraba en aquel punto organizando los batallones de Guardias civiles, que debían formar parte del tercer cuerpo, y en la mañana del 8 entró en Santander y empezó, desde luego á ocuparse en lon trabajos de organización del citado cuerpo de ej ército.

Como era natural preocupaba mucho al Gobierno y al Excmo. Sr. Capitan General D. Francisco Serrano Domínguez, Duque de la Torre, la situac ión de Bilbao, suponiendo con fundamento, que se habrían ya agotado sus recursos. Era tan riguroso el sitio, que

cada día eran más difíciles las comunicaciones con la plaza, y ni el General Castillo, podía comunicar sus impresiones, ni el Duque de la Torre, podía poner en conocimiento de aquel el verdadero estado de las operaciones; así es que salieron frustrados cuantos medios se emplearon para lograr este fin, hasta que el Carabinero de la Comandancia de Vizcaya Juan Díaz Cordero, se ofreció voluntariamente á prestar tan importante como peligroso servicio El Jefe de Estado Mayor General, D. José López Dominguez, le entregó un despacho cifrado, le prometió recompensarlo y le ofreció recursos, pero haciendo caso omiso de todo, le contestó el Carabinero, que nada necesitaba y solo se permitía recomendarle—para que lo hiciera al General en Jefe—en el caso de que no volviese, á su mujer y sus hijos, que quedarían sin amparo por ser él su único sostén Disfrazado con traje del país, salió Cordero del campamento en la noche del 11 al 12 de Abril. Las penalidades y fatigas que sufrió durante los días invertidos en llegar á Bilbao, solo él hubiera podido contarlas con suficientes detalles, para formarse idea exacta del valor y astucia que debió desplegar; nosotros no podemos decir otra cosa, sino que, en Benón de Mena, se hizo pasar, ante un destacamento carlista, por un tratante; desplegandó una astucia y una sangre fría tal, al contestar á las muchas preguntas que para convencerse de que no era un espía le hicieron, que, convencidos de que aquel hombre no podía ser lo que se figuraban, le sentaron á su mesa, cenó con ellos y pudo, por las preguntas que á su vez les hizo, trazar su plan para evitar más encuentros que pudieran serle fatales.

Es sabido el furioso temporal que en aquellos dias se desarrolló; pues bien, este temporal hizo aún más

difícil á Cordero el cumplimiento de su misión, porque obligado por ella á hacer las marchas de noche y por sitios extraviados y muy peligrosos, la lluvia, la oscuridad y el viento, retardaban su andar y le hacían retrasar tambien el momento de llegar á Bilbao, en el que su escrito había de dar aliento y fuerzas nuevas á aquella valiente guarnición. Este temporal por poco cercena la vida de aquel héroe, que quizá respetó el plomo enemigo, admirado de su grandeza.

Fué una noche de las dos. en que trepando, más bien que andando, por riscos y peñas, pues ni aún pequeñas trochas había por los sitios que escogió para poder llegar á la plaza, escurriósele un pie á nuestro héroe y allá cayó su cuerpo rodando en las profundidades de un abismo; más, enredado en unas zarzas, si bien su cuerpo no llegó á estrellarse en lo profundo, quedó sin sentido y arrojando sangre por las muchas heridas que se causó. Así estuvo unas cuantas horas, desangrándose sin que nadie pudiera prestarle auxilio y recibiendo el agua que las nubes arrojaban. Al cabo de ellas, volvió en sí, salió como pudo de aquel precipicio y, desfallecido por la sangre y fuerzas perdidas, así como por la falta de alimento, cubierto de heridas, no graves, pero sí dolorosas, y rasgados los vestidos de tal modo que más parecía un mendigo que otra cosa, logró llegar por fin la noche del 13, á la vista de Bilbao, habiendo conseguido atravesar la línea carlista sin ser visto.

Nuevas y no menos peligrosas dificultades le quedaban por vencer, pues la mucha vigilancia que en la plaza se ejercía y las defensas construidas en su recinto, le impedían poder entrar en ella y le exponían á ser muerto por alguno de aquellos soldados á quienes iba á llevar tan buenas nuevas. Mas cruzó sin novedad las

defensas y pudo, no sin que tomaran con él grandes precauciones, llegar la madrugada del 14, á la presencia del General Castillo, á quien entregó el parte con la grata noticia del pronto socorro. Cordero á quien felicitó más tarde en Bilbao,el General en Jefe, fué recomendado al Gobierno y recibió uno de los premios en metálico, designados para los hechos distinguidos, siendo además recompensado con el empleo de Alferez de infantería.

Entretanto el Marqués de Duero, se dedicaba muy activamente á la organización del tercer cuerpo de ejército, que debía operar á sus órdenes; pero aunque quería ejecutar con gran rapidez los trabajos preparatorios, la designación de las fuerzas que debían formarlo y la necesidad de reunir los elementos indispensables, dificultaban su acción. Contrariaron así mismo dicha organización las lluvias y vientós, durando el temporal de aguas hasta el 18; hallándose inundado el valle de Somorrostro y la ría había salido de su cause ,encontrándose intransitable algunos caminos.

Veinticinco batallones, un escuadrón, catorce piezas de montaña y seis rodadas, debían formar el tercer cuerpo, al que fueron agregados los batallones provisionales de Carabineros y Guardias civiles quedando afectos á las divisiones siguientes·

	BATALLONES afectos de	
	Carabineros.	Guardia civil.
Primera dtvisión mandada por el Excmo. Sr. Teniente General D. Rafael Echagüe, Conde del Serrallo.		
1.ª Brigada D. Joaquín Rodríguez Espina.	6.º	2.º
2.ª Brigada D. Juan Ignacio Ortal. .	5.º	3.º
Segunda división mandada por el Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Arsenio Martínez Campos.		
1.ª Brigada D. Evaristo García . .	»	6.º
2.ª Brigada D. Pedro Beaumont . .	4.º	»
Tercera división mandada por el Excmo. Sr. Mariscal de Campo Don José de los Reyes.		
1.ª Brigada D. Eduardo Infazon. . .	2.º	8.º
2.ª Brigada D. Jorje de la Molina . .	1.º	1.º

El 3.er batallón provisional de Carabineros estaba fraccionado por las provincias de Santander, Valladolid y Palencia y lo mismo acontecía con algunos de la Guardia civil.

CAPITULO LVIII

El General Concha revista sus fuerzas y le dirige una alocución.—Tropas que protegen el movimiento de avance del tercer cuerpo.—Disposiciones tomadas por el jefe de las fuerzas carlistas.—El Marqués del Duero ordena el ataque.—Rudo combate. El General Concha seguido de su E. M. se lanza á la lucha.—Los Carabineros y otras fuerzas atacan á la bayoneta.—Toma de trincheras.

En la mañana del 19 de Abril, revistó el Marqués del Duero, los ocho batallones del campamento de Somorrostro, que debían formar parte del cuerpo de ejército de su mando, los cuales constituyendo una división á las órdenes del Mariscal de Campo D. José de los Reyes, se hallaban acantonados en Otón, Mioño y Samano. Después de la revista que verificó en los altos de este último punto, el Marqués dirigió la palabra á los soldados y les dijo.

«Los tercios de Flandes, ambicionaban la reunión de los insurrectos para exterminarlos en una sola batalla; vosotros que no le cedeis en valor, teneis ahora esa fortuna que aquellos bravos veteranos no lograron, ni tampoco alcanzaron nuestros soldados en la pasada guerra civil; el triunfo nuestro es tan seguro y es tan grande mi convicción, que así lo he manifestado en Madrid al venir á incorporarme á vosotros; las puntas de vuestras bayonetas abrirán el camino de Bilbao. Las

circunstancias en que hoy me encuentro, me impide batirme en las guerrillas como tantas veces lo he hecho, y á esas huestes debo nueve cruces de San Fernando; ahora presenciaré como las ganan mis compañeros». Estas palabras fueron saludadas por las tropas con entusiastas aclamaciones.

El estado de la plaza de Bilbao, era cada vez más grave por la falta de existencia de víveres, llegando á carecerse de lo más necesario para la vida, reclamándose con urgencia inmediato socorro.

El 27 de Abril las tropas del 3.er cuerpo empezaron el avance con objeto de ocupar los pueblos de Otáñez y Santillana, desde donde habían de emprender al día siguiente el movimiento hacia el puerto de las Muñecas.

Para proteger al 3.er cuerpo había organizado el General en Jefe, otro cuerpo de ejército á las órdenes del teniente general D. Manuel Laserna, compuesto de una división de vanguardia, mandada por el Mariscal de Campo D. Romualdo Palacios, la 2.ª división del 2.º cuerpo á las órdenes del General Morales de los Ríos y la 2.ª brigada de la 2.ª división del 1.er cuerpo al mando del General D. Melitón Catalán, mas dos piezas de Plasencia y una batería Krupp de cuatro piezas. Tomarían la carretera y sus flancos hasta dominarlos; después caería sobre el valle de Sopuerta siguiendo á Mercadillo, y desde este punto, atacarían las posiciones de Avellaneda y contribuirían por su izquierda al ataque de los montes de Galdámes. La fuerza del campamento de Somorrostro que debían combinar sus movimientos con el 3.er cuerpo, marcharían por la carretera, desde el valle de aquel nombre, flanqueando por la izquierda hasta el pueblo de las Cortes sito en la falda de los montes de Galdámes, y por la derecha, par-

tiendo de las alturas de Arenilla y Peñacorvera, para atacar la posición ocupada por el enemigo, que se unía con la cordillera de las Muñecas, debiendo enlazar su ataque con la izquierda del 3.er cuerpo y caer sobre el pueblo de Montellano. Entretanto, las baterías de las carreras, las de Monte Jauco y las de las alturas de las Muñecas y de la falda de los montes de Galdámes debían romper el fuego sobre las defensas enemigas,ocupando las tropas las trincheras, siempre en disposición de avanzar, conforme á la actitud del enemigo. El General D. Antonio López de Letona, con la 1.a división del 1.er cuerpo de su mando se situó en las Carreras; parte de la 2.a división del 1.er cuerpo y la 1.a del 2.o á las órdenes del General Serrano Acebrón, cubrían las alturas de la derecha, la línea de Muzquiz y Poveña y la comunicación con Castro por Mioño y Otón.

Al día siguiente avanzarían las tropas del General Laserna hacia los montes de Galdámes, á la vez que el 3.er cuerqo, en contacto con aquel, atacaba la izquierda de dicha posición, continuando siempre su movimiento envolvente.

Enterado Elio jefe de las fuerzas carlistas de la organización y situación del cuerpo de ejército á las órdenes del General Concha, había ya dispuesto el 25 de Abril, que once batallones de la línea de Somorrostro ocuparan otras posiciones con objeto de oponerse á la marcha del 3.er cuerpo liberal. Con estas fuerzas Elío que quiso mandarlas en persona, se situó en los valles de Arcentales y Sopuerta, haciendo que avanzara Andéchaga con dos batallones á ocupar el puerto de las Muñecas. Elio cría que Concha, no trataría de forzar este puerto y tratando á toda costa de oponerse á su marcha sobre Valmaseda, permaneció en el valle de Arcentales, destacando á las Muñecas tan solo los ba-

tallones referidos. Se comprende que tan escasa fuerza era más bien para observar al enemigo que para oponerse seriamente á su marcha. Dorregaray quedó en la línea de Somorrostro con el resto de las fuerzas carlistas, temiendo el enemigo de oponerse al ataque de frente del Ejército liberal.

Por lo demás, inutil es decir que terminaron los carlistas las reparaciones y trabajos necesarios para conseguir este fin, y que su línea en esta zona era la tan sangrientamente disputada en los combates de Marzo.

El 28, el General Concha ordenó que las tropas del 3.er cuerpo empezaron el movimiento de avance, avisando á las dos de la tarde las avanzadas del Monte Arenillas que se oía el fuego procedente de las montañas próximas, en dirección de la cordillera de las Muñecas é inmediatamente la artillería de posición recibió orden de romper el cañoneo haciendolo pronto todas las baterías.

Enterado Elio de que el Marqués del Duero se dirigía á las Muñecas, ordenó al General Velasco que enviara un batallón de refuerzo á Andéchaga. Velasco en lugar de enviar dicho batallón se dirigió á las Muñecas con el 1.° y 2.° de su división.

Preparadas las tropas del General Concha, para el ataque, dispuso que el Excmo. Sr. Teniente General D. Rafael Echagüe, conde del Serrallo, con la 1.ª división de su mando, subiese desde Otañez al estribo de la derecha de la carretera y se corriera por su cumbre hasta tomar el pico de Haya y que el General D. Arsenio Martínez de Campos, con su división se apoderase del pico de Mello, destacando la brigada Beaumont para que cubierta la carretera y protegida la batería Krupp se dirigiese á ocupar el pueblo de Talledo, cuando el ataque de las alturas hubiera avanzado lo nece-

sario para la mutua protección de las respectivas tropas.

En el momento de romperse el fuego, Velasco llegó á las Muñecas con los dos batallones carlistas que con otros dos que había, disputaban el paso á las tropas.

El General Echagüe, emprendió vigorosamente el ataque con siete batallones de su división, conquistando en breve la primera posición ocupada por el enemigo, empeñándose un combate serio. De una y otra parte se sostenía bien el fuego y las baterías desde la primera posición conquistada, hacía certeros disparos pero los carlistas se defendían tenazmente.

En vista de esto dispuso el General Echagüe, que dos de sus batallones flanqueasen la segunda posición por ambos lados y con esta operación ejecutada con la mayor energía y bravura, fué envuelta y conquistada aquella.

Eran las cinco de la tarde y restaba conquistar la última posición del pico de Haya la más formidable, defendida á la mitad de su falda por una gran trinchera; pasada la cual, se aumentaba la rapidez de la pendiente; hallándose además cubierto el terreno de espesos bosques y jaras ocupados por los carlistas.

Se emprendió el ataque de esta última posición incorporándose en estos momentos el Marqués del Duero á las fuerzas del General Echagüe, siendo recibido por estas con vítores y aclamaciones. La primera brigada sostenía un fuego muy nutrido y la artillería redoblaba sus disparos, pero los carlistas no cejaban y se sostenían en la trinchera y el bosque. Como eran las seis de la tarde, y era de temer que se dictase el combate hasta la noche, se resolvió el General Echagüe á cargar á la bayoneta y poniéndose á la cabeza

de la 1.ª brigada y previniendo que la apoyase la 2.ª, animando á sus tropas con su palabra y su ejemplo, avanzó á la posición enemiga, pero los carlistas salieron de sus trincheras y cargando á la bayoneta hicieron retroceder á las fuerzas liberales, en extremo fatigadas por la pendiente escarpada que habían subido. Observado esto por el Marqués del Duero, avisó al General D. José de los Reyes que le enviaran algunas fuerzas, pero como estas no llegaron, impacientado por la tardanza se dirigió á su cuartel general diciendo «Vamos todos» acompañado del General Vega Inclán y seguido de su Estado Mayor y del único batallón de la 1.ª división que allí quedaba se dirigió resueltamente á la posición por una senda, que aunque franqueada por los fuegos del enemigo era el único camino practicable. Con su presencia se reanimaron las tropas y volvieron con nuevo ardor al combate; indicó á algunos jefes que le ayudaran á pasar al otro lado de la trinchera ocupada por sus fuerzas y hecho esto se presentó á pecho descubierto. Entonces los generales Echagüe, Vega Inclán y los brigadieres que á su lado se encontraban se lanzaron también al otro lado de la trinchera y seguidos de las tropas avanzaron hacia la última posición carlista, que con este supremo esfuerzo fué conquistada. El Marqués del Duero en estos momentos recibió una contusión de bala en el hombro derecho.

Al dar el Marqués del Duero, la señal del combate la 2.ª división mandada por el General Martínez de Campos empezó el ataque á las trincheras de la izquierda de Talledo con muy nutrido fuego por el 4.º batallón de Carabineros y el 1.º del 3.er regimiento de infantería de Marina. La casi verticalidad del descenso al valle que los separaba del enemigo hacía, sino im-

posible, muy dificil la bajada al mismo. Comprendiéndolo así el General Martínez Campos, llamó 100 voluntarios que lo ejecutaran, presentándose el 1.er batallón del 2.º regimiento de infantería de Marina en su totalidad, otro batallón de Valencia, y los Carabineros. Escogida la fuerza marchó con el teniente coronel D. Manuel de Lara, de aquel batallón, todos los oficiales del mismo y algunos Carabineros, atacando á la bayoneta la trinchera principal, perdida y recobrada tres veces, recibiendo impasibles el fuego que desde ella les hacían y comenzando sin vacilación de ningún género á subir la empinada ladera que á la trinchera conducía. Esta operación fué apoyada con continuado fuego por el 4.º batallón de Carabineros y el regimiento de Valencia, desde la altura en que estaba la posición. El teniente coronel Lara fué herido en la trinchera que asaltó el primero con el comandante Don Félix Camprubí y nueve soldados de Marina.

Dueño los carlistas de las últimas trincheras, la situación de las tropas se hacía insostenible sino se desalojaban de ellas,puesto que causaban muchas bajas al batallón de Valencia que había tomado el pueblecito de Talledo. El General Martínez Campos así lo comprendió y animando á los Carabineros con el ejemplo del batallón de Valencia les arengó entusiastamente concluyendo con un ¡Viva España! No necesitaban tanto aquellos valientes Carabineros, los que protegidos por el regimiento de Valencia, arrojaban á los carlistas de las posiciones, poco después, consiguiendo una completa victoria. Allí fué muerto de un balazo en la sién el general carlista Andéchaga; tomada las trincheras dispuso el General Martínez Campos que el resto de la 1.ª brigada bajase también y continuase el ataque general de la derecha del enemigo. La 2.ª bri-

gada conducida por el brigadier D. Pedro Beaumont atacó por la carretera, avanzando Tetuán con tres compañías desplegadas en guerrilla que contestaban al fuego que desde las trincheras de la derecha de Talledo hacía el enemigo, que fueron envueltas al ser reforzada dicha guerrilla con dos compañías. El resto de la fuerza constantemente apoyada por la artillería, dirigió su avance al pueblo en cuyas últimas casas dejó el brigadier Beaumont una compañía. Continuó el avance general en correlación con el de las demás tropas, hasta que unida á la que bajó de la izquierda se dió el ataque á la bayoneta al alto de las Muñecas. El batallón de Soria, desplegado la mitad en guerrilla y la otra mitad en reserva,tomó las otras trincheras que había entre Talledo y el espacio encomendado á la 1.ª división,sosteniendo el avance gradual hacia la carretera de Valmaseda bajo la inmediata dirección del brigadier Beaumont, consiguiendo las tropas mandadas por el General Martínez Campos, posesionarse á las ocho de la noche después de reñidos combates del alto de las Muñecas á la izquierda de dicha carretera, donde acampó con la 2.ª brigada y parte de la 1.ª. El 3.er batallón de la Guardia civil con arrojo y bravura, estuvo durante el combate protegiendo á la artillería que sembraba el espanto en las filas carlistas, con su acertada puntería, sin decaer un momento la abnegación, valor, buen espíritu y presencia de ánimo demostrado en tantas ocasiones por tan denodados individuos.

Las pérdidas sufridas por el 3.er cuerpo fueron 69 muertos y 310 heridos de la 1.ª división y 56 muertos y 124 heridos de la 2.ª; total 125 muertos y 434 heridos.

CAPITULO LIX

Retirada de todas las fuerzas carlistas después de sangrientos combates.—Las tropas liberales entran en Bilbao.—Entusiasta recibimiento y manifestaciones de regocijo de la población.—Recapitulación del espíritu de abnegación y heroismo de los bilbainos.—Número de proyectiles de cañón lanzados sobre la plaza.

Durante la noche cesó el fuego en toda la línea y se tomaron cuantas providencias eran necesarias para la prosecución de las operaciones al amanecer del 29, racionando á las tropas y reponiendo las municiones gastadas.

A la una de la tarde del 29, terminado el racionamiento de las tropas del 3.er cuerpo, dispuso el Marqués del Duero que la brigada Molina de la 3.a división rompiera el movimiento sobre Avellaneda y se adelantó él con el batallón de vanguardia, con objeto de reconocer el terreno y dar las disposiciones para el combate; pero durante su marcha supo con sorpresa que los carlistas no defendían el pueblo de Avellaneda y sus formidables posiciones; y en su consecuencia los hizo ocupar inmediatamente por las fuerzas de la vanguardia y esperó en el Carral la llegada de las restantes.

Tan pronto como se le incorporaron sus tropas, dispuso que el General Echagüe con doce batallones mar-

chara por la cresta de un estribo perpendicular á la carretera, á la izquierda de esta y que domina todo el valle de Galdámes con el fin de que quedase envuelta la línea enemiga, protegiendo á la vez la marcha que al día siguiente debía hacer parte de las tropas del tercer cuerpo por un dificil desfiladero de tres leguas que conduce á San Pedro de Galdámes por el pie de dicho estribo.

Esta operación muy dificil y más aún por que se practicó con niebla y un temporal de agua, por terrenos escabrosos y en una noche muy oscura, quedó felizmente terminaba á las doce de la noche y las tropas del General Echagüe vivaquearon en dichas posiciones.

Las fuerzas mandadas por el General Laserna apoyaba el movimiento del 3.er cuerpo.

Al amanecer del 30 de Abril, se rompió el fuego de artillería en la línea de Somorrostro y el General en Jefe se trasladó con su cuartel general al pueblo de Montellano. Las tropas del General Laserna se apoderaron á viva fuerza de los caseríos de la izquierda de Somorrostro y ocuparon el ferrocarril que faldea los montes de Galdámes, á pesar del nutrido fuego del enemigo que defendía las trincheras que había construído entre la vía y la cima, y durante toda la mañana se sostuvo el fuego, haciéndose algunos disparos de artillería Plasencia, manteniéndose las tropas en la vía y los caseríos en expectación de los movimientos del 3.er cuerpo de Ejército.

A las dos de la tarde emprendió el movimiento el Marqués del Duero con siete batallones. Pasaron estos el desfiladero y llegaron á San Pedro de Galdámes á las cinco y media de la tarde sin ser hostilizados, y adelantándose el Marqués, reconoció las posiciones en

que el enemigo desplegaba sus fuerzas. En su consecuencia ordenó al General Martínez Campos, que ocupase los caseríos de los dos escarpados cerros que forman la estrecha garganta en que termina el pueblo.

Comprendiendo Elio que con la conquista de Galdámes por el General Concha, quedaban inutilizadas las fuerzas carlistas situadas en Güeñes, se trasladó á Sodupe pero no pensó en enviar fuerzas á la sierra de Galdámes. El General carlista Larraméndi, que ocupaba el pico de Cortes con cinco batallones, destacó dos para impedir á los liberales la subida por el camino más practicable, que desembocaba no lejos de su posición, y quedó con los tres restantes, ya en fuego contra las fuerzas del General Laserna que tenía á su frente. Estos dos batallones y dos compañías del 4.° de Castilla eran las fuerzas que ocupaban los flancos de la garganta que debía conquistar el General Martínez Campos, según lo ordenado por el Marqués del Duero. A este efecto el batallón de Soria trataría de posesionarse de la altura de la derecha, la más elevada y dominante, llamada pico de la Cruz, y el de Marina se dirigiría al de la izquierda llamado Erezala. Se emprendió estos movimientos y Martínez Campos, siguió al batallón de Marina con el 2.° de Tetuán. En los primeros momentos retrocedió el batallón de Marina, pero reforzado con el 4.° de Carabineros y 6.° de la Guardia civil volvieron á avanzar y siguieron ascendiendo, aunque con suma dificultad.

Desde la mitad de la subida, empezó un tiroteo de guerrillas que fué tomando cuerpo á medida que avanzaban las tropas liberales, y el General Concha creyó conveniente reforzar la izquierda con el batallón de Ramales y la derecha con uno del regimiento de León. Antes de anochecer se había trabado ya un combate

serio. Las tropas de Martínez Campos empeñaron una lucha muy difícil, pues debían batirse contra las fuerzas carlistas situadas en un terreno escarpado casi inaccesible. Animadas con el ejemplo de aquel General que se hallaba siempre en el puesto de mayor peligro, subían con trabajo aquellas empinadas laderas; el fuego del enemigo se multiplicaba; la fatiga de las tropas era grande, y para darle descanso hubo por el pronto necesidad de suspender la marcha, limitándose aquellas á sostenerse en la posición á que habían llegado, con el firme propósito de secundar en breve el movimiento. Después de un corto descanso, continuó el ataque bajo aquel mortífero fuego que bien pronto empezó á disminuir, ante el terror que causó al enemigo el arrojo de aquellos valerosos soldados, apoderándose de sus inexpugnables posiciones.

Mientras tanto una encarnizada lucha se sostenía por las tropas del General Echagüe. Emprendido el ataque desde la gargante de Güeñes, sus soldados tenían que vencer obstáculos verdaderamente gigantescos. La pendiente de la sierra es por allí rápida, hasta presentar á la vista una línea casi vertical. Los Carabineros, los Guardias civiles, los cazadores de la Habana y el resto de sus soldados, necesitaban coger con los dientes el fusil y emplear las dos manos para ganar algunos pies de terreno y tomar posición ó disparar sobre los enemigos. Así, paso á paso, subieron una altura de más de mil metros, aguantando los fuegos de arriba y algunas veces los fuegos de flanco. Como el ataque empezó en este lado más tarde, hubo de prolongarse hasta las diez de la noche para ganar la altura. De modo que el punto más culminante de la sierra cuyo acceso asustaría al más atrevido explorador de los Alpes, por ser una pendiente donde las cabras

apenas pueden tenerse en pie, fué realizado casi á oscuras con indomable valor por los incomparables Carabineros, Guardias civiles y soldados de la 1.ª división, que mandaba el arrojado y valiente General don Rafael Echagüe.

Cuando los liberales coronaron la escarpada cima de la montaña, donde sostuvieron todavía un rudo combate de media hora, Larramendi, que había supuesto que Elio defendería con sus fuerzas aquellas posiciones, sorprendido al saber que las habían conquistado los liberales, ordenó la retirada de todas sus fuerzas al pueblo de Ortualla.

Había emprendido también el movimiento de avance las tropas del General D. Manuel Laserna, á la vez que lo hizo el 3.er cuerpo, desde Galdámes, con la división de vanguardia por la derecha, y la de Morales de los Ríos por la izquierda.

A las once de la noche Blanco, con el batallón cazadores de Puerto Rico, poco hostilizado por el enemigo, coronaba la posición de su frente, y en breve se reunieron en las alturas las dos divisiones, quedando en reserva, á media ladera, una brigada con el General Catalán y una sección de arlillería de montaña.

El 30, el General en Jefe después de dar instrucciones regresó con su cuartel general á Somorrostro en la confianza de que el enemigo habría abandonado todas sus posiciones de la orilla izquierda del Cadagüa por que envuelta sus fuertes atrincheramientos de la cordillera de Galádmes por la parte que desciende al valle de Somorrostro, quedaría tambien envuelta y tomada de revés la zona de Santa Juliana y San Pedro, al bajar las tropas liberales de la cordillera á la Campa de Triano.

Los carlistas se sostuvieron en sus trincheras de

Abanto hasta las tres de la madrugada, pero poco antes de amanecer, al toque de llamada, y tropa, se retiraron sus últimas fuerzas de las posiciones de San Pedro, Santa Juliana y el Monte Trimo, é inmediatamente, las tropas liberales más avanzadas en la línea se posesionaron de todas las trincheras, reductos y alturas de importancia que momentos antes ocupaba el enemigo.

El General en Jefe dirigió á las tropas de su mando la orden siguiente.

«Soldados: En el día y noche de ayer las tropas del tercer cuerpo atacaron desde las alturas de Güeñes y el valle de Sopuerta, y las del Cuerpo del general Laserna desde Montellano, la escabrosa cordillera de los montes de Galdámes, quedando en poder de nuestras valientes tropas, mientras en la línea de Somorrostro se sostenía un vivo fuego de artillería y fusilería, desde el principio de esta segunda série de operaciones Como resultado de la brillante jornada de ayer el enemigo vencido, se retira de toda la línea y los batallones de la Carreras y la altura del pico de las Cortes avanzan y ocupan los disputados reductos de Sanfuertes, San Pedro, Abanto, Santa Juliana y las alturas de Galdámes, por la parte del valle de Somorrostro. Debeis estar satisfechos de vosotros mismos, como yo lo estoy de todos. Os doy gracias en nombre de la pátria y del Gobierno, pues sois dignos de harta gratitud como merecedores de recompensa y de la consideración pública por las virtudes que habeis demostrado, sufriendo las fatigas de esta penosa campaña con la abnegación y el valor de soldados españoles, cuartel General de Somorrostro 1 ° de Mayo de 1874. —Serrano.»

Hasta las doce de la noche duró todavía la fatigosa

marcha del tercer cuerpo desde San Pedro de Galdames á las alturas de Santa Agueda, marcha que á no haber iniciado la retirada los carlistas hubiera sido sumamente difícil; de todos modos era atrevida, por que 23 batallones y 20 piezas hubieron de desfilar por sendas casi impracticables, ante un enemigo que habia demostrado que sabía aprovechar los acccidentes del terreno, siendo preciso con frecuencia descargar la artillería por hacerse imposible su tránsito en los mulos; además, las tropas tenían que marchar de á uno y en gran parte ya de noche, teniendo á su derecha una cordillera cuyas cumbres ocultaban a Bilbao y á su izquierda y á su pié, un estrecho y profundo valle dominado en la opuesta ladera por sucesivas alturas, desde las cuales podía tambien hostilizarlas el enemigo.

Era, pues, de consideracion el peligro, y no hubiera sido pequeño en una marcha de doce horas á la desfilada, en el caso de haberse opuesto los carlistas ó sólo intentado interrumpirla desde las crestas del valle de Retuerto, que debían dominar Abanto y Triáno.

Al tener noticia Larramendi de la aproximación de las tropas liberales juzgó conveniente ordenar la retirada de sus fuerzas y al hacerlo se lo participó á Dorregaray. Este que sin duda sabía ya que los liberales ocupaban la cordillera de Galdámes, y comprendiendo lo inminente del peligro, dispuso en el poco tiempo que ya le quedaba hasta el amanecer, la retirada de todas las fuerzas carlistas; á las dos de la madrugada del 2 de Mayo se retiraba el último batallón carlista.

A las cuatro de la tarde empezó la entrada en Bilbao de las tropas del tercer cuerpo. El Marqués del Duero fue recibido en las afueras.

Al entrar en la plaza se le presentó su Gobernador militar, General Castillo; las tropas de la guarnición

cubrian la carrera, durando tres horas el desfile en medio de las más entusiastas manifestaciones de la población, que hizo á las tropas una grande ovación.

Gloriosa fué la defensa de Bilbao; el espíritu público se mantuvo firme, sin abatirse aún en las circunstancias más críticas, á pesar de haber llegado á la plaza la noticia de los sangrientos combates de los días 25, 26 y 27 de Marzo, que por el pronto frustraban sus esperanzas de socorro, poniendo á prueba su serenidad y paciencia: imperturbables asistieron los bilbainos al terrible espectáculo de destrucción de sus edificios, sin que exhalaran quejas ni lamentos; ni la expectativa del hambre que ante su vista se presentaba, llegó á domar sus valientes corazones.

Muchos días antes de entrar las tropas, escaseaban en la plaza los artículos más indispensables para la vida; faltaba el pan, la carne y el tocino y la manutención estaba á cargo de la Administración, que suministraba una ración escasísima.

Ninguna corporación ni indivíduo alguno pronunció la palabra CAPITULACION, ni se dió el caso de que las autoridades lucharan con esas debilidades que surgen en las plazas, después de sufrir los horrores de un largo asedío.

Las mujeres, dando un ejemplo de valor poco común, salían á paseo durante el bombardeo, con el más completo desprecio del peligro, dedicándose en general á sus habituales ocupaciones como pudieran hacerlo en una situación normal y sería pálido cuanto se dijera en su elogio.

El General Castillo, gobernador militar de la plaza, demostró singulares dotes de valor y serenidad y grandes conocimientos. En todas ocasiones estuvo á la altura de las circunstancias, adoptando según estas, ya

una conducta enérgica, ya la que aconsejaba la prudencia, obrando en cada caso según convenía.

La guarnición manifestó en todas ocasiones un valor á toda prueba y una decisión de sostenerse á todo trance, sin que en ningún caso quebrantaran su ánimo los accidentes del sitio, y sufrió sin quejarse toda clase de privaciones y penalidades.

Duró el sitio desde el 29 de Diciembre de 1873, día en que fué interceptada por los carlistas y quedó la plaza bloqueada, hasta el 2 de Mayo de 1874.

El bombardeo de la plaza empezó el 21 de Febrero, y siguió con algunos intervalos hasta el primero de Mayo inclusive, arrojando los carlistas sobre la plaza 5.369 bombas y 1.307 balas, 107 granadas y dos disparos de metralla. El 29 de Abril fué el día en que cayeron sobre la plaza mayor número de bombas, llegando á 437,

CAPIUULO LX

El General Villegas ataca á los facciosos cerca de la ermita de Santa Isabel.—Bando de amnistía para los carlistas

1875.—Tratando el General don Juan Villegas de dar una lección al enemigo avanzando hasta Valmaseda, se dirigió hacia este punto al amanecer del 10 de Enero con dos brigadas de cuatro batallones cada una, dos escuadrones de Cazadores de Albuera y la 5.ª batería del 3.º de montaña. Dejando la carretera en el Berrón, tomó el camino que conduce á la ermita de Santa Isabel. Poco antes de llegar á esta la vanguardia, rompieron el fuego contra ella las avanzadas carlistas, y en su vista dispuso el General Villegas que una sección de artillería se situase en batería en el llano á retaguardia de la citada ermita. En breve emprendió el enemigo su retirada sobre el pueblo de Bortedo, y viéndose tambien obligado á desalojarlo, se replegó á Monte Coruño y las posiciones inmediatas, desde las cuales rompió un fuego muy vivo. Situó entonces el General Villegas dos piezas en una altura encima de Bortedo, pero á los pocos disparos fué preciso retirarlas á causa del nutrido fuego del enemigo.

En el momento en que este abandonó el referido pueblo de Bortedo, previno el General Villegas al jefe de la primera brigada, que se dirigiese á las alturas de Antuñano, y fué ejecutado sin dificultad este movimien-

to, situándose seis compañias de la reserva número 3 y una compañía de Guardias civiles en posición ventajosa para la defensiva, casi á tiro de los parapetos carlistas construidos en la ladera del Monte Celadilla, quedando de este modo asegurada la derecha liberal; el primer batallón de Mallorca con una compañía de Carabineros, se situaron sobre la extrema derecha y á retaguardia con objeto de cubrir aquella, sosteniendo en caso necesario á las seis compañías del batallón reserva número 3 y la de la Guardia civil, y estar en observación de las fuerzas enemigas que acudieran por la carretera de Arciniega, para lo cual avanzó tambien sobre esta una sección del regimiento caballería de Albuera. El batallón reserva número 6 y el segundo de Mallorca ocuparon el pueblo y tres secciones de Albuera, se colocaron á retaguardia en el llano, cerca del pueblo y á cubierto de los fuegos enemigos.

Los carlistas habían fortificado el Monte Coruño y para conquistarlo dispuso el general Villegas que el batallón de reserva número 4 ocupara el pueblo de Bortecillo, con objeto de proteger el avance de la 2.ª brigada, y el 1.º del Infante tomara posición en batalla en las altutas de Bortedo. Previno tambien que el 2.º batailón del Infante, al mando de su jefe Alberni, atacase la posición, y en breve la coronó, así como también otra más avanzada llamada Pico de Castillejos. Todas las fuerzas avanzaron entonces situándose parte de la artillería en el Monte Coruño y el resto en el Pico ya referido. Para avanzar hasta Valmaseda, faltaba á las tropas liberales posesionarse del Monte Celadilla, posición ocupada por cinco batallones carlistas y cuya conquista ofrecía grandes dificultades. En su virtud, se decidió el General Villegas á conquistarla de noche, mandando entretanto que acamparan sus ba-

tallones en los puntos que ocupaban, excepto la batería de artillería, que pasó á Bortedo.

A las tres de la mañana del 11, el batallón reserva número 3 y el primero de Mallorca con los carabineros y la Guardia civil, á las órdenes del teniente coronel del primero don Senen Caveda, emprendieron el movimiento de avance hacia el Monte Celadilla, y después de tres horas de penosa marcha por terreno escabroso de difícil y pendiente acceso, coronaron al despuntar el alba la cumbre de aquella posición, desalojando de ella al enemigo y poniendo en completa dispersión á un batallón que acudía en su auxilio.

Tambien á dicha hora de las tres, el regimiento del Infante se dirigió á otra posición más avanzada sobre Valmaseda, dominada por el Monte Celadilla, y rechazó á un batallón carlista que por la parte opuesta acudía al mismo punto. Fué también hostilizado dicho regimiento por las fuerzas enemigas situadas en los altos de la izquierda de la carretera y del rio Cadagua; pero se retiraron los carlistas ante el fuego de la infantería y una batería establecida en el Monte Coruño. Rechazado el enemigo, dispuso el General Villegas que cuatro compañías del batallón reserva número 4 protegidas por las fuerzas situadas en las posiciones conquistadas, marcharan á Valmaseda con objeto de fijar un bando, por el cual se amnistiaba á los carlistas.

CONCLUSION

No hemos hablado hasta ahora de la manera de ser del soldado durante esta fratricida y prolongada lucha; creemos justo tributarle aquí las alabanzas que merecen.

Su valor en el combate, su resistencia para sufrir las mayores penalidades con una resignación qne raya en lo imposible, su heróica constancia á prueba de los mayores reveses, su inalterable buen humor y sus extraordinarias cualidades físicas les colocan entre los primeros soldados de Europa. Se les ha visto hacer, sin quejarse, penosísimas marchas por ásperos caminos, internándose en país enemigo, á pesar de estar mal racionado y batirse sin descansar después de aquellas jornadas prodigiosas, lanzándose, sin más estímulo que su deber á las empresas más temerarias sin vacilaciones ni dudas, casi sin reflexión. Se mostraron brillantes como siempre, patentizando que no ha decaido el valor, la constancia y la indomable energía que en todas las épocas han caracterizado á sus ascendientes y ahora como siempre conservan indeleblemente en sus pechos el amor á su patria.

Los Carabineros y Guardias civiles demostraron con su heróica manera de combatir que saben sostener la integridad y orden de la patria, regando con su sangre generosa el suelo de ella antes de consentir sea su honra ultrajada, tomando parte en los hechos de

armas, ya formando unidades completas (batallones de infantería y regimientos de caballería mandados por sus valientes y dignos Jefes y oficiales) bien operando en columnas y fracciones ó guarneciendo fuertes y poblaciones que á su defensa se encomendaron. Su cooperación ha sido muchas veces importantísima, contribuyendo en toda ocasión juntamente con el resto del ejército á que ondeara gallarda y sin mancha en todas partes y momentos, la gloriosa y bendita enseña nacional; sin que mermara nunca el valor indomable de los Carabineros y Guardias civiles, la saña con que los cabecillas carlistas, y entre ellos, sobre todo, los sanguinarios Savalls y Cura Santa Cruz, los trataron siempre, pues con dolorosa y triste frecuencia al cogerlos prisioneros eran fusilados.

Pudiéramos referir muchísimos más hechos de armas en que tomaron parte activa los Carabineros y Guardias civiles combatiendo á los carlistas en diferentes puntos y provincias, pero con arreglo al plan trazado, sólo hemos consignado los relatados.

Los carabineros y Guardias civiles modelos de disciplina y valor, son una bizarra y cordialísima tropa acostumbrada á llevar en tiempo de paz una existencia ruda por demás que la soportan con heroismo; los servicios que prestan en despoblado siempre, persiguiendo contrabandistas ó criminales les han hecho connaturalizarse con la soledad, con la intemperie con la hoguera del pastor, con la desmantelada venta, con el mísero cortijo. Para ellos la tienda es un palacio, la campaña una festividad constante, las acciones, una feliz ocasión de repetir en público los mismos hechos de armas que tantas veces acometen.

¡Qué alegría la suya! ¡Qué franqueza, qué conocimiento de todo género de peligro, qué experiencia del

mundo y de los hombres, qué resistencia contra el sueño, contra el hambre, contra las enfermedades contra la inclemencia de la atmósfera, curtidos materialmente por toda una vida de ásperos trabajos.! Así son los Carabineros y Guardias civiles, duros, sobrios y fuertes cuando su servicio practican, francos y resistentes, arrojados y valerosos, cuando en la guerra se les emplea, dando unas veces sus vidas, otras veces su sangre é imponiendo por las armas la paz pública.

Los Carabineros y Guardias civiles por razón de sus especiales servicios, tienen frecuentes ocasiones de llevar á cabo actos de esos que sólo pueden ejecutar las almas bien templadas; poseen el hábito de conservar la calma tan necesaria en los momentos de gran peligro, en que la vacilación, la duda que hace perder un solo segundo, puede influir de manera poderosísima en el acto que se va á ejecutar. De alma bien templada, por que su temple se hace al aire libre y en lucha constante con los elementos y con el peligro; ve llegar á éste con estoicidad asombrosa, saliendo casi siempre victoriosos en su lucha, aún con las más grandes, por lo mismo que les son familiares, que los conocen y aprendieron á dominarlos y á vencerlos.

De ahí que se lancen á las más temerarias empresas como cosa natural en ellos, y á las que no dan importancia alguna; de ahí que los actos de valor en ellos sean casi tantos, como ocasiones se les presentan de ejecutarlos.

Si á relatar fueramos cuantas heroicidades y actos de valor, en todos sentidos, han realizado y realizan casi á diario los Carabineros y Guardias civiles, no acabariamos nunca. Ellos son los que constante-

mente en las arenosas ó acantiladas playas con gran exposición de sus vidas salvan á pobres pescadores cuando la furiosa tormenta estrella su débil barquilla contra las rocas ó las deshace en el mar con la inmensa fuerza de sus gigantescas olas; ellos, los que sin dudas ni vacilaciones se lanzan al agua para arrancar de las garras de la muerte á los seres que ven en peligro de ahogarse; ellos, los que guian evitándole de perecer envuelto entre terribles montañas de nieve al infeliz caminante; ellos los que al ver en lóbrega noche, la rojiza llama iniciadora de algún incendio se lanzan en socorro de los que sin auxilio, probablemente serían pastos de las llamas; ellos, los que en las innundaciones y demás calamidades, luchan por atajar los males que producen; ellos, en fin, son siempre y en todo momento la providencia de los que á su lado corren algún peligro, y para salvarlos del cual, desprecian generosamente su vida, sin más acicate para hacerlo que la inmensa satisfacción sentida de las almas nobles al llevar á cabo un acto humanitario. Por eso es muy frecuente ver brillar en los uniformes de Carabineros y Guardia civil la cruz de beneficencia, siendo muchísimos los que ostentan en su pecho la honrosa y preciada condecoración.

Por último diremos sin que la pasión nos ciegue, que las fuerzas que componen los beneméritos y leales Institutos de Carabineros y Guardia civil, son tropas combatientes como lo demuestran los hechos de armas heróicos realizados con indomable valor por aquellos intrépidos batallones provisionales que en los parapetos de las trincheras de las Muñecas, Otañez, Galdames y otros puntos, de-

jaron buen contingente de muertos y heridos, como prueba evidente de la terrible lucha que tuvieron que sostener recibiendo el mortífero fuego de los carlistas.

FIN